
Juan Luis Cano
Yo fui santa

Yo fui santa



Juan Luis Cano

Yo fui santa



Este libro está fabricado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

ISBN: 978-84-15740-97-1
Dep. Legal: P-76/2023

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © Yoji Iwata | unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Producción del ePub: booqlab

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

A Rosi, Salomé y Felipe, por prestarme sus recuerdos.

A Raquel, porque siempre me acompaña, sea como sea el camino y me presta su ayuda.

A Pedro Rodríguez del Castillo, mi profesor y maestro, porque me sigue orientando, ayudando y del que sigo aprendiendo.

I

YO FUI SANTA. El cielo nunca me lo reconoció, quizás porque no haya en él quien se encargue de certificar tales cosas o, simplemente, porque nadie lo habite, nadie lo conforme... Puede entonces que las esperanzas de los hombres no hayan sido, por siempre, más que ilusiones supersticiosas. En cambio, aquí abajo en la tierra, como los menesterosos siempre han necesitado pensar que su existencia tenía algún sentido, fueron muchos los que creyeron en mí. Yo fui, durante algún tiempo, excusa para que sus temores más íntimos no se confirmasen, para no verse forzados a aceptar su insignificancia. Fui el apoyo de muchos a quienes la verdad nunca les permitió tener sueños.

Sí, yo fui santa y lo fui por casualidad y también por supervivencia.

Mi infancia fue cenicienta y brumosa. Llovía monótonamente, dentro y fuera de nuestra casa. Todos los días de mi niñez los recuerdo así, calados, bien por la lluvia o bien por las lágrimas.

Mi padre murió por necesidad. Dejarse ir fue su regate último al rigor extremo de la debilidad con que le castigaba la enfermedad y frente a las obligaciones a que le condenaba la subsistencia. Sencillamente, no pudo con los obstinados requerimientos de la vida y cedió en su empeño, precipitándose, exhausto, al abismo de una muerte prematura, pero liberadora. Mi padre murió después de acarrear tremendos achaques, tras ser pobre fue menos pobre, pero aquella tregua que le concedió la escasez no pudo saborearla demasiado tiempo. Mi padre tenía unos hijos a los que proveer y una mujer dolorosa a la que soportar, un trabajo duro e injusto que, prácticamente, le devoró el tiempo sin dejar un resquicio para el alivio. Trabajó en la mina y el carbón tiznó sus manos, su cara, su ropa y su alma. Toda su vida negruzca y oscura como un cuarto cerrado a cal y canto, sin ventanas ni rendijas por las que la luz pudiera encontrar un pretexto por el que colarse. Sus jornadas pasaron umbrías y la escarcha que, temprana, enfriaba su carácter, nunca conseguía derretirse con el paso de las horas. Se bebía su cansancio y los vapores del alcohol elevaban por lo alto, durante un

tiempo, su amargura o, al menos, eso le parecía a él. Los mineros bebían sus angustias y debían de tener en abundancia. La silicosis le sacó de las profundidades y le consiguió un puesto menos arriesgado, o sea que los achaques le proporcionaron el beneficio de la luz del día. Mi padre no fue ni bueno ni malo, fue lo que pudo, no mucho más que un abastecedor torpe de remedios contra la fatalidad, que siempre nos trató con desdén a mi hermano y a mí.

No recuerdo ni una sola vez en la que se interesara por mis resultados escolares, por mis resfriados o por las heridas que mi hermano llevaba tatuadas, permanentemente, en sus rodillas y en sus codos, delatoras de sus trastadas. Posiblemente así, tratándonos sin miramientos, conseguía que no fuésemos más que una incómoda tasa que la vida le había impuesto y con la que tenía que cumplir de manera responsable. Al menos con esa actitud conseguía pensar que con la distancia y la frialdad desaparecerían sus deudas sentimentales, porque debía de imaginarse que un cierto grado de apego le habría exigido una cuenta más ardua a saldar, una cuenta del alma, de esas que reclaman cumplimiento sin avenirse a razones y sin aceptar excusas ni fianzas. Bastaba con vestirnos y llenarnos el plato. «El cariño ni engorda ni abriga», solía replicar si alguna vez alguien le afeaba el desapego.

Mi madre, en cambio, cumplía con rigor los antiguos preceptos, los mandamientos de la mujer, que la tradición y sus padres le habían inculcado como los animales transmiten a sus crías los rituales de la especie: «Serás una amante hija obediente, esposa sumisa y fiel y madre responsable, sabrás sufrir y guardarás rencor a quienes os hagan daño a ti o a los tuyos». Y casi todo lo cumplió con determinación.

Siempre tuve la sensación de que el cariño de mi madre no era tal, sino que más bien se trataba de un acto litúrgico. Cada gesto, cada sacrificio, aparentemente maternal e instintivo, parecía obedecer a la consagración de un precepto, de hecho, no tardé en comprender que era una mujer que nunca había llegado a dar una sola oportunidad al afecto. Sencillamente, no sabía querer. Mi madre no me mostró nunca ternura, tampoco a mi hermano, hacía lo posible por dejar claro que cumplía con su deber, pero jamás mostró un síntoma, espontáneamente, amoroso. Comprendí con el tiempo que era evidenciando el dolor y su esfuerzo diario como, únicamente, encontraba cierta satisfacción. Incluso cuando se empleaba a fondo con los golpes, cuando nuestras cabezas, nuestras costillas, nuestros traseros, nuestras orejas o nuestras mejillas se convertían en el objetivo cruel de sus frustraciones, lo

hacía vociferando su padecimiento, como si fuese ella la víctima en quien recayera cada bofetada, cada puntapié, cada azotaina... Casi a diario, sin horario fijo, sin necesidad de una excusa, nos zurraba, y nuestros moretones fueron, durante parte de nuestra infancia, la suma de sus desilusiones. Así fue hasta lo del milagro.

Mi vida deambulaba entre la pena, la soledad, un amparo frío y seco otorgado por mi madre, el desafecto desgarrador de mi padre y la calle, el campo, la ribera del río y su liberadora amplitud, a donde acudíamos los críos y donde mi hermano y yo encontrábamos un territorio redentor.

Nuestra casa era oscura y pequeña, un segundo piso de un edificio gris, al que ni siquiera habían tenido la delicadeza de teñir la humildad con una mano de pintura. Era gris de cemento y renegrido por el polvo del carbón que el viento iba estrellando contra él desde su construcción, por eso parecía que nunca se hubiera terminado de rematar. Vivíamos en el bloque ocho familias, dos por piso, y contábamos con un portal estrecho, una escalera que daba la medida del compromiso que cada vecino tenía con la comunidad, ya que cada uno se encargaba de fregar y mantener limpio su rellano. Había un patio común al que daban las ventanas de los cuartos de baño de las casas y que era el escenario preferido para las discusiones a distancia de las mujeres, que se convertían en profesionales de la injuria si alguna había osado colgar en las cuerdas de la ropa prendas de color, chorreando agua teñida, que mancillase, en su chaparrón, el blanco pulcro de sábanas, toallas, camisas y camisetas, bragas y calzoncillos de los vecinos de los pisos más bajos. Aparte de estas disputas y de algún que otro recelo heredado del histórico pueblerino, la convivencia era, moderadamente, pacífica entre los habitantes del bloque.

Mi hermano se quedó sordo de una bofetada que mi madre le propinó poniendo la mano hueca, provocando que se le hiciera el vacío en la oreja. Dijo que le había estado pitando la cabeza por dentro durante tres días y que casi se vuelve loco. Desde entonces odiaba los trenes y a los árbitros a los que insultaba, sin tregua, durante los partidos del equipo del pueblo. Cada vez que el árbitro hacía sonar su silbato mi hermano le arrojaba, desde la tapia a la que nos subíamos para ver los partidos sin pagar, su colección de maldiciones. Le insultaba si pitaba falta, si pitaba gol, si pitaba el final o si pitaba el principio, le insultaba por el hecho de pitar, pero le gustaba el fútbol por encima de pitidos y árbitros. Siempre pensé que las broncas de mi madre a mi hermano le afectaban la mitad, porque solo le entraban por un oído, así que, en cierto modo, le tuve media envidia durante bastante tiempo. Esa tara estuvo a punto

de costarle la vida una tarde cuando se disponía a cruzar las vías del tren frente al «Cargue». Yo era capaz de identificar qué tren era el que se acercaba, solamente, por el ruido que le precedía. El más habitual era uno al que llamaban el Mixto, porque transportaba, carbón, mercancías y pasajeros, pero el que casi se lleva por delante a mi hermano fue el Rapidillo que, con sus tres vagones, pasaba frente a nuestra casa como una centella de estela de polvo negro. En la zona por la que iba a cruzar mi hermano las vías desaparecían de la vista hasta que uno no estaba encima de ellas, porque entre las tapias de las casas, los árboles y las vallas de las huertas, la máquina del tren surgía de repente, como una aparición. Aquel día, le llamaron a voces desde la calle un grupo de chicos para que los acompañase hasta el Malpelo. Allí iban para esponjarse los deseos espiando a la Chica del Río, una solterona de hechuras prósperas, que se bañaba, en aquella poza, algunos días al atardecer. Cruzaron las vías en desbandada todos los chavales, adivinando la distancia a la que el tren se aproximaba, pero mi hermano no, mi hermano no lo oyó y la máquina se le echó encima, como un energúmeno de hierro, por el lado de su oído inútil. Yo lo vi desde la ventana y mi grito fue tan fuerte que hasta pareció vibrar el cristal. Hasta que el tren pasó de largo no supe si había conseguido librarse de su embestida o se lo había llevado por delante, pero allí estaba, tieso como un palo, al otro lado de las vías, mientras los demás chicos seguían corriendo en dirección al río sin haberse dado cuenta de nada. Mi hermano tardó en arrancar, sin duda paralizado aún por el susto y, cuando lo hizo, su carrera fue tan torpe y zigzagueante que parecía irse a caer de un momento a otro. Le vi perderse a lo lejos, solo. Creo que fue la primera vez que recé por propia iniciativa y debo reconocer que me ayudó a pasar el sobresalto. Mi madre subía las escaleras alarmada por mi grito y dispuesta a hacérmelo pagar, pero...

—¿Estás rezando?

—Sí, mamá.

—¡Ah! Muy bien, muy bien, eso está muy bien, ponte a bien con el Señor y pídele perdón. ¿Por qué has gritado?

—Porque he visto a un chico cruzar las vías cuando pasaba el Rapidillo y casi se lo lleva por delante.

—Un día va a pasar una desgracia.

Ese día no hubo golpes, no hubo bronca, así que el rezo se convirtió en una buena trinchera. Perdón no pedí, porque no sabía qué era lo que me tenía que hacer perdonar.

Tanta plegaria y tanta beatería no se correspondía, realmente, con el carácter y la manera de ser de mi madre, que dedicaba mucho más tiempo a la enemistad que a la concordia e infinitamente más a la ira que a la amabilidad. El cenáculo que tenía montado en casa le servía para congraciarse con el cielo, seguramente, en busca de indulgencia, sabedora de su actitud ingrata, y además, de paso, para hacer acopio de pastas y bizcochos, que solían ser los productos con que, a menudo, llegaban a casa el resto de las rezadoras. Siempre pensé que mi madre se encontraba mucho más a gusto con lo divino que con lo humano, porque a lo primero jamás se planteó cuestionarlo, mientras que las cosas terrenales, de vez en cuando, sí le daban que pensar, le procuraban angustias y, en demasiadas ocasiones, le obligaban a posicionarse. No deja de ser curioso que el mal se encuentre más cómodo en el seno del bien que entre la propia vileza.

La casa se inundaba con el rumor devoto que dejaban las beatas con su rezo. Era como un breve zumbido adormecedor que cruzaba el pasillo y pululaba por las estancias de nuestra pequeña casa, metiéndose por todos los recovecos, como una niebla de susurros. Normalmente era el momento en el que mi hermano y yo aprovechábamos para salir de casa e ir a jugar con los demás niños al río o a los descampados cercanos. Los chicos, por un lado, las niñas, por otro. Ellos jugaban a la pelota, organizaban dreas, carreras, jugaban a las canicas, a la peonza, a las chapas, cazaban pájaros... Nosotras saltábamos a la comba, jugábamos a rayuela, hacíamos de precoces mamás de bebés de carne dura de vinilo o lanzábamos la pelota contra la tapia de la iglesia: «Hombritos, coditos, cadera, rodilla, puntera, tacón de media suela, pimiento picante, pimiento morrón...». Cuando llegaba el verano nos bañábamos en las pozas del río, en el Fresnín, el Pocín, el Malpelo... A los más mayores les gustaba ir al Pocín, porque era más profundo y se podían tirar de cabeza desde una piedra grande. Eran momentos en los que conseguía, verdaderamente, despreocuparme.

Cuando mi hermano regresó de ver a la Chica del río, con el susto del tren olvidado ya, nos dispusimos a hacer juntos los deberes. Como yo era mayor que él, solía ayudarle. Antes de cenar mi madre nos mandó, como casi cada día, que fuésemos al Chigrín, que era como llamaban al bar en el que solía parar nuestro padre, para que le recordásemos que tenía casa. Nos gustaba ir allí porque escuchábamos las conversaciones de los mineros y, aunque la mayoría de las veces no las entendíamos, nos hacía sentir mayores. En el Chigrín olía a vino, a madera y a carbón. Muchos de los mineros sumergían

sus quebrantos en las copas, una tras otra, tratando quizás de que el aturdimiento del alcohol los mitigara. Otros, en cambio, solteros y bien remunerados, únicamente bebían por hacer alarde, por derroche de dinero y fortaleza, para que la aparente lucidez que les daba el alcohol prevaleciese sobre la evocación constante de la oscuridad de las galerías en las que pasaban el resto del día. Mi hermano me contó que esa tarde, mientras esperábamos que nuestro padre consiguiera desasirse del mostrador, oyó a dos mineros hablar de la cárcel y cómo uno le decía al otro que casi habría preferido estar preso que allí abajo.

—Eran asturianos.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Por el acento asturiano.

—¡Ah!

Al cabo del tiempo supe que a muchos presos políticos los sacaban de la cárcel y los llevaban a la mina para reducir pena y que la Guardia Civil estaba al cabo de cada paso que daban. Pagaban sus culpas a base de carbón y destierro.

Recuerdo con nitidez que aquel día tardamos mucho en llegar a casa, porque mi padre no podía andar muy de prisa, se ahogaba, se paraba y daba bocados al aire como queriendo atrapar un poco más para meterlo en sus pulmones. Era por eso por lo que ya no trabajaba en la mina y lo hacía en las oficinas de la empresa, porque allí abajo hay menos oxígeno y mi padre necesitaba mucho. Llegamos a casa, la cena estaba en la mesa, pero mi padre no cenó, se acostó sin dar las buenas noches. Mi madre nos regañó por haber tardado tanto, nos dio una bofetada a cada uno y nos dejó solos en el comedor, pasó un momento a ver a mi padre y salió refunfuñando en dirección a la cocina. Entre ruido de cacharros y platos la escuchábamos murmurar. Al día siguiente mi padre no fue a trabajar, lo supe porque su tos arañada nos acompañó, amortiguada por las puertas y los tabiques que separaban su cuarto del resto de la casa, mientras desayunábamos nuestro tazón de leche con Cola Cao y nuestra tostada con aceite y azúcar, antes de salir hacia el instituto.

II

MI HERMANO ESTABA A PUNTO de obtener el privilegio que supone formar parte de Él, como le repetía mi madre constantemente, pero yo, que desde hacía dos años se suponía que ya disfrutaba de ese grado que adquieren los favorecidos, no había notado ningún cambio. Así debía de ser, de todos modos, ya que todo el mundo participaba de esa convicción. Quizás fuese que a los niños y a las niñas nos faltara criterio para apreciar esa aventajada condición. Para tomar la primera comunión y poder llegar a formar parte de Él, mi hermano tenía que asistir a la iglesia todas las tardes después de clase porque, en una casita aledaña, don Baudilio, el cura, impartía catequesis. Yo solía acompañarle hasta la puerta y luego me quedaba jugando por los alrededores. Aquel día, caminando delante de nosotros, iba una niña que vivía frente a nuestro bloque y, aunque de la misma edad que mi hermano, parecía bastante mayor que él, porque había pegado el estirón muy pronto. Desde el soportal escuché la voz severa y tajante de don Baudilio.

—Vete a tu casa y vuelve vestida decentemente. Con esos pantalones se va a pescar, no se viene a catequesis. Y dile a tu madre que venga a verme.

La niña grande, que vestía unos pantalones cortos que dejaban al aire sus rodillas, se dio la vuelta llorando y corrió hacia su casa. No sé por qué será, pero siempre me ha parecido que el llanto de un niño grande es más llanto. Tras ella traspasó el umbral de la puerta el cura que, circunspecto y con gesto amenazante, me miró.

—¡Tú, ven aquí!

Me acerqué despacio, haciendo verdaderos esfuerzos por avanzar, porque cada pasito que conseguía dar me costaba un gran trabajo. Era como si las plantas de los pies se me pegasen al empedrado. Por fin llegué hasta él.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ese colgante.

—No sé, es de marfil, me lo han regalado.

Era un cuernecito que me había dado la mujer de un minero caboverdiano a la que solía ayudar a llevar la bolsa de la compra cuando coincidía con ella en el economato para las familias de los mineros, que estaba junto a las oficinas de la empresa. Era una mujer oronda y risueña, que siempre acarreaba con tres criaturas y que, no sabía por qué, me producía una mezcla de sensaciones entre la ternura y la tristeza.

—Pues si quieres llevarlo puesto, a la iglesia no entras. Es un amuleto pagano.

Don Baudilio, altivo, se giró sobre sí mismo y el interior oscuro del pasillo se lo tragó. Esa tarde no me quedé en los alrededores a esperar que mi hermano saliese de catequesis, a pesar de que algunas de mis amigas jugaban a la rayuela frente a la tapia de la iglesia, esa tarde regresé a mi casa antes y entristecida. Al llegar a mi habitación saqué, de entre mis libros del instituto, mi diccionario, busqué el significado de la palabra «pagano». Me quité el colgante. Mi padre tosía a lo lejos.

En otoño el monte se vuelve metálico. Las hojas de los árboles parecen de bronce, de cobre, de oro... Y huele diferente, a humedad vegetal. La hojarasca cubre los caminos y las sombras del arroyo de Zancajones se hacen más oscuras. Me daba miedo caminar por el campo durante el otoño y el invierno, porque con el frío el bosque se vuelve misterioso, las formas retorcidas del ramaje quedan completamente al descubierto y tienen algo de amenazantes, así que nunca iba sola. Mi hermano sí, a él no le atemorizaba serpentear entre los castaños en busca de pajaritos a los que abatir con su tirachinas. A mi padre le encantaba comérselos fritos. Tenía muy buena puntería, una vez acertó a una tórtola en pleno vuelo y otra, desde la ventana del cuarto de estar de nuestra casa, oculto tras los visillos, disparó una china de las gordas a la cabeza de un chico grandote y valentón al que todos llamaban la Mula. Huía a toda velocidad con la bici que acababa de robarle a otro niño que jugaba con sus amigos al pañuelo. Tras el impacto del proyectil, cayó el ladrón al suelo, tocándose la frente y tras levantarse aturdido, gritaba insultos y terribles amenazas sin saber, ciertamente, a quién los dirigía.

—Estás loco, le podías haber matado. Si le llegas a dar en la sien...

—Se lo merece, es un chulo y un abusón, siempre está igual, aprovechándose de los pequeños y robando. Le tenía muchas ganas.

Y los dos comenzamos a reír pícaramente.

—Me voy a cazar pájaros.

—Espera, no salgas ahora, espera a que la Mula se vaya.

Volvió mi hermano un par de horas más tarde con el morralillo lleno de pajaritos.

—Si se te dieran tan bien las lecciones como los pajaritos... Trae aquí que los desplumo.

Mi madre le quitó el morral y se encerró en la cocina. Esa noche cuando mi padre volviese del Chigrín seguro que, antes de acostarse, pasaba por la mesa. Como cada día fuimos en su busca. Por el camino mi hermano me contó que había descubierto un castaño gigantesco al que se le había abierto el tronco por la parte de arriba y que el enorme hueco le parecía perfecto para guardar tesoros, además, a sus dos lados, había otros árboles más pequeños y con un par de cuerdas gordas y un tablón podríamos fabricar un columpio.

—¿Qué tesoros vamos a guardar? Nosotros no tenemos tesoros.

—No tendrás tú.

Salió corriendo en dirección al Chigrín, que ya se distinguía a lo lejos y me dejó atrás, con la intriga.

—¡Espera, espérame! ¡Dime qué tesoros tienes!

Cuando llegamos al bar nuestro padre jugaba una partida a la rana con otros mineros. Uno de ellos era portugués. Yo no sabía por qué mi padre alternaba con aquel matón. Tenía fama de tirar de navaja con facilidad y en más de una ocasión se le había visto metido en reyertas y en pendencias de alcohol. La gente decía que los portugueses no se andaban con recatos. Habían llegado a la mina para hacer dinero y trabajar duro, y a muchos de ellos el carácter se les había vuelto tan inflexible como sus esfuerzos. Para conseguir que mi padre no se entretuviese demasiado, como solía ocurrir a menudo, mi hermano le dijo que había ido a por pajaritos y que nuestra madre los estaba preparando. Cuando acabaron la partida mi padre se despidió y se puso la chamarra, dispuesto a salir. No debió de sentarle muy bien al portugués, porque empezó a protestar y a vociferar exigiendo la revancha. Había perdido dos partidas y exigía otra oportunidad. Mi padre se negó, alegando que le esperaban para cenar y señalándonos a nosotros como si fuésemos los embajadores de la responsabilidad, enviados para rescatarle.

—Que juegue otro. Hay mucha gente.

—*No, tehno que jogar* «contigo»! *Voce ganhou, voce tem que jogar*.

Nuestro padre se despidió de los demás con un ademán de cabeza y se dirigió a la puerta del local donde le esperábamos. El portugués, visiblemente ebrio, se le acercó por detrás y asiéndole del hombro le increpó.

Yo comencé a llorar y mi hermano se lanzó como una exhalación contra el portugués que, de un empujón, le arrojó contra una de las cubas, que hacían las veces de mesas. Mi padre se revolvió, pero los demás hombres se echaron, rápidamente, sobre los contendientes y el conflicto no llegó a más. La tos se apoderó de él durante todo el camino.

—No le contéis nada a vuestra madre, ¿de acuerdo?

—Sí —contestamos al unísono.

Llegó a casa tan exhausto que ni siquiera los pajaritos fritos le mantuvieron el ánimo. Muchísimo tiempo después de que se acostara, su tos seguía llegando hasta el cuarto de estar como un eco lóbrego de mal agüero.

Al día siguiente, después de clase, mi hermano me llevó hasta el castaño hueco. Era un árbol descomunal, con una cavidad en la parte superior en la que fácilmente podría caber una persona de pie. A pesar de la tremenda herida de su tronco las ramas aún tenían hojas y, aunque ya estábamos en otoño, muchas de ellas aún seguían vivas. Varios árboles más rodeaban a aquel gigante, pero unos metros más allá la espesura daba paso a un llano que se extendía hasta la ribera de un arroyo bordeado por zarzamoras. Nosotros no íbamos nunca por aquella parte del monte, porque estaba situado justo detrás de una antigua bocamina y los chicos no frecuentábamos aquellos andurriales. Los alrededores mostraban enormes terraplenes de carbón, que bajaban como lava hasta casi el borde del camino que bordeaba el riachuelo. Bosque y carbón, savia y devastación, dibujaban un paisaje en el que el esplendor y la oscuridad convivían como las luces y las sombras en el ser humano. El castaño hueco se convirtió en nuestro recóndito secreto, en guarida de fantasías. Durante muchos días recopilamos objetos, que pasaron de ser insignificantes a adquirir el nuevo gran valor que le otorgaba el pasar a formar parte de nuestra intimidad. Metimos en una caja y llevamos hasta el castaño una bala de fusil que mi hermano había encontrado tiempo atrás junto a las vías y cinco monedas romanas que había conseguido de un compañero de clase, que a su vez se las había birlado a su hermano mayor, a cambio de un trabajo que no me quiso detallar. En eso consistía su tesoro. Yo aporté un anillo de plata que había encontrado hacía dos años en el río mientras buceaba, porque me gustaba meter la cabeza bajo el agua y abrir los ojos. Siempre me pregunté de pequeña cómo los peces podían vivir en un entorno tan borroso. También incorporé al tesoro mi amuleto pagano, una muñeca pelona y un frasco de perfume de rosas, con una pera difusora incorporada, que me hacía mucha gracia y que había quedado olvidado en un cajón de la cama mueble donde mi

abuela durmió cuando vivió con nosotros y que seguía arrumbada a la pared del cuarto de estar. Eso era, de momento, nuestro tesoro.

—Nadie puede conocer lo del árbol.

—Lo dices como si yo fuese una chivata.

—No, yo confío en ti, pero te lo advierto.

—O sea, que no confías en mí.

—Que sí, que sí confío.

—¿Entonces por qué me lo adviertes?

—No me marees, te lo advierto y punto.

Aquel día, cuando nos íbamos acercando a casa, ya de regreso, aún desde la distancia, se adivinaba un gran número de gente arremolinada en nuestro portal. A medida que nos acercamos distinguimos a nuestra madre entre el tumulto haciendo aspavientos. Una ambulancia con el portón trasero abierto, aparcada justo enfrente, presagiaba tragedia; habría que comprobar su magnitud y quién o quiénes eran los afectados. Mi hermano y yo nos miramos, alarmados, sin decirnos una palabra, pero a ambos se nos vino a la cabeza nuestro padre y su tos. Alguna mujer lloraba y algunos hombres charlaban visiblemente cariacontecidos. Llegamos hasta el portal, nos acercamos a nuestra madre, que sin mediar palabra y antes de que pudiésemos preguntarle nada, con un solo gesto breve y raudo de su cabeza, nos indicó que subiésemos a casa. Desde la ventana, pudimos, más o menos, averiguar lo que había sucedido. En el último piso vivía una familia del pueblo de toda la vida, su hijo, que debía de rondar los veinte años, había dejado de estudiar hacía ya tiempo, como tantos otros jóvenes, embaucado por el dinero que se ganaba en la mina, que resultaba tener mucho más poder de fascinación que las lecciones. Fueron multitud los chicos que abandonaron las aulas para internarse en las galerías oscuras y sustituir cuadernos y lapiceros por palas, picos y barrenos y que pusieron su juventud en manos de los excesos, del alcohol y de la droga que, por aquel entonces, comenzaba a expandirse como un veneno despiadado e implacable, entre los mineros más jóvenes. La amenaza los esperaba, seductora, a la salida de las bocaminas, agazapada en las callejas mal iluminadas, con su propósito aniquilador. Nuestro vecino fue de aquellos que se dejaron engatusar para dolor de sus padres. También él hacía tiempo que andaba tonteando con la heroína, quizás sin saber, como supimos más tarde, que ella no tontea, que traduce los coqueteos en auténticas provocaciones y que, una vez que has aceptado su desafío, casi siempre tienes las de perder. Nuestro vecino perdió. No sé si alguien ganaría con su muerte.

Le encontraron en el descansillo, sentado en el suelo, con la suciedad de la jornada aún en la piel del rostro y de las manos, con una manga subida hasta el codo y la muerte colgándole del brazo. Vimos desde la ventana cómo nuestra madre se lo relataba, sin ahorrar detalles, a todo aquel que se acercaba al portal, poniendo todo el desconsuelo en el tono lastimero de su voz, completamente compenetrada con lo trágico del momento. Entre «ayes» y sollozos, implorando al altísimo, elevando la vista y la plegaria hacia el cielo, nuestra madre dirigía, con dolor firme, la comunicación del suceso, mientras el resto de los vecinos iban de un lado para otro, subían y bajaban por las escaleras en el sinsentido que reina siempre en las situaciones insólitas, que sobrepasan las previsiones. Nos llamaba la atención el desconsuelo que parecía afectar a nuestra madre, cuando, realmente y a menudo, el chico muerto, el hijo de «los del último», como solía llamarles ella, había sido diana de sus dardos más ponzoñosos.

—Si os veo hablando con el hijo de «los del último», os mato.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo y a mí no me repliques.

En la comarca se había convertido en algo muy habitual encontrar jeringuillas regadas por los rincones o en los descampados que se abrían entre los castaños, entre los recovecos de los lavaderos de carbón... Ya no era raro cruzarse con chicos que, como fantasmas vacilantes, deambulaban con el alma en el limbo. A los «cacharros» cargados de alcohol se les había unido la droga, que abría una puerta nueva para la huida y era mucho más rápida. Los estragos que la mina hacía en las voluntades tenían que encontrar un consuelo y, equivocadamente, los mineros más jóvenes solían hallarlo en aquello que procuraba un efecto inmediato y un alivio por muy fraudulento y peligroso que fuese. Padres mineros no querían hijos mineros, pero los vagones que transportaban el carbón desde la «rampla» hasta la salida del pozo, aunque cargados de carbón, brillaban como plata a ojos de aquellos chicos de la comarca, que se rendían, a mansalva, ante aquel fulgor que salía de lo oscuro.

Apareció en el portal don Baudilio, seguido por una cohorte de beatas y acompañado del sargento de la Guardia Civil. La gente se apartó sin que tuvieran que advertirles, sin que nadie solicitara el paso. Ascendieron por la escalera y sus pasos resonaron, firmes y rotundos, por los descansillos. Nuestra madre les seguía mientras explicaba el relato de los hechos, a pesar de que nadie se lo había solicitado. Vimos desfilar, desde detrás de la puerta de nuestro piso, espiando por la mirilla, a la comitiva. Salimos de casa y

disimulados entre los curiosos, subimos las escaleras para fisgonear. Me impresionó, tremendamente, ver el cuerpo del chico de «los del último» allí acurrucado, con una leve inclinación, apoyado contra la pared que le sujetaba y le transmitía su color macilento. No sentía pena, pero comencé a llorar. La imagen de aquel cuerpo arrinconado jamás se ha borrado de mi memoria y regresa a mí cada vez que algo me perturba. El chico de «los del último» fue mi primer muerto y el primer muerto es como el primer amor. Don Baudilio y el sargento entraron en la casa, que permanecía con la puerta abierta y de la que salía un sollozo continuo. Apenas llevaban dentro unos minutos cuando apareció, junto a otros hombres, otro cura, pero este era de otra variedad, tendría unos treinta años, vestía pantalones, llevaba barba y el pelo largo, y le acompañaba un grupo de hombres, alguno de ellos tan joven como el muerto, que subían los escalones de tres en tres, a grandes zancadas, con la premura del que huye, pero muy al contrario, ellos remontaban los peldaños para encontrarse con una realidad terrible: el compañero vencido y perdido para siempre.

Se pararon unos segundos frente al cadáver, el tiempo justo para asimilar lo irreversible de la coyuntura y avanzaron hasta el piso de los padres, donde fueron a encontrarse con la comitiva anterior. Poco tardaron en resonar las voces alteradas, resultando casi imposible entender lo que se decían unos a otros, aunque era obvio que disputaban. Salieron con las mismas prisas con las que entraron los componentes del grupo del cura barbudo y abriéndose paso entre los curiosos que seguían allí, colonizando la escalera, desaparecieron.

—¡Acabaremos con vosotros, fascistas! ¡Tenéis los días contados, cabrones!

Mi hermano y yo regresamos a casa no fuera a ser que a nuestra madre le diera por abandonar el escenario y nos pillara entre la marabunta de cotillas.

—¿Qué es ser fascista?

—Creo que es ser viejo.

Tardaron en llevarse el cuerpo del hijo de «los del último». Antes de que la ambulancia le transportara en su último viaje, el ajetreo continuó escaleras arriba y abajo. Nuestra madre se olvidó de hacernos la comida. Todavía me duele el bofetón que me gané por haber cogido de la nevera dos tomates. Cómo podía tener hambre en un momento así. El demonio se había apropiado de mi alma. Comencé a sospechar que el demonio se apropia de los estómagos vacíos y que un estómago vacío es campo abonado para el mal, porque te deja sin buena voluntad.

El chico de «los del último» no dio mucho más que hablar desde el día de su muerte, pero a la salida de su funeral sí recuerdo, porque aunque yo no asistí me encontraba junto a la iglesia jugando, que un grupo de mineros que esperaba frente a la entrada, y entre los que distinguí a algunos de los que habían llegado a nuestro edificio con el cura barbudo, increpó a don Baudilio y al capataz de la mina en la que trabajaba el chaval. No entendía el significado de lo que les gritaban, pero debía de ser algo feo, porque los demás asistentes al funeral cuchicheaban entre ellos, con evidentes síntomas de desacuerdo, mientras abandonaban la iglesia.

—¿Cómo pueden disputarse un muerto? No sé dónde vamos a llegar con estos curas rojos...

Era el primer viernes del mes y eso significaba que había que ir a confesarse. Aunque me había quitado el colgante pagano estaba intranquila. Cada primer viernes de mes estaba intranquila.

—Mamá, ¿por qué no podemos confesarnos en la iglesia del cura rojo? Me han dicho en el instituto que confiesa en grupo y no te pregunta las cosas horribles que me pregunta don Baudilio.

—Vas a ir a confesarte ahora mismo, le vas a contar a don Baudilio lo que me acabas de decir y luego vas a venir aquí, porque estás castigada.

—¿Pero por qué? ¿Qué he hecho?

—A mí no me repliques, que te parto la cara, estás castigada y punto.

Así era mi madre, aliada siempre con lo severo. A pesar de que hacía un calor de moscas y lagartos me puse mi chaquetita de perlé para no dejar al descubierto mis brazos y cumplir así con el decoro y, aún compungida, me encaminé hacia la iglesia. Retumbaban en mi cabeza las preguntas con las que el cura insistía una y otra vez, confesión tras confesión, y que tan incómoda me hacían sentir: «¿Te tocas», «¿te gustan los chicos?», «¿piensas en chicos?», «¿y qué es lo que piensas?»... No fue un acto reflexivo, pero algo dentro de mí me hizo cambiar, bruscamente, de dirección y en vez de encaminarme hacia la iglesia giré hacia la derecha, tomé un camino de tierra y me introduje en el bosque, caminando entre andurriales, hasta llegar al castaño hueco. De vez en cuando me gustaba estar sola en mis mundos de fábula donde, sin intromisiones, la vida era siempre alegre y yo dichosa. No calculé bien el tiempo. En realidad, no lo calculé, se me olvidó. Sin lugar a dudas, llegar hasta el castaño hueco me había llevado un buen rato, prácticamente el mismo que tuve que emplear en regresar, y si a ese tiempo se sumaba el que había

empleado en divertirme, debí de llegar a casa muy tarde. Mi madre no esperó a que atravesase el umbral de la puerta, armó su brazo, me abofeteó, me agarró de la coleta y, tirando de mí, me encerró en el «cuarto verde», que era como llamábamos mi hermano y yo a una pequeñísima habitación que hacía las veces de trastero. Lo llamábamos el cuarto verde, aunque estaba pintado de blanco y las estanterías que ocupaban la pared del fondo eran de madera, porque una vez que nuestra madre nos encerraba allí solamente nos quedaba la esperanza del perdón. Ironía infantil. En el cuarto verde, a oscuras, se pasaba frío y se pasaba hambre, pero, dependiendo de la hora a la que se produjese la reclusión, más de una cosa que de la otra. Sabía que era inútil gritar y aporrear la puerta, pero yo lo hacía, solamente, por molestar. Era mi pequeña venganza. Voceaba lo suficientemente fuerte como para que el ruido resultase latoso, pero no tanto como para que mi madre se enojara más y la emprendiese de nuevo a golpes. Del mismo modo, golpeaba la puerta lo bastante fuerte como para que los porrazos se convirtieran en un fastidio, pero, en cambio, no pudiesen con la débil consistencia del contrachapado con el que estaba fabricada. Cada uno utilizaba sus estrategias en la batalla doméstica que se libraba cada día en nuestra familia. Había llegado a estar encerrada en el cuarto verde dos días, sin comer y sin beber. Mi hermano me contó que aquella vez, cuando abrieron la puerta, dando por finalizado el castigo, me encontraron en el suelo sin conocimiento, pálida como un fantasma y hecha un ovillo. Vino a casa la enfermera del botiquín de la empresa minera, que ya me encontró despabilada. Era amiga de mi madre. Enviaron a mi hermano a que la avisara y la trajese a casa. Antes de que entrara en mi cuarto, al otro lado de la puerta entornada, escuché a mi madre cómo mentía y le contaba a la enfermera que me había encontrado desmayada en mi cama y que sería porque llevaba varios días en los que me negaba a comer, que ella pensó que era porque tendría el estómago sucio por las porquerías que comía por ahí y que la mataba a disgustos. Los días que siguieron a aquel «intento de asesinato vía disgusto» los recuerdo soberbios. Mi madre me llevaba a la cama zumos y rosquillas y, aunque no puedo decir que estuviese cariñosa, sí se mostró menos áspera y hasta complaciente. En esta ocasión, el castigo apenas duró un par de horas y únicamente mi condena se complementó con mandarme a la cama sin cenar. Temí que llegase el siguiente primer viernes de mes, porque don Baudilio era implacable. Parecía tener, además, el don de la presencia persistente, porque cuando menos lo esperabas, emergía su sotana y cuando eso sucedía nada amable podía

esperarse. Si era el representante de Dios en la tierra, debía de ejercer la representación solo en los días que el todopoderoso tenía malos.

Pasada la agitación que provocó la muerte del hijo de «los del último» el bloque volvió a la normalidad y mi madre parecía estar de peor humor que de costumbre. Haber pasado de tener una concurrencia cautiva ante la que mostrarse en toda su aflicción a entrar de nuevo en la rutina del anónimo sufrimiento debía de serle extremadamente duro.

Las beatas que formaban el cenáculo de nuestra casa habían terminado ya de rezar el rosario y recuerdo que era lunes, porque tocaron los misterios gozosos. Al terminar el rezo siempre dedicaban un ratito al despelleje. Yo las oía criticar y vituperar a unos y a otras, y aquel día le había tocado el honor a la gobernanta de una de las residencias para mineros solteros que había en la zona.

—Una mujer sola y entre tanto hombre, vete tú a saber.

—Yo no sé a dónde vamos a llegar.

—Y solteros y jóvenes, con lo loca que está la juventud en estos tiempos.

—Desde luego algo deberíamos hacer antes de que se convierta el pueblo en un lupanar.

—¿En un qué?

—Una casa de putas, que todo hay que explicártelo.

—¡Cielo Santo! Ave María Purísima. ¿Cómo dices eso?

—Dios me perdone, pero es que si no, no te enteras.

—Don Baudilio tendría que tomar cartas en el asunto.

La residencia para mineros solteros era una casona enorme a la que yo iba a jugar de vez en cuando. La señora que la regentaba era viuda y tenía una hija que era mi mejor amiga del instituto. Cuando somos jóvenes siempre tenemos mejores amigas. Realmente, yo tenía dos mejores amigas, pero esta era un poco mejor amiga, porque vivía en esa casa. La parte de abajo era diáfana, pero rodeada de pasillos, así que daba muchas posibilidades a la hora de idear juegos. Una parte era carbonera, pero el resto del espacio contaba con un suelo completamente liso en el que podíamos incluso patinar.

Distinguí la voz de don Baudilio en la primera planta, que hablaba en su habitual tono severo con la madre de mi mejor amiga. Ambas nos acercamos a la escalera y aguzamos el oído para captar la conversación. El cura volvía a hacer uso de su don de la presencia incesante para vigilar y velar por la conducta de sus parroquianos, para que esta fuese la correcta y no los llevase de cabeza al descarrío. Era de agradecer. Por eso no le parecía bien que una

mujer sola conviviese con tanto hombre también solo, soltero y joven, sabiendo de las necesidades de los hombres, solos, solteros y jóvenes. No creía el cura que fuese ejemplar ni conveniente que regentara aquel negocio. La madre de mi mejor amiga no parecía estar muy de acuerdo con don Baudilio, porque le mandó con viento fresco no sin antes explicarle que aquel era su trabajo, que lo hacía honradamente, que nadie jamás se había propasado con ella y que además nunca lo consentiría, que se metiera en sus asuntos, que también la iglesia la tenía siempre llena de mujeres y a él nadie ponía en duda su honra y que la dejara en paz. Se escuchó el portazo como una explosión y después del estruendo mi mejor amiga y yo oímos a su madre llorar. Nunca más volví a ver a ninguna de las dos en la iglesia de don Baudilio, se cambiaron a la del cura rojo a pesar de pillarles un poco lejos. Me contó mi mejor amiga que además en aquella iglesia, los hombres y las mujeres se sentaban mezclados en los bancos, no como en la nuestra, en la que las mujeres se situaban en la parte delantera y los hombres en la de atrás. También me contó que asistían los negros, los que habían venido de Cabo Verde a trabajar en la mina y que eso de que eran inferiores era mentira, que eran personas normales y corrientes y que hablaban portugués, como los otros portugueses blancos. A su madre, muchos de ellos, le guardaban un gran aprecio porque cuando comenzaron a llegar a los pueblos de la comarca para incorporarse como trabajadores a las minas, sobre todo los que llegaron solos, sin familia, fueron alojados en una residencia similar a la que ella regentaba, pero como la gobernanta les trataba fatal, la empresa le pidió ayuda a ella. La madre de mi mejor amiga fue hasta allí, comprobó que, efectivamente, el trato que estaban recibiendo aquellas pobres criaturas ni siquiera rozaba la dignidad, puso al día a la mujer, informó al capataz que había requerido su ayuda y, desde aquel momento, todo cambió para aquellos caboverdianos aventureros, que desde entonces comenzaron a recibir un trato más humano. Ese fue el motivo por el que la madre de mi mejor amiga se ganó su afecto de por vida. Una de las cosas que más pena me dio cuando lo del milagro fue perder el contacto con ellas, aunque luego lo recuperé. Aún hoy en día me vienen a menudo a la memoria aquellas tardes en el sótano de la residencia de mineros, patinando o escondiéndome por los recovecos que dibujaban los pasillos.

III

LOS DOMINGOS DESPUÉS DE MISA DE DOCE, los jóvenes a los que aún no dejaban ir a la discoteca por las noches iban al baile-vermú. Mi madre decía que las chicas que iban a esos sitios eran unas guarras, que tendrían que estar fregando o ayudando a sus madres en casa en vez de restregándose con cualquiera, pero yo las veía haciendo cola frente a la taquilla de la sala de fiestas y me parecían muchachas corrientes, vestidas de domingo, que ni se restregaban ni nada, al menos allí afuera. Por la parte de atrás de aquel local había una puerta metálica, que daba al campo, por la que las furgonetas de reparto descargaban. Desde allí se oía la música tenuemente y los más pequeños organizábamos nuestra discoteca particular. Nos juntábamos niños y niñas, a escondidas, para resguardo de nuestra vergüenza, y bailábamos y fantaseábamos con ser mayores, incluso alguno había que se atrevía a fumar. Lo más divertido, al menos para mí, tenía lugar al principio, cuando la música que ponían era movida, para bailar suelto, porque al cabo de un rato sonaban las rumbas, que no me gustaban, y para acabar, las canciones lentas. Con esas ya no bailábamos más, se apoderaba de nosotros un pudor ingenuo, se disolvía el guateque y entonces nos íbamos cada uno a nuestra casa, porque solía ser ya la hora de la comida. Ese domingo la puerta no estaba cerrada, algún operario se había olvidado de cerrarla del todo y permanecía entreabierta. Alguno de los chicos propuso que entrásemos adentro. Afuera la música se oía con mayor nitidez, así que podríamos haber montado nuestro baile en mejores condiciones, pero el espíritu de aventura venció. Todos los chicos entraron, entre ellos mi hermano, la mayoría de las chicas, no, entre ellas yo. Nos quedamos bailando solas. ¿Quién necesitaba a los chicos para bailar? Pasaron las canciones movidas, pasaron las rumbas y llegaron las lentas, pero los chicos no salían, estaban apurando demasiado el tiempo. De pronto alguien cerró el portón desde dentro, tras el ruido del pestillo se oyó claramente el pasar de un cerrojo, el volumen de la música se atenuó e inmediatamente pensé en mi hermano y en cómo saldría de allí. Las canciones

lentas seguían sonando y las demás chicas se habían marchado. No sabía qué hacer, imaginaba los terribles castigos que le caerían a mi hermano cuando mi madre se enterase de la travesura y, de paso, estaba segura de que a mí también me tocaría alguna penalidad por no haber cuidado de él, siendo la mayor. La música dejó de sonar. Esperé algunos minutos y después di la vuelta al edificio para ver si salían por la puerta principal, escabullidos entre la gente, pero no fue así. La puerta principal cerró, los jóvenes que salieron se desperdigaron rápidamente y el entorno de la sala de fiestas quedó desierto. Regresé a la parte trasera, pegué la oreja a la puerta. No se oía nada. Estaba fría. Me alejé del edificio para examinarlo desde la distancia, por ver si descubría alguna abertura por la que pudieran haber salido... Unas voces lejanas me hicieron volver la cabeza. No hablaban alto, pero el silencio del campo y la dirección en la que soplaba el viento las traían hasta mí. Al principio no distinguí bien las figuras, pero se adivinaba que eran hombres, que uno era más alto que el otro y que caminaban juntos. A medida que se fueron acercando pude identificarles claramente. Allí estaba mi padre, con el brazo sobre los hombros de la Mula, aproximándose a mí sin saberlo, creyéndose a salvo de miradas imprudentes ¿De dónde vendrían? ¿Desde cuándo mi padre mantenía trato con aquel pequeño delincuente? Mi padre le besó en la frente, le dio un azotito en el culo mientras la Mula corría en otra dirección, alejándose. Mi padre continuó caminando solo, cada vez más cerca de mí.

—¡Papá, papá!

Levantó la cabeza, frunció el ceño y comenzó a toser, por eso no entendí bien lo que decía.

—¡Papá, papá!

Llegó hasta donde yo estaba.

—¿Qué haces aquí?

Le conté lo de los chicos que se habían colado en la sala de fiestas esperando que reaccionara, que se le ocurriese algo, que buscase una solución, aunque luego nos regañase, pero me miró fijamente sin decir nada, anduvo unos pasos, se volvió con gesto provocador y me preguntó qué había visto.

—¿Cuándo?

—Allí, en el campo.

—No he visto nada.

—¿No?

—Te he visto con la Mula, que venías andando por donde las zarzas, nada

más.

—No me has visto, ¿entiendes? No me has visto con nadie por ningún sitio. Más te vale no decir nada si no quieres que te mate.

Y siguió su camino sin solucionar lo verdaderamente importante, que era sacar de allí a los que se habían quedado encerrados.

No dije nada a nadie. Nunca. Con el tiempo comprendí.

Me quedé desconcertada, de pie junto a la puerta trasera de la sala de fiestas. Me sacaron de la turbación las voces que, desde el interior, por fin, daban los encerrados y los golpes que asestaban a la puerta por dentro. Me acerqué y lo primero que se me ocurrió fue regañarles. Me dijeron que no podían abrir, porque el cerrojo tenía puesto un candado enorme, entonces uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, que fue de quien había surgido la genial idea de colarse dentro, me dijo que fuese a su casa y preguntase por su hermano mayor, porque era amigo de uno de los camareros, que le contase lo que había sucedido y que se buscase la vida para abrir. Así lo hice, pero el hermano del chico se lo tomó con calma. Primero se rio, después terminó de comer, después le acompañé hasta casa del camarero, que primero se rio, luego terminó de comer y después los acompañé a ambos hasta casa de un tercero, que parecía ser el poseedor de las llaves. Suerte que este ya había finalizado el almuerzo. Llegamos a nuestra casa tardísimo. Mi madre había salido a buscarnos lo que, al menos, dilató el tiempo y así el castigo tardó en llegar un poco más. Nuestro padre debía de estar durmiendo la siesta o en el Chigrín, no nos preocupamos en averiguarlo. Cuando nuestra madre apareció traía la cara desencajada, las manos y los pies dispuestos y el ánimo encendido, así que nos temimos lo peor y lo peor sucedió. Lo malo de las costillas astilladas es que no se pueden escayolar y tardan mucho tiempo en curarse. Cada respiración llevaba una hoja de estilete flotando en el aire que me entraba en el pecho, así que, durante al menos un mes, respiré flojito y dormí sentada en la cama, aguantando el dolor, que era afilado. En el instituto me lo notaron, pero les conté que me había caído patinando y que me había dado un golpetazo muy fuerte en el pecho. También don Baudilio, el primer viernes de ese mes, me notó la respiración rara mientras le contaba que no me tocaba y que tampoco pensaba en chicos, así que me preguntó por qué respiraba así. A pesar de estar confesándome no le dije la verdad y, aun a riesgo de caer en pecado mortal, le conté la misma versión que había relatado en el instituto y así creí haber salido del paso.

—Ahora, cuando reces la penitencia, esperas a que termine con el resto de

confesiones y pasas por la sacristía.

Me indicó don Baudilio que me quitara la camisa que quería ver si tenía una lesión grave. Aunque me dio muchísima vergüenza así lo hice. Me auscultó con la mano muy abierta, pero suavemente y durante mucho rato. Sudaba. Yo también. Al desnudarme descubrió los moretones que ennegrecían mi pecho y mis costados.

—¿Esto también te lo hiciste al caerte patinando?

—Sí.

Salí de la iglesia lo más rápido que pude, el sudor se me enfrió y comencé a tiritar, llegué a casa temblorosa. A mi madre, por supuesto, no le conté nada acerca del reconocimiento al que me había sometido don Baudilio. Estuve pendiente algunos días viendo si el comportamiento de mi madre sufría algún cambio porque el cura hubiera intercedido por mí al darse cuenta de que mis lesiones no eran por una caída y le hubiese dado por advertirle acerca del daño que me causaba, pero no debió de hacerlo, porque nada varió. El siguiente primer viernes de mes, al acabar la confesión, don Baudilio me dijo de nuevo que esperase a que acabara el resto de las confesiones, porque quería ver cómo seguían los moretones y la costilla astillada, pero no lo hice. Recé la penitencia, dos padrenuestros y dos avemarías, le pedí a Dios que me curara la costilla lo más rápido que pudiese o al menos que me aliviara el dolor y que nunca más me hiciera quedarme a solas con don Baudilio, aunque fuera su representante en la tierra. Le dije que me gustaba más el otro representante, aunque fuera un barbudo, que lo tuviera en cuenta. Me levanté y temerosa pero decidida, salí sin mirar atrás.

Durante el tiempo que me duró el dolor en el pecho no volví al castaño hueco, pero en cuanto me encontré mejor y dejó de dolerme la respiración, regresé con mi hermano. Teníamos que llevar nuevas piezas para añadirlas al tesoro, porque en esos días habíamos acumulado un verdadero botín. Pensaba, en aquel momento, en la impresionante cantidad de objetos de valor que uno puede encontrar si presta atención y se fija bien en que la gente, por regla general, cuando se deshace de las cosas no es consciente de la importancia y de la utilidad que pueden llegar a tener y en que podría levantarse un país, solamente, con reutilizar todo lo que se tira y además quedaría muy bien adornado. Mi hermano había encontrado un espejo, prácticamente nuevo, en el que podía reflejarme casi entera. Se debían de haber desprendido de él porque en uno de los laterales, junto al marco, se

estaba perdiendo la lámina brillante y se había ennegrecido. También habíamos encontrado cuerdas abandonadas en una nave del lavadero que había a las afueras y al que teníamos prohibido ir, pero al que solíamos acercarnos a menudo. Era un paraje siniestro y con aquellas enormes estructuras de hierro, aquellas montañas negras de carbón, las vías del tren con las vagonetas paradas y los túneles, nos parecía a los niños el escenario de una película de aventuras, así que muchos días, especialmente en verano, cuando la luz aguanta más, íbamos hasta allí a jugar. También habíamos cogido un tablón de madera que seguramente habría sido la parte de arriba de una pequeña cómoda o de una mesilla que habíamos encontrado tirado junto a una huerta. Pensábamos utilizarlo para construir el columpio que habíamos proyectado desde el principio. El castaño hueco se había convertido en algo más que un lugar secreto, era una vía de escape, un desafío a quienes creíamos que atropellaban nuestro amor propio y, como nadie más podía disfrutar de él, era el cobijo en el que nos encontrábamos a salvo y nos hacía libres.

Poco a poco fuimos llenando la parte hueca del tronco con los objetos, pero ya eran tantos que comenzamos a temer que pudieran quedar a la vista. No era fácil, porque la cavidad estaba muy alta, había que trepar para llegar hasta ella y, sobre todo, porque de todas las veces en que habíamos estado allí, solamente en una habíamos visto a una persona y había sido desde lejos. El columpio quedó instalado, pero era para valientes. La distancia que había desde el asiento al suelo era enorme, porque las cuerdas no resultaron ser todo lo largas que debieran haber sido, así que para columpiarse había primero que trepar al hueco, ponerse de pie en la tabla que hacía de asiento y después sentarse con cuidado en él. Si mirabas hacia abajo, sentías vértigo, pero si mantenías la vista al frente, la sensación durante el bamboleo era maravillosa.

El invierno anterior al milagro llegó con muchas nieves, porque antes nevaba más, así que dejamos de ir al castaño hueco tan a menudo. El bosque estaba tieso, la escarcha se mantenía casi permanentemente en las zonas donde la vegetación era más espesa, porque a los rayos del sol les costaba encontrar rendijas por donde penetrar y derretir las heladas de la noche, los charcos amanecían con costras trasparentes y a los niños nos gustaba arrancar los carámbanos que se formaban en los ojos del puente romano para ir chupándolos, camino del instituto, como si fuesen polos de cristal. En invierno las mujeres que trabajaban en el Cargue me daban más pena. Cribaban el carbón y sacaban de la cinta el escombro con sus manos

enrojecidas y tiesas por el frío. Recuerdo que los trozos de mineral los separaban por su tamaño: la granca, que era el material menudo, la granquilla, el más pequeño aún, y la galleta, el pedazo grande. Las madres de muchos de mis compañeros de clase trabajaban en los lavaderos o en el Cargue porque a las mujeres no las dejaban bajar a la mina. El invierno redoblaba la severidad de aquel trabajo que, si ya era penoso en sí, el aire congelado lo transformaba en tormento. Recuerdo especialmente a una señora gorda a la que yo veía cada mañana paleando el carbón que se caía de las tolvas cuando llegaban los vagones a cargar para que se mantuvieran limpias las vías. La recuerdo más que al resto de las mujeres que trabajaban allí, porque me sonreía cuando pasaba por delante de ella. Al entrar a la iglesia los domingos para oír misa, yo la buscaba con la vista y si podía, me adelantaba a mi madre para que nos sentásemos a su lado. Olía muy bien, como a jazmín, y siempre me daba algún caramelo antes de que nos fuésemos en paz. A la hora de rezar el padrenuestro, ella decía «el pan negro de cada día» en vez de «el pan nuestro de cada día». Yo creí que cambiaba la frase por desconocimiento, pero con el tiempo, comprendí que no, que esa mujer, como tantas otras, se ganaba un pan tiznado por el carbón y que llevaba la ironía a la oración, porque era una manera de decirle a Dios que estaba siendo un tanto severo.

Desde que sorprendiera a mi padre saliendo del bosque acompañado por la Mula prácticamente me esquivaba. Apenas me dirigía la palabra y si nos cruzábamos por la casa, yo intentaba evitar que mi mirada se cruzase con la suya. Era una situación desagradable, aunque llevadera, porque, anteriormente, no podía decirse que me colmase de atenciones. Nuestra relación y el invierno congeniaban a la perfección.

Era viernes o martes, porque las beatonas, capitaneadas por nuestra madre, rezaban los misterios dolorosos. Mi hermano y yo salimos de casa después de terminar las tareas del instituto con intención de ir a jugar hasta un solar que había detrás de las Colominas. A mitad de camino entre nuestra casa y el descampado vimos a nuestro padre que venía hacia donde nos encontrábamos, caminando solo. A esa hora, normalmente, debería estar en el Chigrín jugando a la rana y cacharreando. Para evitar cruzarnos con él nos escondimos tras una vagoneta abandonada en un recodo del sendero. Desde la distancia le anunciaba su tos jadeante y carrasposa. Unos metros antes de llegar a nuestra altura se paró, dobló su cuerpo hacia delante como si quisiera coger algo junto a sus pies, sin dejar de toser y de encogerse, violentamente, con terribles convulsiones. De repente se irguió de nuevo, abrió la boca con

ansia, dando bocados al viento que soplaba desde el río y llegaba húmedo y helador. No parecía serle suficiente lo que lograba meter al pecho, porque en uno de los espasmos cayó al suelo. Mi hermano hizo ademán de ir hacia él, pero yo le detuve. Aprovechamos ese momento para correr desde nuestro escondite por detrás de los matorrales que bordeaban el camino donde nuestro padre se arqueaba y se contraía con angustia. Le dejamos atrás con premura y sin remordimientos, aunque no pudimos evitar ninguno de los dos volver la cabeza desde la lejanía. Hasta que regresamos a casa no supimos si nuestro padre había podido sobreponerse a aquel nuevo ahogo. Mi madre nos recibió huraña.

—No hagáis ruido, que está vuestro padre malo, en la cama.

Ninguno de los dos preguntamos el motivo que lo había postrado, aunque tampoco lo habríamos hecho si no lo hubiésemos conocido.

Ese fue el último día que mi padre fue a trabajar. La mina estaba dentro de él y ya no había quien fuese capaz de sacarle el mineral que le cegaba las vías respiratorias. Durante aquellos días por nuestra casa pasaron muchas visitas interesándose algunas por la salud de mi padre, otras por el consuelo de mi madre y algunas más por el alivio de su propia curiosidad. El médico del «hospitalillo» de los mineros venía a diario. Escuchamos cómo le preguntaba a nuestra madre que si prefería que muriese en casa o si le trasladaban al hospital. Mi madre, con sollozos secos, le contestó que en casa. Don Baudilio también llegaba cada día y yo, entonces, me escapaba o me escondía. Las beatas del cenáculo de mi madre traían, también diariamente, su cantinela de oraciones y sus plegarias fueron la cadencia sonora durante aquel tiempo de agonía. Vivíamos casi a oscuras. Las persianas casi echadas del todo, solo dejaban pasar la luz justa para deshacer, tenuemente, las sombras, de modo que nos acostumbramos a convivir en un ambiente lóbrego, casi tenebroso. Hubo un día en el que nuestro padre dejó de toser, las fuerzas no le daban ya ni para eso. Mi madre pasaba casi todo el día sentada en un sillón, balanceándose, mecánicamente, con la cabeza inclinada y apretando en su puño un pañuelo que utilizaba, de vez en cuando, para secar unas lágrimas que no derramaba. Parecía que llevaba dispuesto el duelo desde hacía mucho tiempo, porque todo parecía estar más que preparado. Mi madre había sacado de su armario vestimenta de luto y ennegreció antes de que mi padre hubiese fallecido. Luto negro para el carbón asesino. Era como si no pudiese esperar el desenlace y ella le hubiera tomado la delantera a la muerte. La noche que mi padre dejó de toser yo me acosté leyendo un libro que una de las beatas se

había dejado olvidado sobre la mesa camilla del cuarto de estar. Se titulaba *Soy la madre del amor*. Llevaba unas diez páginas cuando un alarido de mi madre nos notificó el fallecimiento.

Al entierro de mi padre no fue mucha gente. Algunos compañeros de trabajo, casi todos nuestros vecinos del bloque, incluidos «los del último», aún destruidos por la pena, y nuestra tía la de Ponferrada, que solamente nos visitaba en Navidades desde que se fuera allí a trabajar. Era la hermana pequeña de nuestra madre, aunque parecían dos extrañas. Cuando murió la abuela, la de la cama mueble, nuestra tía dejó el pueblo y se marchó a Ponferrada, «la ciudad del dólar», a hacer fortuna, pero parecía que, de momento, como solía decir siempre nuestra madre cuando se refería a ella, solo había conseguido reunir calderilla. Era muy cariñosa y nos trataba con mucho afecto.

En el entierro de nuestro padre yo no lloré. Si cerraba los ojos, le volvía a ver en el suelo, tosiendo y convulsionándose, y supe que haberlo abandonado allí, cuando le vimos doblándose sobre sí mismo, retorcido entre espasmos, no había sido un buen acto de hijos bondadosos y pensaba que quizás, si en ese momento hubiéramos avisado de su estado, a lo mejor no se hubiera muerto. Aun así no lloré. También vi a un par de mineros que debían de ser compañeros suyos que, disimuladamente, hablaban entre ellos y sonreían. Estarían allí porque les tocaba estar, por cumplir, pero se les notaba que aquella pérdida no les suponía mayor disgusto. Durante el entierro de mi padre un silencio seco invadió el cementerio. Los sonidos parecían recortados en el aire, matizados a la perfección, se apreciaba, nítidamente, cada uno de ellos: los pasos sobre la tierra dura por el frío, los sollozos, los sutiles siseos, el roce de la caja sobre el cemento del nicho avanzando hacia su interior, la paleta al repasar las juntas del frontal dando por finalizada la función... Y en ese momento la culminación del drama, el desfallecimiento del ánimo al aceptar el fin inapelable. Mi padre se fue para siempre entre sonidos lacónicos y frío.

La casa también se llenó de silencio, daba reparo hablar, era como si temiésemos romper un hechizo, como si algo nos dijese que al hacerlo se rasgaría un velo invisible. Esta sensación de tenso sosiego no duró mucho, a los pocos días nuestra madre dio rienda suelta a su dolor, comenzó a ejercer de viuda, hizo de la aflicción su identidad y tejió los mimbres que habrían de sostener, en adelante, su desgraciada pérdida. No se dejaba consolar no fuera a

ser que se agotase la afluencia de visitantes, porque cada uno significaba para ella un espectador más a quien mostrar su abatimiento. Si con pena la encontraban las visitas al llegar, con más amargura la dejaban. Mi madre hizo de la tristeza su reclamo, aunque de puertas para adentro, cuando nos quedábamos solos, la pena se tornase ira.

A partir de la muerte de mi padre lo único que no pasábamos en casa era frío. La cocina de carbón calentaba la casa entera, pero sí sentimos el rigor de la escasez, la pensión que le debió de quedar a nuestra madre no debía de dar de sí demasiado y tuvimos que acostumbrarnos a vivir con alguna que otra vergüenza. Cuando mi madre me mandaba a hacer algún recado a los ultramarinos yo dejaba pasar la vez hasta que no quedaban clientes.

—Don Emilio, que dice mi madre que me dé media docena de huevos y unas patatas y una botella de leche y que se lo apunte.

—Está bien, pero dile a tu madre que la lista ya se va pareciendo a la de los pedidos de un cuartel.

—Yo se lo digo.

—Toma, anda, no le digas nada.

Mi madre se volvió más huraña si cabe, tenía a Dios siempre en la boca, a media voz, de tal modo que nunca se sabía si le apremiaba, si le pedía, si le acusaba o le amonestaba por la situación en la que nos había dejado. Don Baudilio era visitante habitual, no se quedaba mucho tiempo, me miraba de soslayo y entonces yo me escondía en mi cuarto para evitarle. No salía hasta que él no se había marchado.

Un día llegó a casa el otro cura, el de las barbas, el melenudo. Recuerdo que no comprendía muy bien por qué mi madre y su tropa de beatas se metían con su pelo y lo criticaban si, pensaba yo en mi candidez, lo llevaba muy parecido a Jesucristo, a juzgar por las imágenes que había en la iglesia y los dibujos del propio libro de religión del instituto. Desde luego Jesucristo, deduje, calvo como don Baudilio no era, eso estaba claro. Muy educadamente se sentó frente a mi madre en el cuarto de estar y yo, desde la cocina, pude escuchar la conversación que mantuvieron. El cura jipi, como alguna vez había oído que le llamaban algunos, le dijo a mi madre que él sabía que a las familias de los mineros fallecidos, que no habían llegado a ser picadores o capataces, no les quedaba una pensión demasiado generosa y que si en algún momento se veía en la necesidad, no tuviese reparo en acudir a él, porque en su parroquia habían creado un fondo social para atender a quienes lo precisaran. Mi madre se ofendió un poquito y sin hacer demasiado esfuerzo

mostró a la vez al cura su enojo y la puerta. Él se levantó y dócilmente se marchó caminando despacio. Yo me asomé por la ventana de mi cuarto para verlo marchar, él miró hacia arriba y, al verme, sonrió y me hizo una señal con el pulgar de la mano hacia arriba. Me gustaba aquel cura. Ese día, recuerdo que decidí que iría a confesarme con él sin que mi madre ni don Baudilio se enterasen. Finalmente, nunca lo hice.

Mi hermano y yo teníamos que andar con cien ojos, atentos para no enfurecer a nuestra madre, que tenía el ánimo especialmente irritable y siempre nos hacía pagar a nosotros su mala suerte. El mal humor parecía ser un acumulador de energía, que poco a poco, iba colmando su interior hasta que llegaba un momento en que, para no estallar, tenía que soltar aquella potencia aglutinada, así que abría la espita del enojo y entonces la transformaba en golpes, patadas, puñetazos, tortazos, zapatillazos, gritos, palos y lanzamiento de objetos. Llegar a casa después de clase se convirtió en un acto de valor. Solamente cuando había alguien se mostraba indulgente, aunque no desaprovechara la oportunidad para quejarse de nuestra conducta y arrojar sobre nuestra culpa la ingratitud y el egoísmo como si fuesen la constante de nuestro comportamiento.

—¿Y los chicos qué tal lo llevan?

—Ya ves, como si no tuviera yo bastante con la que llevo encima, además estos desagradecidos, que solo van a lo suyo, que no echan ni una mano si no es al cuello. ¡Ay, Señor! ¡Que no te mande el cielo lo que puedas aguantar!

Y lloraba sin lágrimas que enjugar y sufría en seco y su dolor era estéril, porque no causaba el efecto que ella buscaba. En vez de compasión lo que provocaba su actitud doliente y quejumbrosa era rechazo y huida. La gente, poco a poco, dejó de acudir a nuestra casa y se fue quedando sola, únicamente las beatas del cenáculo permanecieron firmes en la tradición y continuaron viniendo a rezar el rosario. Segundo misterio doloroso, «Pilatos tomó a Jesús y mandó que lo azotaran...».

No sabría decir si nuestra madre sufría por la pérdida del marido, por la soledad y la precariedad a la que se veía condenada o por estar perdiendo público. Comenzó a afanarse en las tareas domésticas como nunca lo había hecho, con verdadero fervor. Limpiaba sobre limpio, se volvió de una intransigencia enfermiza contra el desorden, una servilleta mal doblada llevaba un premio de un guantazo y una tarde sin salir.

Cuando lo del suicidio, mi hermano me juró que la vio sacando las grageas del bote, vaciándolas y volviéndolas a cerrar uniendo de nuevo las dos partes,

una blanca y otra roja. Los botes transparentes en los que venían aquellas medicinas habían estado rondando por casa desde que mi padre empezó con lo de la tos. Me contó mi hermano, una vez que todo el mundo se fue de casa que, un ratito antes de que llegaran las beatas, él se había escondido detrás del aparador, esperando a que nuestra madre saliera de su habitación para cogerle una rosquilla. Sabía que se guardaba para ella las que sobraban cuando se iban las «meapilas», como las llamaba nuestro padre, y que las escondía en una caja de metal dentro del armario de su ropa, así que, de vez en cuando, el hambre aventajaba al temor y se arriesgaba a hurtarle alguna. Aquella tarde casi le pilla, pero se tornaron las vueltas y fue mi hermano quien la descubrió a ella. Me dijo que, acurrucado para disminuir su tamaño e inmóvil para no ser sorprendido, observó toda la maniobra. Nuestra madre volcó el contenido del frasco sobre la cama, las grageas quedaron desparramadas por la colcha y, una a una, fue abriéndolas, echando el polvillo blanco de su interior en un papel y volviendo a cerrarlas, uniendo ambas partes de cada gragea de nuevo con suma paciencia. Una vez realizada la maniobra, arrojó al váter el papel con el medicamento, tiró de la cadena y regresó a la habitación con un vaso de agua, colocó el bote de las medicinas volcado sobre la cama y se fue hasta la ventana donde se quedó mirando hasta instantes antes de que la primera de las beatas llamase a la puerta. En ese momento se embuchó todas las grageas huecas entre trago y trago, dejó que el vaso derramase algo de agua sobre la colcha y se tiró al suelo junto a la cama, gimoteando y agarrándose la barriga, esperando a ser descubierta. Lo que no sabía era que ya la habían descubierto.

—No se te ocurra decir nada —le dije a mi hermano cuando me relató lo sucedido.

—¿Estás loca? Me mata.

Yo fui quien abrió la puerta, yo quien llamó a mi madre para avisarla de la llegada de la primera compañera de rezo y yo quien primero gritó dando la voz de alarma. En un breve espacio de tiempo la beata entró, el timbre de la puerta sonó de nuevo, llegaron las otras rezadoras, las acompañé también hasta la habitación, la primera mujer estaba sentada en el suelo y sujetaba el torso de mi madre con sus dos brazos, entre las cuatro la subieron a la cama, la pusieron boca abajo, de pronto apareció mi hermano aprovechando la confusión, aunque nadie reparó en él. Una de las beatas salió corriendo de la casa, imaginé que en busca de ayuda. La maniobra de las otras tres mujeres dio resultado, porque le provocaron el vómito a mi madre, que con cada arcada iba expulsando las grageas rojiblancas aún enteras y, poco a poco, fue

recobrando el sentido que nunca perdió. Llegó el médico que encontró la casa llena de gente. Los vecinos, alarmados por los gritos, habían ido llegando y se encontraban todos en la habitación, hacinados, curiosos, expectantes...

—Madre mía, si esos niños se llegan a quedar solos... Yo no sé...

—Es que cuando la desgracia se ceba con una familia, vienen todas juntas...

—¡Ay, Señor!

—Y que lo digas.

Mi madre fingía dormitar. La trasladaron al hospital de Ponferrada en el coche del propio médico y nosotros nos quedamos en casa solos.

—Si necesitáis algo, no tenéis más que cruzar el descansillo y llamar a la puerta. Y estad tranquilos que a vuestra madre no le ha pasado nada. Y portaos bien con ella, que está muy triste. ¡Pobrecilla!

Qué lástima, pensé, que no hubiera estado aquí ella, nuestra madre, para haber escuchado aquello, porque le habría hecho muy feliz.

Al día siguiente regresó acompañada de nuestra tía. Llegaron sin hablar entre ellas y así estuvieron casi toda la mañana. Nos contaron que había pasado la noche en observación, pero que estaba perfectamente, así que no había que preocuparse. Desde luego que no, ya sabíamos nosotros que por aquello no.

Nuestra tía trabajaba en una tienda de ropa y aunque, según ella, no era rica, tenía suficiente para vivir y darse algún capricho de vez en cuando y el capricho que tenía en aquel momento era regalar algo a sus únicos y favoritos sobrinos.

—De eso nada. No necesitan nada, así que si quieres regalarles algo, dales el dinero y que lo ahorren.

—¡Cállate, arpía! Yo les regalo a mis sobrinos lo que me da la gana.

Y nos fuimos de compras con nuestra tía, nerviosos y alegres, mientras nuestra madre se quedaba en casa esperando a que llegase algún público interesado en conocer su estado. A mí me regaló un abrigo, era beis claro y tenía capucha, los botones de nácar brillaban a la luz como grandes y redondas estrellas. Muchas veces, tiempo después, he reproducido aquella sensación de placer, recordando lo a gusto que se estaba dentro de aquel abrigo. A mi hermano le compró unos zapatos indestructibles, pero perdió la pelotita verde que le dieron con ellos nada más salir de la tienda, porque se le escapó al botarla y rodó calle abajo hasta el puente romano, precipitándose al río. Fue pegando patadas a todas las piedras, grandes y pequeñas, que encontró en el camino de regreso a casa.

—¿Tú eres tonto? Que te vas a quedar sin zapatos, que los vas a destrozar.

—Qué va, ¿no has oído lo que ha dicho el señor? Que son indestructibles.

—Y tu tontería también es indestructible. Venga, deja de hacer el indio y anda normal, como andan las personas, sin dar patadas.

Aquel suicidio fraudulento le dio a mi madre cierto pábulo y eso, de algún modo, tranquilizó su carácter durante un tiempo. De vez en cuando volvía a recibir visitas, ella arrugaba el gesto y así, en tanto en cuanto, alguien se hiciera eco de su desgracia, iba sacando fuerzas de apariencia y tiraba para adelante. Nosotros intentábamos molestar lo menos posible y pasábamos todo el tiempo que podíamos fuera de casa. El castaño hueco seguía siendo nuestro refugio, nuestro secreto, nuestro edén humilde y liberador. De vez en cuando, por una vereda abierta tras las zarzamoras que bordeaban el río, pasaba alguien, seguramente, para atajar el camino desde alguno de los pueblitos que se perdían monte arriba, pero entonces nosotros nos escondíamos o dejábamos de columpiarnos para no llamar la atención y no ser descubiertos. Desde nuestro árbol descubrimos los amores de una chica de las Colominas con un caboverdiano, que poco después fueron de dominio público, porque en los pueblos los secretos de amor los conoce todo el mundo, así que tuvieron que acabar su idilio, víctimas de las iras familiares, alentadas por don Baudilio, que siempre se encargaba de dejar las cosas claras desde el púlpito.

—Porque si Dios Nuestro Señor, el Creador, el que decidió que esto va aquí y esto va allá, el que todo lo dispone, decidió que nosotros somos de aquí y la raza negra es de allá y los chinos de más allá aún, sería por algo, digo yo. O si no, ¿cómo se explica que Dios Nuestro Señor, el Creador, el que decide todo en la tierra y en el cielo, ¿no nos haya puesto en el mismo sitio a todos juntos? Sí, diréis, pero existen los mulatos, los mestizos... ¡Pobrecitos míos! Sí, pero son los hijos del despiste, de la ignorancia, del descontrol, por el que el hombre ha de ser amonestado, aunque es de buen cristiano que el fruto de esa inconsciencia deba también ser acogido en el rebaño, por fraternidad, por piedad, por caridad... Y así lo hacemos.

Quizás por homilías como aquella que le escuché a don Baudilio un domingo era por lo que los caboverdianos que habían llegado a la llamada del carbón y sus familias preferían ir a la iglesia del cura jipi, porque lo que don Baudilio no comprendía era lo que siempre decía la madre de mi mejor amiga,

que allá abajo, en la mina, todos eran negros.

Tuve que acompañar a mi madre a ver al párroco una tarde, porque un grupo de mujeres se habían dado cita en la iglesia para que el cura les diera las indicaciones precisas sobre cómo quería que fuera el manto de la Virgen, que se disponían a confeccionar entre todas por encargo de una ricachona que, aunque ya no vivía allí, había nacido en el pueblo. Mi madre pretendía que yo aprendiera a coser y aquella era una buena oportunidad, así que, a partir de aquel momento, seguramente, me esperarían unas interesantísimas jornadas cargadas de fuertes emociones. Mientras las mujeres estudiaban las cuestiones de las lentejuelas, los canutillos, el hilo de plata, el hilo de oro y la pasamanería, don Baudilio narraba, entre carcajadas forzadas y fariseas, un episodio que había llegado a sus oídos y que le había divertido sobremanera. Resultaba que a unos mineros paquistaníes, porque también hasta la comarca habían llegado algunos con sus familias, les habían metido jamón en el bocadillo para gastarles una broma y se había montado una trifulca tremenda.

—Porque los hijos de Mahoma, Dios les perdone, no comen cerdo y claro, no veas... Pero digo yo, donde fueres haz lo que vieres y si no, pues te vas, ¿o no?

Durante aquellas jornadas costureras las mujeres rezaban el rosario, hablaban de la Virgen, de sus milagros, de sus bondades, despellejaban a propios y a extraños, mi madre encontró un nuevo auditorio al que detallar lo prolijo de sus desgracias y yo aprendí lo aburrida que es la costura.

—Tu hija habla muy poco, ¿no?

—¿Qué quieres que diga la criatura? Es una niña y nosotras unas viejas pellejas. Tú no hagas caso a estas criticonas, cariño, céntrate en ese sobrehilado que lo estás haciendo muy bien.

Íbamos a coser a la casita donde los niños y las niñas recibían las clases de catequesis. Como estaba pegada a la iglesia don Baudilio podía acercarse a ver los progresos del manto de vez en cuando. Aquella tarde íbamos a recibir la visita de la señora que había donado el dinero para costear los gastos de la confección y estaban todas un poco nerviosas. Vino la señora, haciendo ostentación de alhajas y carnes por doquier, con un sol teñido y ensortijado en la cabeza y despidiendo un perfume que impregnó el ambiente de un olor dulzón y empalagoso y que se quedó flotando sobre nuestras cabezas aún después de que ella se marchase. No supimos si se fue satisfecha o no, porque el rictus de su cara no varió desde que hizo acto de presencia hasta que salió. Don Baudilio presentó a las mujeres una a una, pero en mí no debió de

reparar. Echaron un ojo al manto, la señora pasó la mano por encima de una cenefa bordada en hilo de plata, pareció asentir y ambos abandonaron la estancia sin despedirse. Inmediatamente después, las costureras fueron guardando en sus carterillas, hilos, jaboncillos, dedales, tijeras, agujas y alfileres, fueron levantándose y enfundándose en sus abrigos, porque afuera hacía frío. Una a una abandonaron el local, menos mi madre y yo.

—Ahora cuando salgamos entra en la iglesia si está abierta y mira a ver si la señora esa está aún con don Baudilio. A ver si puedes escuchar lo que están hablando, que me da a mí que no se ha ido muy convencida.

—Es que...

—Ni es que ni es ca, entra y haz lo que te digo. Luego vienes a casa y me cuentas, que yo voy tirando.

Así lo hice. La puerta de la iglesia estaba abierta, pero no se veía a nadie dentro. Avancé temerosa por un lateral, ocultándome tras los confesionarios y en cada hueco que encontraba, hasta llegar a la puerta de la sacristía de donde parecía salir una voz. Notaba tamborilear mi corazón, agitado por el temor a ser descubierta. La puerta estaba cerrada, me acerqué, pegué la oreja a la madera fría y aunque, claramente, se escuchaba a alguien hablar, la nitidez con la que la voz me llegaba no era suficiente como para comprender lo que decía. Odié a mi madre, maldije el manto y rápidamente hice la señal de la cruz y pedí perdón. La voz ya no hablaba, ahora lo que llegaban hasta mí eran gemidos como de dolor. Me asusté. Al poco, la voz de don Baudilio, ahora sí la distinguí claramente, volvió a la normalidad, pero quien le respondía, desde luego, no era una mujer, parecía más bien la voz de un niño. Retrocedí sobre mis pasos, me descalcé, a pesar de que el suelo de la iglesia estaba helado y salí de allí todo lo rápido que pude. Una vez fuera de la iglesia me escondí detrás de uno de los bancos de piedra del paseo y esperé a ver si salían el cura y su compañía. No tardó mucho en salir por la puerta, cauteloso, mirando a un lado y a otro, la Mula. Don Baudilio se había quedado dentro.

A mi madre le dije que en la iglesia solo estaba el cura y que la señora se debía de haber marchado mientras nosotras recogíamos. No sospechó, pero se quedó murmurando que no valía ni para un encargo, que qué habría hecho ella mal en la vida para que le hubieran castigado con unos hijos tan inútiles. Pedí permiso para salir, porque aprovechando que era viernes podría hacer los deberes durante el fin de semana y creí haberme ganado la tarde para mí.

—¿Mamá puedo salir?

—Haz lo que quieras, total diga yo lo que diga vas a hacer lo que te dé la

gana... Mira a ver si ves a tu hermano, que desde la comida anda por ahí perdido como un perro. Otro que... ¡Anda, que menuda ayuda tengo con vosotros!

Llegué al castaño hueco y allí estaba mi hermano, sentado en el columpio con el tirachinas montado, a la espera de que algún pajarillo confiado se posara en alguna rama al alcance de sus proyectiles. Le conté lo que había visto en la iglesia. Noté cómo se iba sintiendo incómodo a medida que le iba relatando el episodio del cura y la Mula y de pronto comenzó a llorar. Nos abrazamos y entonces me contó que don Baudilio, el verano pasado, después de confesarle, le había pedido que pasara a la sacristía y le ayudara a vestirse y a preparar las cosas para el culto, porque el monaguillo estaba enfermo y tenía un funeral en un rato. Cuando estaban dentro, don Baudilio se le abalanzó, le abrazó y comenzó a toquetearle mientras gimoteaba y sudaba. Mi hermano me dijo que logró desasirse de él y, aunque no pudo salir de la sacristía porque el cura había cerrado con llave, sí comenzó a gritar y fueron sus gritos los que amedrentaron al sacerdote. Después de amenazarle con terribles consecuencias si contaba lo que había sucedido allí dentro, le dejó salir. Mientras mi hermano sollozaba aún, agarrado a mí, estuve por contarle lo de mi auscultación cuando la paliza de nuestra madre me astilló la costilla, pero no lo hice. Acaricié su pelo durante un buen rato hasta que se calmó y pasado el sofoco le pedí que cazara para mí unos pajaritos antes de que el sol se escondiera.

El bosque ya comenzaba a ruborizarse y de nuestras bocas salían nubes de vaho. Cogí un palito y fingí que fumaba. ¿Cuándo sabría uno que ya era mayor? ¿Todos los niños tendrían tantos secretos que guardar? Llegamos a casa ya anochecido, así que nuestra madre nos castigó sin cenar, para mí que lo que sucedía era que no había nada que poner en la mesa.

Aunque el día de la Virgen de la Encina era en setiembre, el manto nuevo quedó rematado a finales de aquel invierno. Imagino que el encargo lo había hecho con tiempo, la señorona aquella, para que las prisas no presionaran a las costureras y pudiésemos realizarlo con esmero y serenidad. El día que se dio por acabado fue muy emocionante y verlo sobre la espalda de la imagen de la Virgen, cayendo como una cascada de raso, oro y plata, nos emocionó a todas. Esa misma emoción se les contagió a don Baudilio y a la pagadora, aunque a esta, el rango social le debía de obligar a contener las emociones para no parecer frágil ante la gente común, no fuese alguno a pensar que los ricos y poderosos sienten igual, se conmueven con las mismas cosas y son,

humanamente, tan vulnerables como el resto, así que, solamente, dulcificó el rictus un poquito y, haciendo gestos de afirmación sutiles y constantes con la cabeza, recorrió el manto con la vista varias veces, de arriba abajo. Nos felicitó una por una, nos regaló un esbozo de sonrisa y dejó pagado un ágape al que ella no asistió. Le había gustado mucho el trabajo, elogió, especialmente, los bordados en hilo de plata de las grandes hojas de acanto, quizás porque don Baudilio, mientras se lo mostraba, le dijo que lo que más llamaba la atención eran los bordados en hilo de plata de las grandes hojas de acanto.

—Mamá, qué es el acanto.

—¿Qué va a ser? Una planta con hojas de plata, que pareces tonta.

No pude entender por aquel entonces por qué a la invitación tuvieron que asistir también el veterinario, el sargento de la Guardia Civil, el dueño del supermercado grande y el alcalde, porque ellos no habían colaborado en nada relacionado con el manto, ni siquiera nos habían visitado durante los trabajos. Fuese por lo que fuese, allí se presentaron, elogiaron el bordado de las grandes hojas de acanto, comieron y bebieron con emoción y se mantuvieron apartados de nosotras todo el tiempo. Al acabar se marcharon en sus coches, prácticamente, los únicos que había en el pueblo, los aparcaron cien metros más adelante y se perdieron en el interior del casino. Las costureras se inclinaron a por el fiambre y la tortilla de patata, yo me lancé, directamente, sobre el postre y me zampé tres bombas de nata. Mi madre me advirtió acerca de lo indigestas que son y me vaticinó un terrible dolor de barriga nocturno, pero yo lo único que sentí esa noche fue sueño, el mismo sueño de todas las noches. Si mi madre hubiese descubierto la enorme mancha grasienta que la nata había dibujado en el bolsillo de mi babi, seguramente, habría pasado la noche en el cuarto verde, pero no lo vio, el abrigo me había cubierto. Cuando le di la bomba de nata, un tanto despachurrada, a mi hermano, ya en la habitación, estuvo a punto de sufrir una taquicardia por la dulce emoción.

—Lávate la cara, que seguro que se te pueden pegar cromos de lo pringosa que se te habrá quedado.

Reímos. Mientras en el cuarto de baño restregaba con el jabón de las manos el bolsillo de mi babi oía a mi madre roncar. Si, como solía decir, los ronquidos eran los crujidos del alma, ella debía de tenerla bien reseca.

Al día siguiente todo el mundo comentaba que habían llegado unos periodistas de Ponferrada y que se había hecho la presentación oficial del nuevo manto de la Virgen, así que, lo más probable era que la noticia fuese publicada en la próxima edición del periódico, y así fue. Mi madre nos mandó

a comprarlo, buscamos la noticia en las páginas interiores y la encontramos en una sección que se titulaba «Comarca» donde salían publicadas informaciones que hacían referencia a los pueblos de la provincia y entre estas estaba la foto en la que se veía a la señora gorda, a don Baudilio, al alcalde, al dueño del supermercado grande y al sargento de la Guardia Civil, sonrientes junto al manto bordado con grandes hojas de acanto, que habíamos realizado el grupo de ignoradas devotas. Mi madre no recortó la foto del periódico y usó sus páginas para prender el carbón de la cocina.

Esa tarde debía de ser miércoles porque rezaron las del cenáculo los misterios gloriosos: «¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada sobre su Amado, como columna de humo aromático, como aroma de incienso y mirra?». Al acabar la profusión de avemarías, las sacó del adormecimiento oratorio la narración ofendida que hizo nuestra madre de la presentación oficial del manto de la Virgen y la ofensa que creía ella que se les había hecho a quienes, realmente, habían sido las verdaderas artífices de la divina prenda.

—La verdad es que a don Baudilio muchas veces no hay quien le entienda.

—Qué va, qué va, se le entiende muy bien, demasiado bien.

—No creo que sea él el culpable de que no nos invitaran a la presentación oficial, seguramente fue la estirada esa, la que lo encargó, que no querrá que la vean mezclada con la chusma.

—Pero mujer, vosotras no sois chusma...

—De verdad, no te enteras de nada... Es una manera de hablar.

IV

SALÍAMOS DEL INSTITUTO A LAS DOS, pero a las tres y media teníamos que regresar, porque se reanudaban las clases. Yo siempre volvía puntual, porque me daba miedo que me pillaran si se me ocurría saltármelas, pero algunos de los chicos, y mi hermano era uno de ellos, a veces preferían dedicar las tardes a otros menesteres alejados de las aulas. Esa tarde caminábamos desde casa de vuelta a clase, cuando mi hermano me dijo que se iba al castaño hueco, que no iba a entrar al instituto, porque tenía un examen y no se lo había estudiado, y que no iba a ir para nada. Yo le advertí del peligro que corría si nuestra madre se enteraba, pero no pareció arredrarse, salió corriendo en dirección a la arboleda para que la espesura se le tragase y desapareció. Le grité, pero mi voz se deshizo entre el ramaje.

Al salir de clase pensé acercarme yo también hasta el castaño hueco, pero al salir a la calle encontré a mi hermano que me esperaba cabizbajo, pagando su disgusto con las piedras que encontraba a su alrededor. Al llegar hasta él noté sus ojos enrojecidos, irritados por un llanto reciente.

—¿Qué te ha pasado?

—Nos han robado todos los tesoros del castaño.

—¿Todos?

—Todos menos el espejo. Se ve que era demasiado grande.

—¿Y sabes quién ha sido?

Rompió a llorar mientras negaba con la cabeza y profería blasfemias y maldiciones y venganza y tormento para el ladrón, al que juraba encontrar, aunque fuese lo último que hiciera en el mundo. Caminé tras él, temerosa de que, con tanto ímpetu, uno de sus aspavientos acabase alcanzándome. Yo también me había quedado triste, como si hubiera sido despojada de algún privilegio, como si me hubiesen arrojado fuera de un círculo mágico en el que todo lo que sucediera fuese exclusivo y singular y donde ya no pudiese nunca volver a entrar. Me quedé triste sí y en mi tristeza no pude consolar a mi hermano, fui incapaz de detener la ira que le estaba horadando el alma. Tras

pasar por casa para dejar las carteras y dar novedades a nuestra madre, salimos los dos en dirección al castaño hueco para terminar de desmantelarlo, porque ya no podía cumplir con los requerimientos que un lugar secreto exige y que hasta aquel momento había desempeñado, así que lo mejor sería buscar otro lugar, recorrer el bosque en busca de otro recoveco que cumpliera con las condiciones para convertirse en la nueva guarida secreta.

Hacía frío, porque en nuestro pueblo el invierno se encuentra a gusto, remolonea a la hora de irse y se suele quedar merodeando por los cerros, mandando sus vientos gélidos a la vuelta de las esquinas, congelando los charcos y las caras de la gente cuando camina... Al invierno le gusta nuestro pueblo sí y por eso tarda en irse. Aunque ya hacía bastantes días que la primavera había impuesto su luz, la temperatura seguía siéndole infiel. Me dolieron los dedos al trepar por el árbol, porque llevaba ateridas las articulaciones. Mi hermano se quedó en el suelo, no quiso ayudarme. Comprobé el saqueo y, efectivamente, constaté que lo único que quedaba dentro del hueco era el espejo. Lo arrumbé al fondo para comprobar que el espacio interior quedase libre y me permitiera averiguar si había quedado algo de nuestro tesoro caído por el suelo, pero no, lo habían rebañado. Sentí un aguijonazo de impotencia. Me volví, me asomé a la boca y le grité a mi hermano con una voz alterada, que le desconcertó:

—¡Vete al pueblo ahora mismo y busca al que nos ha robado! ¡Vengaaaaaa! ¿A qué esperas? ¡Vete yaaaa!

Mi hermano salió corriendo y me quedé sola, intentando calmarme, pensando en la mejor manera de desatar los nudos de las cuerdas que sostenían el columpio para desmantelar el refugio del todo, para trasladarlo a otro lugar. Me senté en la boca del hueco con los pies colgando, con el ánimo colgando, colgando mi coraje embravecido... Me incorporé, agarré las cuerdas del columpio y comencé a balancearme de pie con fuerza, con más fuerza, hasta que a punto estuve de resbalar y caer. El susto me calmó, esperé hasta que el columpio detuvo su vaivén totalmente y me quedé así, erguida y agarrada a las cuerdas mucho tiempo, un tiempo infinito y quieto. Mi aflicción se fue yendo con la luz. El sol caía ya, proyectando sus rayos cada vez más débiles, agónicos, apenas un recuerdo desvaído de lo que fueron en sus primeras horas, reflejándose bellos, sobre cualquier forma que le pudiera servir de ayuda para un último esplendor. Yo había colgado mi abrigo nuevo sobre un saliente en la misma boca del hueco del castaño y aquellos últimos rayos de luz se estrellaron sobre sus botones de nácar, que irradiaban un

fulgor celeste. La luz rojiza de ese último sol de la tarde se reflejó como una centella en el espejo y todo el hueco del castaño se iluminó como si dentro de él hubiera surgido un astro incandescente. Fueron diez segundos. Diez segundos mágicos. Un instante de una belleza extraña y fascinante que me paralizó. Y luego todo el entorno pareció entristecer, quedar inmóvil, mudo. La sombra comenzó a cubrir el cielo poco a poco, sin urgencia, pero implacable, y a mí comenzó a hacérseme tarde. Desde la boca del hueco del árbol, ayudándome con un trozo de madera en forma de cuña que extraje de la trasera del espejo, desaté los nudos corredizos del columpio. Me costó mucho trabajo, me despellejé los dedos, una astilla se me clavó en una de las yemas, pero el frío atenuó el dolor. Una vez descolgado dejé caer el columpio hasta el suelo y lo mismo hice con el espejo. Se hacía de noche y aunque mi madre estaría preparando la reprimenda, porque no quería que estuviésemos fuera de casa a esas horas, yo debía dejar nuestro escondite vacío y desmantelado. Una vez en el suelo busqué un lugar alejado donde esconder el espejo y el columpio y allí, en una pequeña hondonada junto al arroyo, excavando un pequeño hoyo y cubriéndolo de ramas después, los escondí.

El frío me impedía caminar deprisa, parecía herrumbrarme los huesos y ralentizaba mis movimientos. Ya solamente pensaba en el castigo que mi madre me infligiría por haberme retrasado tanto. Esperaba, al menos, que mi hermano hubiera tenido éxito en sus pesquisas y hubiera adivinado quién había sido el profanador, el ladrón. Casi había llegado a la zona de las huertas. El silencio de un pueblo anochecido es casi agresivo, así que me sobresaltó el griterío que se aproximaba desde abajo, desde el Cargue y el tenue resplandor que lo delataba... Hasta parecía que algunos iban cantando. A medida que el murmullo se fue haciendo más patente se adivinaba que el grupo de gente que avanzaba hacia el bosque era muy numeroso y que, efectivamente, algunos de ellos, mujeres a juzgar por el tono agudo de las voces, entonaban un cántico meloso y acompasado. Pensé en hacerme a un lado y esconderme, pero me pudo más la curiosidad y mantuve la dirección, aun a sabiendas de que me encaminaba directamente hacia ellos. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca distinguí a la cabeza de la congregación a don Baudilio, al sargento de la Guardia Civil, a las mujeres del cenáculo de nuestra casa y a mi propia madre, seguidos por unas veinte o treinta personas más. Al distinguir a mi madre el temor me hizo rectificar e intenté hacerme a un lado y escabullirme entre los arbustos y las sombras, pero ya era demasiado tarde. Me había visto y me llamaba a voces. Cuando estuvimos frente a frente, para mi sorpresa, no me

regañó, no me preguntó de dónde venía ni el motivo de mi regreso a aquellas horas, su voz se diluyó entre las del resto del grupo que me interrogaba, atropelladamente, intentando averiguar si yo también había visto a la Virgen, si había sido testigo del milagro y cantaban y lanzaban alabanzas y lloraban y miraban al cielo que se iba estrellando y yo me quedé paralizada, sin saber qué decir, esperando que aquel tropel enloquecido me rebasara y desapareciese de mi vista, pero no se movían. Mi madre me cogió por los hombros y zarandeándome, levemente, me preguntó qué había visto, y don Baudilio repitió la pregunta como un eco inquisitivo. Estaba tan asustada que dejé de sentir frío. «Santa María madre de Dios ruega por nosotros, pecadores...» Y todas aquellas voces rezando y cantando y aclamando a todo lo divino, rogando, mirándome, esperando... ¡Dime qué has visto, hija!

—A la Virgen.

Y mi madre me abrazó, quizás por primera vez, y se agachó y puso sus ojos a la altura de los míos y me siguió inquiriendo.

—¡No me mientas! ¡No me mientas, porque si me mientes, de esta no sales!

—No te miento.

Don Baudilio pidió silencio, puso la mano sobre mi cabeza, avanzó conmigo y con mi madre unos pasos, y con un gesto autoritario y firme indicó al resto del grupo que permaneciese quieto, que guardase distancia con nosotros. Yo temblaba de pavor, no sabía qué me había llevado a decir que había visto a la Virgen, posiblemente intuí que sería la única respuesta que ellos esperaban oír, a juzgar por lo que iban proclamando a voz en grito los procesionarios, y, por otro lado, porque, seguramente, también podría ser la única respuesta que podría salvarme del terrible castigo que me hubiera esperado.

—Vamos a ver, hija, tienes que decirme la verdad. Yo soy el representante de Dios en la tierra, como bien sabes, y si me mientes a mí, estás mintiendo al Señor y eso es un pecado mortal.

Asentí.

—¿Qué has visto?

—A la Virgen.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Has hablado con ella?

—Sí

—¿Qué te ha dicho?

Callé.

—¿No me lo puedes contar?

Negué con la cabeza, porque en ese momento no supe qué decir.

—¿Sabrías llevarnos hasta el lugar donde se apareció?

Asentí de nuevo.

El cura se incorporó, hizo un aparte con mi madre y hablaron entre ellos intentando no levantar demasiado la voz, pero la excitación les impedía atenuarla demasiado, así que entendí lo que decían sin dificultad. Don Baudilio alegaba que una prueba irrefutable para comprobar que lo que yo decía era o no verdad sería que fuese capaz de llevarlos hasta el árbol en el que la testigo, que resultó ser una de las beatas del cenáculo de mi casa, decía que había tenido lugar la aparición. Regresaron hasta donde yo me encontraba y me indicaron que los condujese hasta el lugar. No tenía nada que perder y, en cambio, tenía mucho que ganar, así que les fui dirigiendo hasta el castaño hueco sin saber muy bien por qué. Por el camino me fui dando cuenta de que mi decisión había sido la acertada, porque aguzando el oído, atendiendo y aislando con dificultad cada una de las conversaciones que llegaban hasta mí, me enteré de que quien había dado aviso del supuesto milagro había incluido también en la narración a una mujer suspendida en el aire, levitando frente a la imagen de la Virgen manifestada en lo alto de un árbol, en la boca de un enorme hueco abierto en su tronco. Poco a poco fui componiendo la escena. Me vi a mí misma, desde lejos, medio oculta por la espesura, aparentemente flotando, dado que el columpio en la distancia, seguramente, no se podía apreciar, inmóvil frente al hueco abierto en el tronco del castaño, iluminado desde dentro por el reflejo del sol en el espejo, una forma medio humana con capucha, ornada con los reflejos del nácar, difícilmente identificable como un simple abrigo, sobre todo cuando quien lo observa en la distancia no quiere ver un abrigo, sino algo glorioso y celestial, y entonces comprendí. A partir de ese momento me fui calmando y la calma me dio la delantera.

Yo fui una santa hecha a mí misma. Lo fui por casualidad y por supervivencia. Yo fui santa gracias al cielo en un pueblo que vivía bajo tierra. Desde esa noche todo giró alocadamente a mi alrededor, la gente se transformó, los acontecimientos se precipitaron sin control, enturbiando y revolucionando mi vida y la del pueblo. Gentes fueron y vinieron desde entonces, nuevos y viejos afectos se asomaron sin avisar y nos sorprendieron en un imparable y alocado fluir. Los necesitados, los inquietos, los creyentes y

los negadores, los desahuciados, los desesperados se acercaron instalándose en torno a nuestro día a día. Irrumpieron, como de la nada, decenas de interesados en acoplarse, en buscar un acomodo al calor de lo extraordinario... Lo extraordinario, lo extraordinario que nunca sucedió, lo extraordinario era yo.

Una vez que la beata, testigo de la aparición, certificó que el lugar indicado por mí era exactamente en el que había tenido lugar la aparición, todos enloquecieron. Gritaban, bailaban, se abrazaban, me rodearon, querían tocarme, besarme, arrancarme mechones de pelo, rasgarme la ropa para hacerse con los jirones... El sargento de la Guardia Civil impuso orden y el cura pidió sosiego, mi madre no se apartó de mí ni un segundo, estrechándome, protegiéndome, besuqueándome sin parar, mientras repetía a media voz: «Mi niña santa, mi niña santa».

Cuando la calma se impuso don Baudilio anunció que iba a celebrar una misa de campaña y que debía ausentarse durante un rato para ir en busca de lo necesario para celebrarla. Se hizo acompañar por un par de mujeres y pidió que en su ausencia rezaran a la Virgen y dieran las gracias a Dios por el privilegio que nos había concedido. Así se hizo. Yo permanecí un tanto retirada y arropada además de por mi abrigo por un capote que me había echado por encima el sargento. Fui cayendo poco a poco en un estado de desfallecimiento que me hacía cada vez más difícil mantenerme despierta. Tras la agitación, después de haber sido arrollada por un torrente de desconciertos durante toda la tarde y parte de la noche, después de saberme santa, se me consumió el vigor y apenas podía mantener la consciencia. Se me hacía muy difícil permanecer con los ojos abiertos y no rendirme al cansancio y dormir, dormir, dormir y dejar que, paradójicamente, el sueño inundara todo de cordura. Regresó don Baudilio y ofició la misa. Después, muchos de los que hasta allí habían llegado se dispusieron a guardar vela junto al castaño hueco durante toda la noche, sin dejar de rezar, de dar gracias, de pedir perdón y de pedir favor al cielo. Nosotros nos retiramos a casa, escoltados por algunos de los devotos que no dejaban de cantar y rezar a nuestras espaldas. Dos números de la Benemérita hicieron guardia en el portal de nuestro bloque. Nunca habría podido suponer que la santidad conllevara tanto riesgo.

Esa noche dormí con mi madre en su cama por primera vez en mi vida, así que cuando desperté me sentí extraña. Lo primero que hice fue ir a mi habitación para ver a mi hermano, pero no estaba allí. Entonces caí en la

cuenta de que estaría en el instituto y de que yo no había ido y de repente todo lo de la noche anterior se derramó de golpe en mi cabeza y el desconcierto me golpeó tan fuerte que me tuve que tumbar en la cama otra vez, incapaz de reaccionar, esperando que todo volviera a ordenarse. Entonces oí los pasos de mi madre que se acercaban y temí sus brazos, que me abrazaron y me levantaron, y acusé sus labios rígidos apretándose contra mi frente y mis mejillas y mi cabeza, «mi niña santa, mi niña santa...».

—¿No voy a ir al instituto?

—Hoy no.

Y mi madre, con extraña dulzura, comenzó a preguntarme por los detalles de la aparición. Quería saber cómo era el rostro de la Virgen y si me había llegado a decir si le había gustado el manto y las grandes hojas de acanto bordadas en plata y que si me había dicho algo de nuestro padre, si estaba en el cielo, y a todo yo le di respuesta y cuando llamaron a la puerta y entraron las beatas y don Baudilio me temí que tendría que repetir todo el cuento y entonces le dije a mi madre que me encontraba agotada y que si podía irme a la cama un ratito y mi madre me dijo que sí y yo, interiormente, le di las gracias a la Virgen por haberme librado de la hostilidad habitual de mi madre, al menos por el momento, pero no me acosté, sino que saqué un cuaderno de mi cartera del instituto y apunté todas y cada una de las cosas que había ido narrando sobre aquella aparición y sobre las cosas que me había dicho la Virgen y sobre las que me diría de ahí en adelante, no fuera a ser que el discurso se me olvidara, así que me las estudié como se estudian las lecciones. Lo que más deseaba era ver a mi hermano, contarle todo lo que había sucedido, ponerle al corriente, porque le necesitaba, necesitaba un cómplice, al fin y al cabo, iba a ser el hermano de una santa y eso conlleva también su parte de responsabilidad, pero cuando él llegase a casa no nos iba a encontrar, porque me llevaron a Ponferrada a ver al vicario episcopal, según me dijeron en el coche del alcalde, que fue quien nos llevó hasta allí a mi madre, al cura, a la beata testigo del milagro y a mí.

—Es un señor muy importante.

—¿Más importante que usted, don Baudilio?

—Un poco, sí.

—¿Pero no es usted el representante de Dios en la tierra? ¿Es que hay algo más importante?

—Digamos que el señor al que vamos a ver también es representante de Dios en la tierra, pero le representa en sitios de más prestigio y yo le

represento ante vosotros, ante la gente más humilde.

—¡Ah!

Aunque yo llevaba la lección bien aprendida los nervios hacían que notara el estómago triste, era una sensación que conocía bien, porque era la misma que sentía cuando temía un castigo, cuando iba a un examen, cuando sentía pena… El despacho del vicario era muy grande y, a pesar de tener muchos muebles y un gran número de cuadros de curas y de escenas celestiales en sus paredes, daba la sensación de estar medio vacío. Nos sentamos alrededor de una mesa baja en unos sofás con el asiento tan duro y tan empinado que tuve que colocarme bien pegada al respaldo para no resbalar hacia adelante. Don Baudilio se mostraba irritantemente obsequioso y empalagoso al dirigirse a su superior y ridículamente excitado mientras le narraba lo extraordinario del suceso. El vicario se mantuvo serio en todo momento. Apenas hablaba, salvo algún «ya veo» algún «comprendo» y algún que otro «interesante». Parecía prestar atención sincera, pero eso no tenía por qué significar que estuviera creyendo lo que escuchaba. De cuando en cuando dirigía su mirada hacia mí, me clavaba sus pupilas grises, de acero, pero yo aguantaba bien su reto, me sentía fuerte, sin saber muy bien por qué, por primera vez en mi vida. Cuando don Baudilio terminó la narración, el vicario pidió a todos que saliesen del despacho, porque quería quedarse a solas conmigo. Vi cómo, uno tras otro, abandonaban la estancia con su cara vuelta hacia mí, lanzándome una súplica con la mirada, como queriendo decirme «no nos falles». El vicario era un hombre enjuto, calvo a más no poder, los pómulos se le hundían en la cara y le conferían un aspecto cadavérico. Se sentó frente a mí y con ambas manos, transparentes y venosas, tomó las mías, mantuvo su intensa y fría mirada durante un largo rato, sin hablar, respirando tan fuerte que el aire que expulsaba su nariz llegó a enfriar mis muñecas. Sus labios finos, apretados uno contra el otro, dibujaban una afilada línea rosada, que mantenía su boca cerrada como si estuviese a punto de rajarse. Para no sentirme intimidada comencé a pensar en otra cosa. Sin apartar la mirada, mis pensamientos se fueron a otros lugares y consiguieron mantenerme a salvo… El vicario rompió el silencio. Me apuñaló con su sentencia.

—Es todo mentira. A mí no me engañas.

Permanecí callada, sin apartar mis ojos de los suyos. Sabía que las armas de aquel combate eran las miradas. Repitió, severo.

—Eres una mentirosa y Dios te castigará sin piedad. Te espera el infierno.

No consiguió arrancarme una sola palabra, no sacó de mí confesión

alguna ni dejé entrever síntoma de flaqueza. Ante mi actitud hierática se levantó con brusquedad, fue hacia la puerta, la abrió y, con un tono de voz alterado, nos despidió ordenando a don Baudilio que nunca más osara molestarle con idioteces como aquella y que se anduviese con cuidado si no quería tener problemas serios.

V

Los días que siguieron a la aparición fueron de un trajín inimaginable. Los rostros, las preguntas, los sobeteos, las idas y venidas, tanto zarandear de acá para allá no me dejaban asimilar las circunstancias y las consecuencias que se iban tejiendo en torno a ellas.

Desde lo del milagro dormía en la cama de mi madre, con ella y con los quejidos de su alma, que me desvelaban cada noche, haciéndome costoso conciliar el sueño. Al final el cansancio terminaba siempre derrotando a sus ronquidos y me dormía.

Cuando por fin conseguí ver a mi hermano, la misma tarde de la visita al vicario, le noté raro, me miraba con distancia, con una actitud que podría considerarse de cierta sumisión. A pesar de ello le dije que tenía que contarle muchas cosas y nos metimos en nuestra habitación los dos solos. Ya habían llegado a sus oídos los hechos, aunque, ya a aquellas alturas, tan solo un día después, tremendamente exageradas, si el desorbitar algo tan, absolutamente, insólito ya de por sí, fuese posible. Le habían contado que la Virgen se me había aparecido con el niño Jesús en los brazos y que lo habían visto muchas personas, que habían ido a buscarme por el bosque, porque yo me había perdido y que la Virgen me había dicho que había elegido aquel pueblo y a mí en particular, por la fe que le profesábamos y por la belleza del manto que le habían hecho. Yo me eché a reír y mi hermano, algo ofendido, enrojeció y, con cierto bochorno, se levantó herido en su orgullo, al darse cuenta de que había pecado de cándido.

—¿Entonces, es mentira todo?

Me quedé mirándole con ternura. Vi a un niño engañado, débil, al que nadie tenía derecho a desilusionar.

—No, no es mentira, pero quien te lo contó ha exagerado. Ven, que te cuento la verdad.

Intuí en ese preciso instante que si iba a seguir con el enredo hacia adelante, tenía que ser con todas las consecuencias y que debería ser yo quien,

únicamente, supiese la verdad sobre la aparición y que ni mi hermano ni nadie debería conocer que la Virgen jamás anduvo por aquellos derroteros y que mucho menos había decidido entablar relación con una niña tan vulgar como yo. No me iba a arriesgar a que mi hermano o cualquier otra persona pudiese pulverizar un suceso tan asombroso, dejándome ante todos como una farsante. Le senté sobre la cama, le acaricié la mejilla, dulcemente, con el envés de mi mano y, sentada en el suelo frente a él, le conté que cuando volvía de esconder el columpio y el espejo junto al río un fulgor maravilloso iluminó el hueco del castaño, una imagen de luz apareció en él y de manera portentosa, sin saber cómo, comencé a volar hacia ella sin voluntad. Le conté que la Virgen María me miró con dulzura, que me habló sin abrir la boca, sin mover los labios, y me dijo que me amaba, que transmitiera a todo el mundo que debía rezar y ser obediente a Dios, que ella era el faro al que debían mirar cuando se encontraran perdidos, porque esa era una frase que se me había quedado grabada cuando leí aquel libro que una de las beatas del cenáculo se dejó olvidado en casa. Continué mi relato diciéndole que la Virgen me comunicó también que me había elegido a mí por mi inocencia y mi alma limpia y que nuestro sufrimiento en la tierra se vería recompensado cuando todo acabase. Le conté que nuestro padre estaba con ella en el cielo y nuestra abuela y el hijo «de los del último» también y que desde ese momento me convertiría en la portadora de su luz. Mi hermano me miraba con los ojos muy abiertos, apenas pestañeando, ensimismado, feliz, y yo, testigo único de su felicidad, me sentí terriblemente sola.

Durante los siguientes días al milagro no salí de casa. Visitas de gente que yo no conocía entraban y salían. Mi hermano me contó que el pueblo era un hervidero, que estaba llegando gente de todos los sitios, que hasta habían aparecido coches de León y de Ponferrada y gente de los pueblos vecinos, de Villablino, Tombrio, Santa María del Sil, hasta de Asturias se acercaban familias enteras en peregrinación hasta el castaño hueco y que todos querían conocerme, pero que la guardia vivil no les dejaba y que el sargento andaba diciendo que había pedido refuerzos, porque aquello se le iba de las manos. Por lo visto la iglesia permanecía abierta todo el día y toda la noche y fieles de aquí y de allá entraban y salían de ella después de asistir a las misas y de dejar buenos caudales en las huchas. Yo vivía todo aquello entre la congoja y la diversión, tan pronto me invadía un pánico espantoso y entonces pedía permiso a mi madre con la excusa de ausentarme a rezar, como me regocijaba

escuchando las majaderías que decían en mi presencia. Una tarde llegó una visita especial. La señora gorda que encargó el manto de la Virgen vino a casa acompañada de su marido y de don Baudilio, que había hecho de nuestra casa su segunda residencia. El gesto de la señorona era el mismo, parecía cincelado para el rencor, pero su actitud no era igual, su talante traslucía algo de proximidad y aunque no se podía decir que se mostrara cariñosa sí parecía mirarme con cierta afabilidad, incluso con algo de asombro. Don Baudilio me hizo relatar de nuevo todo el episodio, que yo repetí ya de carrerilla, aunque en aquella ocasión intenté ponerle un poco más de entusiasmo. Me hizo las preguntas de rigor a las que yo respondí con la misma seguridad y cuando se dio por satisfecha nos hizo sabedores de que, si no teníamos inconveniente, su marido y ella se harían, desde ese momento, sustentadores de todos los requerimientos que hicieran falta para sostener la fe en aquel milagro, ya fueran materiales o de cualquier otro tipo. Noté cierta dicha en el rostro de mi madre y en el de don Baudilio y por ende también en el de la ofrendadora y su marido que, por otro lado, no pronunció palabra.

El párroco vino a casa para acompañarnos hasta el castaño hueco, porque iba a celebrar allí mismo otra misa y pensaba que sería oportuno que en esa ocasión yo estuviera presente. Fue mi madre la que aceptó por mí. Me puso la ropa de domingo e indicó a mi hermano que se quedase en casa, porque no pensaba que fuera buena idea que, sin haber tenido nada que ver en el fenómeno, formase parte del grupo. El cura asintió y añadió que los fieles tenían que poner el foco en mí y cuantas más personas me rodearan, peor sería. Decidida pues la comitiva, todos juntos bajamos a la calle. Una marabunta, la misma que hacía guardia día y noche frente a nuestro portal desde hacía días, pero multiplicada, porque al ser sábado muchos habían aprovechado el fin de semana para acercarse desde otras localidades a por su ración prodigiosa, nos esperaba para escoltarnos hasta el bosque. Era la primera vez que salía a la calle como santa. No sabía muy bien qué actitud debía adoptar, si un andar pausado y con cierto aire etéreo, o, por el contrario, firme y segura para dar una imagen respetable a mi nuevo personaje. No sabía si endurecer la mirada o dulcificarla, si sonreír o languidecer. La gente cantaba y me lanzaba lisonjas y alabanzas. Alguno había que, desde lejos, protestaba, les tildaba de locos y desafiaba a aquella multitud enfebrecida, que reaccionaba, inmediatamente, con el coraje que otorga la fe. Cuando llegamos al castaño hueco lo que vi me aturdió: cientos de personas, familias enteras, de toda condición, diseminadas por los alrededores, esperándome. Reconocí a

vecinos del pueblo y a algunos mineros, gente ruda que había cambiado aquella mañana el «cacharreo», los vinos y las cervezas, por una misa, los desahogos de barra de bar por los rezos. Vi a mujeres enjoyadas junto a caboverdianas, cargadas con mil hijos, compartiendo esperanza, vi a compañeras del instituto con sus madres, a profesores, a dependientes de las tiendas del pueblo y a un tumulto que no conocía. Vi allí al mundo entero y el mundo en su totalidad se me abalanzaba y sonreía y hablaba, hablaba en un tono enervado, exagerado por la excitación. Vi a tullidos y convalecientes tumbados en camillas, vi a niños afectados por la polio con sus piernas ortopédicas chirriando en su carrera para acercarse a mí, vi a paralíticos condenados a sus sillas de ruedas a punto de atropellarme, que me acuciaban y me gritaban «Cúrame santa niña», «Bendíceme, niña santa», «Pide a la Virgen por mí...». Y el llanto me surgió a borbotones y lloré con un desconsuelo profundo, con una angustia tal que se me hacía, prácticamente, imposible respirar y el llanto me ahogaba y se me vino a la memoria la imagen de mi padre tirado en el camino, dando bocados al aire, porque en ese preciso momento yo necesitaba más espacio para obtener resuello. Noté cómo se me comprimía el pecho y cómo el corazón y los pulmones se iban haciendo pequeños y se estrujaban por dentro contra mi espalda... Y de pronto todo se apagó.

Cuando recobré la consciencia me encontraba al pie del castaño hueco, tumbada sobre unos almohadones blancos, olía a incienso y estaba rodeada por rostros que, a pesar de saber que eran conocidos, no podía identificar. Un sudor frío me humedecía el cuerpo, escuchaba el rumor de la multitud, pero llegaba hasta mí como desde la lejanía, como un eco, como una bruma.

—Mi niña, ¿te ha hablado la Virgen otra vez?

Con un movimiento sutil de mi cabeza, asentí.

—¡Gloria al altísimo! ¡Gloria a la Virgen María, madre santa! ¡Regocijémonos en el Señor, nuestro Dios!

Y de nuevo aquel rumor distante cobró mayor presencia y la algarabía se hizo dueña de la situación. Yo, sin saber bien por qué, como si un chispazo interior me hubiese conectado, me incorporé y tras unos primeros momentos de flojedad, angustiada, comencé a abrirme paso entre la gente para escapar de allí y mi andar se convirtió en carrera desbocada y la gente me seguía como si fuese a guiarles hasta la tierra prometida, pero yo me dirigía a mi casa, solamente a mi casa, buscando refugio. Llegué, tremendamente agitada, perseguida por aquella bandada de sedientos de prodigios, subí las escaleras

hasta el rellano de nuestro piso, llamé a puñetazos a la puerta y, cuando mi hermano la abrió, le empujé para hacerle a un lado y corrí a encerrarme, por mi cuenta, en el cuarto verde. Mi culpa en aquella ocasión era mi miedo.

Mi hermano, tímidamente, con su voz en un susurro, me preguntó que qué me pasaba. No le contenté.

Ya sé quién nos robó el tesoro. Fue la Mula. Sal de ahí, por favor, nadie te ha castigado.

Salí del cuarto verde y me abracé a él llorando. No tardaría mucho en llegar nuestra madre, así que solamente tendríamos unos minutos para nosotros. Me contó que había sido la Mula el que, directamente, se le había acercado mientras buscaba chinas para ir a por pajaritos y que le había dicho que sabía que andaba buscando al que había cogido lo del árbol y que no diera más vueltas porque había sido él y que si tenía algún problema.

—¿Y tú que has hecho?

—Nada.

Ya resonaban en el rellano las voces de mi madre y la «compaña meapilas». El ruido de la llave en la cerradura y sus pasos presurosos me hicieron dar un giro rápido, me metí en la habitación, me tumbé en la cama, cerré los ojos y crucé las manos sobre mi pecho. Mi madre se asomó tímidamente por la puerta entornada.

—Parece que duerme.

—No, mamá, estoy despierta, pasa.

Entraron mi madre, el cura, la señora gorda y su marido, rodearon la cama y con una sonrisa tontorrona dibujada en todos sus semblantes, me observaron sin decir nada, como esperando que yo les iluminara. Y les iluminé. Vi a mi hermano que, desde el quicio de la puerta de la habitación, con gesto mohíno, asistía a la escena hasta que mi madre se giró y le mandó que fuera a comprar algo para que me repusiera. La señora gorda hizo un gesto al marido que, sumiso, se dirigió a mi hermano y le dio dinero. Me preguntó mi madre que qué me apetecía y yo le dije que unas bombas de nata.

—Pero hija, las bombas de nata...

—Mamá...

—Sea, sea.

Me incorporé en la cama y, exagerando el cansancio, me dispuse a darles una pequeña ración de lo que habían venido a buscar. Les dije que la Virgen quería hablar conmigo sin que hubiese nadie, porque la humildad estaba reñida con el espectáculo, que era otra frase que yo había sacado del mismo

libro y que ella actúa siempre en las cosas pequeñas y que no me preocupara porque la Virgen María me iría dando mensajes e instrucciones de salvación.

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

—Amén.

Y todos se persignaron.

La señora gorda añadió un prodigio más del que, increíblemente, todo el mundo que me siguió hasta casa había sido testigo. Relató con entusiasmo que habían visto cómo, en mi carrera alocada, me desplazaba sin tocar el suelo y con cara de embeleso me tomó la mano y me la besó y yo le sonreí y ladeé un poquito la cabeza como signo de aceptación. Luego llegó mi hermano con las bombas de nata y mi madre se le llevó al pasillo a empujones y sonó un guantazo, porque unas motas de azúcar en la comisura de los labios le habían delatado.

—¡Deje al chico, por el amor de Dios, que no ha hecho nada!

—La gula es un pecado y las bombas de nata eran para su hermana.

Pensé que ya se encargaría también la Virgen, a su debido tiempo, de vengar aquellos golpes y tantos otros.

El fin de semana fue una autentica demencia. Me contaron que había periodistas con cámaras de fotos por todo el pueblo y que también había televisiones y locutores con micrófonos y que a todos los que intentaban entrar a verme los echaban con cajas destempladas una especie de cuerpo de custodia que el cura y el alcalde habían reclutado entre los devotos más cercanos y que se encargaban de preservar nuestra intimidad.

Desde la ventana, ocultándome tras los visillos, vi al cura jipi que se acercaba junto a tres o cuatro de sus mineros revolucionarios. Me gustaba cómo le ondeaba la melena cuando caminaba y el vuelo de las campanas de sus pantalones, como los capotes de los toreros que había visto en la tele alguna vez. Creí estar enamorada de aquel cura tan parecido a Jesucristo. Venía hacia nuestro bloque, pero justo cuando se disponía a entrar en el portal el cuerpo de seguridad piadoso le detuvo y allí mismo comenzó una gran trifulca. Los mineros que le acompañaban eran corpulentos, acostumbrados a usar la fuerza bruta en su lucha diaria contra la roca y no les costó emprenderla a golpes con los fervientes valedores de mi salvaguardia. En un instante se formó una batalla campal frente a mi ventana. Viendo aquel caos, aquel disparate imprudente, decidí dejarme ver. Cesaron de golpe las hostilidades,

todos giraron la cabeza hacia mí.

—¡Es la santa niña!

—¡La santa niña!

—¡Miradla, en la ventana!

Y con solo mirar al cura jipi, haciéndole una seña con el dedo, le mandé subir y todos, de repente, le respetaron. Cuando llamó a la puerta, mi madre, a través de la mirilla, le observó y, en un tono tan desagradable como pudo, le ordenó que se diera la vuelta, que en aquella casa no era bien recibido, pero yo, acercándome por detrás, poniéndole la mano en la espalda, le advertí que aquel hombre también era un representante de Dios en la tierra y que tenía todo el derecho del mundo a hablar conmigo para saber qué me había dicho la Virgen y que hiciese el favor de apartarse, porque yo me encargaría de atenderle. Mi madre, con una extraña mansedumbre, se giró y desapareció arrastrando su dignidad herida hacia la cocina.

El cura jipi era guapo, todo lo guapo que dejaba ver la barba pobladísima tras la que se ocultaba para, seguramente, no romper corazones. Le hice pasar al cuarto de estar. Parecía enfadado, al menos, intranquilo. Le dejé sentado en una silla junto a la mesa camilla y yo, dándome importancia, en silencio, con pasos lentos, me dirigí de nuevo hacia la ventana. Al fondo, en el horizonte se veían los cerros que escondían el corazón negro, las minas donde mi padre se tragó la muerte poco a poco, donde cada día los mineros iban, a golpes, sacándole a la tierra las entrañas. Miré hacia ellos porque estaban lejos, quizás donde yo también deseaba estar, lejos, muy lejos, y especialmente tras aquella barbaridad enajenada en la que me estaba encerrando y de la que ya no iba a poder salir.

—¿Qué es toda esta locura, niña?

—¿Qué locura?

—¿Tú te crees que puedes jugar así con la gente? ¿Tú crees que todo ese disparate de la Virgen es creíble? ¿Estás loca?

—No, no estoy loca, soy una niña sí y creo en la Virgen. ¿Usted no, padre?

Sus ojos se inyectaron de cólera, lo noté, de buena gana me hubiese abofeteado y yo quería que lo hubiera hecho, pero cerró el puño con fuerza, lo levantó hacia el techo y con la voz contenida me advirtió.

—Esto puede acabar muy mal, páralo cuanto antes, te lo ruego, Dios no se merece que jueguen con él de esta manera y a mí me vas a tener enfrente.

Mi madre, que había estado escuchando desde la cocina, entró en el cuarto de malos modos y terció poniendo fin a aquella incómoda y desazonadora

visita. El cura jipi se marchó aún más encolerizado de lo que entró y yo, desde la ventana, le vi alejarse con su equipo de gladiadores.

La jornada no había dejado de ofrecer sorpresas y excentricidades. Don Baudilio nos mandó llamar para que nos acompañasen hasta la parte de atrás del lavadero grande de carbón, porque algo extraordinario había vuelto a suceder. Estaba empezando a oscurecer y yo no deseaba nada más que aquel día de locura terminase cuanto antes, pero nunca sabremos hasta dónde es capaz de llegar el delirio, empujado por la soledad, por la desgracia, por la necesidad de alejarse de la desdicha, cuando tu vida va sin red en caída libre hacia el infortunio. Parecía que todos los desheredados del mundo se hubieran reunido en nuestro pueblo atendiendo a una llamada liberadora y no estaban dispuestos a marcharse de allí sin su ración de espectáculo. Nos costó trabajo llegar hasta el lavadero, porque la multitud, una vez más, se arremolinaba curiosa e impaciente y ante tanta excitación y maravilla les costaba permanecer separados. Cuando me reconocían unos se apartaban y se santiguaban, otros en cambio intentaban acercarse a mí para tocarme, para recibir mi bendición, el roce de la «niña santa», pero el equipo custodio se lo impedía con modos groseros, pero efectivos. Por fin llegamos hasta uno de los inmensos montes de carbón que se levantaban detrás de los túneles del lavadero y allí, sentado en una de las vagonetas de hierro que servían para transportar el mineral, un hombre enjuto, mal vestido, casi andrajoso, daba gracias a la Virgen y rezaba y gesticulaba exageradamente. Al verme corrió hacia nosotros, se arrodilló ante mí y besando mis pies me dio las gracias por haberle curado y lloraba y lloraba.

Don Baudilio nos puso al corriente del hecho y nos contó que ese hombre había llegado hasta el castaño hueco en una silla de ruedas, que empujaba una voluntaria del asilo donde vivía en Ponferrada, y que después de haber conseguido tocarme aquella mañana, de repente, sin saber cómo, se puso en pie y comenzó a caminar. Por tres veces cayó al suelo, pero después sus piernas recordaron para lo que habían de servir y se pusieron a trabajar a pleno rendimiento. Lo ha contado él y la señora que le acompaña y numerosos testigos que se encontraban a su alrededor lo han corroborado. «Levántese, buen hombre.» «Alabada sea Nuestra Madre Santa...»

—Vámonos, vámonos, por favor.

El lunes pedí a mi madre que me dejase ir al instituto. Necesitaba volver a la rutina, mi vida se había convertido en un enredo tan radical que necesitaba normalidad para no volverme loca. Por la calle aún pululaban grupos de fanáticos como un goteo último del torrente de fervor que se había vivido el fin de semana.

Me sentía especialmente elegante, porque llevaba un vestido nuevo. La señora gorda había renovado el armario de mi madre y el mío con ropa que había mandado comprar en la ciudad, así que no parecíamos provenir de la misma casa, de la misma familia mi hermano, que me acompañaba, y yo. Nos observaba desde la calzada y desde la acera de enfrente la gente con la que nos cruzábamos y los demás chicos y chicas que se dirigían al instituto, pero ninguno de ellos nos dirigió la palabra, amedrentados quizás por la escolta que nos amparaba desde que salimos del portal. Yo notaba a mi hermano que caminaba orgulloso y eso me hacía feliz. Llegamos al instituto y cada uno se dirigió hacia su clase. Entonces sí, en cuanto me quedé sola, las chicas empezaron a venírseme encima y a asediarme con preguntas y volví a sentirme agobiada y en vez de gritar y desahogarme me fui arrugando y haciéndome pequeñita y las que habían empezado siendo preguntas inocentes, comentarios emocionados, de admiración, se convirtieron en chanzas y burlas incluso en insultos y de nuevo hubo quienes me defendieron de los ataques, provocando que se montase otra nueva trifulca monumental entre detractores y defensores de mi santidad. Varios profesores tuvieron que mediar, empleándose a fondo, hasta que consiguieron que aquel caos se disgregara y los combatientes se repartieran por las aulas. El director del instituto me acompañó hasta mi clase. Entró conmigo. Todos los alumnos se pusieron en pie. Yo me dirigí a mi pupitre, pero él se quedó junto a la pizarra y desde allí habló en un tono severo.

—Voy a ir clase por clase, pero vosotros sois los primeros. Vais a tratar a vuestra compañera como siempre lo habéis hecho. Aquí es una alumna más, lo que suceda de puertas para afuera no es de mi incumbencia, pero aquí dentro no voy a permitir que el desorden y el caos se impongan, así que ya lo sabéis, como se vuelva a producir un altercado como el que acaba de suceder, quienes hayan formado parte de él serán expulsados de inmediato —y dirigiéndose a la profesora finalizó—: Puede continuar con la clase, si se produce algún otro desorden, llámeme. Buenos días.

El director siempre me había dado miedo, pero desde aquel día le vi como un hombre respetable y digno. El resto de la mañana transcurrió con

normalidad. Pensaba, cabizbaja, que aquello de la santidad me estaba marcando un camino y que no iba a ser llano, sino que, muy por el contrario, iba a estar sembrado de obstáculos. Pasé el recreo sola, dentro del aula, no quise salir al patio para no ofrecer la oportunidad de un nuevo enfrentamiento. «Oh, Virgen Madre, ¿por qué me vas a castigar con esta soledad?» Me arrodillé y, frente al crucifijo colgado en la pared, comencé a rezar.

Acabaron las clases del mediodía, mi hermano me esperaba en la puerta del instituto. Le noté triste, cariacontecido. Cuando le pregunté que si le había sucedido algo me contestó que no, pero a los pocos minutos se sinceró y me dijo que durante el recreo se le había acercado la Mula otra vez y que le había dicho que él sabía que lo de la Virgen era mentira, porque había estado en el castaño hueco y que se lo iba a contar a todo el mundo.

—¿No es mentira, a que no?

—No, y dile a la Mula que quiero hablar con él.

La mesa estaba puesta para seis personas. Creo que era la primera vez que en casa había invitados a comer. Don Baudilio, la señora gorda, su marido y el alcalde eran los nuevos comensales. Como la mesa era pequeña y no cabíamos todos, mi hermano fue desterrado a la cocina. Durante la comida hablaron de muchas cosas que yo no entendí, pero aun así no dejaron, ni por un instante, de estar pendientes de la «santa niña».

—¿Te encuentras bien?

—¿Tienes síntomas de algo?

—¿Duermes bien?

—¿Rezas?

—¿Verdad que tiene como una luz...?

Sobre la mesa camilla había un montón de periódicos y revistas, imagino que los habían llevado allí porque hablaban del milagro y de la peregrinación del fin de semana. Lo que sí entendí fue que uno de aquellos periódicos hablaba en un tono despectivo y crítico del milagro y que entonces el dueño de una de las minas había comprado todos los ejemplares de todos los lugares donde se vendía prensa en los pueblos de los alrededores y los había quemado. También me enteré de que «los falangistas», a quienes todo el mundo en el pueblo tenía miedo y que, se sabía, mantenían muy buena relación con los guardias civiles, habían dado una paliza al cura rojo y que aquello iba a traer consecuencias, pero que se lo merecía, porque estaba armando mucho revuelo

y que, seguramente, fuese por envidia, porque la aparición no había sido en la zona de su parroquia. Cuando terminamos de comer me retiré a mi habitación, pero dejé la puerta entreabierta. Escuché entonces contar a don Baudilio que le habían llamado del obispado de Astorga y que le habían citado para esa misma tarde, porque estaban muy preocupados con los acontecimientos. Decía que le daba pánico acudir a aquella vista y que estaba seguro de que iban a presionarle para que acabara con todo aquello. Yo, realmente, me habría sentido liberada, pero por otro lado pensaba que, si todo acababa, quedaría al descubierto el engaño y pasaría a ser odiada y repudiada por todo el mundo y me tendría que ir del pueblo. Nadie quiere a los farsantes, la Virgen la que menos.

Volvimos al instituto para acudir a las clases vespertinas y el trayecto fue calcado al de la mañana, con la gente siguiéndonos a distancia sin atreverse a acercarse. Las clases transcurrieron con normalidad. El instituto por las tardes olía a chorizo, que era el ingrediente principal de los bocadillos que casi todos los alumnos llevaban para merendar durante el recreo. A mí, como era santa, la señora gorda me había comprado jamón. Al finalizar las clases salí deprisa, porque no quería que nadie se me acercase. En la barbacana de enfrente del instituto vi a mi hermano junto a la Mula que me llamaba agitando su mano. Me dirigí hacia ellos. Al otro lado de la acera los «escoltas voluntarios de la fe» me observaban sin quitarme ojo, pendientes de mi seguridad. Aquello me dio confianza. Llegué hasta donde estaban, le dije a mi hermano que se fuese y me quedé sola con la Mula.

—¿Querías hablar conmigo, trolera, mentirosa?

—Yo no soy una mentirosa, pero tú sí que eres un ladrón.

—Yo soy lo que me da la gana, pero tú has engañado a todo el mundo y te has inventado lo de la Virgen, porque yo estuve allí y sé que lo único que había era un espejo y un columpio que ya no están y que te lo has inventado todo.

—Eso no es verdad, pero por la cuenta que te trae tú le vas a devolver todo lo que nos robaste a mi hermano y además te vas a callar la boca.

—¡Uy, qué miedo! ¡La santita me va a pegar!

Y rio con unas carcajadas aparatosas como los malos actores, intentando amedrentarme y empequeñecerme. Estuve tentada de girarme y llamar a mis ángeles custodios, pero decidí ser más cruel.

—Sé lo que haces con los hombres y con el cura.

Su risa falsa se cortó en seco. Palideció y en un tono acobardado se

defendió.

—Yo no hago nada.

—Yo te vi con mi padre en el campo y con don Baudilio en la sacristía y sé que lo haces con otros, lo puedo contar a todo el mundo y puedes estar seguro de que me creerían.

Quedó mirándome inmóvil, con la boca entreabierta, buscando en su interior palabras con las que contrarrestar el aldabonazo que acababa de recibir, pero no las encontraba.

—Yo no hago nada.

Dio media vuelta y salió corriendo. Mi hermano me preguntó qué le había dicho para que huyera de aquella manera, pero solamente le dije que ya no tenía las cosas que nos había robado, porque las había vendido y que podía estar seguro de que nunca más nos volvería a molestar. Aprendí que los santos, a veces, pueden ser también muy vengativos.

Sé que era jueves porque rezamos los misterios gozosos, «Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos». El cenáculo había crecido. Asomadas a la ventana de la habitación de nuestra madre, rezamos el rosario junto a un gran número de fieles que se habían dado cita en la plazoleta. Las primeras del grupo, las que estaban más cerca de nuestra ubicación, eran las habituales, entre las que se encontraba la que había sido testigo de la aparición y que, desde entonces, sin llegar a formar parte del núcleo duro, sí había adquirido un rol preponderante en el pueblo. El eco de aquella multitud rezadora impresionaba. Los avemarías cobraban una grandiosidad tremenda, salmodiados por tantas voces a la vez. La escena era sobrecogedora. Mi madre, como cuando rezaba el rosario con sus amigas en casa, dirigía la oración. Se la veía henchida, satisfecha.

VI

A DON BAUDILIO LE HABÍAN LEÍDO LA CARTILLA en Astorga, pero eso hizo que todo el «grupo mariano» como nos llamaba, se uniera aún más. Nos había dicho, al regresar de aquella reunión, que teníamos a la Iglesia en contra y que deberíamos mantenernos fuertes y estrechar nuestro vínculo tanto como pudiéramos, porque desde aquel momento no iba a ser sencillo cumplir la voluntad de Nuestra Señora. «El cielo nunca ha puesto a sus hijos más queridos las cosas fáciles.» Nos tranquilizó, no obstante, diciéndonos que la postura oficial del Vaticano siempre era la misma ante los milagros y los hechos sobrenaturales y que no debíamos flaquear, porque la verdad siempre vence y convence.

La plazoleta, oscura habitualmente desde el atardecer, al carecer de farolas, lucía preciosa, alumbrada por los cientos de velas que titilaban iluminando, tenuemente, los rostros de los orantes y dándole al escenario un aspecto mágico y misterioso. Casi al finalizar el rezo, en medio de la recitación de la letanía lauretana, mi madre se desplomó y cayó de espaldas dándose un tremendo golpe en la cabeza contra el suelo. Yo grité. Acudió mi hermano, que estaba en el cuarto de estar viendo la tele. «Abre la puerta», le grité, para que dejara el paso franco. Mi madre estaba en el suelo, con los ojos cerrados, pero con una extraña mueca sonriente en el semblante. Yo le sujetaba la cabeza y le hablaba, pero no me respondía. No sé quiénes fueron los primeros en entrar, pero entre varios de ellos la subieron a la cama y, al poco, recuperó la consciencia. Unos minutos después el médico del hospitalillo de los mineros le tomaba la tensión y nos tranquilizaba.

—Ha sido una lipotimia, no tiene importancia. Que descanse y que se tome un café y algo de comer y, dentro de un rato, como una rosa.

—¡Uy, doctor, si me tomo un café ahora no duermo en dos días!

No recordaba yo a mi madre hablando en aquel tono tan dulce, tan risueño. ¿Es que nadie había reparado en que allí la santa era yo?

El único refugio a salvo del delirio era el instituto. El respeto que decretó el director el primer día que asistí a clase después del milagro se mantenía a diario, con la salvedad de algún acercamiento puntual, que casi nunca me resultaba angustioso o en exceso provocador. Había quien, a hurtadillas, se me acercaba en el recreo o en el pasillo a la salida de clase y me entregaba una prenda de ropa o un objeto cualquiera con el fin de que yo lo bendijera, porque así se lo había encargado su madre o su padre o algún allegado y había también quien, en voz baja, cuando pasaba cerca de mí me insultaba, me llamaba mentirosa o me metía en el bolsillo algún papelito con un recado desconsiderado. Yo intentaba mantener la normalidad, sin dar mayor importancia ni a unos ni a otros, amparada siempre por el núcleo duro de mis amigas. Ellas también se sentían algo especiales por el mero hecho de pertenecer a mi círculo más personal. Lo malo comenzaba al salir de allí, cuando regresaba al desamparo del campo abierto, a las calles del pueblo regadas de gente expectante, buscadores de maravillas, que se enardecían al reconocerme y corrían hacia mí o se arrastraban o se contorsionaban con sus cojeras severas, agitados, convirtiendo el entorno en una parada de excéntricos que tenía a todos los vecinos perturbados y que, no solamente no iba a menos, sino que, con el paso de los días, aumentaba. El pueblo se estaba convirtiendo en el paraíso del dolor, parecía que todos los afligidos del país habían decidido reunirse allí, convencidos de que, por mediación de una niña santa, sus calamidades les abandonarían.

En mi casa siempre había alguien además de mi madre y mi hermano y se iba incorporando además gente nueva, gente de la que nadie me daba cuenta alguna. Entre todos ellos apareció un cura joven, vestido con sotana, como don Baudilio, con un color de piel lechoso, como si el sol jamás la hubiese rozado, con un rostro tan liso que se asemejaba a las imágenes de los santos o de los cristos que había en la iglesia, como hecho de cera. Por el momento solo me miraba, no me dirigía la palabra. Iba de acá para allá, acompañado siempre por alguien, mostrando en la cara una mueca constante como de punto de partida de una sonrisa. Se desplazaba despacio, silencioso, no parecía pesar en absoluto, porque sus movimientos eran tan sutiles, que avanzaba como patinando sobre el terrazo. Ese primer día de visita estuvo en casa hasta que anocheció y se marchó con la señora gorda y con su marido, que ya formaban parte permanente del grupo acólito. Ese nuevo cura mantuvo la misma actitud durante las jornadas siguientes, hasta que por fin se dirigió a mí. Mientras me encontraba en el pequeño buró de mi habitación haciendo

los deberes, se me acercó sigiloso, educadamente, me pidió permiso para sentarse frente a mí y, con una voz tenue y casi susurrada, se presentó. Iba a convertirse en mi acompañante diario, en mi consejero espiritual, ya que toda aquella nueva situación, tras la aparición de la Virgen, me habría supuesto una comprensible perturbación, él sería el encargado de darme sosiego y acompañarme en mi camino de virtud. Debía confiar en él, sentirle como un amigo, como a alguien preocupado y centrado en mi bienestar moral y en mi tranquilidad, porque ese era su único propósito, allanar la senda y custodiarme a partir de aquel momento.

¿Qué senda? ¿Quién era? ¿Por qué necesitaba yo la compañía de alguien al que ni siquiera conocía? Quien hubiera decidido que yo necesitaba un guía espiritual no se había parado a pensar que, si la Virgen me había elegido a mí, habría sido porque me consideraba lo suficientemente apta para transmitir su mensaje y llevar a cabo, con solvencia, sus encargos y que debería ser yo quien diera los consejos, no quien los recibiera. ¿Y don Baudilio? ¿Qué papel jugaba entonces? ¿Había perdido su influencia?

Cuando el cura de cera salió de mi cuarto llamé a mi madre. Ella me explicó que había sido la señora gorda quien le había traído y que no podía hacer nada por librarse de él, pero que no me preocupase, porque, únicamente, pretendían hacer lo que fuese mejor para mí, así que deduje que ellos pensaban que lo mejor para mí debía de ser que permaneciera, constantemente, bajo vigilancia.

Desde ese día no hubo un momento en el que estuviera sola, ni siquiera por la noche, al acostarme, porque el cura de cera permanecía a mi lado hasta que el sueño me rendía. Cuando me levantaba por las mañanas él ya estaba allí y se convertía en mi sombra hasta que llegaba al instituto. A la salida me esperaba, me acompañaba si salía a jugar y aguardaba vigilante desde la distancia. Mientras hacia los deberes se sentaba a los pies de mi cama a leer o a rezar, me llevaba a misa, recibía a quienes llegaban a visitarme, me escoltaba cuando yo insistía en acompañar a mi hermano a hacer los recados, intentando arañar un poquito de normalidad para mi vida. El cura de cera se convirtió en mi custodio infatigable y su presencia constante en mi calvario.

Tanta gente alrededor velando porque fuese bien administrado el regalo que me llegó del cielo estaba haciendo que mi madre perdiera presencia. La importancia de su figura, como conexión más directa conmigo, se diluía entre tanta parafernalia y, poco a poco, quienes fueron tomando los mandos del trajín fueron don Baudilio, la señora gorda, su marido y aquel cura macilento

que vino de su mano. Ellos decidían cuándo y a quién se podía recibir, ellos montaron el aparato de coordinación, como si fuese una milicia, para organizar a la multitud que acudía cada fin de semana para asistir a la misa de campaña, que se celebraba bajo el castaño hueco, y ellos quienes daban las órdenes de actuación al cuerpo de seguridad que se encargaba de neutralizar al grupo de gente que, encabezado por el cura jipi, batallaba en nuestra contra.

La presencia de mi madre se eclipsaba. Sabiendo de su temperamento, podía intuir la metamorfosis que estaba sufriendo su estado de ánimo. Mi madre, que durante algún tiempo se había convertido en la estrella invitada a aquella representación divina, en la persona a quien todos acudían para conseguir colocarse en primera fila, a quien todos consultaban, requerían y pretendían para tener referencias de primerísima mano, estaba empezando a ser separada del reparto y, poco a poco, su relevancia iba desdibujándose. El protagonismo que había adquirido, lo extraordinario de los hechos y sus resultados, que habían obrado el prodigio del cambio en su actitud, haciéndole olvidar su estado de desgracia permanente, su soledad quejumbrosa, estaba operando, en aquellos momentos, a la contra y estaba tirando por tierra todas las esperanzas que había albergado de convertirse en foco de atenciones, en figura principal de aquella trama. Apenas la veía, porque el cura de cera lo evitaba, manteniéndome casi siempre alejada de todos. Yo empezaba a sentir de forma aguda la melancolía que causa la soledad, a pesar de no estar nunca sola. El ahogo, la asfixia de quien se siente recluido en la estrechez que causa la rendición, sin capacidad de movimiento, agarrotada por la tensión a la que estaba siendo sometida, al parecer, por mi bien. Si alguna vez yo insistía en hacer algo por mí misma o ir a determinado lugar o ver a alguien, él, el cura de cera, con su voz de hielo, sin alterarse lo más mínimo, desestimaba mi propuesta y, argumentando razones insalvables, me lo impedía. Si mi insistencia se hacía más vehemente, accedía a veces, pero siempre me acompañaba.

Empecé a vislumbrar un comportamiento insólito en mi madre. Cada vez se mostraba más taciturna. No enfadada, no airada o molesta, sino abatida. Se apartaba muchas veces del grupo guardián y su gesto se fue volviendo de nuevo mustio, su carácter áspero se suavizó y apenas participaba en las conversaciones. Compartía rosarios y rezos, llevaba a cabo las encomiendas de don Baudilio o de la señora gorda, atendía las labores de la casa como siempre, a pesar de que ya contábamos con ayuda doméstica desde hacía algún tiempo, pero todo lo llevaba a cabo con decaimiento, con una actitud lacia, incluso mi

hermano me preguntó si sabía lo que le sucedía, porque ya casi ni le castigaba. El cura de cera medió y nos dijo que quizás la Virgen estaba apaciguando la rigidez de su temperamento para ayudarla en la labor de compañía que esperaba de ella, para que me apoyara en pos de la salvación del alma de nuestros hermanos.

Llegó nuestra tía desde Ponferrada. Al grupo protector no le gustó la visita, se les notó en el semblante y los modos fríos con que la recibieron, pero no tuvieron más remedio que admitirla. Era familiar y tenía todo el derecho del mundo a visitar a su hermana y a sus sobrinos. Nuestra tía fue la única que plantó cara al cura de cera cuando este intentó permanecer junto a nosotros en el cuarto de estar. Nuestra tía nos notó tristes, preguntó si queríamos que echase a todo el mundo de allí, pero nuestra madre la contuvo, alegando que aunque, realmente, era incómodo vivir siempre acompañado de gente ajena, las circunstancias, en verdad, lo requerían. Estábamos viviendo un momento especial, extraño y maravilloso, y los sacrificios había que aceptarlos con humildad y resignación, además aquella gente únicamente miraba por nuestro bien y, en concreto, por el mío. Añadió además que nuestra situación, gracias a aquellos señores, había mejorado muchísimo y que las estrecheces a las que nos habíamos visto sometidos tras la muerte de nuestro padre ya eran historia y que aquello también había que valorarlo. Tuve que narrar de nuevo el episodio de la aparición de la Virgen. Mi tía asentía ante mis palabras, mirándome tiernamente. No supe interpretar si lo hacía con pena, con admiración, con escepticismo o fascinada, pero sí recuerdo que me reconfortó. En un momento en el que mi madre salió del cuarto pedí a mi tía que me sacase de allí al menos por un rato, que me llevase a dar una vuelta, que necesitaba quitarme, aunque no fuese más que por un momento, la presión de la vigilancia, evadirme, dejar de ser santa, hacer un paréntesis. Necesitaba espacio, aflojar el corsé que habían ceñido alrededor de mi alma y que me hacía sentir tan agobiada. Durante los últimos días había estado planteándome, seriamente, decir la verdad, desmontar todo aquel disparate extraordinario y liberarme de tanta presión, pero el miedo me había vencido. Cuando calibraba las consecuencias que acarrearía mi confesión me entraba un terrible pavor y desistía.

Me vino muy bien aquel ratito de libertad. Pasamos por el puente romano desde el que tiré piedras al río mirando atenta cómo se hundían, me comí dos bombas de nata y ni siquiera presté atención a los que me llamaban desde

lejos, a quienes me reconocían e intentaban acercarse, porque me sabía a salvo junto a nuestra tía. Fuimos por detrás de la iglesia por ver si mis amigas jugaban a rayuela. No encontramos a nadie, pero recuerdo que me dio igual, porque yo sola corrí, salté y reí a gritos, descargando tensión, soltando el lastre que me había estado constriñendo el ánimo en los últimos tiempos.

Las sirenas de una ambulancia y las voces de algunos vecinos que corrían hacia la parte baja del pueblo, al otro lado de las vías, detuvieron en seco aquel momento de esparcimiento. Vociferaban y comentaban que se había producido un accidente en alguna de las minas. Le dijeron a mi tía que parecía haber sido el grisú, ese gas que sale del infierno, la tenaz amenaza para la vida de todos los mineros. Al llegar a casa nos enteramos de que la explosión no había causado muertos ni heridos, porque había coincidido con un cambio de turno y había pillado a muy pocos mineros abajo. Como cada vez que ocurría algún percance en una mina, el pueblo entero se movilizó. Las sirenas comenzaron a aullar y hasta un helicóptero se oyó sobrevolando el cielo, aunque no se le veía. Las noticias que iban llegando eran tranquilizadoras, aunque parecía que un par de hombres habían quedado atrapados por el derrumbe ocasionado por la explosión. Abajo, en la calle, frente a mi ventana, se comenzaron a congregar un puñado de personas que, poco a poco, fue convirtiéndose en un grupo numeroso. No se les entendía lo que decían, pero clamaban y gesticulaban en dirección a nuestra casa.

—Quieren que vaya la niña a la bocamina. Gritan pidiendo un milagro.

Don Baudilio tomó las riendas y se hizo cargo de la situación. Salió al balcón y dirigiéndose a quienes se habían reunido pidiendo mi presencia, les tranquilizó asegurándoles y prometiéndoles que la niña acudiría a la bocamina, sin dilación. Me vistieron, y en procesión, escoltados por el grupo de suplicantes, nos adentramos todos en el bosque e, iluminándonos con linternas, nos encaminamos hacia la mina donde se había producido el accidente. A los lados del camino, las sombras inestables de los árboles y de las personas que nos dirigíamos a la mina daban al bosque un aspecto siniestro, presagiando la fatalidad. La mina era la más cercana al pueblo, apenas a un kilómetro desde las primeras huertas, así que no tardamos mucho en llegar. Un gran número de personas deambulaban nerviosas por el espacio abierto delante de la bocamina. Al vernos llegar se montó una trifulca y la confusión aumentó. Había quien insistía en que me dejasen pasar, sin duda, esperanzados y con fe en que la Virgen, por mi mediación, hiciera el prodigio de sacar a los mineros de allí abajo y había, en cambio, quienes pensaban que

lo único que había que hacer era trabajar con premura en poner los medios necesarios para conseguirlo, en vez de dejarlo en manos del cielo, y no entorpecer las labores de rescate con tinglados supersticiosos. El cura jipi, que también se había desplazado hasta allí para ayudar, se había puesto al frente de quienes se oponían a mi presencia y enardecía a los suyos contra nuestra facción. La calma llegó cuando don Baudilio, intentando sosegar los ánimos, pidió que, al menos, nos dejaran orar, apartados unos metros, porque aquello no haría mal a nadie. Así se hizo. Nosotros conformamos un círculo bajo unos árboles, me situaron en el centro y don Baudilio comenzó a dirigir la rogativa. A los pocos minutos de haber empezado nuestras oraciones, un minero, al que yo conocía de cuando íbamos a buscar a nuestro padre al Chigrín, salió del interior de la mina gritando. Algunos de los nuestros abandonaron el rezo y fueron a enterarse de lo que sucedía. Contaba el hombre que todo iba bien y que, increíblemente, la parte de la rampa que se había derrumbado, dejando aislados a los dos mineros, había cedido sin más y se había abierto un pequeño boquete, que ahora estaban agrandando y apuntalando el nuevo corredor y que en un par de horas, seguramente, habrían conseguido sacarles si todo iba según lo previsto y no cambiaban las circunstancias y que aquello había sido un milagro. ¡Para qué queríamos más! Mis partidarios comenzaron a lanzar aleluyas a la Virgen, a celebrar mi intervención y las alabanzas inundaron la explanada. Quienes protestaban fueron acallados, quienes querían creer que el cielo había intervenido mostraban su euforia sin recato y una vez más comenzaron a premiar mi intervención con júbilos y alabanzas. La procesión comenzó la retirada. Mi madre se me acercó por detrás y me preguntó al oído:

—¿Te ha hablado otra vez?

—Sí, estaba allí entre todos nosotros, pero solo yo la veía.

Yo sabía que mi madre sería el cordón de transmisión de aquel nuevo contacto y de ese modo afianzaría aún más mi poder.

Al día siguiente tanta gente acudió a la iglesia que muchos de ellos tuvieron que conformarse con escuchar la misa que oficiaba don Baudilio desde la calle. Yo ocupaba el primer banco junto a mis eternos acompañantes, el cura de cera, la señora gorda y su marido, mi madre, las beatas del cenáculo y mi tía. Éramos la partida del prodigio, siempre juntos, como un equipo entrenado para preservar lo extraordinario y difundirlo, todos a una, unidos nuestros afanes de mortales en preservar lo eterno, lo todopoderoso. Cuando regresábamos de tomar la comunión mi madre volvió a sufrir otro desvanecimiento y cayó al suelo desplomada. Se armó un revuelo. Don

Baudilio interrumpió la eucaristía, avanzó hacia ella, apartó a los fieles para que circulase el aire y le llegara a mi madre con más facilidad y, ayudado por otro señor, la auparon hasta un banco donde la tumbaron. Mi madre recobró la consciencia enseguida. Preguntó, algo aturdida, qué había sucedido y se incorporó, titubeante. El cura dispuso que la acompañaran afuera para que le diera el fresco y reanudó la celebración. Nos llevaron a casa en un coche de la Guardia Civil y a juzgar por sus caras, la gente que no había sido testigo del desvanecimiento de mi madre dudaba si se la llevaban detenida o protegida. Posiblemente hubiese sido otra lipotimia, pero el médico del hospitalillo le recomendó que se hiciera un chequeo en Ponferrada. Mi madre asintió con esa cara que me recordó a aquellos momentos de viuda reciente en los que tanta aflicción y desasosiego prodigó. Le pregunté si quería que durmiese con ella por si durante la noche precisaba algún cuidado, pero se negó rotundamente, arrugando la voz como para resaltar su infortunio.

Ese fin de semana, al haber sido publicado por la prensa el acontecimiento del milagro en la mina, la cantidad de público que llegó a la misa de campaña frente al castaño hueco se multiplicó. El pueblo se llenó aún más de gente que llegaba como quien va a una fiesta. La llamada de lo extraordinario siempre es cautivadora. Mi hermano me contó que además se habían instalado por todo el pueblo puestos en los que se vendían todo tipo de bagatelas religiosas, estampas y fotos de santos, del Papa, de la Virgen... Que los bares ofrecían menús milagrosos, que habían llegado autocares con familias enteras, que algunos avispados ofrecían prendas de ropa y objetos que, supuestamente, me habían pertenecido... Lo divino iba cobrando, poco a poco, un perfil cada vez más mundano. Al aroma de la fe se iban acercando los mercaderes buscando negocio y vaya si lo hacían. En el camino hasta el castaño me di cuenta de los derroteros que estaban tomando los acontecimientos alrededor del suceso inicial, pero no me afectó, porque, poco a poco, aceptando que debía acostumbrarme a vivir en aquel nuevo paisaje y bajo la custodia asfixiante de mis protectores, me estaba convirtiendo en una auténtica profesional de la santidad. Veía a la gente como si estuvieran proyectados en una pantalla o tras un escaparate, como si alguien los hubiese colocado allí para mi disfrute, actuando y dando vida a personajes de fantasía que, una vez que yo regresara a casa, desaparecerían. Llegué una vez más hasta el llano que se abría frente al castaño hueco, me senté junto al altar, ya permanentemente instalado para oficiar las misas, oía las voces de los fieles amortiguadas, como si tuviera

dentro de mis oídos algodones que las atenuaran. Recordé por un instante cómo era ese descampado cuando mi hermano y yo acudíamos allí a jugar, buscando desahogo, fantaseando con nuestro pobre tesoro escondido en el hueco de aquel árbol. Escuché la misa sin atención, porque sabía que ese día debía hacer algo especial, quizás debería ofrecer algo de espectáculo aprovechando la masiva afluencia de devotos, así que empecé a prepararme interiormente, como una actriz profesional. Pensé que las creencias habría que alimentarlas, porque si no, con el tiempo, se podrían llegar a convertir en dudas y de la duda a la desconfianza hay un pequeño tramo y de ahí al olvido todo va cuesta abajo. Nada más tomar la comunión, sin levantar la mirada del suelo, en vez de girarme y regresar a mi sitio, me dirigí, como una autómata, al pie del castaño, me dejé caer, puse el cuerpo rígido, simulé pequeñas convulsiones y, ya rodeada de gente alarmada, dulcifiqué el gesto de mi cara, puse una sonrisa cándida y dejé que el tiempo pasara, sin más.

—No la toquéis, no la toquéis. Apártense, apártense. ¿No ven que ha entrado en trance?

—¡Está en éxtasis! ¡Alabado sea el Señor!

—¡Aleluya!

—¡Santa Madre, ilumina nuestras almas!

Escuchaba de fondo los cánticos melifluos de los fieles a pesar de que a mi alrededor todo era silencio. Sabía que todos estaban pendientes de mí, aunque solamente pudieran observar mi actuación, en realidad, quienes se encontraran más cerca, en las primeras filas. No obstante, el runrún debió de ir expandiéndose, porque al poco toda la concurrencia estaba al tanto de que la niña santa había entrado en trance y todo fueron sollozos y exclamaciones y las voces excitadas que llegaban hasta mí desde todos lados no sabía si me amedrentaban o me sobrecogían. Don Baudilio ordenó al cuerpo de seguridad que apartasen a todos y despejaran la zona más cercana al castaño hueco y, eficaces como guardias pretorianos, hicieron retroceder a toda la multitud, que se había ido arremolinando a mi alrededor. No sé cuánto tiempo estuve en el suelo, pero fue bastante prolongado. Una vez dado el paso tenía que rematar aquel número excelso, así que prolongué la escenificación del prodigio y lo concluí con la habilidad propia de una gran actriz, a juzgar por el éxito obtenido. Di un giro brusco a la posición de mi cuerpo, forcé mis ademanes, me eché las manos a la cara y comencé a llorar. No sé cómo, pero las lágrimas brotaron de mis ojos. Me incorporé despacio hasta quedar sentada, acusando, ostensiblemente, el peso de mi cuerpo para intentar

transmitir agotamiento. Don Baudilio fue el primero en llegar hasta mí, después vinieron todos los demás del equipo, el cura de cera, las beatas, la señora gorda y su marido, el comandante de la Guardia Civil, el alcalde y su esposa y algunas personas más que no identifiqué. No vi a mi madre.

Ignoraba los episodios que se sucedieron por los alrededores durante el resto de la jornada, porque tras mi episodio de éxtasis pedí que me llevasen a casa, alegando que me encontraba extenuada. Solicité recluirme en mi habitación a descansar y todos respetaron mi ruego, incluso el cura de cera, que en circunstancias normales habría estado velando mi descanso sentado frente a mí o dándome la charla, en aquella ocasión se mantuvo prudente y comprensivo y aceptó mi demanda de intimidad. A media tarde escuché a la señora gorda despachar a algún periodista que había llegado hasta nuestra casa con la intención de entrevistarme para hacer un reportaje. Exponiéndole unos argumentos insólitos le dio con la puerta en las narices, recomendándole de paso, a modo de despedida, que les comunicase a todos sus compañeros de profesión que a la Virgen no le gustaba la prensa.

Ese rato de intimidad me sirvió para repasar en mi cabeza los acontecimientos. No solamente los recientes, sino toda la cascada de circunstancias que se habían precipitado desde que la beata del cenáculo de mi madre creyera ver a la Virgen y a mí frente a ella durante aquel atardecer del otoño pasado. Me persuadí a mí misma de que si no quería resultar herida y convertirme en la víctima peor parada dentro de la asombrosa situación que se había generado, debía tomar las riendas de la situación y tener en cuenta cada uno de los detalles para no cometer errores. Salí al pasillo. El cura de cera dormitaba sentado en una silla. Se despabiló con el chirrido de los goznes de la puerta de mi cuarto, me preguntó si estaba bien y si necesitaba algo, entonces le dije que sí, que me encontraba perfectamente y que deseaba hablar con todos, incluidos mi madre y mi hermano. A los pocos minutos nos encontrábamos reunidos en cónclave en el cuarto de estar. Mi madre se mostraba cariacontecida, con esa actitud tan ensayada a la que había regresado y con la que pretendía, de nuevo, llamar la atención, pero con la que, en cambio, lo que estaba consiguiendo, otra vez, era que la gente se alejase de ella. Mi hermano, con gesto asustado se sentó a mi lado y me dio la mano. La luz de la tarde que iluminaba la estancia a través de los visillos daba a todos los presentes un aspecto patibulario. Nadie hablaba. Notaba sus miradas impacientes, casi podía escuchar el latido de sus corazones inquietos. Yo les observaba a todos, pero no detenía la mirada en ninguno en concreto, quería

que sintieran que lo que iba a decirles no iba dirigido a ninguno de ellos específicamente, pero que a todos les iba a afectar. Debía quedarles claro que solamente eran invitados a mi función y que, desde aquel momento, nadie debía albergar duda alguna de que todos ellos se encontraban allí por mí y por mi condición de elegida. Sin preámbulos inicié mi alocución:

—La Virgen me ha hecho llorar.

Todos se mantuvieron en silencio esperando que continuase. Yo dejé de hablar e hice una pausa intencionada, buscando mantener la atención sin rebajar su inquietud, buscando crear en el ambiente un grado de incertidumbre que me diese jerarquía. Al fin y al cabo, yo era la santa y parecía que en los últimos tiempos a más de uno se le estaba empezando a olvidar.

—Me ha hecho llorar, porque me ha advertido de que cerca de mí hay alguien que me quiere hacer daño y no lo va a permitir.

Todos se miraron entre sí. No sabría decir si incrédulos o amedrentados.

—Nada más.

Al día siguiente, ya más calmado el ambiente doméstico, don Baudilio vino a verme. A pesar de ser lunes yo no había acudido al instituto, porque así lo decidimos entre todos. El cura de nuestro pueblo, que ya no solía ser quien llevase la iniciativa en ninguno de los asuntos concernientes al milagro y sus periplos, en aquella ocasión, acompañado de la señora gorda, sí quería ser quien me preguntase, directamente, por una cuestión que le tenía inquieto. Además de la intranquilidad que les había abrumado y que les mantenía preocupadísimos después de lo que les había comunicado la tarde anterior, don Baudilio quería charlar conmigo sobre algunas cuestiones. Empleó un tono un tanto socarrón, que contrastaba con la trascendencia de las cosas que se dirimían en las últimas jornadas en nuestro entorno. Me miró fijamente, cuando intentó tomar mi mano entre las suyas, yo, sin disimulo, la aparté y él, sin perturbarse lo más mínimo, me habló:

—Quiero que antes de nada sepas de la preocupación que nos ha afligido a todos y nos mantiene alarmadísimos después de lo que nos comunicaste ayer y quiero también que estés absolutamente segura de que en todos nosotros tienes, no solamente a tus amigos y protectores, sino también a tus fervientes devotos y seguidores.

—Gracias, padre.

—Ahora quería también comentarte algo más. Es raro que la Virgen,

Nuestra Madre, no te haya dicho que se le levante una iglesia en el lugar donde se te aparece.

—¿Por qué dice usted eso, don Baudilio?

—Pues porque suele ser lo habitual. No hay un solo sitio en el mundo en el que haya tenido lugar una aparición mariana en el que no se haya erigido un templo en su honor.

—A mí no me lo ha dicho.

—Bien, bien, hija, mantenme informado.

—Lo haré. Yo también quería comentarles algo, así que aprovecho ahora que está aquí nuestra benefactora. No quiero seguir siendo acompañada, constantemente, por el cura joven al que han nombrado ustedes mi ángel de la guarda.

—Así se lo diremos, pero has de saber que el demonio acecha a quienes el cielo distingue y no da un alma por perdida.

—Nadie lo sabe mejor que yo, don Baudilio.

En la cocina se escuchaba a mi madre sermoneando a la mujer que había contratado la señora gorda para que nos ayudara en casa. No le estaba siendo fácil acostumbrarse a no ser ella quien llevara la carga del trabajo doméstico, y, por ende, no sabía ordenar sin resultar tosca y grosera.

VII

A PARTIR DE AQUEL DÍA volví a ir y a regresar del instituto acompañada por mi hermano sin la vigilancia del cura de cera, y esa pequeña victoria me produjo una gran felicidad. Volvíamos riendo y bromeando, ajenos a los comentarios de la gente, sin hacer caso de aquellos que me señalaban o intentaban llamar mi atención o se acercaban hasta mí. A pesar de que aún era pronto ya había anochecido. Al frío no le gusta la luz del sol. Íbamos canturreando una de esas canciones de moda de las que ponían por la radio, machaconamente, cuando se oyó un chasquido y la voz de mi hermano se paró en seco y calló al suelo desplomado. Di un grito, me arrodillé y, al sujetarle la cabeza, noté mi mano húmeda. La sangre que le brotaba de la parte de atrás de la cabeza formó un pequeño charco bajo sus hombros en unos pocos segundos. Lloré y grité pidiendo ayuda. Mi hermano no hablaba, no reaccionaba, todo su cuerpo estaba inerte y la sangre seguía manando. Una pedrada le había acertado y le había abierto una tremenda brecha. Un hombre mayor llegó y se le llevó en brazos, corriendo hasta el hospitalillo que, por suerte, no estaba lejos de allí. Yo iba detrás, gritándole al cielo que lo salvara. Rogando, llorando, desesperada. Llegamos al hospitalillo de los mineros, avisaron a mi madre, que se presentó con la cohorte habitual, hecha un mar de lágrimas e increpándome histérica, vomitando sobre mí la responsabilidad de lo que le había pasado a mi hermano. El cura de cera me sacó a la calle, nuestras bocas exhalaban vaho, pero yo no notaba el frío. Rezamos. Llegó la guardia civil y al poco sacaron a mi hermano envuelto en una manta, con una aparatosa venda en la cabeza. Aparentemente, seguía inconsciente. Le introdujeron en un *jeep* y junto a mi madre y la señora gorda salieron a toda velocidad con la sirena aullando y las luces de emergencia encendidas.

—¿Cómo está?

—No sabemos, se lo llevan al hospital a Ponferrada.

Esa noche pedí al cielo con todo mi fervor, con toda mi rabia, con insistencia, como si de verdad creyese que la Virgen me escuchaba. La

amenacé con darle la espalda si permitía que a mi hermano le sucediera algo, como si hubiera de temer los desafíos de una niña mentirosa. Al romper el día de la noche más larga aparecieron mi madre y la señora gorda. Mi hermano estaba estable, pero había perdido mucha sangre y aún no había recobrado la consciencia. Mi madre había regresado a por ropa, porque volvía inmediatamente al hospital. Esa misma tarde iban a trasladarle a otro más grande en la capital de la provincia.

—Yo quiero ir contigo.

—No.

Fueron los dos días más amargos de mi vida. En el instituto, quienes habitualmente se mofaban de mí por ser una niña santa, aprovecharon, cruelmente, la ocasión para ofenderme. Me increpaban y me preguntaban por qué no había hecho un milagro para salvar a mi hermano, porque ya se habían corrido las voces y todo el mundo sabía lo de la pedrada. Me llamaban farsante e impostora y me tiraban del pelo en el recreo. Soporté el acoso. No me enfrenté a ninguno de ellos, tan aturdida estaba. De nuevo había vuelto el cura de cera a buscarme a la salida del instituto y, durante el camino hasta casa, me hacía rezar con él pidiendo por mi hermano e intentaba convencerme de que lo que había sucedido era algo que me enviaba el Señor para ponerme a prueba y que lo que tenía que hacer era ofrecerle mi dolor como demostración de mi fe y mi entrega. Tampoco me enfrenté a él, no me dejaba la pena reunir fuerza para hacer frente a nadie.

Al sacar los libros y los cuadernos para hacer los deberes vi una hoja de papel arrugada en uno de los compartimentos de la cartera. La desplegué y comprobé que había algo escrito con tinta roja: «Ha sido la Mula». Lo leí varias veces. Volví a hacer con la hoja una pelota, fui al baño, la arrojé al inodoro y tiré de la cadena. La Mula. La Mula. Había sido la Mula.

Las noticias sobre el estado de mi hermano no aclaraban nada, ni bueno ni malo. Seguía sin recobrar la consciencia, aunque parecía estar fuera de peligro. Aquello me tranquilizó algo. Pregunté si podía ir a verle, pero me dijeron que era mejor que esperase. No protesté. Aquella penalidad había velado un tanto mi otra realidad, la de mi lado místico, que se encontraba aquellos días aparcado, en un segundo plano y no quise, dadas las circunstancias, tensar el ambiente aún más.

Centré mis urgencias en un propósito poco beatífico: la venganza. Una santa tomando represalias, convencida de que el castigo era el mejor desagravio, el mejor escarmiento, no era lo que debiera esperarse de una

venerable y virtuosa niña, pero era la única idea que me circulaba por el pensamiento en aquellos momentos. La Mula iba a arrepentirse de lo que había hecho.

Recorté letras de un libro antiguo y con ellas redacté un texto que pegué en una cuartilla en el que delataba las pecaminosas andanzas de la Mula con hombres mayores y, sin citar sus nombres y sin tener ninguna prueba, le acusaba de ser repugnante, lascivo y depravado, y de, además, lucrarse de ello, porque, supuse, que sacaría de su comportamiento vicioso algún beneficio. Le hice jurar con una biblia en la mano a una de mis amigas del instituto que jamás me delataría y le insté a colarse en la secretaría para hacer todas las fotocopias que le fuese posible de aquel libelo en el que dejaba al descubierto a aquel bestia, párvulo del infierno. Al día siguiente, durante la hora de tutorías, que se llevaban a cabo después de las clases ordinarias, mi amiga se introdujo en la sala de reprografía, aprovechando que la secretaria se marchaba, y sacó un buen taco de fotocopias, que me entregó en una bolsa de plástico. No me atreví a llevarlas en mi cartera por miedo a que, por algún percance fortuito o un contratiempo inesperado, alguien pudiese descubrir aquellas armas con las que pensaba llevar a cabo mi venganza, así que dejé la bolsa bien cerrada dentro de la cisterna de uno de los inodoros del baño de las niñas, que llevaba estropeado todo el curso, hasta que se me ocurriese cómo distribuirlas.

Las horas transcurrían lánguidas ante la demora de noticias sobre el estado de mi hermano. Yo preguntaba, pero nadie me respondía con coherencia. Me sugerían que rezase y me pedían que tuviera fe, asegurándome que nuestra Santa Madre velaría por él.

El fin de semana comenzó sin novedades, con misa de campaña incluida, como era ya habitual, con enjambres de fieles abarrotando el pueblo y sus alrededores, con los mercaderes instalando el zoco de bagatelas, con los enfermos reales e imaginarios deambulando de un lado para otro en busca de la intercesión de la niña santa, buscando librarse de sus condenas, de sus cárceles de carne y huesos desgastados... Un fin de semana sin otro particular, pero acabando el sábado, cuando la luz al marcharse se llevaba ya las sombras de los adoradores y de los marchantes, llegó mi tía desde la capital con noticias. El cura de cera salió de mi cuarto apresuradamente y yo tras él, cuando oímos su voz dando novedades en la entrada.

—¿Cómo está?

—Ya ha despertado. Está bien, aunque el golpe le ha afectado a la vista.

—Pero si la pedrada fue en la parte de atrás de la cabeza...

—Pues por lo que se ve es donde están los nervios de los ojos.

—¿Y se ha quedado ciego?

—Casi.

Corrí de vuelta a mi habitación, me metí en la cama y lloré sin saber muy bien si lo que me provocaba el llanto era la alegría de saber a mi hermano vivo y fuera de peligro o la pena de saberle ciego. El cura de cera intentó serenarme con su voz de hielo, pero le grité que se marchase, que me dejara sola. Calló y salió de mi habitación, resentido. Al menos esa noche me libraría de ese cuchicheo adormecedor que era su rezo, noche tras noche, y que se había convertido ya en el arrullo monótono y enojoso con el que me dormía.

Al regresar del instituto a la mañana siguiente mi hermano ya estaba de vuelta en casa. Le encontré sentado en el sillón de mi padre, en pijama, con la mirada errante, mustio. Me abalancé sobre él y le abracé con todas mis fuerzas. Inmediatamente me separaron advirtiéndome de que su estado aún era delicado y que había que andarse con mucho cuidado, así que no fue hasta la tarde cuando pudimos estar un ratito con él. Le rogué a mi madre que nos dejasen solos, porque quería rezar sin que nadie nos interrumpiese. Accedió y entonces fue cuando le conté lo de la Mula y la venganza que pensaba llevar a cabo. Mi hermano lloró un poquito y me pidió que tuviese cuidado. Le sequé las lágrimas con el puño de la manga de mi camisa, le besé con todo mi amor y le prometí que la Virgen le devolvería la vista.

—Ya me encargo yo, tú no te preocupes.

Ese día pasaron por casa muchas personas, aparentemente, interesadas en la salud de mi hermano, aunque en realidad vinieran movidos por el morbo que les producía poder cotillear el ambiente que reinaba en la casa de la niña santa. A todos se recibió, pero a ninguno se le dio más cordialidad que la exigida por la mera cortesía. Entraban y salían, echaban un vistazo a mi hermano y un repaso, con celo de investigador, al resto de la estancia y a los que por ella pululábamos, daban los buenos días o las buenas tardes y volvían a salir con la curiosidad aplacada, pero siempre insatisfecha. Era sábado y ya se preparaba la parafernalia santera y nos disponíamos todos a procesionar hasta el castaño hueco para celebrar la misa de campaña. De pronto mi hermano comenzó a llamarme a voz en grito desde el cuarto de estar donde, sentado en el sillón de mi padre, esperaba a que alguien le tomase del brazo para guiarle y poder ponerse en marcha con el grupo.

—¡Veo! ¡Ya veo!

Gritos de alegría, de sorpresa, exclamaciones de júbilo, aleluyas...

—¿Es verdad? ¿Cuántos dedos hay aquí?

—Tres.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Santa Madre del amor hermoso, gracias!

—¡Milagro, milagro!

—¿Pero ves con claridad?

—Un poco.

Y el regocijo saltó por la ventana y bajó por el hueco de la escalera del bloque y se propagó por los alrededores hasta llegar a la concurrencia de fieles que esperaban, anhelantes de prodigios. Ya estaba servida de nuevo la ración de pasmo que alimentaría la fe en el milagro entre todos ellos. Esta vez la niña santa había sido la mediadora entre la Virgen y alguien de su propia sangre: «Su pobre hermanito que estaba muy enfermo, cieguecito de nacimiento, sin esperanza ninguna y, ya ven ustedes, iluminado por la luz del cielo y ahora también por la de la tierra».

—¡Alabada sea la madre de Dios Nuestro Señor, que es la madre de todos nosotros y quien vela por nuestras almas pecadoras! ¡Aleluya!

—Amén.

Poco a poco la inflamación o el coágulo o lo que fuese que a mi hermano le había provocado aquella ceguera temporal fue desapareciendo hasta que recuperó la vista totalmente. Le llevaron al hospital donde le habían estado tratando y allí confirmaron su recuperación. Durante un tiempo mi hermano obtuvo mucha más atención de la que había venido siendo habitual, pero una vez asimilada la vuelta a la normalidad, volvió a ocupar su lugar rezagado en el escalafón del clan. La Mula se había librado del escarnio y la calma nos envolvió de nuevo.

VIII

MI MADRE COMENZÓ A QUEJARSE de un dolor constante en las manos y los pies. Lo hacía de modo sutil, pero insistente cuando creía que la concurrencia era suficiente o cualificada. Su propósito quedaba al descubierto visiblemente, porque siempre había sido ese su modo estudiado y torpe de reclamar atención.

Se aproximaba la festividad de Santa Bárbara y el pueblo se preparaba para la celebración. Los seres humanos van siempre buscando en lo extraordinario asideros invisibles a los que agarrarse para enfrentarse a sus miedos, a esas inseguridades que les intimidan y, al no encontrar a mano instrumentos que les aseguren esa protección, son capaces de dejar sus vidas al vaivén de sus ensoñaciones con tal de no sentirse desamparados.

Habría una procesión nocturna que recorrería las calles altas del pueblo. La patrona de los mineros que vela por quienes viven en la noche perpetua allá en el fondo de las galerías, en ese reino vedado a la luz, sería paseada a hombros de aquellos que buscan su protección, entre candiles y plegarias y, después de ese periplo helador en la noche glacial de diciembre, la imagen regresaría al calor de su capilla dentro de la iglesia donde se celebraría una misa. Era la festividad más conmovedora de todas cuantas se celebraban en el pueblo, porque la mayoría de sus habitantes, de una u otra manera, sentían por Santa Bárbara algún que otro apego, incluso quienes renegaban del cielo, por si acaso, procuraban no hacerlo con demasiado alarde. Por eso me resultó extraño que nuestra madre se fuese a perder aquel evento. A pesar de que todos le insistimos, ella se negó a acompañarnos, alegando que se encontraba francamente mal y que el dolor que sentía en los pies, seguramente, le impediría hacer el recorrido de la procesión con normalidad, así que nos pidió que encendiésemos una vela a Santa Bárbara por ella, pero que esta vez se quedaría en casa esperándonos.

Ese año, sería porque nuestro pueblo se había convertido en sí en un lugar de congregación, la procesión fue mucho más multitudinaria, a pesar de no

tener nada de especial, en comparación con las de las demás localidades de la comarca, que se celebraban en esa misma fecha. Había llegado gente de otros pueblos, incluso de la capital, así que don Baudilio se mostraba exultante, incluso en su tono de voz, durante la homilía, se le notó más impetuoso, casi altanero, como dando a entender a todos los presentes que, ya que él se codeaba con las alturas y conocía de primera mano sus inquietudes, estaba en condición de asegurar lo que en el cielo se esperaba de todos nosotros, sin lugar a dudas, así que en virtud de esa condición de privilegio, más que rogar a los asistentes que se condujeran con obediencia y reverencia a Dios, se lo exigía como si fuese un ultimátum, amenazándoles con terribles consecuencias si se desviaban del camino marcado por el dictado de la fe. Sin embargo, tras la misa, don Baudilio perdió protagonismo. Fueron muchos, entre los asistentes no habituales, los que se acercaron a mí pidiendo mi bendición. Muy educadamente en esta ocasión pues yo, como siempre, caminaba custodiada, la gente se iba arracimando a mi alrededor, algunos con la única intención de observarme y otros solicitando mi intercesión para que la Virgen les concediese algún auxilio. Tardamos mucho en poder llegar hasta casa, entorpecido nuestro paso por el gentío. Cuando por fin llegamos mi madre nos recibió mustia y aún más dolorida. Sus andares eran tremendamente torpes y quejosos, como si el terrazo del suelo se hubiera convertido en ascuas para ella y el gesto de su rostro se abatía, acusando el padecimiento de cada paso.

—Mañana vamos al médico. No puedes estar con esos dolores.

—Ya se pasará, seguro que no es nada.

—A lo mejor es que va a cambiar el tiempo y te avisan las articulaciones.

—Nunca me ha pasado algo así y además en invierno el tiempo no cambia, el invierno vive del frío.

Y languidecía el gesto, que revelaba su resignación.

No mejoró su estado en los siguientes días, al contrario, los acontecimientos se fueron complicando y a sus dolores, que iban en aumento, se fueron añadiendo otros episodios turbadores. Asombrosamente, su cuerpo se contorsionaba sin ningún motivo o se le contraía, víctima de una espontánea rigidez, como si una corriente eléctrica le atravesase por entero. Otras veces era incapaz de abrir las manos, que se le quedaban completamente agarrotadas, parecía que los huesos se le hubiesen oxidado o se le hubiesen soldado, incapaces ya de mover el engranaje de los dedos. Mi madre entró en un estado de histeria difícil de explicar, pasaba del lamento histriónico al

sollozo compungido, nos mantenía a todos en un estado de alerta y preocupación permanente, hasta que la señora gorda y su marido decidieron llevarla al hospital, a pesar de su resistencia. Regresaron con la misma preocupación con la que partieron, porque las pruebas que le habían realizado no arrojaban ninguna luz sobre sus dolencias, así que habría que esperar aún unos días más para tener los resultados de algunas otras pruebas que le habían realizado. Por el momento el único diagnóstico al que agarrarse venía de arriba, del cielo, y no era otro que el del envío divino que, una vez más, mandaba a sus más fieles devotos, los padecimientos más crueles con el fin de ponerles a prueba.

—Tú que hablas con la Virgen, pregúntale por qué pone a prueba a nuestra madre, que le da señales constantes de su fe, en vez de mandárselos a los que no creen en ella para intentar convencerlos.

—Lo haré, hermanito. ¿Tú sigues viendo bien?

—Sí, ya perfectamente.

—Ven aquí que te abrace.

Durante aquellos tiempos de quebrantos maternos a mí me dieron algo más de autonomía. Los cuidados se desviaron hacia nuestra madre, que no daba síntomas ni de mejoría ni de rechazo ante tanto miramiento. Continuaba quejándose de sus nuevos dolores y su círculo más cercano, compuesto por sus compañeras de rezo, fue creando a su alrededor un ambiente de amparo cada vez más hermético. Pasaban horas en su habitación charlando, orando y, de vez en cuando, se podían escuchar algunos lamentos sutiles que atravesaban la puerta.

Todo a mi alrededor, desde lo del milagro, era sombrío, no comprendía por qué un acontecimiento como la aparición de la Virgen, que debería haber proporcionado alegría, gozo y felicidad, había envuelto todo en una nebulosa sombría y triste. La gente que me rodeaba siempre se mostraba seria, constantemente apesadumbrada, sin que resplandeciera un ápice de brillo en sus miradas ni en sus vidas. Todo lo que transmitían era preocupación y recelo y un halo de gravedad cargaba el ambiente donde ellos estaban.

El marido de la señora gorda llegó con los nuevos resultados de las pruebas diagnósticas que había ido a recoger al hospital. Todo parecía estar dentro de la normalidad y no había nada por lo que debiésemos alarmarnos. El doctor con el que había hablado, que fue quien le entregó los resultados, le había comentado que, posiblemente, los dolores que sufría nuestra madre habrían sido causados por alguna torcedura o algún traumatismo leve del que

ni siquiera ella había sido consciente, porque no encontraba ninguna otra coyuntura lógica y que además no le había causado mayor lesión, pero, que para los otros síntomas de agarrotamiento y rigidez, él aconsejaba que la viera un neurólogo o incluso un psiquiatra. Así se lo transmitió el marido de la señora gorda a nuestra madre, que se negó en rotundo, alegando que a los neurólogos y los psiquiatras iban los locos y que ella estaba muy cuerda. Entró en cólera y sufrió, como consecuencia de la agitación, otro episodio de contracciones y espasmos, que nos alarmaron a todos muchísimo. En brazos de una de sus amigas se volvió a calmar, se tumbó en la cama y así pasó la tarde, en un duermevela intranquilo y murmurando frases ininteligibles, entre dientes, de vez en cuando. La ventana de su alcoba solo dejaba entrar una arista de la luz de la farola de la plazoleta dándole a la estancia un tinte mortecino. Una de las veces en las que me asomé por la puerta entornada me miró suplicante y me rogó, en un susurro, que pidiera por ella, para que se le acabara aquel martirio.

IX

CONTÓ UNA MAÑANA DON BAUDILIO, ciertamente alterado, que le había llegado una carta de la diócesis para que se presentase, urgentemente, ante el obispo. No sabía muy bien, porque la carta nada especificaba, si el motivo del requerimiento era para sermonearle de nuevo o tenía algún otro fin.

—Tranquilícese, don Baudilio, usted no ha hecho nada mal, ¿no?

—No, que yo sepa, pero Dios Nuestro Señor puede tener motivos, que ni siquiera podemos sospechar, para sentirse ofendido por nuestros actos. Espero que, en su infinita bondad, sea misericordioso conmigo, que soy su humilde siervo.

—Amén.

Le vimos marchar en el coche del alcalde que, amablemente, se había prestado a llevarle para que llegase al obispado como Dios manda: en coche. En un rinconcito de mi corazón albergué la esperanza de que el propio obispo hubiese tenido conocimiento de las maniobras lujuriosas que el cura se traía con los indefensos, pero resultó que no había sido ese el motivo de la citación. Unas horas más tarde regresaba de nuevo hecho una furia para contarnos el contenido de la entrevista. Por lo visto, la cuestión del milagro tenía indignada no solamente a la cúpula eclesiástica, sino al propio gobierno, que había recibido un pormenorizado relato de todo cuanto venía sucediendo en el pueblo desde que nuestra Santa Madre se me apareciera en lo alto del castaño hueco. No le habían querido decir, por supuesto, quién había sido el confidente ni los pormenores que relataba en su informe, pero don Baudilio tenía sus sospechas y estas recaían, sin riesgo de equivocación, en aquel cura comunista y envidioso, adorador del diablo, que se había propuesto destruir todo lo bello que allí se estaba produciendo, aniquilando cualquier asomo de grandeza. Si el castaño hueco hubiese estado trescientos metros más al norte, más cerca de su parroquia, a buen seguro habría monopolizado el acontecimiento y no se mostraría tan beligerante, pero la envidia, sin duda,

guiaba su conciencia y don Baudilio estaba convencido de que no pararía hasta vernos a todos destruidos. No se explicaba cómo era posible que un milagro tan excepcional, unos hechos que congregaban a tantos fieles y que, como aseguró que le constaba, estaba provocando infinidad de nuevas vocaciones, podía ser tan incómodo para la Iglesia.

—¡Quieren destruirnos, hijos!

—La Virgen no lo permitirá, puede estar tranquilo don Baudilio, ella está con todos nosotros.

—¡Ojalá así sea, ojalá!

No habían pasado más de dos o tres días desde la comparecencia de don Baudilio ante el obispo, cuando un minero, que en su día libre se encontraba buscando palomas y zorzales para liarse a tiros con ellos, encontrara al cura jipi malherido, semioculto entre los juncos de la ribera del río, allá por el antiguo lavadero abandonado que había cerca de la presa. Según nos contaron, tuvo suerte el cura jipi de que lo hallaran, porque no habría aguantado su cuerpo apaleado y falto ya, prácticamente, de sangre en las venas, mucho tiempo más con vida. La guardia civil le llevó sin prisa hasta el hospital de Ponferrada y allí consiguieron estabilizarle. Decían que no se hablaba de otra cosa en el pueblo. En el instituto, en los bares, bajo los soportales, en las tiendas, en las tenebrosas galerías de las minas, por los contornos, en todos los rincones, las gentes se preguntaban quién habría sido el bárbaro que habría querido acabar de aquella manera con una buena persona.

—Y si sale para adelante a ver cómo queda, porque hay veces que es casi mejor morirse.

—Es joven, se recuperará bien.

Comenzó a correr la voz de que habían sido los falangistas, cansados de que el cura comunista se interpusiera entre lo divino y lo humano, entre lo que quería la Virgen y lo que quería él, y se aseguraba también en los mentideros que lo quisieron quitar de en medio para que su suerte además sirviese de ejemplo a quien anduviera pensando en entretenerse con pasatiempos similares.

Todo el mundo sabía quiénes eran los falangistas, se conocían sus nombres, sus amistades, a quién rondaban, se sabía cuáles eran sus casas, sus trabajos, sus familias y sus lugares de reunión, sus filias y sus fobias, a qué santo rezaban y quiénes eran aquellos a los que tenían en su punto de mira. Encabezaban las procesiones y se colocaban en los mejores bancos de la iglesia

y en las mejores mesas de los bares, nadie se atrevía a atravesarse en su camino, ni siquiera los mineros portugueses que tiraban fácil de chaira osaban enzarzarse con ellos en querellas, porque de todos era sabido que los falangistas no soportaban que nadie les provocase lo más mínimo y ese mínimo era tan tenue que era muy fácilmente superable. A los falangistas les gustaba ser quienes dictaban y comprobar que los escribanos trazaban los renglones rectos. Los falangistas eran expendedores de intangibles certificados de buen comportamiento, de salvoconductos que permitían a sus portadores atravesar sus líneas. Si, en verdad, habían sido los falangistas, nadie arriesgaría lo más mínimo en reparar el daño, ni siquiera los más bravos.

—Don Baudilio, ¿ha oído usted lo de que los falangistas parece que han sido los que le han dado la paliza al cura comunista?

—Eso se dice, sí.

—¿Y usted qué cree?

—Yo ni creo ni dejo de creer, pero haya sido quien haya sido, a ver si al menos le sirve de lección y deja de entrometerse en cosas en las que no se debía de haber entrometido.

No le dio tiempo a comprobar si el cura jipi había aprendido alguna lección, porque al poco tiempo de que se lo llevasen al hospital otro cura le sustituyó. Sí nos enteramos de que se había recuperado, porque al poco tiempo nuestra tía, que le conocía bien, se acercó al hospital allí en Ponferrada para preguntar por él y le dijeron que le habían dado el alta. El nuevo cura resultó ser mucho más cauto y apenas se dejaba ver por el pueblo. A mí me dio un poco de pena, porque siempre creí al cura jipi una buena persona, que se ponía del lado de los débiles, que ofrecía su ayuda a los necesitados y que no hacía distinciones entre unos y otros ni discriminaba entre foráneos y nativos. A pesar de que desde un principio intentó desenmascararme, no le guardaba rencor ni despertó en mí, en ningún momento, sentimientos de desprecio, muy al contrario, siempre me pareció que poseía cierto encanto y me produjo una especie de atracción muy particular, difícil de explicar. Cuando aparecía, seguido de sus mineros comunistas, armando jaleo y enfrentándose a mi séquito, intentando desbaratar toda aquella parafernalia que se había organizado a mi alrededor, en el fondo de mi ser, algo me decía que lo que en verdad deseaba yo era que triunfase y que quedase al descubierto todo aquel enredo, porque así, de una vez por todas, podría sentirme liberada por fin. Pero ya no iba a poder ser, porque el único frente abierto contra mi ejército

milagrero había quedado desmantelado y sus huestes habían perdido a su cabecilla. En aquel campo de batalla había quedado solamente uno de los bandos, porque el otro, decapitado, se había batido en retirada.

Esa tarde, después de clase, mi hermano y yo fuimos hasta el castaño hueco. Pedí que me dejasen ir sin ninguna compañía más. Argumenté que quería visitar el descampado donde se encontraba el árbol del milagro para orar en soledad, aprovechando que el gentío solamente acudía los sábados. Accedieron mis protectores y hasta allí marchamos los dos. Algunas personas pululaban alrededor, pero ninguna de ellas pareció reparar en nosotros. Desde lejos no pudimos distinguir qué maniobra estaban llevando a cabo, pero al acercarnos más comprobamos que lo que estaban haciendo era arrancar trozos de la corteza del castaño con grandes machetes y palancas de hierro y meterlas en sacos, incluso alguno de ellos partía astillas del tronco y de las ramas. Dimos la vuelta lo más sigilosamente que pudimos y regresamos a nuestra casa todo lo rápido que nos dieron las piernas para contar lo que acabábamos de ver. Inmediatamente la guardia civil fue avisada por el cura de cera que corrió hasta el cuartelillo para dar la voz de alarma. Sin duda, lo que pretendían aquellos canallas era vender los trozos para sacar un beneficio económico, sabiendo que los seguidores del milagro pagarían sin reparos por poseer un trocito de aquel árbol bendito. Debieron de avisarles algunos compinches que vigilaban el camino, porque, según nos confirmaron más tarde, no pudieron detenerlos. El castaño quedó maltrecho y escuálido, así que a don Baudilio se le ocurrió vestirlo como si se tratase de un paso de Semana Santa, tapando las heridas del tronco para que no quedase deslucido el escenario. Además, colocaron a su alrededor una verja enorme. El sábado siguiente, desde la parte alta del tronco donde se abría el hueco, un lienzo blanco con bordados de hilo de oro y plata descendía pesado hasta el suelo, dando al árbol un aspecto que no se sabía muy bien si era distinguido y solemne o fantasmal.

Me contó mi hermano que la guardia civil y los voluntarios de nuestro cuerpo de seguridad particular estaban rondando por el pueblo, haciendo pesquisas para averiguar si alguien andaba ofreciendo los fragmentos de corteza y madera arrancados del castaño como si fuesen reliquias. Me dijo que andaban interrogando a los vendedores y revolviendo entre las bagatelas de los puestecillos que se instalaban en los alrededores de la explanada y preguntando a quienes deambulaban entre ellos y a la gente que iba llegando.

—Pues intenta enterarte tú de si han cogido a alguien, que tengo

curiosidad por saber quiénes eran.

—No creo que fuesen del pueblo, no se atreverían.

—Bueno, nunca se sabe.

Durante todo ese domingo mi hermano ejerció como agente secreto con resultado nulo. Lo único que averiguó, y que nada tenía que ver con el caso, fue que andaban rulando por ahí unos papeles en los que se contaban cosas terribles de la Mula, acusándole de hacer guarrerías con hombres a cambio de dinero.

X

LA CASA NUEVA ERA ENORME, al menos a mí me lo parecía, acostumbrada, como estaba, a vivir en un pequeño piso de un edificio donde se escuchaban hasta las respiraciones de los vecinos a través de las paredes de papel. Aquella mansión me hacía sentir como si estuviese en un castillo. En mi nueva habitación había dos ventanas que daban a lugares diferentes, una al bosque y otra al río. El pueblo al fondo parecía irreal, como si se tratase del paisaje de un cuadro al que le iba cambiando la iluminación con el transcurrir de las horas. En la parte de atrás de la casa había un jardín y en el jardín varios árboles frutales rodeando un enorme nogal que proyectaba su sombra densa sobre el suelo fresco y verdoso. De una fuente de piedra, revestida de musgo por su parte superior, manaba un chorro constante de agua cantarina que producía un extraordinario efecto relajante. En el interior había un salón inmenso con una mesa de comedor en el centro donde, sin exagerar, podrían llegar a sentarse veinte personas. Cada uno de nosotros tenía su propia habitación, incluidos el cura de cera y la señora gorda y su marido, que ya no tendrían que hacer un montón de kilómetros para marcharse por la noche a su casa si no querían. Al fondo del pasillo había un despacho con una librería inmensa sin un solo libro y pegado al patio interior una pequeña capilla que, según les dijeron los representantes de los herederos que llevaron a cabo la operación de venta con la señora gorda y su marido, había sido consagrada por el obispo cuando se construyó allá por finales del siglo XIX. En la parte posterior, fuera del recinto de la casa, pero aledaño a ella, también había otra pequeña casita con un pequeño corralillo con gallinas y conejos. La cocina contaba con un pilón donde cabía una persona tumbada y también había un hogar además de los fogones de la cocina de carbón y una mesa cuadrada de madera en el centro donde se desayunaba cada día. A la señora que venía haciendo las labores de limpieza en nuestro anterior piso se le unió una cocinera. La casona, antes de ser nuestra, estuvo muchos años abandonada. La gente del pueblo la llamaba «la casa del conde», aunque jamás se supo ni quién

era ese conde ni si había vivido alguna vez allí, ni siquiera los más viejos del pueblo le habían conocido ni recordaban haber visto habitada la mansión. La señora gorda y su marido la habían comprado a una familia de Oviedo, según nos dijeron, con la que les había puesto en contacto el director del banco. No nos habían dicho nada anteriormente sobre la adquisición para darnos una sorpresa una vez que hubieran acabado las obras de restauración.

En el pórtico de la entrada se mantenía el escudo familiar del propietario original tallado en la propia piedra, aunque ya apenas se apreciaba su ornamentación, y a su lado, la señora gorda y su marido, habían mandado construir una pequeña hornacina para colocar una imagen de la Virgen de la Encina, que seguía siendo la patrona del pueblo, aunque la gente había empezado a pensar que esa misma Virgen había preferido cambiar de árbol y que por eso ahora se había aparecido en un castaño. El recuerdo que yo tenía de aquella vieja vivienda era el de una ruina con los techos hundidos y las vigas podridas donde los chicos iban a fumar a escondidas y a hacer hogueras, pero ahora, tras la reconstrucción, limpia y remozada su fachada, renovados los tejados y rehecho por completo el interior, había recuperado el esplendor que debió de tener en tiempos y lucía magnífica.

—Estaba claro que una santa no podía seguir viviendo en un cuchitril, ¿no creéis?

Quien más emocionado estaba con el traslado era mi hermano, porque el armario de su cuarto debía de ser tan grande como su anterior habitación. Lo peor de la casa nueva era que estaba lejos del instituto y debíamos madrugar más para ir a clase, y, por tanto, tardábamos más en regresar. A mí me costó unos días acostumbrarme a dormir sin ruido, hacerme al silencio de las horas sin el retumbar que provocaba el bramido ensordecedor del tren o el ruido del Cargue cuando llenaban las vagonetas, habituarme a no escuchar la voces de los vecinos, a que los gritos de los chiquillos que jugaban en la plazoleta no nos llegasen desde abajo... Aprendí que el mundo de los ricos es más silencioso, porque cuando habitas ahí hay menos gente y es el silencio el que te hace sentirte privilegiado. A mí, personalmente, lo que más me gustaba de la casa era la gran chimenea del salón. Me encantaba quedarme mirando las llamas que consumían los troncos de roble que calentaban la estancia durante todo el día, porque en nuestro piso anterior la única fuente de calor de la que disponíamos era la cocina de carbón. La señora que se encargaba de limpiar y tener la casa en orden asaba patatas en los rescoldos que quedaban por la noche entre la ceniza y, a veces, me daba alguna para que me la comiera con

mantequilla y sal a solas en mi habitación.

Nuestros anteriores vecinos pasaron a despedirse de nosotros el día que dejamos el piso como si nos fuésemos a trasladar a otro país, dándonos besos y abrazos y haciéndonos prometer que les pasaríamos a visitar. Todos excepto los del último. Mi madre pareció encontrar algo de alivio en aquellos días con el ajetreo de la mudanza y la ilusión del cambio, aunque no perdió su tono lastimero.

—Lo mejor es que ya no tendré que subir y bajar escaleras, porque con este dolor de pies tan terrible es un suplicio cada escalón.

—Y que lo digas, hija. Bueno, que nos visitéis de vez en cuando, que ya sabes que para nosotros sois como de la familia.

—Sí, sí, no te preocupes, que además os tendremos siempre en nuestras oraciones.

Mi madre, de pronto, apareció una mañana con las manos vendadas.

—¿Qué le ha pasado en las manos?

—Nada, nada.

Al grupo que formaban mi madre y sus amigas para el rezo del rosario se habían unido más mujeres. Rezar con la madre de la niña santa y en su propia casa era un privilegio y, por supuesto, no podía estar al alcance de cualquiera. Mi madre y sus compañeras de oración hacían selección previa y no era nada fácil pasar el corte y satisfacer los requerimientos que exigían. Unas seis o siete mujeres más lo habían conseguido y entre ellas se contaban la esposa del alcalde, la del capitán de la Guardia Civil y la del capataz de una de las minas. A los pocos días de haber pasado a vivir en nuestra nueva residencia se inauguró el nuevo cenáculo y yo tuve a bien sumarme al rezo ese primer día a petición expresa de don Baudilio, que también lo había hecho. Al acabar el rosario, mientras daban buena cuenta de unas rosquillas y unas copitas de vino dulce, la mujer del capitán de la Guardia Civil contó que su marido le había comentado que el padre de un chico del pueblo al que apodaban la Mula había ido a poner una denuncia, porque alguien estaba haciendo circular un folleto en el que se acusaba a su hijo de prostituirse con hombres y de no sabía qué atrocidades más y que el chico estaba destrozado y con una depresión de muerte y que iba a armar una gorda como no dieran con quien hubiera hecho aquello. En ese momento, el corazón se me disparó, giré la cabeza y miré al grupo de beatas de una en una. Las observé durante unos instantes atentamente para captar su reacción y comprobé cómo al cura se le estaba

escapando el color de la cara, cómo iba palideciendo y cómo se levantaba nervioso de su silla, abandonaba la reunión arguyendo una ridícula excusa y salía como pies que lleva el diablo. Yo también me intranquilicé y aunque intenté convencerme a mí misma de que era imposible que nadie me descubriera, me entró cierta desazón. Al día siguiente en el instituto ya vería qué se comentaba sobre aquello y me enteraría de cómo había sido posible que las fotocopias, que tan bien había escondido, hubieran empezado a pulular por ahí.

Evidentemente, en el instituto nadie hablaba de otra cosa. Contaban que alguien había descubierto una bolsa con un montón de fotocopias en uno de los baños, pero nadie sabía ni quién había sido el que las encontró ni quién había sido el que las había hecho. De la Mula solo decían que estaba con depresión y que no salía de casa. Un chico de su clase, que era vecino suyo, narraba a quien quería escucharle y también a quienes no querían que, desde su casa, a través de la pared, pudo oír los quejidos de la Mula y los golpes de la paliza que le había propinado su padre y que la madre gritaba, histérica: «Para, que le vas a matar, para, que le matas», pero que el padre, que era un minero de los duros, seguía dándole y dándole sin parar, completamente fuera de sí.

No me dio pena la Mula, más bien sentí pavor por mí ante el peligro de ser descubierta. Me daba igual que aquel infame, que a punto estuvo de llevarse por delante a mi hermano, estuviera sufriendo las consecuencias, al fin y al cabo, aquella había sido, más o menos, la venganza que yo tenía pensada para él, así que consideré que se lo tenía merecido.

El director del colegio pasó clase por clase advirtiendo a todos los alumnos que no iba a consentir que sucediesen cosas como aquella y que quien hubiera sido el responsable de aquella infamia ya estaba tardando en dar la cara, porque si era él quien le descubría, se iba a arrepentir por el resto de sus días. No me dio miedo el director, yo era la niña santa y no sospecharía de mí, me preocupaba mucho más que mi amiga, a la que hice el encargo de las fotocopias, flaquease ante la amenaza y fuese a contárselo todo. La busqué en el patio durante el recreo, me la llevé a un rincón junto a la puerta de entrada y allí, arrinconándola contra una esquina, me dirigí a ella en un tono afable, pero grave, intentando persuadirle de que si mantenía la boca cerrada jamás podrían descubrirnos. La intenté convencer de que nadie le había visto hacer las fotocopias, argumentando que si hubiese sido así, ya lo habría contado y a esas alturas estaría más que descubierto todo el asunto.

—Oye, ¿es verdad que hablas con la Virgen?

—Claro.

—Pues muy santa no pareces.

—Ser santa no es ser tonta. Dios Nuestro Señor también castiga a los pecadores y a quienes le ofenden. ¿Tú sabes quién encontró la bolsa con las fotocopias?

—Sí.

—¿Quién fue?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, fui a esconder un paquete de cigarrillos y me encontré la bolsa, así que tranquila, pero si es verdad que hablas con la Virgen, tienes que hacerme un favor y pedirle algo de mi parte.

—Vale, pero espera un momento, dime por qué al encontrar las fotocopias no las has tirado o las has destruido o me las has devuelto a mí.

—Solo las dejé en el suelo de los servicios y han sido las demás chicas que las han visto allí quienes se han debido de encargar de distribuirlas por todo el instituto. La Mula no solo hace cosas con los hombres, ¿sabes? También abusa de las niñas.

No supe qué decirle, pero instintivamente la abracé. No fue necesario que me dijese nada más para estar segura de que ella también sabía de alguna que había sufrido la maldad de aquel energúmeno. Mi amiga y cómplice era una chica que aparentaba mucha más edad de la que realmente tenía, se había desarrollado mucho antes que el resto de las niñas de nuestra edad y, físicamente, parecía toda una mujer, una mujer que en aquel momento sollozaba, desarmada, entre mis brazos.

—¿Qué quieres que le diga a la Virgen?

—Nada, déjalo, de verdad, tendrá cosas más importantes por las que preocuparse. Ha sido una tontería.

Y me supe a salvo.

XI

MI HERMANO Y YO VOLVIMOS, después de mucho tiempo, al campo de fútbol a ver un partido del equipo del pueblo. Desde lo del milagro no habíamos vuelto a asistir. Nos acompañó el marido de la señora gorda. Mi hermano rebosaba felicidad. Cada vez que el árbitro pitaba algo él le lanzaba un improperio o le hacía un gesto ofensivo y luego, ante la mirada recriminatoria del marido de la señora gorda, reía volviendo la cara hacia mí y guiñándome un ojo. Al final del partido una señora, que resultó ser la madre del portero de nuestro equipo, salió corriendo detrás del árbitro con la intención de atizarle con el paraguas. No parecía estar muy de acuerdo con algunas decisiones y decidió emprender acciones por su cuenta. El público la jaleaba, el árbitro corría y los jugadores se lanzaron tras la señora para impedir que consiguiera llevar a cabo su venganza. El equipo de nuestro pueblo había perdido por un gol encajado en el último minuto y, al darse cuenta alguna gente de mi presencia en el campo, comenzaron a bromear diciéndome que ya podía haber hecho un milagro.

—¡Es que ella iba con el equipo contrario! ¡El milagro lo ha hecho, pero no para vosotros!

Bromeaban a mi costa, pero yo no me ofendí. Por primera vez desde hacía mucho tiempo estaba, moderadamente, contenta. Ante la imposibilidad de escapar de la delirante realidad en la que vivía, al menos desde hacía algunos días, todo parecía más tranquilo y el ver a mi hermano disfrutar era motivo más que suficiente para sentirme así.

Mi madre, en la nueva casa, con personas a su servicio, había encontrado en quién volcar sus penas, y desaire va, desaire viene, las traía por la calle de la amargura. Hacía ya algún tiempo que llevaba unas pequeñas vendas en las manos, pero jamás contestaba cuando se le preguntaba por el motivo.

—No es nada, no es nada, de verdad.

Seguía cojeando, sus episodios de rigidez, seguidos de aquellos espasmos y contorsiones, se le seguían manifestando, pero, según ella misma comentaba,

le sobrevenían más durante la noche, así que ya había aprendido a controlarlos mientras estaba tumbada en la cama. Si alguien, como parecía lo normal, argumentaba que no debería dormir sola, ella encogía los hombros, arrugaba los labios y en un suspiro decía: «No, por Dios, no quiero molestar. Si no es nada». Y se daba la vuelta en dirección a cualquier lugar. De mi hermano y de mí se había despegado muchísimo, si es que alguna vez se sintió unida por otra cosa que no fuera la obligada responsabilidad del parentesco. Parecía haber depositado la responsabilidad de nuestro cuidado en el nuevo equipo, así que quienes se preocupaban de que asistiéramos a clase puntualmente, de que nos aseáramos como es debido, comiésemos a las horas debidas, nos vistiéramos apropiadamente, rezásemos, hiciéramos los deberes y llevásemos una vida ordenada y virtuosa eran el cura de cera, la señora gorda y las señoras del servicio. La verdad era que ni mi hermano ni yo echábamos un ápice de menos sus amores. Especialmente frente a mí había desplegado un manto de indiferencia mucho más grueso, apenas me dirigía la palabra o la mirada, en la mesa jamás se sentaba a mi lado y si tenía que decirme algo, lo hacía con frialdad. Mi impresión era que me trataba más como a una rival que como a una hija y que el entusiasmo que en un principio había generado en ella mi nueva condición se estaba tornando en algo incómodo de sobrellevar para ella. Su grupo de hermandad cada día se mostraba más distante y poco comunicativo y parecía ejercer de parapeto entre mi madre y los demás. Solamente don Baudilio, quién lo iba a decir, se mostraba más cordial, quizás sabiendo que a la protagonista de la función convenía tratarla con cierta contemplación. Era él quien desempeñaba el papel de cordón de unión entre todos nosotros y quien zurcía las costuras que saltaban en una convivencia tan sometida a tensiones como la nuestra, siendo como éramos, realmente, unos extraños los unos para los otros.

Como la Virgen aún no me había comunicado su deseo de tener una nueva iglesia en el lugar donde se me había aparecido ni me lo iba a comunicar nunca, porque ya había decido yo que a don Baudilio no le iba a dar esa alegría, él por su cuenta y, por supuesto, con la conformidad de la señora gorda y su marido, había decidido encargar a un escultor de Oviedo una imagen de la Virgen del castaño hueco para colocarla en el descampado frente al altar de campaña. Yo me enteré en aquel mismo momento, porque nadie me había informado del encargo. Era viernes por la tarde y ya se empezaba a ver a algunos devotos por los alrededores del pueblo, que venían

para participar en la misa del día siguiente, y a algunos de los vendedores de los puestos, entrando a los bares y a las tiendas. Marchamos todos, apretujados en el coche de la señora gorda y su marido, a visitar el taller del escultor y comprobar cómo estaba yendo el trabajo y si la composición de la imagen iba por buen camino. Cuando llegamos mi madre tuvo que bajar el pequeño tramo de escalera que había hasta el sótano, donde el escultor tenía su estudio, apoyada en los hombros de don Baudilio y del cura de cera, porque continuaba con sus dolores. A pesar de ello había decidido acudir con nosotros, porque la ilusión por ver la imagen de Nuestra Señora, según manifestó, era más fuerte que aquel dolor que la estaba martirizando. Así, según nos dijo, le demostraba que su amor por Ella estaba muy por encima del padecimiento.

El escultor parecía estar a punto de transmutar en momia. Extremadamente delgado, con la piel como de muaré, con unos pocos pelos ralos y blancos en el bigote, que le daban un aspecto aún más marchito, sus movimientos lentos, que producían la sensación de que, en cualquier momento, sus articulaciones podían empezar a chirriar hasta paralizarle, como si todo él fuese un mecanismo corroído y roñoso... Con un tremendo esfuerzo nos condujo hasta el fondo de la estancia donde, sobre un zócalo de madera, se alzaba una figura de barro, que estaba comenzando a parecerse a una forma humana, dentro de una especie de sarcófago vertical. De fondo, una radio pequeñita, emitía voces gangosas y confusas que parecían cantar.

—¿Esto qué es?

—Llegará a ser su Virgen.

—¿Nuestra Virgen? ¡Si parece una crisálida en un capullo!

—Hombre, don Baudilio, es el primer moldeado. Hay que ir perfilando la imagen, los rasgos de la cara, los pliegues del manto...

—¿Y dónde está metida?

—En el hueco de un árbol, como me dijo usted.

—¡Pero si parece una piragua de pie!

—No se apure, don Baudilio, no se apure, por favor, que es un primer moldeado. Acérquense y miren los bocetos en papel para que se hagan una idea más acertada de cómo quedará conforme a lo que hablamos.

Con manos temblorosas sacó de una carpeta enorme de cartón azul unas láminas con dibujos de lo que debería llegar a ser la estatua, y la verdad, a mí me resultaron preciosos, aunque, personalmente, nunca me imaginé a la Virgen así. Los dibujos mostraban a una Virgen estilizada, guapísima, con una

rostro delicado y joven, con el pelo cayéndole ondulado sobre los hombros y una corona de estrellas rodeándole la cabeza, un manto que cubría por la espalda y los laterales de la escultura un vestido demasiado elegante y las manos en posición orante.

—Esto es otra cosa.

—Sí —añadí yo—, es otra cosa.

—¿Qué quieres decir, hija?

—Que la Virgen no es así.

—Ya le dije yo, don Baudilio, que le teníamos que haber preguntado a la niña antes de hacer el encargo.

—Pues sí, pues sí, pero queríamos darle una sorpresa, ya lo saben...

A don Baudilio se le notaba molesto, al escultor enfadado, al cura de cera impertérrito, a la señora gorda seria y a su marido nada. Mi madre, que se había quedado sola y alejada del grupo, contemplando el boceto de arcilla, suspiraba ostensiblemente sin motivo aparente, pero ya estábamos todos acostumbrados a sus lamentos.

—Pues ya me contarán qué hacemos, porque yo llevo ya trabajando en la obra algún tiempo y si tengo que empezar de nuevo, es tiempo que he perdido.

—No se preocupe usted, que se le pagará lo que haga falta.

—Bueno, pues a ver, ¿cómo es la Virgen, niña?

Me molestó el tono del viejo escultor y, al percibir mi enojo, la señora gorda le recriminó.

—Hable usted con más respeto a esta niña, porque está ante quien Nuestra Señora Madre ha elegido como su bendita interlocutora.

—Perdón, no sabía que era ella la niña santa. Mis disculpas.

Le describí al escultor con pelos y señales cómo era la Virgen con la que yo hablaba, su vestimenta, su cara, la ausencia de elementos opulentos, el color de su piel y hasta su voz. Don Baudilio le dijo que quizás debería ir a ver el castaño para que comprobara *in situ* el tamaño y la forma del hueco del tronco con el fin de que la representación de la Virgen fuese lo más acertada posible. El escultor puso un gesto mohíno, fastidioso, pero accedió, así que quedaron en que a lo largo de la semana volverían a por él y le llevarían hasta el pueblo. Nos estábamos despidiendo cuando reparamos en que mi madre se había acurrucado en un sillón medio desvencijado que había en el centro del estudio, frente a la escultura de arcilla, y gimoteaba. Sobresaltados, nos dirigimos todos hasta ella, le preguntamos qué le sucedía, pero no obtuvimos

respuesta. Yo, sentándome en uno de los brazos del sofá, le tomé la mano para confortarla cuando comprobé que la venda que la rodeaba estaba manchada de sangre. Tomé su otra mano para examinarla también y verifiqué que, efectivamente, había sucedido lo mismo. Don Baudilio, con suma delicadeza, le quitó las vendas, pidió al escultor que trajera alcohol o agua oxigenada y mercromina para desinfectar aquellas llagas en carne viva que mi madre mostraba tanto en las palmas como en el dorso de sus manos.

—¡Son estigmas, sin duda, son los estigmas de la pasión!

—Descálcela, don Baudilio, a ver si tiene también las marcas de los clavos del señor en los pies y esa es la causa de los dolores.

Pero, a primera vista, no parecía tener ninguna ulceración más. Lo primero que hicimos fue llevarla a la casa de socorro, allí la curaron y le pusieron unos vendajes nuevos, pero cuando preguntamos a la enfermera si podía darnos alguna explicación de cómo se habían podido producir aquellas heridas, nos contestó que no, que debíamos preguntárselo a la propia paciente, pero la paciente no habría la boca, mantenía, desde que salimos del estudio del escultor, la mirada abstraída y una actitud desalentada, como si la voluntad se le hubiera evaporado. Contestaba, si acaso, con monosílabos y solamente repetía, de vez en cuando, que estaba cansada. Al llegar a casa se acostó y fue velada por algunas de sus amigas del cenáculo, avisadas por don Baudilio, que se fueron relevando durante toda la noche para que no se quedara sola ni un momento. A la mañana siguiente nos dieron el parte. Se le habían repetido en dos ocasiones los episodios de convulsión, temblores y agitación, pero como le duraron tan solo unos segundos no habían creído oportuno dar aviso. Mi madre ya nos tenía donde ella quería. A mí, especialmente.

Sus beatas de cabecera se debieron de encargar de difundir por todo el pueblo el suceso de la estigmatización y hasta nuestra nueva casa llegaron esa mañana, antes de que saliésemos todos para asistir a la misa matinal en el castaño, una gran avalancha de personas solicitando ver a la mujer de los estigmas. Solamente se dejó pasar a los más íntimos, pero frente a la entrada se habían arremolinado ya algunas decenas de fieles que, al igual que sucediera tras la aparición de la Virgen, habían acudido estimulados al reclamo de lo prodigioso.

Mi madre se llevaba trabajando su momento desde hacía bastante tiempo con meticulosidad, sin prisa, hilvanando cada detalle para que toda aquella puesta en escena fuese creíble. Ella sabía que enfrente tenía un público ya

cautivado, previamente, por los acontecimientos milagrosos preliminares. Únicamente estaba trabajando para obtener su trocito de cielo. Ese sufrimiento mortal que gravitaba sobre su día a día no había sido otra cosa más que el abono del terreno, la preparación que generase en torno a ella una atmósfera propicia, que le diera un espacio propio de notoriedad, y yo, solo de momento, estaba dispuesta a otorgárselo para no entrar en conflicto.

Mi hermano se mostró algo preocupado al ver a mi madre enferma, porque nadie le había contado lo ocurrido el día anterior. Me preguntó qué le sucedía y yo le expliqué que se había hecho unas heridas en las manos con la placa de la cocina, ayudando a la señora que nos cocinaba. No pareció quedarse muy convencido, pero como lo extraordinario ya venía, desde hacía tiempo, resultando algo cotidiano en nuestras vidas, pareció conformarse.

Aunque los dolores en los pies de mi madre parecían persistir y sus manos seguían sangrando a pesar de la cura, decidió, por su cuenta, acudir a la misa de campaña de ese domingo junto a todo el equipo. No iba a dejar pasar un momento como ese, recién estrenada su condición de estigmatizada, a sabiendas de que, precisamente ese domingo, muchos de los devotos reunidos en la explanada del castaño ya eran conocedores del nuevo suceso extraordinario. Lo que no esperaba ni nuestra madre ni nadie, en realidad, era que frente a los que estaban dispuestos a creer que quien portaba los estigmas de la pasión de Jesús era un elegido para mostrar al mundo sus sufrimientos por la salvación de los hombres, se iban a situar quienes opinaban que lo de los estigmas era una patraña.

El ambiente, por lo desapacible del tiempo, no era como el de otros domingos. Lloviznaba y el día era oscuro. No había acudido tanta gente como otros domingos y el descampado se estaba convirtiendo en un fangal. Eso había hecho que algunos grupos permanecieran alejados, al otro lado del camino. Había algunos, como siempre, que acudían organizados, pero el llano, ciertamente, se veía más despejado. El equipo de beatas de mi madre se debía de haber diseminado entre los asistentes, porque, poco a poco, el murmullo fue creciendo y hasta nosotros comenzaron a llegar comentarios sobre la madre de la niña santa y sus estigmas. No fue hasta que finalizó la eucaristía, que el ambiente comenzó a enrarecerse. Era normal hasta entonces, que algunos enfermos se me acercasen, casi siempre con cortesía y corrección, conducidos y controlados por nuestro equipo de voluntarios, pidiéndome que les bendijese o intercediese por ellos o por algún familiar cercano ante la Virgen. Yo siempre les sonreía y me mostraba complaciente y cordial. Ya me

sabía el papel que me tocaba desempeñar y había comprendido que no podía defraudar a quienes acudían a mí, así que, aunque únicamente fuese prestándoles un poquito de atención a cada uno, intentaba darles a todos algo de afectividad. Pero ese domingo las súplicas se repartían, porque mi madre, que caminaba detrás de mí, también comenzó a recibir algún que otro requerimiento y ella parecía complacerse mucho con aquella estrenada celebridad. Había, aquí y allá, quien daba la voz, avisando de su presencia y lo extraordinario de sus estigmas, y fue al crecer la expectación, cuando algunos se alborotaron, se acercaron a ella rompiendo el orden y provocaron un peligroso tumulto. Algunos resbalaban en el barro empujados desde atrás, caían a nuestros pies y eran pisoteados. Frente a quienes la insultaban había quien la quería tocar, besar, comprobar que sus heridas eran reales. Otros la gritaban acusándola de farsante, o, por el contrario, había quienes lanzaban alabanzas a Dios por haber elegido a una madre y a una hija como sus predilectas glorificadas. Nuestro cuerpo de voluntarios no daba abasto apartando al gentío, don Baudilio gritaba: «Orden, orden, por todos los santos, orden», pero nadie parecía escuchar sus súplicas. Yo estaba muy asustada, perdí de vista a todo el mundo, caí al suelo y me enfangué completamente. Oí que alguien gritaba a mi lado: «La niña, la niña», y aliviada comprobé que, poco a poco, a mi alrededor se iba abriendo un claro. Supe en ese momento que tenía que actuar, que la Virgen debía acudir en mi ayuda. Realmente en la ayuda de todos los presentes. Repetí la escena que tanto éxito me proporcionase algún tiempo atrás y una vez más fingí entrar en éxtasis, sin saber a ciencia cierta si alguien estaba fijándose en mí. Hubo suerte, mucha suerte. La catarsis emocional colectiva volvió a repetirse a pesar de las circunstancias y, de repente, todo se fue calmando, como si una ola de sosiego surgiera de mí y se fuese expandiendo por la algarabía hasta llegar a quienes se encontraban más alejados.

—¡Ha entrado en trance, ha entrado en trance! ¡Por favor, silencio! ¡Alabado sea el Señor!

—¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores!

Cuando calculé que había pasado el tiempo suficiente abrí los ojos, sonreí sutilmente, me incorporé despacio por mis propios medios y comencé a caminar hacia el castaño hueco. Escuchaba murmullos a mi paso e incluso exclamaciones asombrosas. «No toca el suelo, va flotando.» Una vez llegué a la altura de la verja en la base del tronco revestido de blanco, me arrodillé, junté mis manos y comencé a rezar. Estaba sucia y calada hasta los huesos,

pero hasta el tiempo se alió conmigo. Dejó de lloviznar y se abrió un claro en el cielo, hasta ese momento plomizo, dejando que un sol radiante se hiciera un hueco entre los nubarrones y bañara aquella parcela de bosque. De nuevo todos los presentes se contagiaron de mi serenidad y la fe volvió a llenar sus corazones. Después de permanecer en esa actitud orante un buen rato me giré. Allí estaba mi grupo en bloque. Todos, menos mi madre. Cuando di por concluida la oración inicié el camino de regreso y, entonces, como esperando una orden mía, el cielo volvió a cerrarse y la lluvia comenzó a caer de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Milagro, milagro!

Al llegar a casa comprobamos que mi madre había llegado antes y se había recluido en su habitación con su grupo de beatas. Don Baudilio llamó a su puerta y pasamos también mi hermano y yo para interesarnos por su estado.

La casa, a pesar de estar siempre llena de gente, nunca fue acogedora y en el ambiente siempre flotaba una cierta atmósfera de malestar. No era apacible, tan grande, con sus techos tan altos, sus paredes tan desnudas y frías, sus espacios descomunales... Me sentía insegura y vulnerable. Aquellas estancias semivacías no ayudaban a crear un ambiente confortable. Todo quedaba lejos. Me daba la sensación de estar siempre desprotegida, como a merced de cualquier amenaza o cualquier peligro. La fascinación que nos produjo al principio aquella mansión se había esfumado por completo.

Pregunté a mi madre cómo se encontraba. Me contestó que estaba triste. Puse mi mano sobre su cabeza y acerqué mis labios a su oído. Le susurré, para que solamente ella pudiese escucharlo, que por qué no nos íbamos de allí y regresábamos a nuestro piso. Negó con la cabeza mientras musitaba sin apenas aliento: «Aquella no es casa para una santa».

Era verdad que desde lo del milagro aquel comportamiento cruel de mi madre hacia nosotros había desaparecido, quizás la razón no había sido otra que la de saberse observada, constantemente y de cerca, por nuestros benefactores y nuevos acompañantes o quizás, realmente, por su fe en la Virgen y en su voluntad de haberme elegido. Por una u otra causa, de algún modo, se veía obligada a tenerme en otra consideración y tratarme mejor. Ante este cambio de actitud ni mi hermano ni yo nos sentíamos amenazados ya por su mal carácter y su saña. Lo de haber regresado a nuestro piso y haber dejado aquella nueva vida que, sin duda, no nos habría correspondido vivir por nuestra condición humilde, yo lo habría preferido, pero ella no estaba dispuesta a desandar lo andado, a bajar de nuevo los peldaños ascendidos y a

volver a ser otra vez nadie donde vivían los «nadies». De momento.

XII

NOS DIERON LAS VACACIONES EN EL INSTITUTO. Quedaba ya poco para la Navidad. La señora gorda y su marido habían traído figuras de escayola de un tamaño descomunal para montar un belén. Cuando terminaron de instalarlo en el recibidor de la casa, prácticamente ocupaba la mitad del espacio de la estancia. Apoyadas en la pared montañas de corcho de la altura de una persona con las cumbres heladas de algodón, el castillo de Herodes, seguramente más amplio que las habitaciones de muchos mineros, un río por el que corría agua de verdad, propulsada por una pequeña bomba oculta bajo el tablero, patos que parecían ir a salir volando de un momento a otro, corderitos casi tan grandes como auténticos lechales... Daban ganas de vivir en aquel belén junto al niño Jesús, la Virgen María y San José en un portal de lujo, tan acogedor como aquel. Hasta la estrella, suspendida con hilo transparente desde el techo, parecía surcar de verdad aquel cielo interior de cartulina azul marino, tachonado de astros brillantes, e iluminar el camino de los Magos de Oriente que se acercaban, fastuosos, con su caravana de pajes y camellos por el sendero de guijarros blancos. Mi hermano se pasaba las horas mirándolo, fantaseando frente a los habitantes de aquel decorado fascinante.

Iban a ser mis primeras Navidades como santa y no sabía si tendría que hacer algo especial. Seguramente la misa del gallo sería mucho más multitudinaria que otros años, pero de mí concretamente, ¿se esperaba algo?

Todo parecía indicar que sería una época agradable, por estas fechas los corazones están más abiertos a la calma y a la paz, y una atmósfera gozosa inundaba el pueblo. A pesar de que la mina no descansaba, los mineros deambulaban por las calles mucho más contentos, cacharreando desde muy temprano en los bares donde se invitaban unos a otros. Parecía que el blancor de la Navidad se apoderaba de la negrura del carbón por unos días. La jovialidad se contagiaba a todos los habitantes y un ambiente relajado y festivo flotaba por las calles. Los alumnos del instituto habían preparado durante los meses anteriores actuaciones que se representarían en el teatro municipal

como todos los años. A mí, aunque pueda parecer sorprendente, me había tocado en el reparto de papeles, al inicio de curso, el de Virgen María en el belén viviente que mi clase tenía que preparar para la puesta en escena de los villancicos. Sí, hubo burla, pero fui yo quien no quiso que se cambiase el plan previsto. Todo mi grupo de apoyo iba a acudir a las representaciones y aunque mi papel estaba exento de todo riesgo, porque mi interpretación se limitaba a permanecer callada y sentada junto al pesebre con el niño mientras los demás cantaban, estaba algo inquieta.

—¿Pero cómo vas a estar nerviosa si estás acostumbrada a estar delante de cientos de personas que están pendientes de ti todos los domingos?

—Sí, es verdad, pero hoy, no sé por qué, tengo así como un cosquilleo por dentro.

Mi hermano, en cambio, se mostraba mucho más tranquilo a pesar de que él tenía que interpretar a un soldado romano en la pieza teatral que su clase había preparado y eso, según sus propias palabras, conllevaba muchísima más responsabilidad.

Ya vestidos para nuestras respectivas interpretaciones salimos de casa camino del teatro, que era donde nos habían citado a todos los participantes en la función, pero al llegar encontramos a todo el mundo en la calle, incluidos los profesores. La plaza donde se encontraba el teatro parecía un auténtico poblado palestino de hacía dos mil años, plagada de pastorcillos, pajes, lavanderas y soldados romanos, solo que los rostros de todos ellos estaban serios y afligidos. Al llegar nos comentaron que se había suspendido la gala, porque esa misma mañana había aparecido muerto uno de los alumnos del instituto.

—¿Se ha suicidado?

—Parece que sí.

—¡Qué horror!

—Creo que se ha tirado a las vías cuando pasaba el Rapidillo.

—Pero, ¿quién ha sido?

—La Mula.

Mi amiga, la que hizo las fotocopias delatoras, vino hasta mí. Estaba tremendamente alterada y lloraba. Me abrazó y temblando me dijo al oído: «Ha sido nuestra culpa». Intenté calmarla. Le dije a mi hermano que me esperase allí mismo, que iba a acompañar a mi amiga a buscar un baño, y las dos bordeamos el edificio y fuimos hasta la puerta trasera por donde salían los artistas, donde no había nadie.

—Cálmate, por favor, y no llores más.

—Pero es que se ha suicidado por nuestra culpa.

—No digas tonterías, se ha suicidado porque la culpa, la suya propia, le ha podido. Recuerda que era un pervertido y un abusón, y vivir con pecados tan grandes no debe de ser fácil. Nosotras no tenemos que arrepentirnos de nada. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Y, por supuesto, seguimos sin saber nada de nada.

—Sí.

—Pediré a la Virgen por él. Es todo cuanto puedo hacer.

—Vale.

Se enjugó las lágrimas con el manto de lana de su vestido de pastorcita y dejó de hipar. Solo cuando se calmó del todo regresamos junto al resto de alumnos y padres, que continuaban arremolinados en la puerta del teatro, ateridos de frío y especulando, estremecidos, sobre las causas y los pormenores del suicidio de la Mula. Esa Navidad en vez de a un nacimiento asistiríamos a un entierro. Una macabra paradoja que conmocionó al pueblo entero y que cubrió con una sombra tenebrosa una localidad que poco antes chispeaba de júbilo.

La conmoción por la tragedia no duró mucho. Nos enteramos de que los padres de la Mula se habían marchado a Barcelona a donde ya había emigrado parte de su familia unos años antes. Muchos de los mineros que no querían que sus hijos se vieran, como ellos, de por vida atrapados por la rudeza del carbón se marchaban buscando un destino menos penoso, por tanto, aprovechando la marcha de aquella familia, el pueblo se dio prisa en correr la cortina a todo lo que supuso el final trágico del muchacho y sus malas acciones. Lamentablemente, había demasiada gente interesada en que con él se enterraran también sospechas y miedos, entre otros el propio cura, así que pronto pasó al olvido general.

Nunca, jamás se habían mostrado tan rumbosos los Reyes Magos con mi hermano y conmigo. Antes, al contrario, solía ser un día de desilusiones. Este año, sobre el suelo del salón, una multitud de paquetes envueltos en papeles de colores brillantes, con enormes lazos de raso, esperaban para ser abiertos. Mi hermano no podía ocultar su nerviosismo, su entusiasmo. En cada uno de ellos aparecía el nombre de su destinatario escrito con letras mayúsculas. En aquella nueva casa todo parecía obligado a ser grande. Para mí había un

abrigo, unas botas, un gorro de lana con un pompón, un misal de nácar con herrajes de plata, un libro sobre la vida de algunos santos mártires, una cocinita completa y unos patines. Para mi hermano, un balón de reglamento, unas botas de fútbol, un puzle, un jersey de ochos y un juego de herramientas de plástico.

—Mamá, este es para ti. ¡Ábrelo, ábrelo!

—¡Ay, Señor, un rosario chapado en oro! Por qué se han molestado en regalarme nada a mí, si yo lo único que quiero es que se acabe este suplicio que me tiene casi impedida. Mi regalo es veros a vosotros sanos, ¡ay, Señor!

Hasta para el cura de cera habían dejado los Reyes Magos un paquetito con una biblia preciosa, encuadernada en piel negra con unas delicadas incrustaciones de nácar. Fue la única vez que le vimos sonreír. También había para don Baudilio una bufanda de cachemir, para la señora gorda un abrigo de garras, para su marido un reloj suizo, para la cocinera un delantal con un gallo bordado y para la señora que limpiaba unas zapatillas.

El otro regalo que venía de Ponferrada y que tuvo que ser transportado en un camión llegó algunos días más tarde. Se trataba de la estatua de la Virgen. El escultor momia la había terminado por fin y, después de más de una discusión con don Baudilio, había atinado con el aspecto definitivo. El día elegido para su instalación se convirtió en un día grande, hasta llegó un coro que cantó durante la celebración especial que ofició don Baudilio y a la que asistieron las fuerzas vivas de todos los pueblos de alrededor y un gran número de personas de la capital, incluso de Madrid, según nos dijeron.

La estatua de la Virgen, esculpida en piedra blanca, la representaba con las manos abiertas y los brazos extendidos, con un velo fino sobre la cabeza, que descendía a lo largo de toda su espalda y sus brazos, un vestido sencillo hasta los pies, cogido con un cordón a la cintura y unas sandalias que reposaban sobre un pedestal de una piedra más oscura. Su rostro era fino y delicado, serio, pero amable, y su pelo, ondulado y largo, le caía por delante de los hombros hasta sus pechos tan solo insinuados. A la Virgen del castaño ya no había que figurársela. Cuando los fieles la rezaran ya sabían cómo imaginarla, que era, exactamente, como la había imaginado yo.

XIII

EL FRÍO SE FUE CANSANDO de estar tanto tiempo por los mismos terrenos y sin prisas se fue marchando a otros derroteros. La luz vino de nuevo cargada de colores, y ese año, además, arrastrando con ella a nuevas multitudes. El milagro cada vez iba adquiriendo mayor popularidad y congregaba a más gente. Animados por la primavera y el buen tiempo eran muchos más los que cada fin de semana se acercaban hasta nuestro pueblo para participar en los actos litúrgicos, emocionarse, rezar y compartir oración y dicha. Don Baudilio tuvo la idea de comenzar a organizar una procesión que iría desde su iglesia hasta la explanada del castaño hueco cada sábado por la mañana y culminaría con la misa de campaña; resultó un éxito rotundo. De ese modo el pueblo se convertía en una auténtica capital del imperio de la fe. Los comerciantes y todos aquellos que vivían de negocios para el público debían de estar encantados, porque su beneficio crecería al mismo ritmo que la devoción, solamente algunos de los que tenían su modo de vida organizado de otro modo, quienes vivían de otros sustentos y tenían hábitos de vida diferentes comenzaron a mostrar malestar. Los mineros vieron sus bares ocupados por hordas fervientes, que les escudriñaban con gestos de reprobación o les afeaban sus modos groseros, sus conductas, muchas veces, desenfrenadas por el alcohol, y eso creaba malestar entre algunos de ellos.

Todas estas nuevas realidades que se estaban produciendo en la convivencia del pueblo me llegaban filtradas por la interpretación de las visitas que, día a día, seguían llegando a nuestra nueva casa, por eso nunca coincidían las versiones si venían de boca de las beatas del rosario o de don Baudilio o de nuestra tía, que últimamente bajaba mucho más a verno, o de la cocinera, que cuando regresaba de hacer la compra siempre aportaba nuevas y diferentes crónicas. Unos exageraban una parte y otros la contraria, dependiendo de cuales fueran sus querencias y sus desapegos.

Desde que el cura jipi desapareciera del paisaje no había vuelto a haber una oposición tan dura y tan persistente contra los acontecimientos

milagrosos, así que, de momento, la única perjudicada, realmente, era yo. Todo lo que no fuese tiempo de instituto, con sus idas y venidas, era reclusión. Cada vez me costaba más encontrar un resquicio para el juego, para la distracción, para compartir con mis amigas, que habían desaparecido de mi vida. Yo comprendía que mantener la amistad con una santa debía de ser muy problemático y, sobre todo, muy aburrido, ni siquiera podía ir casi nunca a la residencia de mineros solteros a ver a mi mejor, mejor amiga, así que mi hermano se había convertido en mi única compañía, el resto del día lo pasaba rodeada de personas mayores, de adultos obsesionados con un solo empeño: la consagración a una vida de espiritualidad, entrega y fe, que me tenía encadenada.

Al menos desde hacía ya mucho tiempo volvíamos a casa solos mi hermano y yo sin tener que soportar la compañía del cura de cera, que ya se limitaba, únicamente, a acompañarme en los rezos de casa, confesarme y guiarme espiritualmente. Ya había dejado de ser mi guardián perpetuo también por la calle, por eso me llamó la atención que estuviese en la puerta del instituto esperando mi salida. Al llegar junto a él me saludó displicente y me dijo que don Baudilio le había pedido que me acompañase hasta la iglesia, porque alguien quería hablar conmigo. Inmediatamente se me vino a la cabeza la historia de la Mula, pero ya quedaba muy lejos y me tranquilicé pensando que aquello hacía mucho tiempo que había dejado de dar de sí en el pueblo. Le pregunté si sabía de qué se trataba, pero hierático, como siempre, contestó que no, pero que pronto lo sabríamos. Y pronto lo supe. Dos señores charlaban con don Baudilio en el despacho parroquial donde esperaban mi llegada. También estaba mi madre que, con el semblante blanquecino, como si le acabasen de dar un susto, miraba a unos y a otros desde un rincón. Me saludaron cortésmente, incluso con extremada afabilidad. Don Baudilio era el único que presentaba un rictus serio, como contrariado.

—Estos señores vienen enviados por el obispado para estudiarte.

—No es así exactamente, verás...

Recuerdo que me explicaron, utilizando un tono extremadamente suave y amable, que lo que les había encargado el obispo era que llevasen a cabo un estudio sobre todo lo que había sucedido y sus consecuencias, que durante los próximos días me preguntarían algunas cosas a mí y a la gente del entorno, pero que no tenía por qué preocuparme. Luego, cuando ellos terminasen su trabajo me harían un reconocimiento físico y psiquiátrico en otro lugar, si no había inconveniente, por supuesto, porque si mi madre, como tutora legal, no

daba su consentimiento nada de aquello se llevaría a cabo.

—Pero yo no estoy loca ni enferma.

—Lo sabemos, lo sabemos, no hay más que verte, pero dadas las circunstancias, comprenderás que la iglesia quiera saber si los contactos que dices tener con la Virgen son solamente alucinaciones provocadas por algún problema, alguna perturbación o alguna enfermedad que pueda haber afectado a tu lucidez o a tu juicio. ¿Lo entiendes?

—No. A mí la Virgen se me apareció aquel día en el castaño hueco y de vez en cuando me dice cosas, nada más. Eso no es malo ni es mentira.

—Claro que no, claro que no. Bueno, tú no te preocupes, porque no te va a pasar nada, este señor y yo lo único que vamos a hacer es estar contigo durante un tiempo, charlar y preguntarte algunas cosas, luego otros señores te harán algunas pruebas y ya está. Vas a ver como todo va a pasar pronto y podrás continuar con tu vida normalmente. Por supuesto, y como ya te hemos comentado, si tu madre lo consiente, y no creo que usted, señora, quiera ponerse en contra de la Iglesia.

—No, no, Dios me libre.

No sabía si, realmente, quería seguir con esa vida, de verdad, me lo empezaba a plantear seriamente.

Aquellos dos señores vinieron a sumarse a mi nómina de sombras. Su observación constante, su conversación siempre inquisidora me irritaba sobremanera. No vivían en nuestra casa, pero pasaban allí muchas horas y todos los demás parecían mostrarse acobardados ante ellos.

Mi madre abandonó, momentáneamente, la actividad que había comenzado a realizar desde que experimentara sus estigmas y sus ataques. Evidentemente la presencia de aquellos dos señores inquisidores la había atemorizado. Desde hacía algún tiempo mi madre había empezado a abandonar la casa durante muchas horas al día. Había montado, junto a su equipo de beatas, una especie de tabernáculo en nuestro antiguo piso, donde recibía la visita de fieles interesados en sus estigmas y enfermos que buscaban la curación milagrosa mediante su intercesión. Como cada vez eran más los que acudían a verla, porque ya se habían encargado de correr la voz las beatas de su equipo, auténticas profesionales de la difusión, conocedoras de las más sutiles técnicas del chismorreo, nuestros antiguos vecinos comenzaron a sentirse un poco incómodos por el trajín de la escalera, según contó don Baudilio, durante un almuerzo con nuestra tía en la casa.

—Tu madre se ha vuelto loca. Me parece que todo esto de la Virgen le ha

provocado algo malo en la cabeza. ¿Tú sabes que ahora dice que ha curado a algunos enfermos poniéndoles las manos encima?

—Yo no sé, tía.

—Tú sí sabes, lo que pasa es que eres más lista que Carracuca. Adiós, mi niña, me voy, porque todo esto me supera. Ya os escribiré o vendré a veros a vosotros.

Nuestra tía se enfadó mucho. No creía en los estigmas de su hermana ni en aquellas facultades recientes y milagrosas que le habían sobrevenido, precisamente en aquel momento, cuando su hija se había convertido en santa. Nunca supe si riñeron, si mi tía llegó a decirle que pensaba que era una farsante o si se enfrentaron por aquel disparate o por otros. Nunca supe si fue esa la causa por la que se alejó de nosotros, pero desapareció, se esfumó. Mi madre nunca más quiso hablar de ella y cada vez que mi hermano o yo le preguntábamos, huidiza, contestaba con evasivas y zanjaba la conversación.

—Ya volverá. ¿No sabéis cómo es?

No, no sabíamos cómo era, pero sí sabíamos cómo era ella, nuestra madre, calculadora, excesiva, envidiosa y frustrada. Una mujer enfadada con el destino por no haberle dado el lugar y el entorno al que creía tener derecho en justicia, pero a la vez combativa, valiente y tenaz como pocos, dispuesta a no dar tregua a la vida y aprovechar cada resquicio abierto por el que colarse para conquistar nuevos espacios. Era lista y ese talento le hacía medir bien sus pasos. Antes de lanzarse a una batalla preparaba bien el terreno, calculaba los riesgos, analizaba cada detalle y a cada uno de los actores. Siempre he creído que la desazón con la que parecía vivir desde siempre era su auténtico motor, el combustible que le hacía levantarse cada mañana, el motivo en el que encontraba la excusa perfecta para justificar su revancha contra la vida. En aquellos momentos había decidido emprender su propio camino, apartándose de la corriente oficial que representábamos los demás, los del milagro. Solamente don Baudilio, que navegaba a vela y a motor, seguía con interés su condición de estigmatizada sin dejar de lado ni a unos ni a otros, siempre subido a la ola, haciéndose intercesor ante los parroquianos y visitantes, entre protagonistas y forasteros, sin dejar escapar la oportunidad de mostrarse ante todos como un verdadero guía y auténtico tutor de los elegidos.

El ambiente que se respiraba en mi entorno era aplastante. A aquella felicidad impostada, que siempre reinaba cerca de mí, se sobreponía la tensión que aquellos dos señores, enviados por el obispado, causaban. Interrogaron a todo aquel que tenía contacto conmigo o lo había tenido en algún momento,

recorrieron el pueblo y los aledaños de arriba abajo, visitaron el instituto y pidieron entrevistarse con profesores y alumnos, con padres y madres, y con empleados, fueron a la empresa de la mina, requirieron al capataz, visitaron, conmigo y sin mí, multitud de veces, la explanada del castaño hueco, durante varios fines de semana hablaron con muchos de los fieles de los que acudían a los actos, tomaron nota de todos y cada uno de los momentos portentosos que habían tenido lugar desde la primera aparición, buscaron a los testigos y les sonsacaron. No dejaron de indagar, cuestionar, presionar y curiosear aquí y allá. Se mostraron sorprendidos al comprobar que entre los fieles que llenaban el pueblo los fines de semana había mucha gente de alcurnia, que incluso algunos llegaban en coches conducidos por chóferes uniformados. Preguntaron a la señora gorda y a su marido si alguien del gobierno había aparecido por allí en alguna ocasión, pero no pudieron o no quisieron responderles, alegando que lo ignoraban. Aquellos dos perros de presa encorbatados tomaban notas y levantaban la vista tras cada anotación con el ceño fruncido, para que una duda quedase flotando en el ambiente tras cada respuesta.

—Si no les importa, tenemos que hablar con la madre de la niña para que nos autorice ya a llevarla durante un par de días a la ciudad, por supuesto, acompañada por ella misma o por quien crea oportuno.

—¿El motivo?

—Bueno, tenemos que hacerle un estudio psicológico y psiquiátrico en profundidad y algunas pruebas clínicas para descartar cualquier tipo de posible alteración fisiológica o patológica, incluso psicológica, que pueda ser la causa de las visiones. Ya se lo advertimos.

Mi madre accedió y, realmente, no sabría decir si en aquel momento lo hizo esperanzada en que descubrieran que lo mío era un fraude.

Durante los días que estuvimos fuera a mi madre y a mí nos instalaron en una residencia femenina regentada por monjas. Era un edificio tan sórdido por dentro como por fuera. Las chicas que atravesaban los pasillos lo hacían sin hacer ruido, como si flotasen sobre el enceradísimo suelo de terrazo. En las paredes amarillentas solamente, y muy alejados unos de otros, colgaban pósteres enmarcados y acristalados de motivos religiosos, imágenes de santos, de la Virgen, de la vida de Jesucristo y frases edificantes extraídas del catecismo: «Señor, tú eres mi luz, mi refugio seguro» o «No temas porque yo estoy contigo, yo te sostengo con mi mano victoriosa...». Lo único que compartimos durante aquellos días mi madre y yo fue la habitación en la que

había dos camas pequeñas y estrechas, un buró y un cuarto de baño con un polibán. En la pared frontal, encima de la cabecera de cada cama, un crucifijo sencillo de madera como única decoración. Prácticamente no hablamos entre nosotras, tan solo después de cada sesión con el psicólogo o con el psiquiatra, porque hubo varias, me preguntó si había ido todo bien, pero ni siquiera se mostró interesada en saber lo que me habían preguntado o en lo que yo les pudiera haber contado. Mi madre estaba ensimismada y mostraba cierta incomodidad ante mí. Mantenía, además, una actitud caprichosa, como si, de repente, hubiese regresado a la adolescencia y tuviese una imperiosa necesidad de satisfacer unos antojos casi infantiles. Tengo hambre, vamos a comer, tengo sueño, vamos a la habitación, tengo frío, tengo calor, tengo, tengo, tengo...

—¿Qué tienes, mamá?

—No sé, me encuentro mal y me duelen mucho los pies y la cabeza parece que me va a estallar.

—Tómate una aspirina.

—Si fuera tan fácil.

Me llevaron a una clínica donde me hicieron placas, me tomaron la tensión, las pulsaciones, me miraron por rayos, se quedaron con muestras de todos los fluidos que mi cuerpo era capaz de producir, me miraron por dentro y por fuera, de frente y de perfil, me tocaron, me apretaron y me palparon médicos y enfermeras con las manos frías, me desnudaron y me vistieron muchas veces, me introdujeron en máquinas blancas, exploraron dentro de mi boca, de mis oídos, de mi nariz, me hicieron beber líquidos de colores eléctricos, buscaron, incansablemente, en mi cuerpo síntomas que les dieran pistas sobre mi alma. No sé si encontraron algo extraordinario o no, pero yo me sentí, tremendamente, avasallada.

La señora gorda y su marido vinieron a buscarnos a la residencia en su gran coche. Regresamos al pueblo después de aquellos cuatro o cinco días que recuerdo con desagrado, porque a lo embarazoso del motivo y las maniobras y los interrogatorios y charlas incomprensibles a las que había sido sometida se unió el haber tenido que estar el resto del tiempo junto a mi madre, prácticamente en silencio, metidas en aquella habitación fría y austera, sin siquiera haber aprovechado una sola tarde para dar un paseo por la ciudad, ir al cine o haber hecho cualquier otra cosa de las que no podíamos hacer en el pueblo. Pero mi madre, siempre, decía sentirse mal, padecer dolores, estar triste, afligida, sin ganas de nada...

—¡Ay, Virgen Santísima! ¿Qué he hecho yo para merecer este tormento?

—¿Qué tormento, mamá?

Y entonces se daba la vuelta en la cama o bajaba la vista al suelo si no estaba tumbada y se encogía lánguida y mustia como una planta sin agua. ¿No se aburriría a sí misma? ¿Cómo podía soportar estar tanto tiempo en aquel estado de desdicha tan impostada? Nunca habría podido creer que volver a casa sería un alivio. Al menos allí estaba mi hermano, y volvería al instituto, que me servía de válvula de escape. La rutina de las clases, ver otras caras, pasar el día ocupada en otras actividades me ofrecían la posibilidad de aguantar esa otra vida, la de santa, colmada de gravedad y solemnidad, que volvía el día a día en algo profundamente tedioso. Pero a aquellos días de lecciones les quedaba poco tiempo, apenas un mes. La primavera avanzaba y el calor se iba apoderando del ambiente. Todo parecía enlentecerse y las clases se hacían mucho más soporíferas. Incluso a los profesores parecía costarles un tremendo esfuerzo impartir las materias.

Durante aquella temporada don Baudilio andaba muy ocupado. Las comuniones le obligaban a trabajar muchísimo.

—A las vacas y los toros se los marca con el hierro, a los católicos se les da la comunión para que el diablo sepa a qué ganadería pertenecen, que el diablo anda siempre al acecho y alma que no se sabe de dónde es, alma que se lleva.

O sea que el exceso de trabajo al que se veía sometido en aquella época del año lo justificaba por la causa. Aquel ajetreo ceremonial le quitaba tiempo para visitar nuestra casa y compartir con la señora gorda, su marido y el cura de cera. Mi madre ya casi nunca formaba parte de aquellas reuniones hogareñas porque, en la mayoría de las ocasiones, se encontraba en nuestra antigua casa, que ya se había convertido en una humilde sede o subdelegación de prodigios.

Sus estigmas seguían en perfecto estado de revista, abiertos y sangrantes, y ella los mostraba sin pudor a todo aquel que los quisiera ver. Sus beatas de cabecera le hacían curas diarias, ella visitaba a la enfermera del hospitalillo de los mineros todas las semanas para que le hiciese un seguimiento y comprobase el estado de asepsia, no fuera a ser que se volvieran impuras aquellas huellas cruentas con que el cielo le había premiado. A veces me llevaba con ella para contar con un testigo fiel de su sufrimiento. Los dolores de los pies tampoco le habían desaparecido, pero no le impedían andar perfectamente si creía no estar siendo observada cuando se desplazaba por la

casa. En más de una ocasión la vi fingiendo cojear mientras la observaba escondida o cuando escuchaba a alguien acercarse o se disponía a entrar en alguna estancia donde había gente.

Ya se habían extendido los rumores de que la madre de la niña santa curaba mediante imposición de manos y, de vez en cuando, alguna familia desesperada o algún aquejado de un mal menor se acercaba por el pueblo preguntando por la señora que sanaba. Mi madre no se había convertido en curandera, no usaba mejunjes ni hierbas ni infusiones ni cataplasmas, no quitaba verrugas ni colocaba huesos, solamente rezaba mientras imponía las manos sobre los cuerpos doloridos o enfermos y, según nos explicó, algunos salían curados o al menos aliviados. Yo que la conocía bien intuía que se sentía incómoda hablando de ello, pero no le quedó más remedio al ser preguntada por nuestros benefactores.

—¿Y usted cuándo se dio cuenta de que podía sanar?

—Por casualidad. Fui a visitar a una sobrina de una de las amigas con las que rezo el rosario, porque estaba la pobre convaleciente de un accidente que tuvo en el Cargue, y al ponerle la mano sobre la frente se sobresaltó y dijo que de repente sintió un calor tremendo bajo mi mano y que se le había pasado un dolor intensísimo que sentía en el costado y que la estaba matando, y que fue justo en el momento en el que yo la toqué.

—¿Y eso es todo?

—No, esa fue la primera vez.

Y mi madre comenzó a relatar al cura de cera y a la señora gorda, ignorando mi presencia, toda una serie de portentosas curaciones que había venido llevando a cabo desde entonces. Su especialidad parecían ser los dolores en los costados. De esos no se le resistía ninguno. Con las demás dolencias admitía tener un porcentaje de éxito relativo, pero aun así las visitas de fieles aquejados de múltiples dolencias seguían produciéndose y acudían a ella cargados de fe, de dolor y de impaciencia. Ella, por supuesto, lo único que hacía era rogar a Nuestro Señor Jesucristo que aliviara los males de aquellos, sus hijos queridos, que sufrían, pero unas veces la escuchaba y otras no.

—Qué más quisiera yo que esto nunca me hubiese pasado. Ser normal, ser normal, yo solo quiero ser normal, como todo el mundo, ¡ay!

Los señores enviados del obispo, los investigadores trajeados dieron por finalizada su labor una vez que mi madre y yo regresamos de la ciudad. Muy amablemente, con una cordialidad y una educación exquisitas, como siempre, llegaron hasta nuestra casa para despedirse y para agradecer a todos, y

especialmente a mí, las molestias que hubieran podido acarrearnos. Cuando se despidieron de mí yo me encontraba en el jardín de la casa haciendo los deberes a la sombra del gran nogal. De pie, tiesos como obeliscos, extendieron su mano para estrechar la mía, como si yo fuese otro adulto más y, agradeciéndome mi paciencia, me desearon suerte. No entendí por qué deseaban suerte a alguien que había sido elegida por la Virgen de entre todas las mujeres del mundo. Habría sido una mera formalidad. Aprovechando que nos encontrábamos solos y que ya iban a desaparecer de mi vida les pregunté si se habían enterado de que a mi madre le habían salido los estigmas de la crucifixión de Nuestro Señor y que, desde aquel momento, era capaz de sanar. Me contestaron que sí, que estaban al corriente y entonces, sin pensarlo dos veces, les dije que yo estaba convencida de que no era cierto, que mi madre fingía, que las heridas se las había provocado ella y que había montado todo aquel circo por celos y porque únicamente buscaba protagonismo. Un silencio tenso nos envolvió, el trino de los pájaros se hizo mucho más presente por unos segundos y el agua de la fuente del jardín se volvió cascada. Después de cruzar una mirada fugaz entre ellos, el más serio de los dos, el que resultaba más altivo e intimidatorio, me contestó que aquello no les correspondía a ellos juzgarlo ni investigarlo y que, por tanto, no podían emitir un juicio.

—¿Ni a nivel personal?

—A nivel personal, yo opino que lo de tu madre también es oscuro.

Sin darme opción a continuar la conversación, hicieron una sutil inclinación de cabeza ambos a la par, se dieron media vuelta y desaparecieron en el interior de la casa. Al poco se oyó el motor de su coche arrancar y alejarse.

XIV

MI HERMANO SE HABÍA CONVERTIDO en mi cronista personal. Como a él le permitían llevar una vida más acorde con la que debe llevar un niño y salía a jugar por el pueblo, alternaba con su pandilla, pululaba de un lado a otro y veía y escuchaba a la gente hablar. Algunos días le pedía que me pusiera al tanto de las cosas que pasaban o de los rumores que corrían, de los chismes que andaban de boca en boca y de las opiniones que seguían circulando sobre mí. Me interesaba tener una visión diferente a la que nos proporcionaba siempre don Baudilio o las amigas beatas de mi madre y, según él, más o menos, la gente del pueblo estaba contenta con el discurrir de los acontecimientos. La afluencia de visitantes traía sobre todo prosperidad a los negocios y, a pesar de algunos inconvenientes, la vida del pueblo seguía siendo normal durante la semana. Estaban, por supuesto, quienes creían que todo aquello era una patraña, pero la gran mayoría de los vecinos se mostraba muy a favor o, al menos, ese era el balance que hacía mi hermano, que debía de tener unas fuentes muy modestas de las que obtener la información, si no era que, directamente, se la inventaba.

A los pocos días de que se hubieran marchado los investigadores del obispo llegó una carta de nuestra tía para nosotros dos. Nos sentamos en el jardín, bajo el árbol, nerviosos y excitados, porque era la primera vez que recibíamos una carta dirigida a nosotros personalmente o, al menos, que nosotros supiéramos. Abrí el sobre torpemente, desgarrándolo para extraer las hojas escritas de su interior. Las desplegué y las leí en voz alta. Nuestra tía nos preguntaba cómo estábamos, nos decía que nos echaba de menos y que pronto vendría a visitarnos, pero que, como seguía enfadada con nuestra madre, prefería dejar pasar un tiempo. Preguntaba por el «equipo virtuoso» como llamaba a don Baudilio, al cura de cera, a la señora gorda y a su marido, y nos sorprendió diciéndonos que se había encontrado por casualidad al cura jipi en una cafetería de Ponferrada y que desde entonces habían quedado en un par de ocasiones más. Nos contó que el cura jipi no guardaba ningún

rencor a la gente del pueblo y que le encantaría volver a verme, a mí en particular, en alguna ocasión. Después nada más, se despedía mandándonos muchos besos, pidiéndonos que no la olvidáramos y deseándonos que fuésemos felices. Recuerdo lo que mi hermano me preguntó, sorprendido, y lo que yo le respondí:

—¿Tú crees que de verdad el cura jipi quiere volver a verte?

—No lo sé, a lo mejor se ha enamorado de la tía y quiere que yo le haga de intermediaria.

—Pero si es cura...

—Ya, pero jipi.

Todos los alumnos esperábamos ya el final del curso, las notas delatoras, que daban el pistoletazo de salida al ocio sin freno que traía el verano. «Llegaron las vacaciones y el calor, pero sabed que cuando se abren las ventanas de las casas salen las almas volando, tened cuidado no vaya a ser que a las vuestras no les hayan crecido aún las alas y os vayáis de cabeza al suelo», declamó nuestro profesor de Literatura, como siempre excesivo, como si recitase un poema clásico sobre un escenario, cuando se despidió de nosotros dando por concluido el curso. Todos reímos. Mis notas fueron magníficas. Como durante aquellos meses había pasado tanto tiempo sola en casa, las lecciones me habían servido incluso de entretenimiento, así que había estudiado con ahínco. Los exámenes que me llegué a perder, por los requerimientos de la santidad, me los aplazaron, dando muestras en el instituto de una total condescendencia para con mi condición beatífica. Mi hermano, en cambio, ante tanto cambio y tanto susto y tanta agitación familiar se había despistado y había suspendido tres asignaturas. Llegamos a casa contentos los dos, yo deseando enseñar mis notas y mi hermano, sabiendo que nadie le hacía demasiado caso, deseando comenzar a disfrutar de las vacaciones, salir con sus amigos a gamberrear y a zambullirse de nuevo en las pozas del río. Nuestra madre no estaba en casa, pero la señora gorda y el cura de cera sí, y fueron ellos quienes nos dieron a cada uno nuestro merecido: a mí la enhorabuena y la promesa de algún premio, y a mi hermano la regañina. Le prohibieron salir de casa y le reprendieron enérgicamente, pero él, muy ufano, se les enfrentó recordándoles que ellos no mandaban en él y que se iba a ver a su madre para que fuera ella la que le dijera lo que le tuviera que decir y lo que tendría que hacer de ahí en adelante. Yo le aplaudí interiormente, me gustó ver a mi hermano tirando de coraje ante aquellos

metomentodo, aunque fuera para defender su derecho al fracaso.

—Yo le acompaño.

Ambos se quedaron pasmados y, sin darles tiempo a reaccionar, mi hermano y yo, cada uno con su cartilla de notas en ristre, nos encaminamos hacia nuestra antigua casa para enseñárselas a nuestra madre, presuponiendo que se encontraba allí, como casi siempre.

Ya desde la plazoleta de delante del bloque se escuchaban los gritos. En alguno de los descansillos varias mujeres discutían a viva voz. No se entendía lo que se decían, porque los bramidos eran tan fuertes y tan histéricos que se superponían unos a otros, haciendo imposible distinguir lo que decían. Subimos las escaleras intrigados y algo asustados. Descubrimos a algunas de nuestras vecinas y al marido de una de ellas, antiguo minero compañero de nuestro padre, enzarzados en una fuerte discusión justo en el descansillo de nuestro piso. Al vernos bajaron un poco el tono de voz, aunque no cesó la contienda. Una de las beatas amigas de mi madre abandonó el campo de batalla y nos acompañó al interior de nuestra casa para llevarnos hasta nuestra madre. La encontramos postrada en la cama, doliente, quejumbrosa, y con los pies envueltos en vendas manchadas de sangre. Varias personas a las que no conocíamos la rodeaban. En la habitación se apreciaba un olor maravilloso, que no se parecía a ninguno que yo hubiera olido jamás. Mi hermano también lo percibió, pero ninguno de los dos fuimos capaces de identificarlo. Nuestra madre nos vio y con una sonrisa tenue y un leve movimiento de su mano nos indicó que nos acercásemos hasta ella.

—¡Ay, mis niños!

—¿Qué te ha pasado, mamá?

—¡Ay, Señor! ¡Ay, Virgen Santísima! Ya veis, ahora son mis pies. Me sangran y me duelen como si pisara cristales. Más señales, hijos. El Señor me manda su sufrimiento para que yo sea su recordatorio.

Un cura, al que nunca antes había visto y que se encontraba al fondo de la pequeña habitación, elevó la voz sobre la de nuestra madre.

—Como dijo San Pablo en su epístola a los gálatas: «Llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesús».

Todos los presentes, como un coro perfectamente instruido, contestó al unísono.

—Amén.

—Oremos.

Y comenzaron a rezar el credo como una sola voz.

—No os preocupéis por mí, niños, estoy bien, creedme. Se me pasará enseguida. Luego os veo en la casa grande.

Ni siquiera le enseñamos las notas. Cuando salimos de allí la trifulca con los vecinos parecía haber acabado, aunque el señor que había sido compañero de nuestro padre en la mina nos estaba esperando en la plazoleta. Se dirigió a nosotros educadamente, parecía que toda la vehemencia de la que había hecho alarde durante la discusión del descansillo la había dejado en casa.

—¿Puedo hablar con vosotros un momento, chicos?

Nos contó que nuestra casa se estaba convirtiendo en un antro al que, constantemente, llegaban visitas de gente extrañísima, que no paraban de acudir grupos de locos que venían a ver a nuestra madre, que había montado allí una especie de circo y que aquello era ilegal y que todos los vecinos estaban hartos, porque la bulla y el alboroto eran constantes y que la escalera estaba siempre sucia y que no lo iban a permitir, porque así no se podía vivir y que iban a denunciarlo, que ya se habían librado del ajetreo que se ocasionó cuando lo de la aparición y que ahora volvía otra vez. Poco a poco, la calma que había mostrado al principio de la conversación se le fue desvaneciendo y su tono se fue tornando cada vez más brusco y atropellado. Nos disculpamos, recuerdo que le dije que nosotros no sabíamos nada y nos alejamos de él algo amedrentados, porque cada vez estaba alterándose más. Aun desde lejos continuó lanzándonos oprobios y a sus voces se sumaron algunas más, asomadas a las ventanas de los diferentes pisos.

Llegamos a casa muy asustados. Cuando les contamos a la señora gorda y al cura de cera lo que nos había sucedido no parecieron sorprenderse mucho, lo que me indicó que ya debían de estar al tanto de los acontecimientos. Esa misma tarde llegó una de las beatas del equipo de mi madre para comunicar que, debido a las nuevas heridas que se le habían abierto en los pies, mi madre no podía caminar bien y que el médico que había ido a visitarla había recomendado que, de momento, no anduviese y que guardara reposo.

Caía el sol cuando don Baudilio llegó muy alterado y acompañado por varias personas más. Alrededor de la mesa del jardín se montó un cónclave al que asistieron además de los habituales, el alcalde, el capataz de la mina y el sargento de la Guardia Civil. Expusieron los nuevos acontecimientos que estaban alterando al pueblo y, por ende, también influyendo en el gran y principal asunto que a todos unía, que no era otro que el milagro de la aparición de la Virgen. Mi hermano y yo, desde la terraza de la habitación de la señora gorda y su marido, que estaba situada justo encima del emparrado

bajo el que se había reunido la asamblea, escuchamos perfectamente todo el debate. Don Baudilio parecía llevar la voz cantante, la señora gorda asentía, el capataz de la mina ponía calma, el alcalde metía prisa, el sargento, vigor y los demás escuchaban. Mi madre y sus estigmas parecía ser el motivo que había motivado la reunión. El protagonismo que estaba adquiriendo todo aquel suceso no es que hiciera daño al fenómeno de la aparición de la Virgen, pero sí distorsionaba, enrarecía el ambiente y era molesto. Por supuesto, todos coincidían en que en ningún momento podía considerarse el hecho como un peligro ni se estimaba que fuese a restar trascendencia e influencia al prodigio mariano, pero no dejaba de ser un estorbo, que incomodaba y creaba confusión entre los vecinos. En ningún momento, por cierto, hablaron acerca de la autenticidad o falsedad de los estigmas.

—¡Mando a dos guardias y les tiro abajo el tinglado, coño!

—Por favor, seamos serios y juiciosos.

Ante las incitaciones a la acción del sargento de la Guardia Civil se impuso la sensatez de la prudencia de don Baudilio y la apuesta por la estrategia sugerida por este. Vinieron a concluir que la mejor opción sería dejar que nuestra madre siguiera adelante con su aventura, incluso deberían mostrarse comprensivos con ella, colaboradores si fuese necesario, porque no cabía olvidar que, al fin y al cabo, se trataba de la madre de la niña santa. Sus estigmas y sus supuestas sanaciones tendrían el recorrido que debieran tener, la convencerían de que no era bueno que se mezclaran ambos acontecimientos para no crear desconcierto y, a partir de ese momento, por parte de nuestra facción, daríamos un golpe de efecto, que además supondría un beneficio contante y sonante para todos los presentes: la construcción de una iglesia en la explanada.

—Bien está sumar para el cielo, pero no está de más, ni ha de ser pecado, sumar para la tierra o sea para el bolsillo, queridos míos, porque no hemos de olvidar que nosotros somos humanos y nuestras necesidades son las de aquí abajo.

—Pero la niña nunca ha dicho que la Virgen le haya pedido la construcción de una iglesia.

—¿Quién espera que del cielo soliciten oropeles? Pero el hombre se los da. Es nuestra manera de mostrar gratitud, de honrar a lo divino. Somos nosotros, sus hijos, sus esclavos quienes tomamos la iniciativa y les damos lo mejor que podemos ofrecerles: nuestra gratitud. Construyamos una iglesia para poder enaltecer la figura de Nuestra Santa Madre y poder honrarla y

glorificarla como se merece.

—Amén.

—Podéis ir en paz.

—¿No se toman ustedes una copita más?

—Así sea.

—Una última cuestión, ¿quién va a financiar la construcción?

—Todo se andará, todo se andará.

Aquello me dejó muy agitada. Mi hermano había dejado de escuchar hacía un buen rato, le aburría la conversación de los mayores y no entendía lo que decían, pero a mí no, a mí me afectaba directamente. Aquella estrategia que pensaban seguir mis tutores no sabía hasta dónde podía alcanzar, hasta qué punto me había convertido en su marioneta, en su instrumento, y hasta dónde estaban dispuestos a llegar para, a través de mí, conseguir sus objetivos. Sentí que ya nunca más dependería de mi condición lo que sucediera a partir de aquel momento. Ni los mensajes de la Virgen ni mi conexión directa con ella iban a ser decisivos en el transcurso de los acontecimientos a partir de entonces. Comencé a pensar muy seriamente en decir la verdad, proclamar a los cuatro vientos que todo había sido una patraña, un engaño y que nunca había habido aparición ni mensajes ni nada de nada y librarme de una vez por todas de aquel delirio en el que se había convertido toda aquella falsedad. Me encerré en mi cuarto muy nerviosa y lloré desconsoladamente. Llamaron a la puerta y, sin esperar a que contestara, el cura de cera asomó su cabeza reluciente.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, pensaba en mi madre. Estoy asustada.

—No te preocupes por ella, el Señor dispone de nosotros y nos cuida. También cuida de tu madre. La está poniendo a prueba. Reza por ella y verás como la oración te consuela.

Ese fin de semana todo transcurrió como uno más, los fieles se dieron cita masivamente, la procesión del sábado fue multitudinaria y la misa de campaña también. El buen tiempo siempre es un buen aliado de las convocatorias, así que, aprovechando el éxito de asistencia, don Baudilio, al acabar la eucaristía, anunció con entusiasmo la decisión que se había tomado de construir una iglesia para mayor gloria de nuestra Santa Madre y así mismo hizo pública la

llamada a la colaboración de todos los fieles para que aquella empresa pudiera llevarse a efecto. Nuestro equipo de voluntarios repartió octavillas entre los presentes, se distribuyeron mesas petitorias por todo el entorno y por las calles y plazas del pueblo, se dejaron panfletos y se pegaron carteles en los establecimientos, en los bares, los restaurantes, en la gasolinera, en las tiendas… Se desplegó, en fin, todo el aparato disponible para arrancar la campaña recaudatoria. A todo el mundo pareció entusiasmarle la idea. La Virgen tendría su templo y yo tendría que seguir el juego, aunque todo hacía pensar que el centro de influencia había cambiado de lugar y el bastón de mando ya lo tenían solamente ellos.

La recaudación debía de ir viento en popa, porque por aquel tiempo todo era felicidad, sonrisas, buenas palabras y entusiasmo. Multitud de visitas pasaron por nuestra casa, gente a la que jamás había visto, que aparcaban sus grandes coches negros a la puerta de nuestra casa, donde chóferes de elegantes uniformes esperaban a sus señores mientras consumían un cigarrillo tras otro. Familias enteras, incluso algunos con acentos extraños, que solicitaban verme y me mostraban su entusiasmo y su agradecimiento por el mero hecho de que me dignase concederles unos minutos… La necesidad de recaudar dinero había hecho que todo el engranaje captador se pusiera en marcha con inusitada energía y yo, evidentemente, era la pieza clave de todo el entramado, sobre la que giraba todo el negocio. Aunque nadie consultase nada conmigo ni se me tuviera en cuenta, excepto para exhibirme como elemento de persuasión, seguía siendo la niña santa, la elegida por la Virgen y era obvio que me seguían necesitando.

Desde aquella tarde en la que quedara formalizada la junta fundadora para la construcción de la iglesia, las reuniones eran frecuentes bajo el emparrado del jardín. En cuanto ellos tomaban posiciones yo me deslizaba hasta el piso superior y me colaba en la habitación de la señora gorda y su marido, salía a la terraza y escuchaba desde allí todo cuanto hablaban. Efectivamente, mis suposiciones se iban confirmando. La recaudación no solamente iba de maravilla, sino que se estaban superando con creces todas las estimaciones. Según dijo la señora gorda, los movimientos que había estado llevando a cabo su marido en Madrid, Oviedo, León y Barcelona y hasta en México y Estados Unidos, entre algunos de sus conocidos se habían saldado con éxito rotundo, y muchas familias devotas y con posibles se estaban sumado a la colecta, aportando sumas considerables y, para mayor júbilo, estaban haciendo de eco difusor para que la llamada llegase a muchas más y el círculo de

contribuyentes se ampliara.

—Habrá que buscar un contable.

—Un contable, un contable. ¿Es que nosotros no sabemos contar?

—Hombre, don Baudilio, si hablamos de esas cantidades ya no se trata de repartir lo del cepillo de los domingos, habrá que llevar una contabilidad profesionalizada.

—Bueno, yo creo que cuanta más gente meta las narices en esto, peor.

La discusión se estaba caldeando y el tono de las voces me impidió escuchar los pasos de alguien que subía las escaleras acercándose a la habitación en la que yo me encontraba. La puerta se abrió de golpe. Me sobresalté y el corazón comenzó a latirme con fuerza. Toda la sangre se me subió a la cabeza en un instante, de pronto, noté un calor intenso en la cara, el sudor comenzó a perlarme la frente y las manos se me humedecieron. No podía hacer nada más que permanecer allí, quieta y callada. Me sobrepuse y conseguí dar unos pasos, para buscar algún resguardo. Pegué la espalda a la pared junto al ventanal que daba a la gran terraza. Quien había entrado, sin lugar a duda, era la señora gorda, pero con ella había alguien más. Susurraban, pero estaban tan cerca que podía escuchar lo que se decían perfectamente. Hubo un chirrido como si hubieran arrastrado un mueble pesado y a continuación el golpe de algún recipiente de cristal que cayó al suelo sin llegar a romperse.

—¡Estate quieto! ¿Estás loco? Nos van a oír.

—Sí, estoy loco, loco por ti, loco por tenerte.

—¡Calla, por favor! ¡No hagas ruido, por Dios, loco!

El cura de cera era el loco, sin discusión. No llegaba a verlos, pero no era tan cándida como para no saber lo que estaba sucediendo allí. Tras unos jadeos entrecortados, apresurados, algunos susurros y algunas palabras ininteligibles, cerraron la puerta y salieron los dos con sigilo. Pude escuchar a la señora gorda incorporarse a la reunión y poco después sonar la cisterna del cuarto de baño del pasillo antes de que el cura de cera hiciese lo propio. Un cura y una mujer casada. Tanta santidad codeándose con tanto desenfreno. Era como si estuviesen utilizando el rezo y la devoción como un fondo de crédito para poder pecar y, desde luego, si era así, estos tenían solvencia para rato.

No conté nada a nadie, ni siquiera a mi hermano, porque no creí ni que pudiera llegar a comprender lo que allí estaba pasando ni esa información le habría de servir para nada, así que me la quedé para mí, la guardé como se

guarda un tesoro y no sería tan torpe como para desperdiciarla por las buenas. Tras mi descubrimiento no me quedaron ganas de seguir escuchando el parloteo sobre la construcción de la iglesia, así que, discretamente, salí yo también de la habitación de la señora gorda y me metí en mi alcoba de donde ya no salí hasta que me llamaron para cenar.

XV

ALGUNOS DÍAS, JUNTO CON MI HERMANO, me acercaba a ver a mi madre que, a pesar de seguir con sus estigmas en un estado insuperable de manifestación, ya se podía desplazar sin problemas de un lado a otro y hacer vida normal, aunque parecía que ya había decidido quedarse a vivir ella sola en nuestro antiguo piso. Allí seguía oliendo de maravilla, con un aroma intenso, afrutado. Cuando vivíamos allí nunca olió así, solamente recuerdo el olor al carbón chamuscado de la cocina, nada más, desde luego, nunca una fragancia tan agradable. Nuestra madre ya no tenía que preocuparse de las labores más tediosas del día a día como la limpieza, la compra y la cocina, porque su equipo de apoyo se encargaba de ello. Poco a poco se estaba creando a su alrededor un entramado cada vez más amplio. Habían conseguido calmar la ira de los vecinos, y cada vez que mi hermano y yo llegábamos nos encontrábamos con nuevas gentes pululando por la casa a las que nos tenían que presentar, porque algunos de ellos nos llegaban a mirar con extrañeza sin entender muy bien qué hacían allí dos niños. Sobre la mesa camilla del cuarto de estar, abierto por una de sus páginas interiores, un periódico mostraba varias fotos de mi madre en actitud yacente, enseñando sus llagas, y debajo un texto que no me dio tiempo a leer. De todos modos, pregunté a una de las beatas si podía llevarme el ejemplar.

—No, pero léelo si quieres y luego lo vuelves a dejar donde está.

Me molestó el tono autoritario y seco en el que se dirigió a mí, así que decidí que antes de salir me haría con él y me lo llevaría, al fin y al cabo, aquella seguía siendo mi casa y en el periódico quien salía era mi madre. La que fuera nuestra habitación se había convertido en una especie de sala de espera donde siempre había gente sentada a la que una de las beatas iba haciendo pasar hasta el cuarto donde estaba nuestra madre. En uno de esos turnos pasamos nosotros.

—Hola, mamá. ¿Ya no vas a venir nunca con nosotros a la casa grande?

—No lo sé, niños, ahora tengo que estar aquí, porque mucha gente viene a

verme para que les cure o para que les alivie y lo último que quiero es molestar.

—¿Y tienes dinero para vivir?

—Sí, sí, no os preocupéis por mí.

—¿Ya no están enfadados los vecinos?

— No, ya no. El Señor siempre nos abre nuevos caminos y si sabes verlos, siempre encuentras alguna solución a todos los problemas.

Siempre salíamos de allí sin saber muy bien si preferíamos que nuestra madre ya no viviera con nosotros o si la echábamos de menos. Podía ser que se mezclaran los dos sentimientos y experimentáramos las dos cosas a la vez. Antes de salir, me hice con el periódico en un momento en el que nadie me miraba, lo metí bajo mi jersey y salí tranquila. Se lo iba enseñando a mi hermano cuando nos cruzamos en el portal con el vecino que fue compañero de nuestro padre en la mina, aquel con el que tuvimos el desagradable encuentro. Sin reflexionar, de golpe, le solté si ya no estaba enfadado. Reaccionó con sorpresa, porque no debía de esperar que le hablásemos, pero, lacónicamente, nos respondió que sí, pero que habían llegado a un acuerdo.

—¿Qué ha querido decir?

—Que nuestra madre les ha pagado.

—¿Y por qué les paga?

—No lo sé, será para que la dejen en paz y no armen bronca.

—¿Y tú sabes de dónde saca el dinero?

—No.

—Yo no me creo lo de que las heridas esas se las manda Dios.

—Vete tú a saber, a mí se me apareció la Virgen.

—Ya. ¡Vaya familia!

Al llegar a casa leí el reportaje que había publicado el periódico sobre nuestra madre. Relataba los acontecimientos del milagro del castaño hueco y contaba que la mujer de los estigmas era la madre de la niña que decía haber visto a la Virgen. Describía los acontecimientos que habían tenido lugar en la explanada a partir de entonces y, posteriormente, detallaba con exactitud el aspecto físico de nuestra madre y cómo era el piso por dentro. Después relataba el caso de los estigmas y extraía algunas respuestas que, supuestamente, le había dado a lo largo de una extensa conversación. Venía a exponer que nuestra madre le había contado que cuando los primeros estigmas le aparecieron, los de las manos, se asustó mucho y que lo primero que se preguntó fue «¿Por qué a mí?», aunque poco después se respondió a sí

misma «¿Y por qué no iba a ser yo?». Continuaba el relato añadiendo que parecía una mujer que sufría, pero que asumía ese dolor con paciencia y resignación, pero además con el temor de no poder cumplir con el mandato. Al ser preguntada por cuál era ese mandato, la mujer había respondido que «el mandato era un mensaje, el mensaje de que hay otra realidad por mucho que la neguemos y que en esa realidad solo cabía el amor». Añadía que mediante la imposición de manos aseguraba poder sanar o aliviar a los enfermos y que no necesitaba convencer a nadie de todo aquello, que era algo que le estaba sucediendo, y que ella y quienes lo estaban viviendo a su lado podían dar testimonio de su verdad. El artículo no añadía nada más. Ni nada menos.

A partir de la publicación de aquel reportaje en la prensa la fama de mi madre en la provincia aumentó de tal manera, que, en su consultorio, como ya llamaba todo el pueblo a nuestro antiguo piso, casi siempre había gente haciendo cola para entrar a verla. Imaginé lo feliz que debía de encontrarse siendo tan apreciada, obteniendo la atención de tanta gente y despertando tanta admiración. De alguna manera, yo también comencé a verla como una rival y a incubar un sentimiento de animadversión difícil de explicar. Decidí espaciar mis visitas y, cuando iba a verla, el tiempo que pasaba con ella iba siendo cada vez más corto. Nuestras conversaciones se convirtieron en preguntas y respuestas escuetas y secas, corteses, pero carentes de todo afecto, si es que en algún momento de mi vida lo había habido. Ella siempre había sido intolerante y algo cruel, pero desde lo del milagro su carácter parecía haberse dulcificado y su relación con nosotros, sus hijos, aunque con altibajos, había mejorado sin duda. Ahora, en cambio, volvía a ser fría, al menos conmigo, porque estaba segura de que ella también me veía a mí como una adversaria con quien competía en busca de la gloria.

De vez en cuando me dedicaba a seguirla por la calle, sin que me descubriera, para ver qué hacía, a quién veía, intentando averiguar si tenía algún plan... Así que comprobé que cuando salía de casa nunca lo hacía sola, que siempre se hacía acompañar de su cohorte fija de beatas a las que se habían sumado algunas otras personas del pueblo, que se ayudaba de unas muletas, porque los estigmas de los pies parecían impedirle caminar normalmente, que siempre llevaba las vendas a la vista para que quedase constatado que Nuestro Señor Jesucristo no se olvidaba de ella y que seguía enviándole el sufrimiento de sus llagas puntualmente cada día, que sus heridas seguían sangrando y que su martirio, por tanto, no encontraba ni fin ni alivio. La última vez que seguí el desfile de su séquito me descubrió apostada en una

esquina desde la que la observaba charlar con un grupo de mujeres que la habían parado. Me llamó con voz quebrada, como haciendo un gran esfuerzo para imprimir aliento a cada palabra. Fui hacia ella despacio. Cuando llegué hizo un ademán con la cabeza para que quienes la acompañaban nos dejasen solas y entonces me habló grave e indignada.

—Hola, cariño. ¿Cómo tú por aquí en mitad del pueblo, sola y con este calor?

—Dando una vuelta.

—¿No me das un beso?

—Sí.

—No me sigas. No me espíes.

—Yo no te espío.

—Sí me espías. Lo sé desde hace tiempo. Sé que me sigues y que andas diciendo que mis estigmas son una mentira. Déjame llevar mi cruz en paz, hija.

—Yo no he dicho nada de eso.

Y emprendió la marcha seguida de su obediente comitiva. Di media vuelta y emprendí el camino de vuelta a casa llorando con el desconsuelo de quien se ha quedado huérfano. Nunca creí que, a pesar del deterioro que había sufrido nuestra relación y sabiendo que nunca fue una mujer cariñosa ni tierna, su desafecto me podría llegar a herir de aquella manera. ¿Cómo era posible que una madre fuese capaz de llegar a ser tan cruel con una hija, únicamente por ganar terreno en una carrera absurda? Estaba enferma, enferma de odio, de locura. A medida que avanzaba, mi rencor iba creciendo, mi pena, mi desolación, la sensación de desamparo se iban apoderando de mí y convirtiendo mi mundo en un enorme océano vacío en el que yo no era más que un punto minúsculo e insignificante, perdido y abandonado a lo lejos. Las fuerzas me abandonaron, me acurruqué, afligida en mi amargura, apoyada mi espalda en la pared ardiente de una casa, derrotada por la tristeza. Era verano y el sol asfixiante y pesado echaba a la gente de las calles, así que debí de pasar mucho tiempo en aquel estado de angustia y decaimiento, hasta que alguien me vio y se acercó.

—¿Estás bien, niña?

—¡Pero si es la niña santa! ¿Qué te pasa, criatura? Levántate, preciosa, ven, ven con nosotros...

Aquella pareja me llevó a su casa, me dieron un vaso de agua y unas galletas, y permitieron que estuviese durante un rato al fresco del interior

para que recobrase las fuerzas antes de volver a salir a la calle. Me preguntaron qué me había sucedido y yo les contesté que me había mareado un poco por el calor y que por eso me había sentado en el suelo y que lloraba porque me había asustado mucho. Al llegar a casa le conté a mi hermano lo sucedido con mi madre, nuestra conversación y la tristeza que me embargaba. A los demás no les dije nada, porque creí que no eran de su incumbencia las cuestiones familiares, al fin y al cabo, yo seguía considerándoles unos intrusos. Mi hermano juró que no dejaría que nuestra madre me hiciera nada. Me abrazó y me dijo que él iba a ser quien más me quisiera en el mundo y que, de ahí en adelante, solos los dos, seríamos un equipo.

—¿Y la Virgen? ¿Qué hacemos con la Virgen?

—La Virgen también es del equipo.

Le abracé con fuerza.

—Vámonos al castaño hueco los dos solos, como hacíamos antes, como cuando escondíamos allí nuestro tesoro, ¿vale?

El bosque amarilleaba. Toda aquella explanada, con el castaño hueco al fondo, la estatua blanca de la Virgen y las chicharras con sus sierras sonoras daban al escenario un aspecto un tanto desolador. Recordamos nuestros ratos de juego en aquel mismo lugar, nuestro tesoro, cuando guardábamos en secreto la existencia de nuestra guarida y nos sentíamos importantes de verdad, únicos, diferentes al resto de la gente, porque ellos no tenían un lugar mágico y oculto en el que sentirse libres. Parecía mentira que aquel lugar, que hacía poco tiempo significó para mí un espacio de liberación, se hubiera convertido en mi encerrona.

—Ven, vamos a buscar el columpio y el espejo.

Fuimos hacia el arroyo, abriéndonos paso, cuidadosamente. Entre las zarzas nos dejamos caer, deslizándonos hasta la orilla. Dimos unos pasos hasta encontrar el lugar exacto en el que recordaba haber escondido aquellos últimos restos de nuestro tesoro. Había crecido mucho la maleza alrededor y ahora, reseca por el calor del verano, se había convertido en una maraña pajiza que al partirse desprendía un polvo espeso que nos hizo estornudar. Con un palo grueso que cogí del suelo comencé a escarbar hasta que aparecieron los primeros rizos de la cuerda del columpio. Tirando de ellos salió la cuerda entera, renegrida y sucia, al igual que la madera del asiento. Junto al columpio, el espejo seguía con la luneta en perfecto estado, aunque el marco se había deteriorado por la humedad. Desenterramos aquel resto de tesoro, recordamos con nostalgia nuestros días de juegos clandestinos, como

si hiciera miles de años de aquello, y cuando reparamos en el efecto benéfico de aquel ceremonial improvisado volvimos a ocultarlos en el mismo lugar y, cogidos de la mano, regresamos a casa.

—¿Quieres que recemos a la Virgen antes de irnos? A lo mejor se te aparece otra vez y la puedo ver yo también.

—No, prefiero otro día.

Después de muchos días sin aparecer por la casa grande nuestra madre regresó. Todos la recibieron con un excesivo regocijo, lo que me hizo pensar que no era sincero. Desde el día de la conversación en la calle, cuando me descubrió siguiéndola, sus visitas a la casa grande habían sido cada vez más escasas, por lo que pensé que lo que pretendía al volver con nosotros para quedarse era tener controlados nuestros movimientos. Según nos dijo, don Baudilio le había insistido para que regresase, porque, entre otras cosas, no podía dejar abandonados a sus hijos y ella corroboró, entre sollozos fingidos y secos, que se había dado cuenta de que el cura tenía razón. Los sufrimientos y los dolores terribles que padecía, la incesante visita de los enfermos y toda aquella incomodidad en la que se había convertido su existencia le habían hecho perder un poco el sentido de la realidad, pero ya, más hecha a aquella vida de sacrificio, dolor y abnegación, comprendía que no podía dar la espalda a los suyos. Nos pidió, exageradamente, perdón entre sollozos.

—¡Venid aquí, hijos míos! ¡Perdonadme!

Y nos abrazó dejando que las muletas cayeran al suelo con estrépito.

La actitud afectada de mi madre había cambiado para mal. Sus excentricidades resultaban desconcertantes. Enfermaba constantemente, pero con la misma rapidez con la que enfermaba, se curaba. Sus emociones eran siempre tremendamente exageradas, tanto si mostraba entusiasmo, alegría o regocijo, como si se turbaba o enfadaba. Su actitud era siempre un ejercicio desmedido por resultar ser el centro de atención. Como ya había actuado cuando estuvimos juntas en Oviedo, tenía antojos infantiles y si no se le satisfacían, entraba en un estado de delirio dramático. Ella, que nunca se mostró presumida, sino más bien todo lo contrario, se había vuelto incluso coqueta. Preguntaba, constantemente, nuestra opinión sobre su aspecto o si tal vestido o tal falda le quedaba bien, si tenía buena cara o si estaba pálida. Comenzó a darse colorete y a pintarse los labios, cosa que jamás había hecho. Se teñía y dio a su pelo, para tapar las canas que ya le habían empezado a salir, una tonalidad más oscura que la suya natural, con lo que su semblante se endureció. Sus amigas venían a buscarla todos los días para acompañarla hasta

el piso antiguo, porque seguía pasando consulta allí a los pobres infelices que ponían bajo sus manos la confianza de su recuperación.

Mantenía sus estigmas intactos, abiertos y sangrantes, como deben ser los estigmas, y en el piso seguía flotando aquella fragancia perturbadora que nos había maravillado y que lo inundaba todo. Resultaba muy extraño que cada vez que uno de esos episodios convulsos tenía lugar los testigos presentes fuesen siempre gente de su entorno o, casualmente, se encontrase sola. Ella había montado su circo y nadie parecía ya sentirse incómodo por ello. Nadie, excepto yo.

—¿A qué huele aquí? ¡Qué fragancia! ¿Habéis echado algún ambientador?

—Que yo sepa no.

Don Baudilio seguía siendo su cura de cabecera y parecía ser quien la mantenía, en cierto modo, dentro del círculo de seguridad, a pesar de que otros curas, a los que nadie conocía, pasaban por allí de vez en cuando. El nuestro prefería tenerla cerca y saber qué movimientos llevaba a cabo. Existían, claramente, dos equipos enfrentados, que cohabitaban en un mismo espacio divino, pero uno era de primera división y el otro no llegaba, ni siquiera, a ser profesional.

Los sábados volvió a acompañar a la comitiva hasta la explanada para escuchar misa y así también se daba su pequeño baño de masas entre el público asistente a los actos litúrgicos. Para evitar altercados como el que sucediera anteriormente cuando se montó la trifulca entre quienes la creyeron una estafadora y quienes quisieron acercarse a ella, nunca caminaba cerca de mí. Los voluntarios creaban a su alrededor un cordón de seguridad y procuraban que se mantuviese a una cierta distancia. A pesar de que mucha gente conocía los supuestos fenómenos, la gran mayoría llegaba para ser partícipe de los actos que se celebraban en honor a la Virgen y para ser testigos del milagro, en caso de que este se produjese de nuevo. Así pues, la relación se mantenía dentro de unos cauces controlados.

XVI

ASÍ TRANSCURRIÓ CASI TODO EL VERANO. Yo apuraba los últimos días de vacaciones jugando con una de las amigas que había recuperado después de algún tiempo. Se trataba de la niña de la residencia de mineros solteros a la que yo solía ir a jugar antes de ser santa. Pasado el primer impacto de mi santidad se me había vuelto a acercar, así que de nuevo establecimos relación. No podía ella ni imaginar lo importante que había resultado para mí ese acercamiento. Esa migaja de normalidad, ese roce con lo común me había inyectado vida. Me hacía tan feliz que solo saber que iba a venir a verme me excitaba de un modo febril y llegaba a provocarme ansiedad. Además, era una chica muy prudente, jamás preguntaba lo que no tenía que preguntar y eso hacía muy fácil el trato con ella. Solamente se interesó en saber si aquella casa tan grande era nuestra o de los otros señores. Yo le dije que era de todos y pareció conformarse. Desde ese día no volvió a hacerme ni una sola pregunta, ni siquiera sobre la Virgen, las apariciones ni sobre los fenómenos que acontecían a mi madre y de los que, por supuesto, estaba al tanto, como todo el mundo en el pueblo. Acababa de llegar y nos disponíamos a jugar a la rayuela en el jardín cuando escuchamos gritos desde el interior. Nos asustamos mucho.

—¿Qué pasa, qué pasa?

Mi amiga se quedó esperando mientras yo entré para ver qué había sucedido. Siguiendo las voces llegué hasta la habitación de mi madre. Al entrar la vi en el centro de la estancia, con la cabeza inclinada hacia arriba, mirando al techo, gritando: «No veo, no veo», «estoy ciega», «no veo». La señora gorda, que había llegado antes que yo, la sentó en la cama y el cura de cera, que apareció corriendo detrás de mí, empezó a soplarle en los ojos como si se la hubiese metido algo y así pudiese solucionarlo.

—¿Qué sucede?

—Que dice que no ve, que se ha quedado ciega.

—¿Tiene algo en los ojos?

—No se le ve nada.

Mi madre parecía más calmada. Lloraba y se restregaba los ojos con las vendas de las manos mientras sollozaba y entre suspiros repetía «no veo, no veo». Me acordé del episodio de mi hermano, cuando le golpearon con la piedra en la cabeza y entonces pregunté:

—Mamá, ¿te has dado un golpe en la cabeza?

Ni siquiera me contestó, continuó en la misma actitud, mientras, el cura de cera salió apresurado en busca del médico. Le dije a mi amiga que sería mejor que se fuese, porque mi madre se había puesto mala. Se despidió deseando que se mejorase y quedamos para vernos al día siguiente. Durante el tiempo que tardó en regresar el cura de cera con el médico mi madre recuperó la vista. Como se le fue le vino. La señora gorda salió de la habitación meneando la cabeza hacia los lados, como si fuese negando, mientras hacía, dirigiéndose al médico, un gesto sarcástico.

—¿Qué pasa?

—Nada, que ya ve.

El médico, al marcharse después de haberle realizado una revisión ordinaria a mi madre, yo pensé que, solamente, por cumplir, se despidió arguyendo que desconocía qué le podía haber sucedido, que no se atrevía a dar un diagnóstico sin haberle hecho pruebas más sofisticadas, pero que, a simple vista, no parecía que hubiese ningún daño preocupante y que él era de la opinión de que había tenido que ver más con un cuadro de histeria, que orgánico.

Mi madre reposaba tumbada en la cama, en silencio, con los ojos cerrados. Al entrar para preguntarle cómo se encontraba percibí, tenuemente, aquella maravillosa fragancia que perfumaba en los últimos tiempos nuestro antiguo piso.

XVII

ACABÓ EL VERANO y comenzaron las clases de nuevo. Recuerdo que nadie se comportó conmigo de manera especial durante el reencuentro. Mi mejor amiga no se separó de mí ni un momento y aquella que también lo fuese, mi cómplice en el episodio de la Mula me saludó, pero no se quedó con nosotras, sino que se juntó a un grupo que formaban algunas otras niñas. Reinaba un ambiente de excitación como sucedía cada comienzo de curso. Las pieles doradas, los cabellos rubios más rubios, excepto el de algunas chicas que habían estado yendo a la recién estrenada piscina municipal y a quienes se les había puesto el pelo verde.

—¡Tienes mocos en el pelo, tienes mocos en el pelo!

—¡Vete a la mierda!

—Estando contigo ya estoy en ella.

Por la explanada del castaño hueco transitaban, desde hacía ya algún tiempo, una verdadera colección de grúas, camiones y excavadoras. Giraban, estrepitosas, las hormigoneras y los obreros, que empujaban carretillas o que iban de un lado a otro, armados de palas y mazos, transitaban como hormigas entre todas ellas. Aunque la iglesia aún no era más que una ilusión ya tenía zanjados sus cimientos así en la tierra como en el ánimo de quienes la habían planeado. A mí, realmente, debo reconocer que, aunque al principio me inquietó su construcción, había pasado a darme, absolutamente, igual que se levantase o no. Aunque sabía que no me beneficiaba, porque haría de la iglesia otro eslabón de la cadena que me sujetaba a todo aquel tinglado, también lo di por hecho y asumí que poco iba a poder hacer para detener la operación. La maraña milagrosa se iba enredando más y más, y así sería cada vez más complicado deshacerla para salir de su atadura.

Por nuestra casa pasaban arquitectos, jefes de obra, señores y señoras trajeados, gente principal venida desde la capital o incluso desde el extranjero, porque yo los escuchaba dirigirse a mis protectores con acentos raros, algunos

cantarines, otros arrastrados, otros broncos y ásperos, como si las palabras arañasen sus labios al salir o chocasen entre ellas al precipitarse, torpemente, fuera de sus bocas. Eran extraños que o bien trabajaban en la obra o bien formaban parte del grupo financiador o, simplemente, mantenían cierta relación con alguien de la casa. A don Baudilio debieron de regañarle otra vez los del obispado porque, aunque se mostraba satisfecho y contento por la construcción de la iglesia, no paraba de quejarse y de mentar a sus superiores de la tierra, porque con los del cielo no se debía de atrever. Aunque yo no solía ir por la explanada durante la semana sí comprobaba, sábado tras sábado, lo rápido que avanzaba la edificación, la celeridad con que trabajaban todos aquellos obreros y cómo habían alterado el entorno hasta el punto de haberlo dejado irreconocible. Cortaron árboles, rebañaron montículos, excavaron la tierra, la vaciaron con sus máquinas, hasta convertir la arboleda que había tras el castaño hueco en un arenal polvoriento y seco.

Mandé a mi hermano a que comprobase si nuestros antiguos tesoros continuaban enterrados en el mismo lugar para que, si era así, los cambiase de sitio y los pusiera a salvo, pero regresó con la información que yo ya sospechaba y temía. En el lugar donde dejamos enterrados el columpio y el espejo ahora se abría una zanja de más de dos metros de profundidad llena de cascotes, nada más.

La gente del pueblo andaba alterada. La edificación de la iglesia había acarreado ajetreo, gente extraña y ruda, que nada tenía que ver con la gente igual de ruda, pero de casa, que trabajaba en la mina o era del pueblo de toda la vida, y que por aquellos días también andaba algo revuelta. Los vecinos se dividían, como siempre desde lo del milagro, entre quienes estaban a favor de la edificación y quienes no, quienes veían en la nueva iglesia un regalo del cielo y para quienes todo aquello no era más que una molestia y una perturbación innecesaria más. En el instituto sucedía exactamente lo mismo, los chicos y las chicas repetían los argumentos que escuchaban en casa y los bandos enfrentados se reproducían como si las aulas fuesen un espejo de las calles y los hogares. Yo permanecía como espectadora, sin caer en las provocaciones que, constantemente, me hacían no solo algunos alumnos, sino también algún que otro miembro del claustro, aunque de modo más sutil. Mi amiga, la de la residencia de mineros solteros, permaneció fiel junto a mí y en ningún momento me dejaba sola. Mi hermano, más vehemente, sí se enfrentó alguna que otra vez a los chicos que me insultaban o lanzaban algún improperio, despotricando contra la edificación de la iglesia, poniéndome a

mí como culpable del revuelo que todo aquello estaba causando en el pueblo. Algunos, sin duda replicando los argumentos que escuchaban en sus casas, me increpaban echándome en cara que se dedicara tanto dinero a la Virgen mientras en las familias había necesidad, como si yo fuese la culpable de sus desdichas.

Mi madre se contaba entre quienes no querían la iglesia, porque cualquier asunto que soplara a favor de mi popularidad le molestaba. Le escuché contárselo una tarde a una de sus beatas de cabecera, mientras rezaban, aparentemente, el rosario. Recuerdo que era martes o viernes, porque tocaban misterios dolorosos: «Segundo misterio, la flagelación de Jesús atado a la columna...».

—Así que ya te digo, Angelita, que lo de la iglesia es una faena, porque lo de la Virgen va a coger más fuerza y eso a nosotras no creo que nos beneficie... Padre Nuestro que estás en el cielo...

Notaba las miradas penetrantes y frías de mi madre cuando nos cruzábamos por la casa y era consciente de cómo nuestro trato se había vuelto a deteriorar y de nuevo se había hecho áspero desde que me descubriera espiándola. Nuestra relación apenas existía fuera de lo inevitable. Por extensión, a mi hermano tampoco le trataba con mayor afabilidad. Yo estaba empezando a odiarla, pero a odiarla de verdad, con inquina verdadera. No soportaba verla, me irritaban sus ademanes falsos de sufridora, no podía aguantar su actitud postiza, sus aduladoras palabras cargadas de veneno que me dirigía cuando había gente delante... Mi madre se había convertido en una enemiga frente a la que cabían tres opciones: el combate, la retirada o la rendición. Tendría que elegir alguna de las tres.

No supe en aquel momento si hacía mal al trasladar a mi hermano mis cavilaciones. Él era más pequeño, con un carácter fiero, y no podía soportar que nadie me hiciese el menor daño o que me agraviara, porque yo era su gran amor, su hermana del alma, santa y protectora. Se irritaba, perdía el control y se enfrentaba sin temor si intuía que alguien me podía herir.

Aunque ya comenzaba a hacer fresco por las tardes, hacíamos los deberes bajo el emparrado. Estábamos solos, porque los mayores o se habían ido a supervisar la obra de la iglesia o a sus negociados varios o permanecían dentro de la casa en sus quehaceres. Nuestra madre, como cada tarde, se encontraría imponiendo manos o luciendo sus estigmas ante cualquier incauto que se hubiese acercado hasta su dispensario de sanaciones, así que podíamos hablar sin temor a que nos escuchasen.

—¿Sabes que a nuestra madre no le gusta que estén construyendo la iglesia?

—¿No? ¿Y tú por qué lo sabes?

—Porque la escuché decírselo a la señora Angelita, cuando vino a verla el otro día y rezaban el rosario.

—Si rezaban el rosario, no podían estar hablando de otra cosa.

—Créeme.

—¿Y qué le dijo?

—Dijo que cualquier cosa que me beneficiara a mí le perjudicaba a ella. Me tiene envidia, porque yo soy santa y la Virgen me eligió y a ella no, por eso se ha inventado lo de los estigmas y toda esa patraña.

Recuerdo que mi hermano frunció el ceño, golpeó la mesa con el puño y me gritó, irritadísimo:

—¿Eso es verdad?

—Te lo juro. Me odia, que lo sepas, me odia con todas sus fuerzas y de rebote a ti también.

Se metió corriendo dentro de la casa y esa tarde no volví a verle hasta la hora de cenar. Fui a buscarle a su habitación, pero se había encerrado por dentro y no me quiso abrir. Cada golpe que daba en la madera de la puerta resonaba por todo el pasillo amplificado, creciendo al rebotar en aquellas paredes frías y vacías. A pesar de los ruidos nadie salió a preguntar qué pasaba.

—¡Ábreme, por favor!

Mi hermano se escaldaba por dentro, yo lo sabía y, de alguna manera, temí por él. Era impulsivo y a veces no calibraba sus actos. Era imparable en el coraje, por lo que solía andar siempre con heridas en el cuerpo y en el alma. No sabía a qué podría llevarle su dolor, que era una proyección del mío. Su furia buscaría, sin lugar a dudas, una espita por la que salir y empecé a temer que lo hiciera sin calcular posibles heridas.

Al día siguiente fuimos al instituto sin hablarnos, pero se le notaba lastimado y triste. Cuando fui a darle un beso de buenos días retiró la cara y ni siquiera me miró. Los demás ni se fijaron, porque yo ya solamente era digna de su atención cuando, por necesidad, atendían a mi condición de santa. Incluso a la santidad se habían acostumbrado. Convivían con lo extraordinario como si de lo simple se tratase, como con algo natural. Habían dejado de apreciar lo portentoso por haberse convertido en algo rutinario y, abandonados a la indiferencia, no se daban cuenta de que podían estar

perdiendo la perspectiva de las cosas. Yo seguía siendo santa, pero a nadie le sorprendía ya y eso había que cambiarlo, porque, realmente, la única razón que había para seguir manteniendo aquella farsa era el miedo, el terror que me provocaba imaginar las consecuencias que podría acarrear para mí el deshacer aquel entramado en el que tantísima gente poderosa se había implicado ya y que había hecho de mi experiencia algo importante, así que si yo no era capaz de competir con aquel poder paralizador que me producía aquel pánico, al menos intentaría sacar provecho de él. Desde hacía ya bastante tiempo había ido estudiando el espectáculo y a cada uno de los actores, y así fui calibrando el peso de su papel y la importancia que habían ido adquiriendo en la trama desde el milagro. El desenlace de aquella función aún estaba por escribirse y yo, una vez asumida la imposibilidad de abandonar la escena, no iba, bajo ningún concepto, a ceder el papel de protagonista. Con respecto a algunos actores yo contaba con alguna ventaja, como, por ejemplo, el cura de cera y la señora gorda, a quienes había pillado en pleno pecado mortal. También, en caso de que me viera en una situación muy angustiosa podía llegar a hacer uso de todo lo que sabía, a ciencia cierta, de don Baudilio y sus abusos, por tanto, tan solo mi madre se libraba, de momento, de tener una desventaja respecto a mí, porque el marido de la señora gorda había sido más bien un fantasma desde el principio, aunque trabajara en la oscuridad.

En ese momento debía frenar los ímpetus irreflexivos de mi hermano, así que, a la salida del instituto, le obligué a caminar a mi lado y con tiento, pasándole las palabras por el lomo, le fui haciendo entrar en razón y conseguí que me hablara.

—Es que las madres no pueden odiar a los hijos, no es normal.

—Nada de lo que nos pasa es normal. ¿No te das cuenta? Además, me parece que nunca nos ha querido de verdad, recuerda las palizas que nos daba.

—¿Y qué podemos hacer?

—Querernos nosotros y ayudarnos y protegernos y estar siempre unidos.

Comenzó a llorar, pero para que yo no me diese cuenta, aceleró el paso y se adelantó unos metros. Estaba segura de que había conseguido aplacar su cólera, ya veríamos cómo convertir ese daño en algo eficaz.

Nuestra madre seguía con su representación. Nada de lo que le sucedía era producto de la improvisación, más bien atendía a un perfecto plan. A la gente de la casa grande no les engañaba, yo los había escuchado en más de una ocasión hablar del problema de los estigmas y del negocio de la imposición de

manos, a sus espaldas. Tampoco a mucha gente del pueblo que, desde un principio, se había puesto en su contra, les convencía, pero aun así no dejaría de buscar su espacio y cuanto más amplio fuese mejor. Mi madre había decidido ser una anfitriona más en aquella fiesta de los prodigios.

Su equipo era reducido, pero eficaz. Se encargaba de difundir los fenómenos que se le producían de manera admirable y creíble, y así fueron creando una comunidad ferviente que, a su vez, ejercía de factor multiplicador. Pero la gente fervorosa necesita carburante para que el mecanismo que mueve su confianza siga funcionando, bien lo sabía yo, así que mi madre, consciente de que tenía que ir proporcionando, cada cierto tiempo, nuevas maravillas que renovaran la fe de sus partidarios, mantenía activa su fenomenología particular. Sus estigmas seguían perfectos, proporcionando material de interés y como su episodio de ceguera fugaz, sus ataques nocturnos con convulsiones y sus contorsiones habían obtenido ya su fruto, necesitaba otro golpe de efecto. La construcción de la iglesia ocupaba demasiado espacio en la atención de la gente y ella precisaba de otro episodio que tuviese repercusión y ejerciera de nuevo algo de atracción hacia su causa.

La sangre es siempre aparatosa, es imposible no sentirse perturbado al verla, así que siguiendo al pie de la letra los cánones del psicodrama humano, que simboliza el sentimiento más penetrante de la tragedia, decidió utilizarla también.

Era el Día de Todos los Santos, el cementerio del pueblo, orlado de esbeltos árboles que apuntaban al cielo con sus copas puntiagudas, era un constante ir y venir de melancólicos, que pululaban entre las tumbas y los nichos, cargados de crisantemos de tristes colores vivos. Mi hermano y yo acompañábamos a nuestra madre hasta el lugar donde reposaban los restos de nuestro padre. Al reconocerme, muchos se me acercaron a pedirme la bendición o a rogarme que les siguiese hasta las tumbas de sus seres queridos y los acompañase en la oración. Así lo hice en varias ocasiones, hasta que, con mi mejor sonrisa complaciente, dejé de atender más solicitudes y me dirigí hasta el nicho de nuestro padre para depositar unas flores y rezar junto a mi familia y el cura de cera, que en esta ocasión nos había acompañado, porque, de manera obstinada, siempre que podía aún se convertía en mi satélite, a pesar de que yo ya había dejado claro, tiempo atrás, a mis protectores, que no quería estar siempre vigilada. En aquella ocasión y tratándose de una salida a un lugar santo, en un día tan especial, no me importó que se nos uniera. Aquel día a mi madre tampoco se la veía incómoda en su presencia, así que el

rato que pasamos en el cementerio transcurrió según los cánones que la devoción manda. Al llegar a casa una de las beatas de su equipo esperaba en la puerta. Cuando nos acercamos a ella anunció a mi madre que algunas personas estaban haciendo cola en el portal de nuestro antiguo piso para que les impusiera las manos y que debería ir a atenderlos.

—Es que me encuentro mal y además estoy triste. Vengo del cementerio y como comprenderás...

—Sí, comprendo, pero es que algunos te esperan desde hace más de dos horas y...

—De acuerdo, dame unos minutos y ahora salgo.

Nuestra madre marchó hacia su consultorio de sanaciones y nosotros solicitamos permiso para ir un rato a pasear por el pueblo. Fue una mañana alegre. Mi hermano se marchó con algunos otros chicos a jugar al fútbol y yo, por mi parte, me encontré a mi amiga de la residencia de mineros que, junto a algunas otras chicas del instituto, se habían sentado a charlar con un muchacho tontito que pretendía pescar con su caña en el agua de uno de los charcos que la lluvia de los días anteriores había formado en el suelo terroso de la plaza.

—¿Tú crees que hay peces, Manolito?

—No sé.

—¿Entonces para qué echas la caña?

—Para que vengan las chicas a preguntar... ¿Me das un beso?

Salimos todas corriendo entre risas. Estos escasos momentos de diversión que podía permitirme los vivía con verdadera intensidad, saboreaba con deleite cada oportunidad de recreo que me proporcionaba la compañía de mis amigas.

Recuerdo que la única que vestía con falda era yo, las demás llevaban pantalones de campana como dictaba la moda que para mí, que vivía en una realidad paralela, era una circunstancia inconcebible. Una de las chicas sacó una cinta métrica amarilla, de las que usan las modistas, del bolsillo del abrigo.

—Vamos a apostar a ver quién adivina cuántos centímetros mide la mayor campana de pantalón que veamos por la calle.

—¿Cómo lo vamos a saber?

—Pues pidiendo que nos dejen medirla.

—¿Y qué nos apostamos?

—A la que gane las demás le invitan a una bomba de nata.

—Virgen Santa, haz que sea yo.

—¡Eso no es justo, tú tienes ventaja!

—Ja, ja, ja.

Estaba siendo una mañana maravillosa que se estropeó, una vez más, por una exhibición dolorosa de mi madre. Vi a don Baudilio corriendo tras una de las beatas de su equipo y, por supuesto, los seguí, llamándolos desde lejos, para que me contaran qué era lo que había sucedido. Las demás chicas me siguieron. Subimos al piso detrás de ellos. La puerta, como casi siempre ya, estaba abierta de par en par y, ya como casi siempre, un buen número de personas permanecía inquieta entre el descansillo y el interior de la casa. La única vecina que seguía teniendo una buena relación con mi madre, porque los demás miembros de la comunidad, a pesar de haber firmado la paz, no mantenían ningún tipo de trato con ella, me abrazó llorosa.

—¡Por todos los santos! ¿Qué es esto?

Me asomé a la habitación, el olor que se percibía esta vez no era a flores, como las otras veces, sino que era dulzón y desagradable. Sobre la cama reposaba mi madre, con las manos sobre el pecho y la cara completamente manchada de una sangre espesa que le brotaba de los ojos. El embozo de las sábanas realzaba aún más lo aparatoso de la escena. Mi madre gemía suavemente, pero no hablaba.

—¿Habéis llamado al médico?

—Sí, ya está viniendo.

Me impresionó mucho, aunque no me asusté. Estaba convencida de que todo aquello también era un montaje y de que la sangre era tan falsa como el resto de las cosas que le venían sucediendo. No dije una sola palabra. Las mujeres, que me habían visto entrar, me recomendaron que saliese de la casa para que no viera a mi madre en aquella circunstancia. Así lo hice. Mis amigas, que no habían entrado conmigo y me esperaban en el descansillo, me preguntaron preocupadas, al ver mi gesto turbado.

—¿Qué le ha pasado a tu madre?

—Que está llorando sangre.

—Yo vi un reportaje en una revista de una señora que tenía una imagen de un santo en su casa que también lloró sangre. Creo que era un San Francisco, porque llevaba un hábito marrón.

—¿Y qué vais a hacer?

—No lo sé.

Esa noche mi madre no la pasó en la casa grande, se quedó en el piso con

sus beatas de cabecera y un grupo de seguidores que quiso acompañarla velando con su rezo su tormento, imagino que por ver si se les pegaba algo de santidad. Don Baudilio sí cenó en la casa y, durante la cena, puso al corriente de los acontecimientos al resto de miembros del clan y a los invitados, entre los que se encontraban el sargento de la Guardia Civil y el médico del hospitalillo de los mineros, que desde lo de los estigmas también había elegido bando. Mi hermano y yo ya habíamos cenado y deberíamos haber estado acostados, pero yo me escabullí y, descalza para no hacer ruido al andar, me oculté tras el ropero del pasillo. Escuché toda la conversación sin perder detalle. Evidentemente, don Baudilio no creía que nada de lo que le sucedía a mi madre fuese cierto, pero también aseguraba que intentar desmontar aquel sinsentido sería mucho más perjudicial que beneficioso para nuestra causa, poniendo de nuevo de manifiesto lo que venían pensando desde que empezó toda aquella patraña. El poner en evidencia a mi madre levantaría más polvareda de la que ella conseguía levantar ahora con sus farsas y aunque muchos habría que creerían que todo aquello era el disparate de una loca, también habría quienes la creyesen y, seguramente, entre unos y otros conseguirían que se desviara la atención del único e indudable prodigio que se había producido allí: el nuestro, el milagro de la Virgen del castaño hueco. Bien. Volví a la cama con una sonrisa de satisfacción. Mientras hacía porque el sueño me llegase recordé que en uno de los cajoncitos del buró de mi habitación guardaba aún un juego de llaves del piso.

El servicio de comunicación de mi madre, la Señalada, como ya comenzaban a llamarle por el pueblo, funcionaba como si se tratase de un equipo profesional. A los pocos días del episodio de las lágrimas de sangre, el fenómeno ya había sido publicado en varios periódicos locales y su grupo de beatas los habían hecho rular, colocando ejemplares en lugares estratégicos. El episodio cruento corría de boca en boca, en el instituto todos me preguntaban a mí, pero yo evitaba pronunciarme y me limitaba a asentir y decir que sí, que lo que le había sucedido a mi madre era cierto y que estábamos muy preocupados. A mi hermano le aleccioné para que actuase en el mismo sentido porque, aunque él no había sido testigo del acontecimiento, tuve que contárselo. Le tranquilicé diciéndole que era otro invento más y que, realmente, a nuestra madre no le sucedía nada.

—¿Pero qué le está pasando?

¿Se ha vuelto loca?

—Yo creo que sí.

Desde que habían comenzado las obras de la construcción de la iglesia la asistencia de fieles a la explanada del castaño hueco los sábados había descendido algo. Sin duda era incómodo asistir a una misa de campaña entre camiones y hormigoneras, y el aspecto que presentaba el entorno no llamaba al recogimiento y la oración, precisamente. Seguía acudiendo gente, por supuesto, pero no con la afluencia a la que estábamos acostumbrados, en cambio, los que se acercaban a ver a mi madre sí iban creciendo día a día. No era que, por el momento, fuese preocupante, porque no podía igualarse la repercusión de sus fantochadas con lo que había supuesto el milagro de la Virgen, pero sí era cierto que empezaba a no hacerme gracia. Incluso en casa, porque mi madre después de sus llantos cruentos había vuelto a la normalidad, mostraba una actitud bastante arrogante con respecto a todos los demás y, en especial, por supuesto, hacia mí. Su presencia cada vez me resultaba más fastidiosa. Yo mostraba una actitud paciente, casi sumisa, para que en ningún momento pudiese nadie sospechar un ápice de desafecto en mi conducta. Si yo era santa, era santa y una santa lo es constantemente.

XVIII

MI HERMANO Y YO nos llevamos una gran alegría cuando volvimos del instituto. El invierno ya había entrado con sus rigores y a mí siempre me pareció una época triste y demasiado larga, así que las tardes se me hacían insufribles. Ese día nos aguardaba una sorpresa, alguien nos esperaba, sentada en un banco frente a la entrada de la casa, e iba a alegrarnos mucho. Mi tía nos visitó sin avisar y nos emocionamos, de veras, al verla. Acabamos los deberes en un santiamén y entonces nos llevó a dar un paseo por el pueblo, nos invitó a merendar en una cafetería y nos llenó de besos y achuchones. Nos contó que antes de llegar se había asegurado de que nuestra madre no estuviera, porque no quería coincidir con ella. Desde que se enfadaran, hacía ya mucho tiempo, cuando comenzó con lo de los estigmas y las sanaciones, no habían vuelto a tener relación y aquello, que a mí me había apesadumbrado mucho en su momento, ahora me parecía sensacional. Nuestra tía había regresado al pueblo para vernos, pero también para acompañar al cura jipi, con el que, desde que se encontraran en Ponferrada, mantenía una extraordinaria relación de amistad. Por lo visto, como él tenía que asistir a una reunión con los mineros por algo grave que estaba sucediendo, ella había visto la oportunidad de acercarse a visitarnos porque, aunque no lo pareciese, se acordaba mucho de nosotros.

—Y nosotros de ti, tía.

Le contamos lo de la ceguera fugaz de nuestra madre y lo de las lágrimas de sangre y lo de que cada vez más gente iba a verla y que muchos creían que era capaz de curar a los enfermos...

—La enferma es ella. Yo no sé qué le ha pasado, pero se ha vuelto loca. ¿Y tú cómo estás, mi niña? ¿Sigues viendo a la Virgen?

No le contesté, porque sabía que no quería una respuesta, me abracé a ella muy fuerte y le dije que viniera más a vernos. Mi hermano me imitó.

—El cura jipi, como tú le llamas, es muy bueno, siempre me dice que se acuerda de ti y que le da pena que ese grupo de caraduras se esté

aprovechando de una niña buena.

—A mí tampoco me gustan tía, pero bien mirado, si no fuera por ellos, con mi madre estando en las circunstancias en las que está, imagínate qué habría sido de nosotros.

—A vosotros nunca os faltará de nada estando yo aquí. ¡Venga, otro bollo para mis sobrinos!

—Yo otra bomba de nata.

—Yo dos.

—¿Eres la novia del cura jipi?

—¿Pero qué dices, niña?

El tiempo pasó volando y nuestra tía se tuvo que marchar. Nos prometió que volvería pronto o que nos llevaría en el tren a Ponferrada. ¡Eso sería maravilloso! Un viaje en tren. Nos contó que al pasar por Cubillos la locomotora iba tan despacio que había pasajeros que se bajaban a coger uvas de las viñas colindantes a las vías y volvían a subir otra vez, pillándolo a la carrera.

A los pocos días de aquella visita, mi madre vino a mi habitación. Traía la cara tiesa, la misma que se le ponía antaño, momentos antes de darnos una paliza. Temí, por un momento, que fuese a repetir aquella vieja costumbre, pero no se atrevería. Yo estaba sentada en mi buró, haciendo los deberes, ella se sentó a los pies de la cama, detrás de mí, así que giré el taburete y me quedé mirándola, sin arredrarme, aunque sabía que ella había venido con ánimo guerrero.

—¿Así que ha estado aquí tu tía?

—Sí.

—¿Y no me habéis dicho nada?

—No.

—Os prohíbo que volváis a verla.

—No.

—¿Pero tú quién te crees que eres, niñata, para pasar por encima de tu madre? Te prohíbo que vuelvas a verla. ¿Me oyes?

—¡A mí no me grites!

Mi madre, convertida en un energúmeno tras mi respuesta airada, se levantó y me propinó una bofetada que me encendió a la vez la mejilla y la cólera. En otro momento de nuestra vida, cuando era más pequeña, cuando mi hermano y yo le servíamos de saco de golpes, habría encajado el castigo

con resignación, pero las cosas habían cambiado, yo ya no era tan cría y mi condición, sobre todo mi condición, ya no era la misma. Sujeté su mano cuando se disponía a lanzarme otro tortazo y, con toda la ira que pude demostrar, le dije que no se atreviera a ponerme otra vez la mano encima o se arrepentiría.

—¡Te voy a destrozar!

—¿Tú a mí? ¡Mira qué miedo me das, niñata...!

Y salió de la habitación a toda prisa, sin acordarse de que los estigmas de los pies le impedían caminar con normalidad. Aparecieron en el cuarto mi hermano, el cura de cera y la señora gorda, por ese orden. Los calmé a todos diciéndoles que, simplemente, había sido una discusión con mi madre por la visita de nuestra tía, pero que no había pasado nada grave, solo que nos habíamos gritado. Me situé de perfil, aprovechando la sombra que proyectaba la puerta abierta en el interior del cuarto, para que no pudiesen verme la mejilla señalada por el manotazo y nadie se percató de mi pómulo encendido. Al día siguiente, por supuesto, le conté el episodio a mi hermano.

XIX

MI FUENTE DE INFORMACIÓN sobre la vida del pueblo era el instituto y lo que conseguía rebañar de las conversaciones que escuchaba, siempre a hurtadillas, a la gente de la casa y a las visitas, que raramente solía tratar sobre algo que no tuviera que ver con los intereses del comercio de la santidad. En el instituto era diferente, porque en los pasillos y en el patio podías enterarte de los sucesos y de los chismes que corrían por la vecindad y aunque, el ir de boca en boca distorsionara las circunstancias, más o menos, te podías hacer una idea de lo que sucedía allí afuera.

Los padres de muchos de los alumnos eran mineros y estos contaban que la situación que estaban viviendo en sus casas empezaba a ser muy alarmante. Los padres no solían tener a sus hijos como interlocutores de sus conversaciones, pero era inevitable que estos se hiciesen una idea de las cosas que estaban sucediendo. Muchos de nuestros compañeros decían que estaban notando que en sus casas escaseaban algunas cosas, que la comida era menos abundante o que sus madres andaban todo el día quejicosas. Algunos aseguraban que habían oído a sus padres comentar que la empresa de la mina no les pagaba o que les pagaba poco. El clima de tensión se filtraba hasta las calles. Últimamente se veía a mineros caminando en grupos y no, precisamente, saliendo o entrando del Chigrín tras la faena o para ir a cacharrear a cualquier otro bar, sino que, por el malestar que reflejaba el rictus de sus caras y por los parajes que transitaban, se adivinaba que andaban en otros trajines.

Nuestra tía ya nos había dicho, cuando vino a visitarnos la última vez, que había venido acompañando al cura jipi, porque iba a asistir a una reunión con los mineros. Por lo visto estaban sucediendo algunas cosas graves y aunque no había dado más detalles, tal y como parecía que se estaba enrareciendo el ambiente, todo hacía pensar que corrían tiempos confusos para aquellos hombres y sus familias.

La madre de mi amiga, la que regentaba una residencia de mineros,

seguramente sabría algo más porque, aunque los que vivían allí eran solteros, estarían al cabo de lo que estaba sucediendo, así que le pedí a mi amiga que se enterase. Cuando llegó con la información los hechos se le habían adelantado. Al día siguiente, desde el patio del instituto, durante el recreo, escuchamos una especie de clamor que parecía acercarse cada vez más. Comentaban que, ante el miedo a perder el empleo, muchos mineros se rebelaban y así las calles se convirtieron, como ya había sucedido algunos años antes, en senderos de protesta por los que, enarbolando sus herramientas y lanzando soflamas, declaraban su indignación.

Las minas pararon y los trabajadores salieron a la luz, desesperados ante la posibilidad de perder su medio de subsistencia al quedarse sin la seguridad que, paradójicamente, les garantizaba aquella labor insegura y oscura. Defendían con uñas y dientes una vida que les quitaba la vida.

Durante varias semanas se repitieron las protestas, no constante, pero ininterrumpidamente. Hubo un sábado que recuerdo como un día de gran turbación. Algunos mineros en lucha se enfrentaron con los fieles que acudieron a la misa de campaña en la explanada del castaño hueco. Se situaron, estratégicamente, a ambos lados del camino que daba acceso al lugar, e increparon y gritaron a quienes intentaban acceder a él, con gritos amenazadores e insultantes, censurándoles, encendidamente, que perdieran el tiempo en plegarias en vez de unirse a ellos. Recuerdo con verdadero pavor, el recorrido que, protegida por nuestro cuerpo de voluntarios, hice desde el final del pueblo, donde aún podíamos contar con la protección de las paredes de las casas, hasta la pradera del castaño. Se mofaban de mí, increpándome, pidiéndome con burla que hiciera algún milagro para que no les echaran de la mina, que si tenía hilo directo con la Virgen, le pidiera que dejara el cielo y bajara al subsuelo... A don Baudilio le arrojaron toda suerte de objetos, le insultaron, le llegaron a zarandear, y algunos de los falangistas, que siempre nos acompañaban como cuerpo de seguridad, llegaron a enzarzarse con algún minero más bravucón. La misa se suspendió, porque muchos fieles prefirieron abandonar el lugar y marcharse, y los que se quedaron parecían estar más pendientes de las trifulcas y de la agitación que de la convocatoria religiosa. Don Baudilio ordenó, acobardado, la retirada y todos juntos abandonamos el lugar. Tras los acontecimientos nuestra casa se llenó de gente. Yo no conocía a casi nadie, pero la mayoría parecían ser personas distinguidas, amigos de la señora gorda y de su marido, de aquellos que solían acudir a bordo de los cochazos negros y que en aquel momento se dedicaban a

decir barbaridades contra los mineros y contra quienes ellos creían que estaban detrás de todos y a quienes llamaban «los rojos» con desprecio. Muchos se quedaron a comer y recuerdo cómo tuvieron que trabajar a destajo en la cocina. Cuando se marcharon todos, en la casa permaneció un olor a humo de tabaco, que era muy diferente al olor que desprendía el carbón al quemarse en la cocina o en las estufas. Ese era nuestro humo, el humo al que estábamos acostumbrados, porque el del tabaco era un humo intruso.

Las protestas aumentaron, el pueblo parecía haber apartado lo divino por lo urgente y vivía volcado en la problemática de los mineros. Todos a una. Los vecinos de la comarca, no solamente de nuestro pueblo, hacían causa común y los apoyaban, bien saliendo a protestar junto a ellos, bien ayudándolos desde sus negocios o desde sus puestos de trabajo.

Recuerdo, especialmente, un día que me mandaron a comprar el pan, la cola que formaban las mujeres en la panadería y las palabras que les dirigió el panadero tranquilizándolas, diciéndoles que mientras él estuviera al frente del negocio a nadie le iba a falta harina ni pan, que ya se lo pagarían cuando pudiesen. Recuerdo a algunas mujeres de mineros llorando al escuchar aquello y a otras rompiendo en un aplauso cerrado, mientras se les dibujaba el alivio en la mirada. Más tarde me enteré de que lo mismo estaba sucediendo en otras tiendas y negocios del pueblo. Las empresas mineras, como medida de presión, habían dejado de pagar los sueldos, y la incertidumbre era lo único que se servía a tajadas en las mesas de las familias que vivían del carbón.

Algunos mineros fueron más allá. Una de las niñas de mi clase no paraba de llorar, porque su padre era uno de los que habían decidido encerrarse en la mina, junto con otros compañeros, para forzar la situación y ya eran varios días los que llevaban allí abajo, sin ver la luz, agarrados a la negrura, sin un atisbo de solución. Todas las compañeras intentábamos consolarla, animándola con torpes palabras cariñosas para que sintiera nuestro respaldo, no dejándola sola ni un momento, acompañándola hasta la puerta de su casa, donde su madre salía a recibirnos cada tarde con lágrimas en los ojos. Fueron días duros y tristes en el pueblo, días de gran desasosiego. Mucha gente sentía miedo y no se atrevía a salir de sus casas. La imagen solitaria de las calles había envuelto el pueblo en un manto sobrecogedor. Ya pocos parecían acordarse del milagro. En contra de lo que les sucedía a los vecinos, yo noté un cierto desahogo. La presión sobre mí descendió. En la casa todos andaban como locos, yendo y viniendo, recibiendo a gente extraña, inquietos porque los obreros ya no acudían a la obra de la iglesia, que permanecía parada. La

empresa constructora había detenido la obra ante la incertidumbre, los ataques y las amenazas que habían sufrido sus operarios, y no cedían ante las presiones de don Baudilio. Las demás fuerzas vivas estaban ocupadas en sofocar la rebelión o, al menos, en esquivar los avatares y tampoco parecían disponer de tiempo ni de ganas para entregarse a otros menesteres que no fueran esos, por lo tanto, hacía tiempo que no se dejaban caer por la casa ni el sargento de la Guardia Civil ni el capataz de la mina ni el alcalde.

El milagro estaba en crisis y al mismo tiempo en crisis estaba también la verbena de portentos de mi madre porque, aunque no dejaba de recibir algunas visitas, sus excentricidades pararon y su actividad curandera también.

Los fines de semana que siguieron no fueron muy diferentes a los anteriores, si acaso profundizaron más aún en la herida que se había abierto en el escenario mariano. Los pocos fervientes adoradores del milagro que tuvieron, a pesar de todo, el ánimo de volver hasta allí para asistir a los actos religiosos, no pudieron hacerlo, porque los piquetes destacados en los accesos al pueblo impedían que cualquier persona que quisiese llegar hasta él pudiera conseguirlo. La guardia civil intentaba detenerlos para que no bloquearan las vías de entrada, pero no daban abasto, porque sus efectivos eran escasos y a todas luces insuficientes frente a la cantidad de mineros y colaboradores de estos que participaban en las acciones. El marido de la señora gorda nos contó que los guardias conseguían, a veces, desmontar algún que otro dispositivo, pero en la mayor parte de los casos o bien los mineros los volvían a montar al cabo de poco tiempo o los cambiaban de ubicación, haciendo inútiles los intentos desesperados de estos por hacerse con el control de la situación.

El encierro de los mineros continuaba y, según se comentaba en el pueblo, las empresas se negaban a dar su brazo a torcer, con lo que la situación ni avanzaba ni retrocedía. Los mineros y los dueños del carbón estaban echando un pulso desalmado: unos podían perder sus ganancias, otros, sus vidas. Los guardias civiles paraban y pedían la identificación, continuamente, a los hombres que se encontraban en su camino. Muchos de ellos negaban ser mineros para no resultar sospechosos y eludir los problemas que pudiera acarrearles, pero sus uñas oscuras y las heridas que marcaban sus manos encallecidas los delataban y la mayoría eran llevados al cuartelillo por el único motivo de ser sospechosos de no se sabía muy bien qué. No solamente los hombres eran víctimas del acoso y celo exhaustivo de los guardias, también las mujeres que, en algunos casos, ayudaban a sus maridos en la lucha, sufrían el mismo hostigamiento. La madre de otra compañera del instituto, que había

acudido al cruce de una de las carreteras por las que llegaban los autobuses que llevaban hasta las bocaminas a los mineros que traían las empresas y que venían de otros lugares para que continuara la extracción del carbón, fue detenida y llevada hasta el cuartelillo. Nuestra compañera no pudo ni siquiera ir a visitarla, a pesar de que había pasado la noche allí.

La situación se complicaba por momentos y en toda la comarca la lucha de los mineros se hacía cada día más intensa. Nosotros nos enterábamos de los acontecimientos que sucedían porque las noticias circulaban por los locales y por los mostradores de bares y tiendas, y la televisión daba información de vez en cuando en los telediarios. Muchos negocios permanecían cerrados y corría el rumor de que los mineros se reunían en asambleas clandestinas en algunos de aquellos almacenes y espacios apartados, ocultos a la vista de los guardias. Algunos hijos de mineros colaboraban también en la lucha haciendo de centinelas, avisando de la presencia de patrullas, cuando alguna de ellas se acercaba, peligrosamente, al lugar donde se estaba celebrando alguna reunión.

Todos estaban unidos en torno a aquellas protestas que trataban de salvaguardar el modo de vida de tantas familias, todos excepto nosotros, todos menos los inquilinos de aquella casa de beatos.

XX

EN ALGUNA OCASIÓN CONSEGUÍ SALIR SOLA con la excusa de ir a hacer algún trabajo a casa de alguna compañera de clase o a comprar un cuaderno o un bolígrafo... Entonces aprovechaba para acercarme hasta la explanada del castaño hueco y comprobar que la edificación de la iglesia continuaba detenida. Me gustaba constatar que mi popularidad como santa podía seguir apagándose paulatinamente, como una pavesa. Aquello, normalmente, me tranquilizaba. Uno de esos días no solo comprobé que la interrupción de la obra continuaba, sino que encontré la estatua de la Virgen destrozada en el suelo y el pedestal sobre el que anteriormente descansaba, partido como si alguien, con un cuchillo gigante, lo hubiese rebanado en dos de un tajo. Por un momento sentí una gran congoja. Observar la imagen de la Virgen partida en mil pedazos, sin cabeza, allí en el suelo de tierra apelmazada, me provocó una sensación de malestar, como si se hubiera tratado de una agresión a mi propia persona. Lo viví como un agravio personal, un ultraje a lo que había venido significando hasta entonces. Por un momento advertí en mí que, a pesar de que en los últimos tiempos me había sentido confortada por la aparente pérdida de fervor que estaba sufriendo el acontecimiento del milagro, algo había conseguido crecer en mi interior y ese algo se había sentido ofendido en aquel momento. No es fácil dejar de saberse alguien valorado, aunque ese valor se haya convertido en un lastre abrumador, difícil de sobrellevar. Era un síntoma más de la contradicción en la que se desarrollaba mi vida.

En el camino de regreso a casa fui calibrando si debía dar aviso de aquel acto vandálico o no. Si decía algo, me delataría a mí misma y sabrían que no había ido a hacer ningún recado ni había acudido a casa de ninguna compañera para estudiar, con lo que la posibilidad de volver a salir sola alguna otra tarde se complicaría. Decidí permanecer callada. Antes o después alguien descubriría la imagen de la Virgen destrozada.

A lo lejos vi a un grupo de hombres que corrían campo a través,

volviendo la mirada atrás constantemente, como si alguien los persiguiese. Desaparecieron de mi vista por la ladera de una escombrera de carbón y pocos minutos después una pareja de la guardia civil, visiblemente fatigada, me salió al paso.

—Niña, ¿has visto por aquí a unos hombres corriendo?

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué no iba a estar segura?

—¿Qué haces en el campo sola?

—Vengo de rezar en el castaño de la Virgen.

—¿De rezar?

—¡Déjala! ¡Es la niña santa! ¿No lo ves?

—Yo ya no veo nada. Marcha para casa, niña, que no es seguro andar sola por el bosque en estos tiempos.

—Adiós.

Con gran escándalo, dos beatas de las que acompañaban a mi madre en sus labores prodigiosas desde el principio, aparecieron en la casa grande, buscándola. La llamaban a voces, mientras una de las mujeres del servicio intentaba calmarlas. Ante el griterío el cura de cera salió de su habitación del final del pasillo llegando hasta el recibidor de la entrada casi a la carrera, mientras intentaba componerse la sotana. Como yo tardé más que él en llegar a la puerta me pareció adivinar al fondo la imagen, recortada entre las sombras, de la señora gorda, que salía de aquella misma habitación y se intentaba escabullir, sigilosamente, como un fantasma pasado de kilos, hacia la escalera que daba acceso a la segunda planta. Puede ser que me falle la memoria y que en aquel momento me engañase también la vista, porque aquel pasillo siempre estaba en penumbra, pero juraría que eso fue lo que vi. Al mismo tiempo salió mi madre de su cuarto, preguntando en voz alta a qué venían aquellas voces y esas urgencias, aparentando, malamente, el dolor causado por los estigmas de sus pies y cubriéndose con un chal para resguardarse de aquel frío perenne, que vivía con nosotros en aquella casa imposible de caldear.

—¡Vienen a matarte, a matarte!

—Pero, ¿quién quiere matarme? ¿Qué estás diciendo?

El cura de cera acompañó a mi madre y a las beatas hasta el cuartelillo. Desde la ventana de mi habitación los vi alejarse y desaparecer a través de la

escasa luz amarillenta de la única farola que había en nuestra calle. Las hojas caídas de los árboles se levantaban a su paso y revoloteaban mecidas por el aire que soplaba ligero, antes de volver a caer al suelo. Parecía la escena de una película de las que proyectaban en el cine los domingos por la tarde, pero aquella no era una secuencia cinematográfica, era real como la fatalidad misma. El cine, el cine. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba al cine?

Regresaron poco tiempo después. Nos dijeron que la guardia civil les había prometido que se acercarían hasta allí y que comprobarían quién era aquella gente y qué era lo que pretendían, que no nos preocupásemos, porque quien quiere matar no avisa. Mi madre venía con su mejor cara de atormentada, pero en aquella ocasión yo la noté una cierta intranquilidad real y no era para menos. Pasó varios días sin salir de casa y aunque quienes la amenazasen de muerte ya habían desaparecido, los rumores de que la Señalada era una farsante comenzaron a pulular por el pueblo de boca en boca. La razón por la que había ido a buscarla, con tan iracundas intenciones, aquella gente era que, tras haber impuesto las manos a un familiar, no solamente este no sanó, sino que había fallecido y la culpaban a ella.

En el instituto utilicé como aparato de divulgación a mis amigas para que hicieran correr el rumor de que mi madre era una embaucadora. Todos venían a preguntarme a mí sobre la veracidad de los rumores que corrían y el episodio de los que vinieron a verse con ella las caras, pero yo me hacía la ignorante y rehuía cualquier conversación sobre aquellos hechos. Lo mismo hacía mi hermano, a quien había aleccionado. La historia del fallecido tras someterse a su falsa sanación se extendió como los molinillos de polen en un día ventoso y el comadreo del pueblo hizo del chisme su comidilla.

XXI

LAS NOTICIAS QUE LLEGABAN DE LA HUELGA de los mineros no eran tranquilizadoras. En el instituto me enteré de que habían despedido a varios y de que uno de ellos era el padre de un profesor, con lo que, a pesar de que el director había dejado claro que allí se iba a enseñar unos y a estudiar otros y no a ninguna otra cosa, el ambiente entre el propio claustro se enrareció y tomó, claramente, partido desobedeciendo a la dirección. La mayoría de los profesores aprovechaban sus clases para trasmitir mensajes a los alumnos y hacer hincapié en lo injusto de la situación que vivían los trabajadores del carbón, posicionándose, de forma clara y meridiana, del lado de la reivindicación minera. Se jugaban así también su puesto de trabajo, pero ya, indefectiblemente, la comunidad en general había decidido situarse en ese bando sin temor a las represalias.

En aquellos días el Mixto llegó cargado de unos inusuales pasajeros. El Gobierno había decidido tomarse en serio el asunto y enviaba refuerzos a la guardia civil, con lo que un buen número de efectivos fueron trasladados a la zona en los vagones de aquel tren. La llegada de los nuevos guardias provocó un estado de sobresalto y desasosiego entre los mineros y, paralelamente, entre los vecinos de todo el contorno. En nuestra casa don Baudilio se encerraba, siempre que podía, con la señora gorda y su marido, aunque este cada vez estaba más ausente. A veces recibían la visita de algún amigo importante, de los de los cochazos, o se dejaba caer por allí el alcalde. Se sentaban frente a la chimenea, los hombres bebían, juraban, maldecían, se encrespaban a medida que el contenido de las botellas de licor iba menguando, hasta que se hacía de noche y entonces cada uno marchaba, rencores a cuestas, hasta su casa o su aposento. Los donativos a la causa de la iglesia habían menguado muchísimo y después de los últimos pagos que hubo que hacer a la empresa constructora, prácticamente, no quedaban recursos.

Aquellos días don Baudilio pasaba mucho tiempo en la casa, porque no debía de tener demasiado trabajo en la iglesia y sus periferias. No era época de

bodas ni de comuniones, no había catequesis y las actividades que impulsaba el milagro estaban, por decirlo de algún modo, en hibernación, así que el clima que se respiraba no era demasiado propicio para sus negociados. Llegó una tarde completamente fuera de sí, encolerizado y amenazando con terribles males a quien hubiese sido el responsable del destrozo de la imagen de la Virgen del Castaño. Narró, presa de una gran indignación, cómo una feligresa, que había cruzado por la explanada cuando volvía de recoger castañas por el bosque, vio la estatua de la Virgen en el suelo. Se acercó y comprobó que estaba completamente destrozada. Él mismo fue a comprobar si lo que aquella mujer decía era verdad. Y lo era, ya sabía yo que lo era. Lo denunciaría y pobre del que hubiese cometido la herejía, porque ya se iba a encargar él de que tuviera su merecido. Con lo divino no se juega.

—¡No se juega! ¡El demonio anda suelto, señores! ¡Acordaos de lo que os digo! ¡Anda suelto y nos ronda! Pero Dios todo lo ve y no deja pasar ni una.

Aquella misma tarde en el salón grande se reunieron los que formaban parte del comité encargado de la gestión del levantamiento de la iglesia. Yo los espié desde mi cuarto, porque una de sus paredes daba a esa estancia, y pegando un vaso al tabique, y apoyando en él la oreja, se oía perfectamente la conversación. Se mostraban preocupados por la paralización de las obras, y, por otro lado, pensaban cambiar la titularidad de las cuentas del banco, temiendo que los depósitos fueran bloqueados por aquellas mismas personas desencantadas, y que tendrían que hacerlo con mucho tiento y mucha discreción, porque el movimiento podría levantar sospechas. Quedaba poco dinero y había que controlarlo muy bien.

—No podemos tener al mando de las cuentas y en la fundación a quien ha dejado de contribuir. ¿No lo entendéis?

—Pues ya me contará, don Baudilio, cómo lo hacemos.

—Dejadme pensar, dejadme pensar, pero desde luego algo tenemos que hacer.

—Eso está claro.

—Hablémoslo con ellos y lleguemos a un acuerdo, al fin y al cabo, tienen que entender que es una causa de fe y no un negocio y que no se pueden tomar decisiones a capricho como si lo que nos trajésemos entre manos fuese abrir un restaurante.

—¿Qué os parece si proponemos poner todo el dinero a nombre de la niña y de un adulto de confianza?

—¿Qué adulto?

—Yo mismo.

Su propuesta no obtuvo apoyos, así que don Baudilio se marchó dando un portazo.

XXII

PRÁCTICAMENTE DÍA SÍ, DÍA NO, las calles de alguno de los pueblos que configuraban la cuenca minera se transformaban en el escenario de alguna protesta. El día que tocaba movilización en nuestro pueblo un gran número de vecinos se echaba a la calle. Como muchos de los asistentes a esas movilizaciones no eran de allí, no se les conocían las caras, no se sabía, realmente, quiénes eran y los mineros se mostraban recelosos. Temían que fuesen infiltrados de la policía secreta, según nos dijo un chico del instituto, que se daba unos aires de gran importancia, desde que andaba haciendo de recadero para los mineros, llevando de acá para allá mensajes y papelitos entre asamblea y asamblea.

Nuestra madre contó un día durante la cena en la casa grande que a uno de los vecinos de nuestro antiguo piso le habían dado una paliza en el Chigrín porque, por lo que se veía, andaba pasando información al capataz de una mina y le habían pillado. Naturalmente, no todo el mundo estaba de acuerdo con aquellas movilizaciones y entre los que así pensaban había quien jugaba su baza buscando sacar algún provecho de la situación, tirando de la cuerda en sentido contrario. Según sentenció el marido de la señora gorda cuando mi madre terminó de contarnos aquel altercado:

—¡Aquí parece que los buenos están solo en un lado, cojones! ¡Qué chusma!

Sería porque nuestro padre había sido minero y que gracias a la mina habíamos podido vivir mal que bien, a nosotros, a mi hermano y a mí, al menos, a pesar de desconocer en profundidad la realidad de lo que estaba sucediendo, nos despertaban mayor simpatía los mineros que los guardias civiles y los que se oponían a las movilizaciones. Nuestro padre no había sido un buen padre, no nos había dado más que lo que, irrevocablemente, le tocó procurarnos, pero como el tiempo y la muerte redime ruindades y los daños parecen encontrar compensación en el transcurrir de los años, el recuerdo que guardábamos de él era mucho menos amargo de lo que debería haber sido.

Por eso estábamos de parte de los mineros y en contra de lo que se respiraba en nuestra casa, aunque nunca se nos ocurrió pronunciarnos en público acerca de la cuestión si, por casualidad, salía el asunto en la conversación en nuestra presencia.

Al cabo de algunos días don Baudilio volvió a aparecer por la casa mucho más tranquilo y propuso volver a celebrar otra misa en la explanada del castaño hueco para reavivar la fe en la Virgen y en el milagro. Según su punto de vista, ya hacía demasiado tiempo que teníamos abandonada la causa y, seguramente, muchos de los fieles que habían estado acudiendo a las celebraciones y que habían seguido con fe los acontecimientos estarían preguntándose si aquel fenómeno del milagro había sido transitorio y circunstancial y si la Virgen les había desamparado, así que propuso que al siguiente sábado se celebrase una procesión y que acabara el recorrido de nuevo frente al castaño hueco, donde él cantaría misa, como sucedía antes de que empezara todo aquel desgraciado levantamiento rojo. Habría, por supuesto, que empezar a correr la voz ya para que los fieles se enterasen y acudieran.

Quien acudió a casa fue el sargento de la Guardia Civil, a quien mientras se le agasajaba con una copa de ponche se le comunicó la decisión de la nueva celebración eucarística frente al castaño hueco y la previa procesión. A medida que don Baudilio avanzaba en su exposición e iba aportando detalles del evento, al sargento le iba cambiado el color de la cara, del cetrino original, porque, paradójicamente, algo tenía de agitanado el señor, pasando al rosado pálido, hasta acabar casi granate con los carrillos enrojecidos como dos tomates.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Se va a liar! ¡Por favor, don Baudilio, no me haga esto!

El sargento se desgañitaba, intentaba por todos los medios hacer entender al cura que lo que proponía le iba a causar un problema mayor del que ya de por sí significaban las manifestaciones de los mineros, pero don Baudilio no daba su brazo a torcer.

—Cada uno lucha por sus intereses, los mineros por sus cosas y nosotros por las nuestras. Yo no puedo abandonar a mis fieles. ¿No lo entiende? La Virgen no puede sufrir las consecuencias de los comportamientos de unos bárbaros. ¿Qué ha hecho usted para encontrar al vándalo que destrozó la estatua de la Virgen? Se lo voy a decir yo: nada, no ha hecho nada, así que,

quiera usted o no quiera, habrá procesión y misa y si nos matan, que nos maten, Dios nos acoja en su gloria y sobre usted caerá la culpa.

—¡Está loco, se lo digo en serio, don Baudilio, está loco y me quiere volver loco a mí! ¡Me va a causar un problema gordo como pase algo!

El sargento se marchó tremendamente acalorado, con la cólera encrespada, arrojando al aire despropósitos, vaticinando terribles consecuencias y previniendo a don Baudilio de que si se liaba, no iba a tener capacidad de salir en nuestro auxilio, porque sus superiores daban prioridad a otros puntos más calientes, que era donde se emplazaría a las patrullas.

A mí no me hacía mucha gracia lo de volver a las andadas fervorosas. Vivía mucho más tranquila desde que el protagonismo lo habían tomado los mineros, pero poco podía hacer yo si al cura y a mis protectores se les había metido en la cabeza volver a las andadas. La razón por la que de repente le habían entrado las prisas a don Baudilio por resucitar los pasados esplendores marianos la trajo un día mi hermano bajo el brazo. La revista *Día 7*, un boletín religioso que publicaba la diócesis de Astorga y que, normalmente, se repartía por todo el pueblo, había publicado un artículo con una foto de la estatua de la Virgen destrozada y la obra de la iglesia paralizada al fondo, en el que venía a decir que el fervor por el falso milagro había pasado de moda. Evidentemente, la posición oficial de la Iglesia siempre había sido contraria a la aceptación de la aparición y así se lo habían hecho saber en más de una ocasión al propio don Baudilio, así que no era de extrañar que, aprovechando las circunstancias, publicaran aquel reportaje, que llamaba la atención sobre la pérdida de interés que el asunto estaba sufriendo. Era seguro que el cura lo había leído y por eso había decidido pasar a la acción.

Por otro lado, en previsión de que nuestra madre aprovechase el momento y aquella decisión de impulsar de nuevo lo divino le diera también a ella nuevos ímpetus para retomar su camino de dolor, sufrimiento y fama, decidí tomar yo la iniciativa e intentar dar la puntilla a su ya deteriorada imagen como elegida del Altísimo. Si se iban a reanudar las jornadas de adoración a la Virgen y la parafernalia se iba a poner de nuevo en pie, significaba que yo iba, de nuevo, a saltar a la primera línea, así que, acabado el período de calma, esta vez no quería competidores.

Busqué en el buró de mi habitación la llave que guardaba de nuestro antiguo piso y llamé a mi hermano. Le conté, enfatizando mucho mis entonaciones para darle al discurso mayor garra, que sospechaba que nuestra madre quería volver a montar su numerito y que no podíamos permitirlo, que

solo lo hacía para que la gente no se fijara en mí y que, seguramente, a la Virgen aquello no le iba a gustar nada, así que nosotros debíamos desmontar todo aquel circo y si actuábamos con rapidez y con inteligencia podríamos conseguirlo. Mi hermano casi nunca cuestionaba mis decisiones, estuvo de acuerdo y me obedeció sin hacerme una sola pregunta. El plan consistía en esperar un tramo del día en el que mi madre estuviera tranquila en la casa grande, deberíamos estar muy pendientes de que no saliese y asegurarnos de que nuestro antiguo piso estuviera desocupado sin que ni siquiera sus acólitas anduvieran enredando o limpiando. Entonces él entraría y registraría cada rincón en busca de indicios del fraude que nuestra madre tenía montado. Le dije que cualquier cosa valía, cualquier instrumento extraño, punzones, pastillas... Cualquier cosa que pudiera demostrar que todo lo que le sucedía era pura pantomima y simulación. Esa misma tarde mi hermano, tras haber hecho los deberes, solicitó permiso para salir a jugar con sus amigos, aunque lo que hizo fue marchar a cumplir el encargo. Desde mi ventana le lancé un beso y él me devolvió una sonrisa. Caminaba tranquilo y seguro.

Llamaron a la puerta de mi habitación. El cura de cera pidió permiso para entrar. Le dije que estaba estudiando, pero pasó. Se quedó de pie, frente a mí, llevaba un sobre en la mano. Me dijo que era una carta para mí, que la había sacado del buzón, y que solamente quería entregármela. La cogí y le di las gracias. Le di la vuelta al sobre y leí con ansiedad para saber quién era el remitente. Era una carta de nuestra tía. Aunque al cura de cera se le adivinaban las intenciones de quedarse conmigo más tiempo para rezar o para hablar o simplemente para pasar un rato, al fin y al cabo, seguía siendo mi guía espiritual, le pedí que me dejase sola con la excusa de que debía seguir estudiando, porque estaba en plena época de exámenes. Quería leer la carta con premura, así que, casi de manera descortés, le despedí.

—Hace mucho que no hablamos.

—Es verdad, pero es que ahora no puedo, de verdad.

—¿Me paso luego un ratito antes de la cena y rezamos juntos?

—Sí, vale, pero luego, por favor.

Abrí el sobre con impaciencia. La letra de mi tía era horrible, más cerca del garabato que de la caligrafía, pero con sus torpes frases me contaba que pronto iba a volver al pueblo, que nos quería, que su amigo el cura jipi estaba muy involucrado en el conflicto de los mineros y que, como tenía pensado bajar con los que se habían encerrado en la mina, ella quería estar cerca de él y, posiblemente, pediría vacaciones en la tienda y se vendría al pueblo durante

un tiempo. Me decía que no le dijera nada a nuestra madre y que no me preocupara por dónde se alojaría, porque, seguramente, alguna familia de algún minero le haría un hueco. Me preguntaba por mi hermano y me mandaba muchos besos con v. Estreché la carta contra mi pecho y la besé con ternura. Nuestra tía era el único vínculo con la cordura y la sinceridad que teníamos mi hermano y yo, era la única persona que parecía pensar en nosotros sin interés de por medio, no sabría decir si también era nuestra única esperanza.

Regresó mi hermano excitadísimo. Entró a mi cuarto sin llamar a la puerta. Traía una bolsa de plástico en la mano y la cara de quien huye.

—¿Has encontrado algo?

—Creo que sí.

En la bolsita de plástico guardaba algunas cosas que había encontrado en el piso. Justo en el momento en el que se disponía a abrirla para enseñármelas, llamaron de nuevo a la puerta de mi cuarto. En esta ocasión era don Baudilio que, arrojando su sonrisa impostada por delante, me pidió que le acompañase, porque necesitaban hablar conmigo. No dijo que él necesitase hablar conmigo, sino que parecía referirse al conjunto de mis tutores. Al decirle a mi hermano que viniese conmigo, el cura, dulce, pero enérgicamente, me hizo entender que prefería que fuese sola. No me gustó, pero no quise enfrentarme a él. Salí de la habitación con la sensación de que nada bueno me tenían preparado. Desde hacía algún tiempo mi santidad no simbolizaba lo que había estado significando desde el principio, sino que parecía que se diera por asimilada, y la rutina, a veces, puede llegar a desembocar en descuido. La inercia a la que lleva la cotidianeidad podría llevar a restar transcendencia, incluso a lo extraordinario, y era lo que había venido pasando en aquella casa desde hacía algún tiempo. Otros intereses, surgidos como ramas de un árbol nacidas a partir del propio tronco central, parecían haberse apropiado del protagonismo y relegado el milagro y a su estrella única a un segundo plano o, al menos, a una consideración, que estaba siendo asumida por todos, como corriente.

Al entrar al salón principal de la casa, el cura de cera, la señora gorda, su marido y el alcalde del pueblo esperaban sonrientes y sus rostros parecieron iluminarse de pronto al verme. Di las buenas tardes. Don Baudilio, que marchaba medio paso tras de mí, posó su mano fofa sobre mi hombro y me pidió que me sentase en uno de los sillones de oreja que flanqueaban la chimenea. Todos me miraban sonrientes. De modo inconsciente sentí que

aquellas sonrisas no eran de balde y que tras ellas debía de ocultarse alguna intención. No tardé en averiguarlo. Me ofrecieron pastas y un vaso de leche para mojarlas, me brindaron elogios y mohínes para empapar los elogios y yo todos los acepté.

—¿Cómo estás, mi niña?

Don Baudilio interpretaba como nadie el papel de adulador. Me dejé querer esperando a que disparasen sus pretensiones, cosa que no tardaron en hacer. El cura se erigió en portavoz de la pandilla. Fue el encargado de exponerme las preocupaciones comunes y de explicarme que la situación que había generado el milagro había superado con creces todas las previsiones y que, como ya sabía, se planteaba la necesidad de llevar a cabo la finalización de la obra de la nueva iglesia. Por supuesto, únicamente, se planteaba para mayor gloria de nuestra madre la Virgen Santísima, como bien podía imaginar, pero era evidente que el empeño exigía la captación de muchos recursos y me hizo saber que poco a poco, desgraciadamente, las donaciones que se habían venido recibiendo habían disminuido muchísimo. Sin duda, la preeminencia del milagro se había visto afectada por los conflictos que vivía la minería y, naturalmente, los constructores, preocupados por la seguridad de sus trabajadores, a causa de la inestabilidad que se vivía en la zona y ante la imposibilidad de seguir adelante con las obras, habían abandonado y todos estaban de acuerdo en que para recuperar la actividad y el interés estábamos necesitados de algún nuevo prodigio, alguna nueva manifestación gloriosa, porque...

—Querida, la gente quiere creer y para creer necesita tener esperanza, porque sin esperanza, no actúan.

—¿Y qué quieren que haga yo?

No me pidieron que hiciera nada que no hubiera hecho ya, aunque ellos no lo supieran. Me vinieron a requerir que si buenamente podía, y solo en caso de que Nuestra Señora no tuviese a bien volvérseme a aparecer durante la próxima celebración en la explanada, simulase un éxtasis e incluso que lanzase un mensaje a los fieles, al mundo en general, que ellos mismos me escribirían para que ni siquiera tuviese que preocuparme en pensarlo, que sirviese a los propósitos previamente expuestos y diese nuevos bríos al fenómeno.

—¿No les da vergüenza?

Se levantaron todos de sus asientos, serios, sorprendidos, abochornados... Mi contestación les había inoculado una dosis de cruda repulsa que les dejó

helados. La turbación se dibujaba en sus rostros para mi regocijo. Decidí no regodearme, abandoné la estancia con energía, dándoles la espalda, sin despedirme. Detrás de mí notaba cómo mi marcha iba siendo perseguida por una nube de desdén, pero no volví la vista atrás. Llegué hasta mi cuarto donde mi hermano aún aguardaba, impaciente, esperando a que yo regresase para enseñarme los hallazgos que había hecho en el piso de nuestra madre. Tampoco esta vez nos dio tiempo a abrir la bolsa. A los pocos segundos de que yo entrase de nuevo en mi habitación, otra vez apareció don Baudilio y, en esta ocasión, un poco más excitado que la vez anterior y con claras muestras de contrariedad en aquel rostro versátil, capaz de pasar de mostrar, en un santiamén, la más falsa y tierna de las afecciones a la más cruel de las inquinas.

—¡Niña, no habíamos acabado la conversación!

—¿Qué más quieren?

Le respondí enérgicamente, sin amilanarme, para que no creyese que con su actitud agresiva podía intimidarme. Me pidió que de nuevo le acompañase, porque tenían que pedirme que firmase unos documentos. Así lo hice. Me explicaron que aquellos papeles que tenía que firmar eran para que la cuenta bancaria donde estaba ingresado el dinero que aún quedaba y todo el que fuera entrando nuevo, en caso de que así sucediese, para la construcción de la iglesia, estuviese a mi nombre con el fin de demostrar que allí no había ni trampa ni cartón y que el único interés que había detrás de aquella empresa no era más que el del levantamiento de aquel templo, que se erigiría para mayor gloria de Nuestra Señora Madre de toda la cristiandad. Del mismo modo me indicó don Baudilio, impávido, que al ser yo menor de edad, santa, pero menor de edad, debía figurar alguien más como cotitular de esa misma cuenta bancaria y que, por tanto, habían decidido que fuese la señora gorda quien compartiera la titularidad. No opuse resistencia alguna para no causar mayor desasosiego y firmé sin rechistar. Don Baudilio recogió los papeles con cierta vehemencia y, dándome las gracias, salió del salón como alma que lleva el diablo.

Por fin volví a mi habitación donde mi hermano ya estaba empezando a desesperarse. Una claridad gris entraba por la ventana otorgando a la estancia un aspecto sólido, como si aquella luz fuese impenetrable. Sin contarle nada de lo que me había sucedido momentos antes, le dije a mi hermano que me enseñase de una vez lo que había descubierto. Excitado, torpemente, sacó de aquella bolsa de plástico una cajita de cartón amarillo que contenía un frasco

de cristal con un tapón en forma de dosificador, como el que llevaba el frasco de mercromina que mi madre utilizaba para desinfectar las heridas. En la caja se leía en letras doradas: «Naissance Ylang Ylang». Al desenroscar el tapón de plástico y destapar el frasco, una intensísima fragancia, que rápidamente identifiqué como la que nos sobrecogía y nos desconcertaba cada vez que mi madre sufría alguno de sus episodios prodigiosos, impregnó el ambiente del cuarto. Nos miramos sorprendidos y, sin decirnos nada, comprendimos ambos de lo que se trataba. Cerramos el frasco rápidamente, con miedo a que aquel olor empalagoso y denso llegase a esparcirse por toda la casa y nuestra madre nos descubriera, pero lo que tenía todavía que enseñarme aún iba a ser mucho más sorprendente. En una tartera, una decena de pequeñísimas ampollas de plástico, como mínimas burbujas o pequeñísimas pompas de jabón, atadas en su boca por una sutura de hilo blanco, contenían un líquido rojizo, como si se tratase de gotas sueltas de sangre, porque sangre era lo que contenían en su interior o al menos algo con esa misma apariencia. Todo llevaba a deducir que los tormentos y sus consecuencias y las manifestaciones divinas que mi madre sufriera, al menos algunos de ellos, quedaban puestos en evidencia. No sé si sentí pena o alegría. No sabría explicar la sensación que recorrió mi alma al constatar, aunque lo sospechase desde el principio, que nuestra madre era una embaucadora, una mentirosa enferma de ansia de atención, que había sido capaz de crear a su alrededor una vida falsa para mayor gloria de su dolor y su celebridad. Y entonces me dio por pensar si acaso no era yo igual que ella.

Mi hermano entendió la situación del mismo modo que yo sin que mediara palabra entre nosotros y, únicamente, pasados algunos minutos, comenzamos a hablar. Nos dimos explicaciones uno a otro como queriendo afianzar nuestras convicciones, buscando en el asentimiento del otro la confirmación de nuestras propias sospechas. A partir de aquel momento debía decidir qué hacer con tanta información, cuándo utilizarla y cómo conseguir que sirviera a favor de mis propios intereses y en contra de los de mi madre.

—Yo esconderé esto, tú no digas nada a nadie, es nuestro secreto y debemos pensar qué hacer con él.

—¿Se lo vas a contar tú a alguien?

—No.

—¿Ni a la Virgen?

—La Virgen ya lo sabe. Ella lo sabe todo.

XXIII

ESA SEMANA EL PUEBLO ESTABA MUY AGITADO. La bocamina del pozo donde estaban los mineros encerrados era un hervidero de gente de todo tipo. Por las calles del pueblo, periodistas cargados con sus cámaras de fotos o sus micrófonos pululaban como pollos sin cabeza doblando esquinas sin rumbo fijo. También se podía ver a hombres y mujeres despistados, caminando entre los locales como intrusos, con las miradas hundidas. Eran gentes que venían de otras localidades cuando las concentraciones tenían como escenario nuestras calles, del mismo modo que nuestro pueblo quedaba prácticamente desolado, cuando las movilizaciones se trasladaban a alguna otra localidad de la cuenca minera.

Un par de días después del episodio de la solicitud de fraude que me hicieron mis benefactores, mi tía nos hizo llegar un recado a la casa. En él nos decía que ya había llegado al pueblo y que quería vernos, pero que, como no sabía cuándo se encontraría mi madre con nosotros y prefería no coincidir con ella, nos proponía que nos encontrásemos en algún lugar distinto. Nos sugería la residencia para mineros solteros y nos indicaba que fuésemos hasta allí al día siguiente cuando saliésemos de clase y que, si no llegábamos en un tiempo prudencial, entendería que no nos habían dado permiso o que había surgido algún problema, y que ya nos veríamos en otro momento, porque todo parecía indicar que iba a quedarse por allí algún tiempo.

Solicitamos licencia para asistir a una inexistente fiesta de cumpleaños de una amiga del instituto, permiso que nos fue concedido, mientras volviésemos a casa pronto, así que mi hermano y yo, al acabar las clases, excitados y contentos, corrimos hacia la residencia para mineros solteros, que fuera escenario de mis diversiones en aquellos lejanos tiempos en los que yo jugaba a ser una niña normal.

El encuentro con nuestra tía, como sucedía cada vez que nos veíamos, fue apasionado. Nos abrazamos, nos besamos con cariño, nos miramos con entusiasmo y nos interrogamos mutuamente acerca de nuestro día a día. Nos

dijo que había decidido acompañar al cura jipi, aunque ella ya le llamaba Antonio, porque él había estado apoyando a los mineros desde el principio en sus reivindicaciones. Nos contó que incluso había ido a Madrid para entrevistarse con algunos amigos comunistas que tenía y que se estaba jugando el pellejo por aquella gente. Quería hacernos ver que el cura jipi tenía un alma buena y que siempre quería estar al lado de los que sufrían para ayudarles en su lucha. Nuestra tía hablaba del cura jipi con una efusión tal, que me hizo sospechar que no solo era admiración lo que sentía por él. Nosotros le narramos nuestras vicisitudes cotidianas y, poco a poco, le fui dejando caer nuestros descubrimientos y las previsiones que había en torno a mi condición de santa y la reanudación de las actividades religiosas que tenía planeadas don Baudilio. No pareció sorprenderse demasiado en cuanto a los resultados de nuestras pesquisas en el piso de nuestra madre, porque ella nunca se había creído toda aquella parafernalia prodigiosa que había montado su hermana, pero sí se mostró impresionada por la capacidad creativa, por la facilidad para imaginar recursos que provocaran hechos extraordinarios.

—Nunca pensé que mi hermana tuviera esa imaginación ni esa capacidad. Me desconcierta, la verdad, pero la vida no deja de darme sorpresas últimamente.

Nos dijo que, si estábamos de acuerdo, ella podía ayudarnos a desmontar la farsa. A mí me pareció bien, pero mi hermano, aunque no se negó, más tarde me advirtió que no le había parecido bien que, sin contar con él, hubiera decidido contarle todo a nuestra tía.

—Si era nuestro secreto, era nuestro secreto, y tú has decidido que dejase de serlo y contárselo a la tía sin decirme antes nada a mí.

—No te enfades, por favor, tienes toda la razón y te pido perdón, pero creo que contárselo era lo mejor que podíamos hacer.

—Eso sí.

Quedó encauzado el asunto en manos de nuestra tía, que sabría mucho mejor que nosotros qué pasos dar a partir de entonces. Al día siguiente mi hermano le llevó la tartera con las burbujas de sangre y el frasquito del aceite oloroso para que pudiera tener las pruebas demostrativas de lo que pensaba denunciar.

A partir de entonces se apoderó de mí una sensación de pesadumbre difícil de explicar. Cuando veía a mi madre por la casa, rezando el rosario o sentada en un sillón con la mirada perdida o recorriendo el pasillo de extremo a extremo, con su andar renqueante, siempre que se acordara de que sus pies

continuaban lacerados por los estigmas, irremediablemente, se apoderaba de mí una sensación de lástima. Pensaba en lo ignorante que permanecía ella acerca de lo que estaba por sucederle y entonces no conseguía apartar de mi pensamiento la imagen de una impostora descubierta, sin posibilidad de mantener ante quienes habían sido sus fieles seguidores y admiradores aquella imagen de mujer favorecida, aquella diana del dolor sobre quien Jesucristo Nuestro Señor había decidido disparar sus más terribles tormentos, para que sirviera de ejemplo al mundo pecador, como ella solía repetir constantemente. Todo aquel panorama siniestro me lo imaginaba yo sin que hubiese llegado a suceder nada aún, solamente, presumiendo cómo serían los resultados de aquel proceso de desarticulación que estaba por venir. Y no podía ser ajena a la culpa, esa sensación angustiosa, contra la que casi nadie sabe luchar, que nos encoge el alma, aunque la razón tire hacia arriba en sentido contrario. Ese doblar el ánimo hasta dejarte sin aliento, sin ganas de nada, que te hace arrastrarte trabajosamente y te aplasta con su peso despótico. Con la culpa a rastras viví aquellos días, solamente, imaginando lo que podía suceder, a pesar de que en el fondo de mi corazón yo sabía que mi madre no merecía tanto desasosiego por mi parte.

Mi hermano no parecía tan preocupado. A pesar de haberse sentido algo molesto conmigo cuando le conté a nuestra tía el hallazgo, la cuestión principal no parecía incomodarle demasiado. Por otra parte, era curiosa la afición que había cogido a los libros. Pasaba horas enteras leyendo al calor de la lumbre cuando, por las tardes, encendían la chimenea del salón o en el cuarto de estar, sentado junto a la estufa de hierro fundido, donde el carbón se consumía lentamente, inundando la estancia con aquel olor que era común a todas las casas del pueblo y a sus calles. Me daba la impresión de que algo en mi hermano estaba cambiando. Se estaba convirtiendo en un niño mucho más sereno, menos travieso, y había pasado de ser un estudiante discreto a, al menos, algo más esforzado. Intentaba pasar más tiempo conmigo y en algunas ocasiones se me quedaba mirando fijamente y me preguntaba por mis éxtasis y por el día del milagro, por si quedaba algún rastro de recuerdo en mi cabeza después de aquellos arrebatos de misticismo, y yo le contaba y me inventaba sensaciones y evocaba visiones que nunca había tenido y así afianzaba aún más mi lugar preferente en su catálogo personal de héroes. A veces, mientras leía, era tal su abstracción, que parecía no escuchar a nadie a su alrededor. Quizás su media sordera le ayudara a concentrarse, a aislarse del entorno, cosa que algunas veces me habría venido maravillosamente a mí, en especial

cuando el cura de cera venía a darme la lata con sus sermones o don Baudilio me importunaba con sus exigencias y sus chismes.

XXIV

SE CUMPLÍA YA UN MES desde que un grupo de mineros decidiera encerrarse en el pozo. Con motivo de aquel negro acontecimiento mucha gente se había congregado en la bocamina y, aprovechando la circunstancia, se había convocado una gran manifestación. El pueblo se llenó de periodistas, de cámaras, de mineros y sus familias y de guardias civiles. Este episodio hizo que don Baudilio decidiese suspender la procesión y la ceremonia en la explanada del castaño seco, porque no había calculado, en ningún momento, la coincidencia de la fecha. Ese hecho produjo el mismo disgusto en el cura que satisfacción en el sargento de la Guardia Civil, que se quitaba así de encima la preocupación añadida que la concentración de fieles podía haberle supuesto. Cuando don Baudilio se lo comunicó se encontraban todos los de la casa reunidos en el salón y pude comprobar el alivio que mostró el sargento al escuchar las buenas nuevas.

—Gracias, gracias, don Baudilio, yo le prometo que cuando pase todo este berenjenal de los mineros voy a ser yo mismo en persona el que prepare la mayor procesión que se haya organizado en este pueblo en toda su historia, si antes no acaba conmigo este tormento. Gracias, gracias...

«Mira, mira, es la tía.» Mi hermano, tremendamente alterado, gritaba desde el comedor. «Mira, es la tía en la televisión. La tía está saliendo por la televisión.»

Todos los que aún no se encontraban en aquel momento en la estancia acudieron raudos hasta ella. Nuestra tía no era la protagonista de la escena, tan solo aparecía junto al cura jipi, a quien estaban haciendo una entrevista justo en la bocamina donde se encontraban encerrados los mineros. Nuestra madre estiró el cuello desde su silla y, aunque no quitó el ojo de la pantalla, ni siquiera abrió la boca. Se le notaba, francamente, agitada. El cura jipi contestaba al periodista, muy exaltado, que la lucha de aquellos hombres tenía que ser la lucha de toda la clase trabajadora y que había decidido bajar hasta la galería con ellos, en solidaridad con sus reivindicaciones. Entonces levantó el

puño y la oscuridad de la mina lo engulló, mientras todos los testigos de la escena, entre los que pude reconocer a mucha gente del pueblo, le aplaudían y vitoreaban. Entonces, de repente, la imagen de la televisión se desintegró y un velo de granito chisporroteante ocupó toda la pantalla. El marido de la señora gorda, mientras blasfemaba contra una gente de la que yo no había oído hablar jamás, daba golpes en el lateral de la televisión, mientras su mujer, enfadadísima, maldecía al propio aparato al que acusaba de ser un «aparato del demonio». Entonces no pude evitar pensar que siendo ellos tan píos cómo era posible que se hubieran hecho con semejante artefacto.

Nadie salió de casa ese día, pero desde el balcón de mi habitación mi hermano y yo pudimos oír la bulla de la manifestación y las voces que clamaban al unísono soflamas que no alcanzábamos a entender.

Las clases del instituto se suspendieron. Al llegar hasta la puerta del edificio uno de los profesores, desde lo alto de la escalinata, informaba a los alumnos de que no habría clases ese día y que, por tanto, podíamos volver a nuestras casas. Los rumores entre los alumnos corrían como el polvo en el vendaval. Se escuchaban los más disparatados argumentos, las noticias más extravagantes e insensatas. Unos decían que habían raptado al director, otros que había un aviso de bomba, pero la ocurrencia más rocambolesca llegó cuando uno de los chicos mayores contó que su padre le había asegurado que lo que pasaba era que iba a venir el Papa por lo del milagro. Entonces todos se me vinieron encima preguntándome con insistencia, rodeándome y atosigándome de tal manera que comencé a sentir un gran agobio y, abriéndome paso a empellones, mientras gritaba que no sabía nada y que me dejasen en paz, conseguí salir de allí y comenzar a correr. Mi hermano me seguía, aunque de vez en cuando se volvía para pedir a mis perseguidores que nos dejasen en paz. La huida no duró mucho, a los pocos minutos, el hostigamiento finalizó y, ya a salvo de los impertinentes perseguidores, conseguimos regresar a casa caminando tranquilamente.

—¿No será verdad que el Papa va a venir a verte?

—¿Tú también?

—¿Y por qué no? Si yo fuera el Papa, querría conocer a una santa que habla con la Virgen.

—Ya, pero es que tú no eres el Papa.

—De momento.

La razón por la que se habían suspendido las clases no era otra que el riesgo que podían suponer las movilizaciones mineras. El día anterior había

sido domingo, por eso no habían afectado al desarrollo de las clases, pero en previsión de que también ese día hubiera alguna algarada, habían decidido suspenderlas y así no correr el riesgo de que alguno de los alumnos se viera afectado por algún altercado. No sé si me llegó a decepcionar que el Papa no hubiera mostrado ningún interés por mí, la verdad.

La gente del pueblo estaba nerviosa. Yo había acompañado a una de las señoras que servía en casa a comprar algunas viandas a la tienda de ultramarinos. Me encantaba ver al tendero rodeado de tantos botes y frascos de colores y tantos sacos de legumbres abiertos y esparcidos por la tienda, pero lo que más me gustaba era verle cortar las tiras de bacalao con la guillotina, me daban ganas de liarme a bocados con aquellos trozos tapizados de sal, así que siempre que podía la acompañaba. Comentaban muy agitadas algunas mujeres que durante la manifestación del día anterior los guardias civiles habían herido a dos mineros y que se los habían tenido que llevar al hospital. Decían que aquello estaba pasando de castaño oscuro y que no sabían hasta dónde iba a llegar aquella brutalidad. Una de las señoras se percató de mi presencia y, con muy mala baba, me increpó diciéndome que por qué no le pedía a la Virgen que bajara a ayudar a los mineros, aunque añadió que ya sabía ella que a Dios siempre le habían gustado más los ricos que los pobres. Entonces se produjo un cierto enfrentamiento entre quienes la censuraron por meterse conmigo, porque al fin y al cabo yo no era más que una niña, y quienes se pusieron de su lado. El tendero, desde la seguridad del mostrador, pedía paz e intentaba que la trifulca se serenase, pero nadie parecía escucharle, entonces la señora que servía en casa me cogió de la mano y tiró de mí hasta que nos vimos en la calle. Se oía aún el jaleo dentro de la tienda de ultramarinos a medida que nos íbamos alejando.

Durante aquellos días se produjo otra circunstancia turbadora. Al reanudarse las clases en el instituto, comprobamos, con preocupación y cierto disgusto en determinados casos, que algunas de nuestras compañeras ya no se encontraban en sus pupitres. Nos explicaron los profesores que, tristemente, la situación de los padres de aquellas niñas, imaginé que entre los chicos sucedería lo mismo, había sufrido un revés y que habían tenido que marcharse del pueblo a buscar trabajo en algún otro sitio, es decir que los habían despedido de la mina.

Yo me enteraba por los comentarios de la gente de la casa, por lo que escuchaba por ahí y por lo que decían las publicaciones que, ocultas en su

cartera, traía mi hermano de no se sabía dónde y que, a escondidas, leíamos los dos en mi habitación, de que las circunstancias que los mineros estaban viviendo y que repercutían, naturalmente, en el resto de la población, eran tremendas. La inestabilidad, el enfrentamiento y, sobre todo, lo lejos que parecía la solución hacían que se estuviese atravesando una época violenta y desconsolada en toda la zona. En el instituto los hijos de los mineros contaban las precariedades por las que estaban pasando sus familias, la preocupación y la escasez que los estaban aniquilando. Las puertas de los bares estaban atestadas de mineros, pero no como sucediera antes, cuando se les veía risueños y alegres, apurando sus cacharros entre la bullanga, sino que en aquellos tiempos lo que destilaban era preocupación. Contaban los periódicos que se celebraban asambleas por doquier para continuar con las movilizaciones y la presión a las empresas, y que los líderes sindicales estaban manteniendo reuniones con los dueños de las minas y que desde la capital se negociaba desde hacía ya muchos días, pero que no parecía vislumbrarse ninguna solución. Sin duda, en lo que a mi entorno se refería, no parecían buenos tiempos aquellos para procesiones y atenciones divinas, así que el milagro permanecía en estado de hibernación.

Mi madre apenas salía de casa, parecía haberse olvidado de su estado sufriente, quizás aún amedrentada por el episodio de las amenazas y temiendo que la gente siguiera comentando por el pueblo lo de su turbia superchería, así que había decidido quitarse de en medio por el momento. Tal circunstancia no favorecía, como había venido sucediendo, el hecho de que nuestra tía pudiese acercarse hasta nuestra casa para vernos, así que mi hermano y yo debíamos inventarnos acontecimientos de lo más variopintos para conseguir permiso y acercarnos hasta la residencia de mineros solteros para encontrarnos con ella. Allí, nuestra tía nos iba poniendo al día de los episodios que vivía junto a las familias de los mineros y nos prometía una y otra vez que en cuanto se serenase la situación se pondría en serio a pensar en qué se podría hacer con el caso de nuestra madre, pero que, de momento, estuviésemos tranquilos, confiásemos en ella y no dijéramos nada a nadie, como habíamos venido haciendo hasta entonces.

Uno de esos días en que nos dirigíamos a encontrarnos con ella, se produjo un episodio muy inquietante. Mucho antes de que llegáramos hasta la residencia, por el camino que corría paralelo a las vías del tren y dejaba a un lado el lavadero de carbón, nos adelantó un vehículo de la guardia civil. Marchaba a toda velocidad y a punto estuvo de llevarnos por delante, porque

el camino era estrecho. A su paso iba levantando una nube marrón tan espesa que a los pocos metros nos impidió seguir viéndolo. Mi hermano y yo cubrimos nuestras bocas con la manga intentando no tragar el polvo. Poco a poco la nube se fue disipando y al fondo pudimos distinguir la silueta de la residencia y, en la puerta, el vehículo verde aparcado. Unos minutos después, desde más cerca, vimos a la madre de mi amiga y a nuestra tía salir acompañadas por los guardias civiles, que las introdujeron en el coche con malos modos. Nos hicimos a un lado en el camino y nos ocultamos entre las retamas que lo bordeaban para que no nos vieran al pasar. Nos asustamos mucho, pero sin siquiera preguntarnos qué habría podido suceder, corrimos hacia la residencia todo lo rápido que pudimos. Al llegar, sofocados y masticando la papilla en la que se había convertido el polvo que, nuevamente, había levantado el coche de los guardias en su camino de regreso, entramos directamente al interior, porque la puerta había quedado abierta. Yo conocía perfectamente el edificio, así que, automáticamente, subí hasta la habitación de mi amiga. La encontré sentada en el borde de la cama, asustada, con el gesto agarrotado. Ni siquiera pareció verme cuando entré. Me dirigí hacia ella y, sin preguntarle nada, la abracé. Fue entonces cuando comenzó a llorar. Se desmoronó y pareció entrar en la realidad de golpe. Mi hermano nos miraba desde la puerta de la habitación sin comprender lo que estaba pasando.

Después de un buen rato mi amiga nos relató los hechos. Todo había sido muy rápido. Los guardias habían llegado, habían preguntado en un tono de voz muy alto y agresivo si allí se celebraban asambleas, de repente, empezaron a llamar zorras y comunistas a su madre y a nuestra tía, que se encontraba con ella esperándonos. Entonces ellas habían comenzado a gritarles a su vez y todo fue confusión. Mi amiga se había asustado mucho y se había subido a su cuarto desde donde había escuchado, pero no visto, el resto del incidente. Oyó cómo las voces desaparecían y cómo arrancaba, con brusquedad, el vehículo y minutos después habíamos aparecido nosotros. Sin duda se habían llevado a su madre y a nuestra tía por colaborar con los mineros, porque, a buen seguro, alguien había soplado que la residencia era uno de los lugares donde se llevaban a cabo las asambleas clandestinas, así que, seguramente, las habrían llevado al cuartelillo. El incidente no había llegado a mayores y las pusieron en libertad al poco tiempo. Mi amiga me contó días después, en el instituto, que oía a su madre por las noches deambular por la casa como si fuese un fantasma y que, desde aquel episodio, prácticamente, no dormía, que se le habían formado unas tremendas ojeras moradas bajo los ojos y que siempre

parecía agotada. Sin duda la impresión de lo vivido le había traumatizado profundamente. A nuestra tía no parecía haberle sucedido lo mismo, ella estaba hecha de otra pasta. Seguimos viéndola de vez en cuando y, al menos aparentemente, siempre mantuvo el mismo talante animoso. Nos narró lo que había sucedido sí, pero más como una anécdota que como una experiencia dolorosa. Cómo era posible que dos hermanas criadas bajo el mismo techo, como nuestra madre y ella, con los mismos padres y en las mismas circunstancias, hubiesen salido tan, absolutamente, opuestas y tuvieran un carácter tan diferente la una de la otra.

XXV

IBA PASANDO EL INVIERNO y no parecía que nada cambiase. Los mineros continuaban encerrados y con ellos el cura jipi como uno más. Nuestra tía nos dijo que no podía quedarse por más tiempo en el pueblo, porque el mes de vacaciones que había pedido en el trabajo ya tocaba a su fin. Nos apenó mucho la noticia. Nos dijo también que creía que el conflicto de los mineros parecía que iba por buen camino y que ella pensaba que en poco tiempo se solucionaría, así que, seguramente, la vida del pueblo volvería a ser tranquila y además para ella sería un gran alivio el saber que Antonio ya acabaría con el encierro y que volvería a su vida normal. Aquello nos produjo tranquilidad, pero, por otro lado, algo de pena al saber que otra vez tardaríamos mucho tiempo en volver a verla. Quedaba en suspenso lo de desenmascarar a nuestra madre, aunque nos prometió, una vez más, que se encargaría de ello más adelante.

Se produjeron algunos altercados más, alguna que otra marcha minera por la zona y algún que otro enfrentamiento con la guardia civil, pero, poco a poco, la tensión fue remitiendo. Como nuestra tía nos había adelantado, el encierro de los mineros finalizó después de cincuenta días. El periódico que mi hermano solía traer a casa, birlado de algún local, narraba el fin del conflicto. Decía que los propietarios de las minas, el Gobierno y los sindicatos habían llegado a un acuerdo y que se daba por finalizada la crisis.

Desde que finalizaran aquellos episodios de reivindicación el pueblo había vuelto a la rutina, pero con la vitalidad quebrantada. Había menos gente, los bares perdieron clientela, la efervescencia que poblara las calles y los establecimientos había perdido vigor. En el instituto fueron muchos los alumnos que no acabarían el curso, porque habían tenido que abandonar el pueblo al quedarse sus padres sin empleo. Todo estaba más triste. Muchos de los caboverdianos y los portugueses se marcharon, y la vida pasó a ser más lacia. Al campo de fútbol acudía menos público a ver jugar al equipo del pueblo, en la puerta de la discoteca los jóvenes no parecían resplandecer como

tiempo atrás, incluso en misa daba la impresión de que la gente rezaba con desinterés. Los silbidos de los trenes sonaban más graves, roncos, desganados o, al menos, eso me parecía a mí. El ajetreo de tanta gente extraña yendo por las calles del pueblo y viniendo cada vez que se producía algún acontecimiento, manifestación, concentración o noticia, había dado paso a la ausencia y la languidez, el cansancio y una pereza insípida se había adueñado de todo.

Esa desidia estaba afectando a la mayoría de la gente, el decaimiento había recubierto a todo el mundo como si se tratase de un manto fino y los días se habían vuelto indolentes y apáticos, excepto para mí, porque don Baudilio ya había comenzado a coger carrerilla para poder lanzarse con ímpetu de nuevo al maremágnum de las celebraciones y a las labores de reinicio de las obras de la nueva iglesia. Todo estaba volviendo a colocarse en posición de salida para que el milagro de la aparición de la Virgen volviese a tomar el protagonismo en la vida del pueblo que, según él, nunca debió perder. Todo estaba siendo preparado otra vez para que nuestra causa se restableciera. En la casa todo el mundo, menos nuestra madre y yo, estaban muy alterados. Volvieron las visitas de los notables, las conversaciones giraron otra vez en torno a la construcción de la iglesia, en torno al restablecimiento de las prácticas recaudatorias, en torno a las ceremonias, las procesiones, las labores de divulgación que había que reiniciar, las estrategias... Yo no sabía qué pensar ante aquella situación, al comprobar que el mecanismo volvía a funcionar y que se estaba poniendo de nuevo a punto su engranaje con sumo dinamismo.

El período del año en el que nos encontrábamos también parecía propicio para preparar el terreno y que el fervor creyente regresara, estábamos en pleno otoño y el frío, aunque quedase mucho tiempo, anunciaba la Navidad. Aún faltando bastante, los de la casa comentaban muy a menudo que aquella iba a ser especial, porque la gente necesitaba un motivo de consuelo y de regocijo.

Don Baudilio me producía cada día mayor repulsión. Su tono de voz falso, sus artificiosas maneras y la actitud aduladora para conmigo, ahora que sabía que iba a necesitar de nuevo de mi colaboración, me resultaban muy desagradables. Los demás miembros del clan no le andaban a la zaga. El cura de cera y la señora gorda, desde que les sorprendiese en su aventura, me daban bastante asco y me entretenía, a veces, en observarlos para ver si en algún momento les sorprendía en alguna actitud reveladora o cómplice o insinuante, pero nunca sucedió. Su relación en presencia de los demás nunca

fue sospechosa. Por supuesto, nunca dejé que se apreciase mi falta de consideración hacia ellos y cuando el cura de cera llegaba hasta mi cuarto para rezar conmigo o para darme alguna charla, con las que solía aburrirme de vez en cuando, siempre me mostraba respetuosa con él.

Nuestra madre, por su parte, se mantenía al margen de todo. No colaboraba con los preparativos de los eventos que estaban por volver, no acudía al piso a sanar a nadie y ni siquiera recibía a sus colaboradoras para rezar con ellas el rosario. No había vuelto a sufrir episodios prodigiosos y era como un alma en pena que deambulaba por la casa, comía en la cocina con las señoras del servicio o en su habitación y mostraba siempre un semblante alicaído y triste. De vez en cuando soltaba un «ay» al aire, como un suspiro doloroso, como un aullido lastimero, para llamar la atención de los presentes y que se acordasen de que seguía existiendo, pero no tomaba parte activa en ningún asunto que afectase a la colectividad. Con nosotros, con mi hermano y conmigo, apenas tenía trato tampoco, no se mostraba ni agria ni amable, simplemente nos ignoraba. Apenas hablaba y arrastraba sus pasos dolientes por las estancias de la casa como un fantasma. Casi pasó a formar parte del decorado como un mueble más. Nadie la echaba en falta si no estaba y nadie apreciaba su presencia cuando aparecía, pero a mí, no sé por qué, aquella actitud indolente me resultaba extraña.

Como prometiese el sargento de la Guardia Civil, cuando don Baudilio decidiera suspender la procesión y la misa en la explanada del castaño, se estaba encargando, personalmente, de movilizar a la gente y de hacer que el mensaje de la reanudación de las celebraciones religiosas del milagro llegase a todo el mundo en la comarca. La noticia, por tanto, había llegado también a las autoridades eclesiásticas que, a buen seguro, habían creído que el fenómeno había perdido toda pujanza tras los últimos acontecimientos y los tremendos disturbios que habían tenido lugar en la zona.

Se iba acercando el día para que la procesión y la nueva celebración de la misa en la explanada tuvieran lugar, cuando aparecieron en la casa un grupo de sacerdotes, que debían de ocupar cargos de relevancia en el seno de la iglesia, a juzgar por el coche que los había llevado hasta allí y lo bien que les sentaban las sotanas. Habían ido a buscarle a la casa parroquial y al no encontrarle allí alguien les había indicado que, posiblemente, podría encontrarse en nuestra casa, como así era. Se sentaron todos a la mesa del salón como si fuesen a almorzar, pero sin que estuviese servida comida alguna. Don Baudilio estaba pálido, sentado en una de las sillas del lado largo

de la mesa, mirando a unos y otros de hito en hito. Uno de los curas nos pidió a todos los que estábamos en la estancia que saliésemos y les dejásemos solos, porque tenían que hablar con él. Así lo hicimos. Mi hermano me acompañó a mi cuarto y, muy alarmado, me preguntó si sabía el motivo de aquella visita y si no sería que, por fin, el Papa había decidido venir a conocerme y por eso había enviado allí a aquellos curas tan importantes.

—No creo, más bien parece que han venido por don Baudilio. No sé por qué me da que se le avecinan momentos difíciles.

—¿Es que ha hecho algo malo?

—¿Cuándo no lo hace?

—¿Sigue enredando con los niños?

—No lo sé, pero contigo no habrá vuelto a intentar nada, ¿no?

—No, no.

Lo que habían venido a decirle aquellos curas elegantes a don Baudilio era que dejase de comprometer de una vez por todas a la Iglesia, porque el particular era motivo de gran preocupación entre las altas jerarquías hacía tiempo y, antes de que tuvieran que tomar decisiones drásticas, esperaban que la cordura y la sensatez acabaran con aquella farsa. De todo esto me enteré no en el momento de la visita, sino después, cuando, tras la cena, el cura congregó a todo el clan, excepto a mí, a mi madre y a mi hermano para contarles lo acontecido. Allí se dieron cita los habituales, más uno de los falangistas que, desde el principio, había ayudado en las labores de seguridad. Escuché tras la pared de mi cuarto, como solía hacer siempre, cómo don Baudilio les exponía a todos ellos los riesgos a los que se comprometían si seguían adelante con los planes previstos, pero que él estaba dispuesto a hacerlo y a enfrentarse a la propia Iglesia si se sentía apoyado y si entre todos le aseguraban un futuro amparado y respaldado en todos los órdenes.

Hablaba como si de un negocio se tratara, como si fuese a emprender una actividad empresarial, como si no tuviera en cuenta que con el cielo no se firman contratos. En ese preciso momento empecé a sospechar que ninguno de ellos creía en el milagro verdaderamente, que su actitud también era apariencia y que todo cuanto habían hecho, al menos a partir de algún determinado momento, lo habían llevado a cabo con un interés que trascendía lo espiritual y se daba de bruces con la fe. No había en su diálogo ni una brizna de devoción. Todo había formado parte de un espectáculo en el que cada uno de nosotros, empezando por mí misma, habíamos estado representando un

papel. Todos excepto mi hermano. ¡Pobrecito!

Arrancaba la semana y al llegar a casa a la salida del instituto, don Baudilio volvió a insistirme en lo del éxtasis fingido. Sabía que caminaba por la cuerda floja, que era primordial el que de ese evento próximo surgiera un nuevo impulso, un renovado fervor que estimulara el plan, su plan, y que de mi colaboración dependería el éxito o el fracaso. Me llevó a la iglesia y me invitó a confesar. Yo le dije que no tenía pecados, pero él me insistió diciéndome que todos teníamos pecados que confesar, aunque fuesen veniales, de omisión o pensamiento, y que, si íbamos a organizar la procesión y posteriormente a celebrar la eucaristía en la explanada, debería ir limpia, no fuera a ser que la Virgen decidiese presentárseme y me pillara con el alma sin lavar. Me imaginé que aquella confesión llevaba una carga de profundidad escondida y que don Baudilio quería aprovechar el momento para algo más. No me equivocaba. Él sabía que no era lo mismo mantener una conversación en una habitación o en un despacho que en el confesionario, que le imprimiría a la charla un carácter mucho más grave. Después de reconocer dos o tres pecadillos sin importancia, que no había hecho los deberes, que había cogido castañas de la despensa el día anterior y que le había hecho burla a mi madre por la espalda, pasó a sincerarse él mismo. Me dijo que sabía que estaba cometiendo un pecado, pero que Dios Nuestro Señor sabría perdonarle después, porque Él sabía que lo que iba a hacer era para mayor gloria y veneración de su Santa Madre. Me rogó, me suplicó, me imploró, sumisamente, que le ayudara durante la próxima misa que celebraríamos frente al castaño hueco, porque de ello dependía que la grandeza de lo que allí había sucedido en su momento o, mejor dicho, me había sucedido a mí, continuara vigente y vivo, porque...

—El poder, querida niña, lo tiene quien controla las historias. No existen las respuestas fáciles, solamente importa la responsabilidad personal.

—Pero es que usted me está pidiendo que mienta, que finja algo que es un pecado muy grave.

—Donde está el pecado surge el perdón y tú, gracias a haber sido elegida por la Virgen, eres la única que puede darle a la gente la posibilidad de perder su insignificancia, que es lo que busca en verdad. Eres la única que puede darles la oportunidad de ser testigos de algo maravilloso. Por una vez, finge, por una vez, toma ventaja. Ya se te apareció, realmente, Nuestra Madre y de ese modo te bendijo, por algo lo haría, porque la Virgen no se va apareciendo por ahí a todo el mundo alegremente y seguro que lo que quiere, lo que desea

que hagas tú por ella, no puede andar muy lejos de lo que nosotros queremos que suceda.

—Lo pensaré.

—Hazlo, por favor. Ahora, querida hija, reza dos padrenuestros, un credo y tres avemarías. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Amén.

XXVI

MI HERMANO LLEGÓ SUDANDO. Venía corriendo desde el centro del pueblo. Entró en la cocina donde el cura de cera y yo estábamos pelando las castañas que la señora que nos hacía la comida había estado asando en la placa de la lumbre. Mi madre languidecía sin ruido, sentada en una silla al fondo de la cocina, pero nadie le prestaba atención. Nos contó que mientras jugaba a la pelota con unos amigos en el solar frente a la iglesia había visto como, en el mismo coche en el que habían venido los curas elegantes o uno muy parecido, se llevaban a don Baudilio.

—¿Y cómo sabes que se lo llevaban y que no se ha montado él por propia voluntad?

—Porque iba rodeado de los mismos curas que vinieron a casa y se lo llevaban como cuando en las películas de policías detienen a un malo.

—Bueno, pues habrá que esperar a ver qué pasa, nosotros no podemos hacer nada.

Pasamos la tarde expectantes, cada uno en sus tareas u ocupándose de quehaceres creados a propósito para que el tiempo pasara, pero todos con la misma inquietud. Se hizo de noche y, como don Baudilio no daba señales de vida, el marido de la señora gorda y el cura de cera decidieron acercarse hasta su casa para ver si había llegado ya y lo que sucedía era que había preferido quedarse allí, en vez de pasar a dar novedades. Regresaron sin información, porque tampoco allí le encontraron. Pasó la noche y el día siguiente, y no fue hasta dos días más tarde que don Baudilio, con el rostro estirado y serio, apareció por nuestra casa para informarnos de lo que había sucedido. Como todos sospechábamos, la jerarquía eclesiástica había tomado cartas en el asunto y, ante su negativa a abandonar las actividades concernientes a la aparición, habían decidido, de momento y como medida provisional, apartarle de su parroquia y trasladarle a otra, que a buen seguro estaría muy lejos de allí.

—¿Y qué piensa hacer, don Baudilio?

—¡A mí no me saca de mi iglesia ni Dios!

Dicho esto, salió como alma que lleva el diablo de nuestra casa y puso rumbo al pueblo, con paso firme y con tan mal talante que, a pesar del frío que se había apoderado de la noche, olvidó su chaquetón en el respaldo de una silla y marchó a cuerpo, con el solo abrigo de su sotana y su cólera.

Se avecinaban tiempos turbios para nuestro cabecilla, porque, si de verdad pensaba hacerse fuerte en su puesto y no abandonar la parroquia, sus superiores, previsiblemente, no irían a dejarle salirse con la suya.

Los días siguientes fueron de una actividad intensa. Había que preparar toda la parafernalia de la procesión y adecuar la explanada para que los fieles pudieran asistir con cierta facilidad a ella. La falta de actividad en el lugar, la maquinaria abandonada por la empresa constructora y los rigores del invierno habían dejado la zona en un estado desastroso, con cascotes y restos de basura desparramados aquí y allá.

En la misa de doce del domingo siguiente, con los bancos de la iglesia repletos de fieles, el cura previno a sus parroquianos de lo que estaba por acontecer. Recordó con verdadero arrebato todos los hechos que habían tenido lugar desde el momento de la aparición de la Virgen, el fervor que había generado, la cantidad de curaciones, nuevas devociones y hechos milagrosos que se habían producido, y cargó contra la jerarquía eclesiástica, para sorpresa de todos, acusándoles de impíos, incrédulos y maliciosos. Vilipendió a la cúpula católica, con el Papa a la cabeza, acusándoles de haberse alejado de la Palabra y del verdadero mensaje de Jesús... En definitiva, se fue preparando el camino para ganarse el apoyo de todos cuando sucediera lo que ya le habían anunciado que se cumpliría, su traslado a otra parroquia y la suspensión de todos los actos litúrgicos concernientes al milagro.

Esa misma tarde don Baudilio volvió a visitarme. Todo para él se había vuelto perentorio y apremiante, por un lado, la amenaza de sus superiores de destituirlo y mandarle lejos y, por otro, la necesidad de que el milagro de la Virgen, por el que él había apostado tanto, diera un espaldarazo a su liderazgo y le asegurase un porvenir cierto y seguro. Todo pendía de un hilo y ese hilo lo sujetaba yo por uno de los extremos. Realmente, era el hilo que le mantenía unido a la Virgen y que yo misma podía decidir cortar. Más le valía tenerlo en cuenta y saber que debería comportarse con mucho miramiento. Antes de irse me dejó un sobre.

—Este es el mensaje que debes dejar a los fieles durante tu trance y que sería de vital importancia que pronunciaras al pie de la letra. Hazlo, te lo

ruego. La gente no quiere saber la verdad, lo que desea es que los refuercen en su fe, y cualquier cosa que consuele y dé esperanza se vende bien. Confío en ti.

Abrí el sobre y lo leí cuando me quedé sola. Lo que allí estaba escrito, y que se suponía iba a ser lo que la Virgen me iba a comunicar durante el éxtasis, era un mensaje muy sencillo, que invitaba a rezar, a regresar al camino de la fe que estábamos abandonando los hombres, entre ellos muchos de los obispos y principales de la Iglesia. Terminaba con el encargo de que allí mismo se levantase un templo para que pudiésemos adorarla y rendirle culto a cambio de su protección.

Para mí tampoco estaba siendo fácil. Ciertamente, veía la posibilidad de dar la puntilla a aquel enredo, pero me pesaba como una losa la responsabilidad de hacer que se convirtiese en algo mucho más grande de lo que había sido hasta entonces o, al menos, de que volviese a convertirse, una vez más, en un fenómeno de atracción para muchedumbres ansiosas de asombros. Me debatía entre una cosa y la otra, dormía mal, no conseguía concentrarme en los estudios y hasta algunos de mis profesores se dieron cuenta. Debió de llamar la atención, al menos a algunos de ellos, porque el tutor de mi curso me llamó a la sala de profesores donde mantuve con él una conversación. Se interesó por mi estado y me preguntó, sinceramente, si tenía algún problema, si todo me iba bien y si necesitaba algún tipo de ayuda, porque habían notado que mi rendimiento había disminuido y la falta de atención que mostraba durante las clases los últimos días era preocupante. Le contesté que no, que todo estaba bien y que me aplicaría más a partir de entonces, que no se preocupase. Aunque no fui muy convincente, me dejó marchar, reiterándome su disposición a ayudarme en caso de que lo viese necesario. Al salir de la sala de profesores me dio por pensar lo decepcionante que suele ser el descubrir algo que siempre te ha sido vedado, como esa sala, cuando por fin lo conoces. Cómo te sientes defraudado al comprobar que en ese lugar prohibido no existe nada extraordinario, nada fuera de lo normal, y es incluso vulgar. Era una habitación pintada de blanco con una mesa de formica pegada a la pared donde había un hornillo, una lata de café y un azucarero, varias sillas como las de cocina repartidas por toda la sala, un sofá viejo de escay granate y un par de cuadros de dos personajes a los que no identifiqué. Me había sucedido lo mismo cuando entré por primera vez en la sacristía de la iglesia o en el sótano de la casita de la catequesis donde se guardaba el manto de la Virgen mientras lo confeccionábamos o en la parte de

atrás del mostrador del Chigrín, donde mi padre pasaba las horas ebrias... Casi siempre la imaginación gana a la realidad, que suele ser mucho más ramplona. Sucede así la mayoría de las veces, por eso hay algunas en las que suele ser mejor mantener la imaginación intacta. Y me dio por pensar que, en aquellos momentos de desconcierto y titubeo, yo tenía en mi mano hacer que la realidad superara a la fantasía o todo lo contrario, y me sentí, de repente, poderosa y temerosa a la vez.

XXVII

COMO TODOS LOS AÑOS POR AQUELLAS FECHAS llegaron «los Franchutes». Era una familia de emigrantes, que volvían siempre a pasar sus vacaciones al pueblo y que tenían un hijo, más o menos, de mi edad. A mí me hacía mucha gracia oírle hablar, porque me daba la impresión de que tenía un algodón atascado en la garganta. No es que se relacionase conmigo especialmente, pero como era el primo de una de mis amigas del instituto, de vez en cuando, coincidíamos. Ese año Paul, que así se llamaba, aunque también para mí fuese el Franchute, parecía otro, había crecido muchísimo, su rostro había adquirido rasgos mucho más masculinos, porque siempre pareció un tan-to aniñado. Ayudaba a ese cambio de imagen su pelo, que ahora lo llevaba corto y peinado a raya, no como los años anteriores en los que su madre se lo dejaba crecer hasta la media melena.

Al salir del instituto mi amiga vio a su primo que la esperaba, junto con sus padres, para darle una sorpresa. Salió corriendo en dirección a ellos mientras gritaba su nombre. Al llegar a su altura el Franchute se abrazó a su prima, la elevó por los aires y comenzó a dar vueltas, haciéndola girar como si fuera el aspa de un molinillo. Cuando el resto del grupo de amigas pasamos junto a ellos, el Franchute clavó sus ojos en mí y me siguió con la mirada, fijamente, hasta que giramos por la esquina de la iglesia. Todas se dieron cuenta, por supuesto, y en cuanto desaparecimos de su vista comenzaron a burlarse y a hacer mofa. Nunca hasta ese momento había notado que un chico se fijase en mí de la manera en la que él lo hizo. A mí el Franchute nunca me había gustado, de hecho, jamás me había llamado la atención en años anteriores, pero aquella sensación que sentí al ser la diana inequívoca de aquella mirada embelesada me había perturbado un poco. Durante toda la tarde no pude quitarme de la cabeza los ojos del Franchute siguiéndome, clavados en mí, pero, curiosamente, lo que me provocaba ese recuerdo no era una sensación desagradable, sino más bien todo lo contrario, me provocó un cierto estremecimiento. Me costó dormirme esa noche y lo hice rezando para

que las horas pasaran deprisa.

XXVIII

ALGO SORPRENDENTE PARA TODOS NOSOTROS fue la repentina recuperación de ánimo de mi madre. De buenas a primeras, como si un resorte interno se hubiese disparado dentro de ella y le hubiera levantado el espíritu en volandas, empezó a recuperar el vigor, incluso a salir de casa y a mostrarse mucho más activa y dinámica. Su actitud seguía siendo, por supuesto, lastimera y quejicosa, pero muchísimo más dispuesta. A mí no me pareció una reacción natural, quizás para los demás habitantes de la casa, incluido mi hermano, o para don Baudilio, que estaba absorto en sus desazones, fuese algo razonable, incluso satisfactorio, pero para mí no lo era. Yo sospeché desde el primer momento que ese cambio de talante en mi madre no era trasparente y que detrás de él se escondía algo más. El tiempo me daría o me quitaría la razón y aprobaría mi sospecha o la desacreditaría si me equivocaba.

De nuevo comenzó a acudir al piso y a encontrarse con sus amigas con las que volvió a recuperar el rezo del rosario y las sesiones espirituales. Sin duda, echaría en falta el frasco de aceite aromático y las burbujas de sangre, pero en ningún momento hizo o dijo algo que nos pudiera hacer suponer que sospechara de nosotros.

—Me voy al rosario, llegaré para la cena.

Lo dejaba caer, como si a alguien le fuera a importar.

Poco a poco, en aquellos días la actividad en torno a nuestro antiguo piso volvió a surgir y aunque, según me pude enterar por mis amigas a las que enviaba para que se informasen sobre el terreno, no parecía haber vuelto a recuperar antiguas glorias, sí que acudían de vez en cuando personas que o bien ya fueron seguidoras suyas anteriormente o llegaban enviadas por ellas.

Deduje que pensaba aprovechar el resurgir de la devoción mariana y lo que esperábamos fuese un acontecimiento de nuevo en la comarca para, como una rémora, sacar su propio beneficio. No estaba tan deprimida como para

dejar pasar aquella oportunidad y no volver a proyectar un plan que pudiera beneficiarla en su única y obsesiva aspiración. No dudé ni por un momento que era lo que mi madre estaba buscando otra vez: protagonismo y atención, y, de paso, algún beneficio contable.

Para certificar mis intuiciones, apenas unos días después, sus llagas volvieron a abrirse, los estigmas aparecieron de nuevo y sus vahídos volvieron a hacerse notorios y públicos, aunque ya nunca en la casa grande. Paralelamente, había comenzado a desempolvar su maquinaria de propaganda y la gente, como si se le hubiese olvidado todo lo que había sucedido con anterioridad, empezó de nuevo a hacerse eco de sus despropósitos.

En los lugares pequeños, como nuestro pueblo y los de alrededor, las noticias corren y soplan como el viento en un callejón estrecho y en poco tiempo mi madre volvió a hacerse un nombre en aquel universo de lo insondable y a recibir visitas de almas en pena y enfermos atormentados en busca de algo de esperanza.

Había llegado el momento de avisar a mi tía y pedirle que pensase algún plan para desactivar todo aquello, así que le escribí una carta contándole lo que estaba sucediendo y urgiéndola para que viniese a vernos lo antes posible.

Faltaba poco para la procesión y el acto en la explanada del castaño hueco. Por las noticias que llegaban a la casa, los actos previstos iban a ser todo un éxito. De nuevo se esperaba una gran afluencia y, a buen seguro, la televisión, la radio o algún periódico acudirían para dar testimonio del acontecimiento una vez más.

A pesar del ajetreo no podía dejar de pensar en el Franchute. No había vuelto a verle, pero sabía que aún estaba en casa de mi amiga, porque en el instituto ella no dejaba de presumir hablando de sus tíos y de las cosas que le contaban que había en el extranjero, como si fuese también una agraciada que disfrutara de semejantes adelantos y maravillas. Yo nunca había estado en otro país, pero a juzgar por la descripción que hacía nuestra amiga del lugar donde vivían sus tíos, parecía que procedieran de otro planeta donde los avances tecnológicos hacían que la vida nada tuviese que ver con la nuestra, pobre y estancada. Se sentía importante describiéndonoslo y nosotras se lo ponderábamos, porque, de alguna manera, también disfrutábamos de sus relatos, haciéndonos sentir, en cierto modo, un poco privilegiadas, al participar de su crónica.

Se me disparó el corazón al oír que nos invitaba a todas a merendar en su casa esa misma tarde, porque su tía, que era cocinera en un restaurante de

muchísimo prestigio, iba a hacer galletas con un chocolate exquisito que siempre les traía. La razón de mi agitación no era, en absoluto, causada por la ansiedad por atiborrarme de aquellas exquisitas galletas, sino más bien porque esa tarde surgía de nuevo la oportunidad de ver a su primo. Por un instante fugaz se me pasó por la cabeza no asistir, poner una excusa y justificar mi ausencia, pero, finalmente, pudo más la ilusión que la vergüenza.

Hice los deberes a toda velocidad, me vestí con la ropa que creí que más me favorecía y solicité permiso para acudir a la merienda. A medida que me iba acercando a la casa de mi amiga el ritmo de mis pasos se iba ralentizando. Era como si una fuerza invisible me empujase impidiéndome avanzar, como si un viento violento soplara en dirección contraria a la mía y me detuviese, inmovilizándome, pero ni soplaba el viento ni existía fuerza invisible alguna, era que el desconcierto se había apoderado de mí y me hacía dudar. Ya no sabía si quería llegar o no.

¿Qué me estaba sucediendo? Aquella era una sensación extrañísima y completamente nueva para mí, a la vez desagradable por lo que me incomodaba y placentera por la felicidad interior que me agitaba.

Llamé a la puerta tímidamente. No tuve tiempo para ir adaptando con tiento mis emociones, porque quien abrió fue, precisamente, el Franchute que, sonriendo, dejando a la vista una dentadura tan blanca como la luz, me dio la bienvenida con su acento cautivador. A punto estuve de darme la vuelta y salir corriendo, pero, sabiendo que mi cara se había encendido como un farolillo, aguanté la turbación, di, educadamente, las buenas tardes y pregunté por mi amiga, fingiendo que su presencia me era indiferente. Mi amiga llegó, afortunadamente, trotando por el pasillo y su presencia fue un alivio. Juntas nos dirigimos a la cocina donde el resto de las amigas ya disfrutaban de las galletas de chocolate y de otros muchos dulces que componían, expuestos sobre la mesa, un exquisito y fastuoso bodegón que contrastaba con el humilde hule.

Me vino bien entretenerme en aquella dulce reunión para olvidarme de la otra realidad, la de mis obligaciones, la de la presión que mis dueños ejercían sobre mí. Pensar en el Franchute, tenerlo allí, instalado enfrente, bullendo en mi ilusión, aunque fuese algo tan solo aparente, me estaba haciendo bien, me hacía olvidar mi otra vida. Entre galleta y galleta las chicas habían comenzado a contar a su tía lo de mi santidad y los acontecimientos que habían tenido lugar en el castaño hueco. Ella, aunque nos dijo que ya estaba al corriente, porque su hermana se lo había contado todo desde un principio, no dejó de

hacerme preguntas y de pedirme que le diera más detalles del suceso. Aquello me hizo sentir incómoda, no tanto por el interrogatorio, ya que estaba más que acostumbrada a relatar lo que sucedió el día del milagro y sus implicaciones, sino porque no quería resultar a ojos del Franchute otra cosa que no fuera una chica normal. Quizás por eso me fui pronto. Abandoné la reunión con la excusa de que tenía que terminar los deberes. Él se levantó y se ofreció a acompañarme hasta la puerta, yo le excusé diciendo que no hacía falta, pero entre las risitas disimuladas de mis amigas, hizo caso omiso y me escoltó por el pasillo hasta la salida. Al despedirme me dijo, descarado, que le encantaría que nos viésemos algún otro día, pero los dos solos. Yo ni siquiera le contesté, noté cómo mi rostro volvía a acalorarse y, porque no me viera así, ruborizada, ni siquiera me despedí. Salí, prácticamente, corriendo y, sin volver la vista atrás, sonreí para mí mientras me alejaba.

XXIX

AL DÍA SIGUIENTE CAMBIÓ EL ESCENARIO. Estaba muy alterada, porque aún no sabía si iba a complacer a don Baudilio. Aquella situación era un auténtico martirio. ¡Qué dura es la soledad del infame! No había nadie a quien pudiese contárselo, nadie con quien poder compartir mi desvelo. Dudé si sincerarme con nuestra tía, pero lo descarté. No quería que pensara que su única sobrina era una farsante, aunque lo hubiera sospechado desde el principio. A mi hermano, pobre, no podía ni siquiera pensar en defraudarle de aquel modo. Habría sido tan doloroso para él descubrir que su hermana, su querida hermana, su hermana santa, la elegida por la Virgen, era una impostora, que había jugado con él y se había aprovechado de su ternura y su inocencia, que deseché, irrevocablemente, la posibilidad de utilizarle como confidente. Y a mi madre... mi madre... A mi madre la iba a triturar.

Llegó el día del regreso al espectáculo. El pueblo volvió a llenarse de gente, varios autocares habían aparcado en el descampado frente a la iglesia y las calles se habían llenado de ese tipo de fieles sonrientes y felices sin motivo aparente. Desde el interior de la iglesia salimos los procesionarios, con la imagen de la Virgen bajo palio, seguida por don Baudilio, por mí y por el resto de la partida, vestidos con nuestras mejores galas. Una gran cantidad de vecinos asistió a la procesión. Parecía como si aquello fuese el combustible que necesitaba el pueblo para volver a revivir, porque desde la crisis que produjo el conflicto minero, estaba aletargado, inerme, triste. Caminábamos en silencio. Todas las miradas confluían en mí. Volví a revivir aquella sensación indescriptible, que no sabría definir si como grata o como incómoda, pero en aquella ocasión había algo que me mantenía animosa. Miraba a uno y otro lado, haciendo un barrido constante, como si observase con atención a toda aquella gente que se emocionaba a mi paso, cuando lo único que me preocupaba, realmente, era encontrar entre ellos al Franchute. Pero no le vi. No sabría decir si quería que hubiese asistido a la procesión y

comprobado por sí mismo mi papel y la magnitud de mi condición o, por el contrario, prefería que no me viese así, santa, inalcanzable, soberana de un espacio al que él era tan ajeno.

Todo en mi vida se debatía entre lo bueno y lo malo, entre lo seductor y lo insoportable. Mi vida se convirtió en un subir y bajar por una rampa con sensaciones encontradas en cada extremo y me había transformado a mí misma en una especie de veleta insatisfecha e indecisa, que lo mismo sufría, que saboreaba los beneficios de aquella inverosímil posición de estrella.

A pesar de que ya había llegado el día y de que don Baudilio me había vuelto a insistir en la necesidad de que cumpliera con mi compromiso con la causa, yo no tenía aún decidido qué iba a hacer, si simular un éxtasis como ya había hecho en anteriores ocasiones y lanzar el mensaje que me habían proporcionado mis mentores o dejar que pasara el acto sin darles, especialmente al cura, esa satisfacción.

Caminaba como si me deslizase sobre la calzada, sin atender a todo cuanto estaba sucediendo a mi alrededor, la muchedumbre, el olor a incienso, el sonido rozado de los pasos que avanzan... Únicamente podía pensar en la decisión que tendría que tomar, en ese momento angustioso en el que decidir qué hacer, si caer al suelo y representar mi papel o si dejarlo pasar y volver a casa a esperar acontecimientos. En la cabeza me repiqueteaban las opciones, se me iban y se me venían los temores, y me imaginaba a mí misma soportando la furia de un desdeñado don Baudilio, arrinconada, acosada... Yo sabía que era su última oportunidad y que, siendo tan vanidoso como era, podía llegar a ser tremendamente cruel si se viera sometido y entonces me entró miedo. El sudor empapó mi piel a pesar del viento helado y, en ese momento, temblando de pánico, decidí obedecer.

La procesión se me hizo corta. Habría deseado que durase toda la eternidad para que nunca hubiese llegado el momento de la misa, pero el momento llegó. No presté atención a la homilía, ni era consciente de la muchedumbre que me rodeaba, pero sus voces rezando al unísono, recitando las retahílas ceremoniales, comenzaron a atontarme. Flotaban sobre mi cabeza como un murmullo adormecedor y así, dejándome ir, me fue abandonando el nerviosismo y fui entrando en un estado de decaimiento que me hizo relajarme hasta tal punto que apenas fui consciente de mi caída. De pronto, como el despertar violento de una pesadilla, volví a retomar la consciencia y, en un segundo, sin reflexionar, supe que tenía que actuar, que había llegado el momento, e instintivamente, como si hubiese sido de forma involuntaria, abrí

los ojos todo cuanto pude, sonreí, elevé la mirada hasta el hueco del castaño y comencé a recitar las palabras del mensaje que don Baudilio me diera en aquel sobre y que había aprendido de memoria. Lo hice en un susurro, arrastrando la voz, como si le hablara al oído a alguien, quizás por miedo, por vergüenza, quizás por añadir dramatismo al momento, no lo sé. A pesar de ello, mi voz resonaba por toda la explanada, podía escucharla por el aire, regresando de nuevo hasta mí como un eco. Cuando hube terminado de pronunciar el mensaje, permanecí con la mirada fija en el hueco del castaño, la sonrisa continua y tranquila, al ser consciente de que el momento que tanto había temido ya había pasado. Y se hizo el silencio, un silencio sobrecogedor.

¡Qué contentos estaban todos! La casa era una fiesta. Todos me besaban, me achuchaban, don Baudilio se mostraba exultante, daba gracias al cielo y no dejó un nombre del santoral sin mentar. Los ilustres del pueblo también estaban y los falangistas y mi hermano, inflándose a cecina y a patatas fritas, pero entre todos ellos no vi a mi madre. Después de la misa en la explanada del castaño hueco, cuando ya decidí salir del éxtasis, la gente se arremolinó a mi alrededor escoltándome hasta la puerta de la casa. Escuchaba súplicas, me demandaban milagros, sanaciones, clamando desde lejos los que no podían llegar hasta mí.

«Toca a mi hijo, santa niña.» «Ruega por mi padre.» «Dile a la Virgen que cure a mi marido, a ti que te escucha...» Esas voces tristes, afligidas, angustiadas a veces, no se me iban de la cabeza, se me repetían como una letanía dolorosa, que me hería en lo más profundo de mi corazón. No dormí apenas, pero como en el instituto ya nos habían dado las vacaciones de Navidad no tuve que madrugar. Aunque permanecí en la cama hasta muy tarde, nadie vino a molestarme. Había vuelto a ser la protegida de todos, la niña santa a la que había que cuidar y más en aquel momento en el que además me había convertido en cómplice de todos ellos.

Así pasé los días siguientes, mimada y agasajada, y nuestra casa volvió a ser centro de paso de numerosos personajes, algunos de los cuales ya eran viejos conocidos, aunque otros parecían haberse alistado recientemente. Una de aquellas noches de reunión íntima del núcleo duro, sacaron a relucir el asunto financiero. Muy cortésmente me hicieron ver que aquel era algo que no me incumbía y me mandaron a la cama con mucha sutileza. No sabían ellos que la pared de mi cuarto había dejado de ser, desde hacía mucho tiempo, un obstáculo para poder escuchar sus conversaciones y enterarme de todo lo que pensaban y tramaban. Me retiré, no sin antes hacerme con un vaso de agua.

Arrojé el líquido por la ventana en cuanto me encerré en mi habitación y pegué el vaso a la pared para que hiciera de amplificador de sonido en mi oreja. Así me enteré de que el día del éxtasis los donativos habían sido numerosísimos y de que se habían recibido telegramas y cartas de gentes desde muchos puntos diferentes, no solo de España, sino también del extranjero, donde el marido de la señora gorda había estado, nuevamente, moviendo influencias. Después de mi actuación todos querían hacer donaciones para contribuir con la construcción de la iglesia y en el mantenimiento de la misión mariana. Todo un éxito que iba a permitir a don Baudilio renunciar a su nuevo destino parroquial en caso de que se llevara a cabo el relevo, como ya le habían anunciado en el obispado.

Después de aquellos pormenores siguió el sacerdote su perorata, pasando del júbilo económico a la indignación personal, atendiendo al deshonor con el que querían ofenderle sus superiores. Sin duda, el licor estaba haciendo su efecto y el cura se estaba animando, porque su tono empezaba a ser tan elevado que, aunque no hubiera pegado la oreja contra la pared, habría podido escuchar, perfectamente, su soflama indignada. Parecía, más que dialogando con alguien, estar interpretando un papel sobre un escenario, empeñado en que su discurso llegase claro y alto a todo el público. Y decía, con resentimiento, que a él no le iban a amedrentar y que si querían echarle, no les iba a salir gratis, que pensaba darles guerra antes de salir de su iglesia y que estaba seguro de que los vecinos estarían con él y le iban a apoyar y que pobrecito del cura que viniera, porque no sabía dónde se metía, que le iba a echar a los leones. Después comenzó a disparatar, perdiendo incluso el pudor y la dicción a medida que debían de avanzar las copas. Llamaron tímidamente a la puerta. Desde el pasillo mi hermano me pidió entrar.

—¿Qué le pasa a don Baudilio?

—Que está borracho.

—Dile a la Virgen que le diga al Papa que venga a verte.

—Vete a tu cuarto que vas a coger frío, así descalzo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me fui a la cama, aunque pasé, de nuevo, casi toda la noche en vela.

XXX

YO SABÍA QUE EN OTOÑO los Franchutes llegaban al pueblo solamente por unos pocos días, a lo sumo una semana, porque todos los años lo hacían, así que calculaba que estarían a punto de volverse a su país. Solamente un par de veces más, durante aquellos días, había podido coincidir con el primo de mi amiga y las dos veces se las había arreglado para hacerme la misma sugerencia y pedirme que nos viésemos a solas, porque quería hablar conmigo. Yo, por no parecer descortés ni antipática, porque no se alejara definitivamente, le había contestado lo mismo en ambas ocasiones, haciéndole ver que lo que tuviera que decirme me lo podría decir en cualquier momento, porque no había nada decente que necesitara que nos ocultásemos. Del mismo modo, él me contestó que entonces no estuviera tan segura de que lo que quería decirme fuese decente y su carcajada sonó estruendosa y burlona.

Efectivamente, durante ese último encuentro me comunicó que al día siguiente regresarían a Bélgica y que ya no nos volveríamos a ver hasta el verano.

—¿Pero no eras de Francia?

—No, de Bélgica, de Bruselas.

—¿Y por qué os llaman los Franchutes?

—No lo sé.

Y se empezó a reír de un modo radiante, hechicero.

—Esta tarde voy a ir a coger castañas al campo, voy a andar por el camino de la presa, a lo mejor quieres ir por allí a pasear y podemos despedirnos como Dios manda.

—Me parece a mí que lo que Dios manda no tiene mucho que ver con lo que quieres tú.

Y volvió a reírse con descaro y a mí volvió a arrebatarme, aunque interiormente me provocara una profunda turbación. Tenía, además, esa manera de hablar, como si a las palabras, al ser pronunciadas por él, les costase trabajo salir, abandonar la cavidad confortable de su boca y al fin lo hicieran,

acariciando el aire, suaves, flexibles, seductoras...

XXXI

Y LLEGÓ EL DÍA en el que notificaron a don Baudilio cuál sería su nuevo destino. Nos encontrábamos todos aún almorzando cuando llegó, carta en mano, profundamente irritado y dando voces como queriendo que su rabia la escucharan en toda la comarca.

—¡Cálmese, cálmese, don Baudilio, que le va a dar algo!

—Eso es, dame algo, porque me va a dar algo.

—¿Un vinito?

—Un coñac, que estoy que me subo por las paredes.

Leyó la carta en voz alta y, aunque no sería capaz de repetir al pie de la letra lo que le decían en ella, sí que recuerdo más o menos su contenido. Le comunicaban que tras una larga consideración y como consecuencia de los últimos acontecimientos acaecidos en su parroquia procedían a cambiar, por su bien y el de los parroquianos que a él se le habían confiado, su destino pastoral y que debía abandonar su puesto de inmediato para presentarse en su nuevo destino antes de un día determinado y que su lugar sería ocupado por un nuevo sacerdote al que le rogaban facilitara su incorporación. No me acuerdo exactamente del lugar al que le llevaban, pero sí que el propio don Baudilio comentó que era una aldehuela en el quinto pino y que iba listo el obispo si pensaba que iba a aceptar ese destierro.

—Y para más recochineo me dice el obispo que sus asesores pastorales le han aconsejado que me ofrezca apoyo de otros sacerdotes compenetrados con el espíritu pastoral en caso de que necesite ayuda, no te jode. Aquí lo pone, leedlo, leedlo, que no me lo invento. ¡Se van a reír de quien yo les diga! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

XXXII

CON LA EXCUSA DE IR CON MIS AMIGAS del instituto a recoger también castañas al campo, porque me pareció una buena disculpa, conseguí que me diesen permiso para salir esa tarde. Caminaba deprisa, con la respiración agitada mientras me dirigía a la cita con el Franchute. Tardé bastante tiempo en llegar hasta el camino de la presa, porque estaba muy alejado de nuestra casa. Una vez que lo alcancé comencé a recorrerlo despacio, dejándome ver, escudriñando con la vista entre los matorrales y detrás de las zarzamoras. El Franchute no estaba, no aparecía, me había tomado el pelo, pero cuando, prácticamente, ya había decidido darme la vuelta y regresar, porque el sol comenzaba a anunciar su derrota y si tardaba mucho más en irme se me haría de noche por el camino, comenzó a llegar hasta mí su voz. Pronunciaba mi nombre como si se tratara del narrador de un cuento infantil que intenta asustar al público.

—No seas tonto, sal ya, que me tengo que marchar, que va a oscurecer.

Saltó desde lo alto de un árbol del interior del bosque y, aunque estaba algo apartado del camino, le vi perfectamente caer al suelo. Se levantó y se quedó allí de pie, parado, mirándome con su sonrisa irresistible, esperando a que yo acudiese hasta él. Pero no me moví. Aguardé unos instantes y, viendo que él no cambiaba de actitud, giré sobre mí misma y comencé a caminar. Oí sus pasos apurados correr a mi encuentro, pero no me di la vuelta. Por fin llegó hasta donde yo estaba, me bordeó y se plantó firme frente a mí. Yo me detuve y le dije, en un tono serio, que no tenía gracia el haberme hecho perder el tiempo de aquel modo, porque no me era fácil conseguir permiso para salir sola y, ya que lo había hecho, me parecía una tontería infantil desperdiciarlo de aquella manera, jugando al escondite.

—¿Qué querías hacer, entonces?

—Nada, pero desde luego no entraba en mis planes pasear sola por un camino alejado y más con el frío que está empezando a hacer.

Me rogó que no me enfadara y, teatralmente, se puso de rodillas y me

pidió que le perdonase, mientras tomaba mi mano entre las suyas. Sonreí ante la ocurrencia. Se puso de nuevo en pie y cambiando, radicalmente, la entonación de su voz me dijo que quería pedirme algo.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber si quieres ser mi novia.

Como si un resorte se hubiese disparado en mi interior, le esquivé y salí corriendo con todas las fuerzas que pude sacar. Una repentina sensación de felicidad me empujaba, me hacía volar, y no supe reaccionar de otra manera que como lo había hecho, marchándome de allí a toda prisa. Miré hacia atrás por ver si el Franchute me seguía, pero se había quedado allí, de pie, como una estaca clavada en la tierra del camino; yo entonces paré en seco mi carrera, me giré y colocando las manos sobre las comisuras de mi boca para amplificar mi voz, mientras las lágrimas me enturbiaban los ojos, grité.

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiií!

Y reanudé mi huida a toda velocidad.

Llegué a casa sofocada y sin castañas. Una de las señoras de servicio, que me oyó entrar, llegó hasta mi habitación, llamó a la puerta y entró cautelosa. Cuando me vio así de sofocada me preguntó si me encontraba bien, le dije que sí, pero que había tenido que salir corriendo, porque unos chicos habían querido quitarme las castañas cuando regresaba a casa, así que, asustada, las había tirado por el camino para que me dejasen en paz.

—Bueno, mi niña, descansa y lávate la cara, que la traes toda sudada. Tranquilízate, que ya ha pasado el susto.

—Por favor, no digas nada, porque si no, no me dejarán volver a salir nunca más.

—No te preocupes, cariño. Cámbiate de ropa y no tardes mucho en salir, que dentro de poco pondré la cena.

El día siguiente llevó consigo todo lo contrario a lo que yo podía esperar. Mi nueva condición de ennoviada, sin saber muy bien en qué consistía aquello, se iba a ver interrumpida violentamente, más bien inhabilitada, por unos inesperados y alarmantes acontecimientos. Mi amiga, la prima del Franchute, llegó a clase abatida y, con lágrimas en los ojos, nos contó que su primo había desaparecido el día anterior, que no había vuelto a casa desde que saliese por la tarde para ir a buscar castañas y que en su casa estaban todos destrozados. Habían dado aviso a la guardia civil, que desde primeras horas de la mañana lo buscaba sin resultado, y que sus tíos, que tenían que haber

regresado ese mismo día a su país, seguían en el pueblo, absolutamente deshechos.

Yo no daba crédito a sus palabras. Sabía dónde había estado su primo, pero si decía algo me descubriría y, además de la vergüenza, podría verme perjudicada, tanto en mi condición de santa, como por haber engañado a mis protectores que, si se enteraban de que el verdadero motivo por el que había salido al bosque había sido para quedar con un chico, me lo harían pagar, así que debía reaccionar y buscar la manera de poner sobre la pista a quienes le buscaban, al menos, para que supiesen por dónde debían hacerlo y no perdieran el tiempo.

Durante toda la mañana me debatí entre confesar o no, pero camino de casa mi hermano me dio la solución.

—¿Te has enterado de que ha desaparecido el Franchute?

—Sí. ¿Qué le habrá pasado? No creo que se haya escapado, parecía un chico feliz y formal, le ha tenido que pasar algo.

—Yo creo que lo que teníamos que hacer los del pueblo era ayudar todos a encontrarle y organizar grupos de búsqueda.

—Es verdad, voy a hablar con mis amigas y yo organizaré uno y tú otro con tus amigos.

Así lo hicimos. Yo conté nuestra idea en casa y a todos les pareció muy bien. El propio don Baudilio dijo que él mismo reclutaría voluntarios y que organizaría una batida por el monte y que avisaría al sargento de la guardia civil para que fuese él quien organizase los equipos. Pero la misma idea ya la habían tenido otros, porque, aquella misma tarde, prácticamente medio pueblo salió a buscar al Franchute. Los cazadores pusieron a rastrear a sus perros, los mineros se apuntaron a la batida al terminar su turno en la mina, muchas mujeres dejaron las labores de la casa para salir al monte, muchas tiendas cerraron sus puertas para que sus dueños y empleados pudieran colaborar también. Una vez más el pueblo demostraba su hermandad y colaboraba unido en auxilio de aquellos a quienes la desgracia había sacudido.

Yo convencí a mis amigas de que buscásemos por nuestra cuenta por la zona del camino de la presa, porque por allí aún no habían llegado las cuadrillas. Ninguna de ellas puso objeción, así que hacia allí nos dirigimos, acompañadas por los amigos de mi hermano. Nos dispusimos en abanico para peinar una zona más amplia y fuimos avanzando hacia la presa al mismo paso, al mismo ritmo para no perdernos de vista unos a otros. Me volvían a la

memoria imágenes de mi cita con el Franchute, me veía a mí misma corriendo por el camino, contenta, radiante...

Ya era tarde y pronto el sol se pondría, así que no quedaba mucho tiempo para seguir buscando. El abatimiento y la desesperanza nos iba embargando a todos. Mi amiga no dejaba de llorar. El río sonaba allí abajo tras la hilera de zarzamoras y árboles que formaban una barrera verde que señalizaba su cauce, impidiendo que se llegase a ver el agua. Su rumor se me figuraba como un presagio pesimista porque, aunque nadie lo dijese, todos pensábamos que lo más seguro era que el Franchute hubiese caído al agua y se hubiera ahogado. De pronto el silencio del bosque se rompió súbitamente. Oímos perros ladrando. A alguna partida se le había ocurrido peinar aquella misma zona y, a juzgar por la algarabía de ladridos, habían debido de encontrar algo. A los ladridos se unieron las voces de los hombres. Alteradas, nos dirigimos hacia el lugar del que procedían.

—¡Está ahí abajo! ¡Le hemos encontrado! ¡Venid, venid!

Corrimos como locos, llegamos hasta un terraplén muy pronunciado que bajaba hasta el mismo cauce del río. Algunos hombres ya estaban comenzando a bajar sorteando como podían la maleza. Apenas se veía nada desde arriba, porque la espesura y la falta de luz lo impedían. Prácticamente, se había hecho de noche y, aunque la luna ayudaba, porque al estar casi llena daba una luminosidad extraordinaria, la visibilidad era escasa. Gracias a que algunos hombres portaban linternas pudieron continuar con cierta garantía de seguridad. De repente ya nadie hablaba, todo era expectación, contenida emoción y nerviosismo. Alguien gritó que fuesen a avisar al resto de la gente y varios miembros de esa misma cuadrilla salieron corriendo en dirección al pueblo. No sé por qué, como en un reflejo espontáneo, me arrodillé y me puse a rezar. En un instante me vi rodeada de algunas otras personas que me habían imitado y se habían unido al rezo. No tardaron mucho los hombres en llegar hasta donde se encontraba el Franchute, los perros seguían ladrando, pero entre su caótico alboroto llegamos a distinguir la voz de uno de ellos.

—¡Está vivo!

¡El chico está vivo! Espontáneamente todos empezamos a aplaudir. Mi amiga lloraba, yo lloraba, todos lloraron y nos abrazamos y comenzamos a dar gracias a Dios.

Poco a poco fue llegando la gente. Los padres del Franchute y la madre de mi amiga fueron de los últimos, acompañados por el sargento y dos guardias más. Venían deshechos en llanto e impaciencia, corriendo torpemente, entre

los árboles, tropezando una y otra vez ante lo desigual del terreno, hasta que alcanzaron el lugar.

—¡Está vivo!

Y su llanto se hizo más pronunciado, pero ya sonaba distinto al que trajeron. Se abrazaban, se besaban, se volvían a abrazar y se besaban de nuevo. Yo observaba la escena algo apartada. Mi felicidad también era grande, pero preferí experimentarla sola. Me produjo un tremendo alivio y felicidad contemplar a aquella familia, que hacía tan solo unos momentos se desmoronaba, festejando la buena nueva.

Un grupo de mineros improvisó, aprovechando un par de troncos de árbol, una especie de polea que ayudara a los hombres que habían bajado hasta el río a subir el cuerpo del Franchute con más facilidad. Cuando lo consiguieron, el médico del hospitalillo ya había llegado y fue quien, a partir de aquel momento, tomó las riendas de la situación. El Franchute no se movía, no hablaba. Le llevaron en brazos hasta el camino donde el coche de la Guardia Civil esperaba para trasladarlo directamente al hospital.

Poco a poco, todos fuimos abandonando el lugar. Don Baudilio, el cura de cera y el marido de la señora gorda, que también habían formado parte de una de las cuadrillas de búsqueda, se congratulaban y daban gracias al Señor y a la Virgen porque se hubiese encontrado al chico con vida. El cura invitó a la gente que caminaba de vuelta hacia sus casas a que se unieran a nosotros en un rezo común y el rumor de la letanía de aquella procesión improvisada nos acompañó durante todo el camino de regreso como un velo armonioso que cubriese la noche.

Pasaron varios días más hasta que pudimos obtener alguna información acerca del estado del Franchute. A nuestra amiga sus padres no le contaban nada. Sus tíos ya no se encontraban en el pueblo, porque, evidentemente, se habían trasladado a la ciudad para acompañar a su hijo en su convalecencia, mientras tuviese que permanecer ingresado, así que, lo único que sabíamos a ciencia cierta era que se había salvado. Yo me enteré, posiblemente antes que su prima, de que el Franchute no había salido ileso del accidente, porque oí tras la pared de mi habitación, como venía siendo habitual, la conversación que don Baudilio mantuvo con el resto de los habitantes de la casa.

—Por lo que se ve tiene lesiones bastante graves y no saben si va a poder volver a andar.

—¡Dios mío, qué desgracia!

—Podía haber muerto, o sea que...

—No, si eso sí, pero que es una desgracia, un chico tan joven...

El Franchute, mi novio, posiblemente nunca más se podría poner de pie y caminar, y el resto de su vida tendría que pasarlo en una silla de ruedas.

Cuando mi amiga nos lo contó, a la entrada del instituto, mientras esperábamos para entrar a clase, yo me hice la nueva, como si no supiese nada. La conclusión que sacaban en su familia de toda aquella desgracia era que dentro de lo malo aún tenían que dar gracias al Señor porque su primo siguiese con vida y así debía de ser, pero yo, no podía dejar de pensar si quería un novio así.

XXXIII

LAS CALLES ESTABAN ADORNADAS con luces y motivos navideños. El frío era tan intenso, especialmente durante las noches, que hasta los pastores y los pajes, los Reyes Magos y demás personajes del belén instalado en la iglesia parecían tener la cara azulada, incluso daba algo de congoja ver al Niño Jesús en su pesebre con tan solo un pañalito y el cuerpecito desnudo. Nos encontrábamos mi hermano y yo, acompañados por el cura de cera admirando el nacimiento, cuando hizo acto de presencia en la nave central un sacerdote al que no conocíamos. Preguntó por don Baudilio y nosotros, educadamente, le indicamos en silencio, con el dedo, dónde se encontraba la sacristía. Al poco de entrar allí el cura desconocido, se comenzó a oír a don Baudilio dando voces. Mi hermano y yo comenzamos a reír sin disimulo. El cura de cera nos llamó la atención y nos indicó que saliésemos de inmediato. Una vez fuera de la iglesia, mientras emprendíamos el camino de regreso a casa, nos cruzamos con nuestra madre que, acompañada una vez más de su coral de beatas, hacía el recorrido contrario al nuestro y se disponía a entrar. Al pasar junto a mí, me miró de soslayo y, farfullando, me dio las gracias con ironía. En aquel momento no comprendí lo que me había querido decir, pero después supuse que su intención no era otra que la de dejarme ver que, gracias a mi intervención y a que el milagro y los fieles habían regresado al pueblo, ella había vuelto a resurgir. Lo peor de ese día vino después, por la tarde, cuando me encontraba en mi habitación esperando a que un par de amigas del instituto llegasen para merendar juntas. La despensa de nuestra casa estaba colmada de mantecados, polvorones, fruta escarchada y otros dulces de Navidad y aunque mi hermano se empleaba a fondo en zampárselos, no era suficiente su dedicación para dar fin a tanto suministro.

Llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, esta se abrió. Apareció mi madre, sigilosa, sonriente, con esa expresión sarcástica que no anunciaba nada bueno. La saludé y cuando acerqué mi cara a la suya para darle un beso, ella la retiró con un leve movimiento.

—Los besos de Judas no son besos, son mordeduras.

—¿Qué quieres?

—Nada, cariño, eres mi hija, solo quiero verte y saber cómo estás.

—Ya ves que estoy bien.

Entonces sin más preámbulos me dijo, altanera, que debía ser más precavida y no dejar las cosas por ahí en cualquier sitio, porque podían caer en manos de personas poco indicadas. Cuando le pregunté que a qué se refería me confesó, sin rodeos, que el sobre con el mensaje redactado, que había representado durante mi falso éxtasis en la última misa de la explanada, ahora lo tenía ella y que si quería que no lo usara en mi contra iba a tener que darle algo a cambio. Eso quería decir que o bien se lo habían contado con pelos y señales o había estado presente en la explanada, aunque yo no la viera ni durante la procesión ni durante la misa posterior. Negué que supiese de qué me hablaba, pero, evidentemente, de nada me sirvió. Me estaba chantajeando y en aquel momento parecía estar muy segura de tener la sartén por el mango. Ya lo veríamos.

Sonó el timbre de la puerta de la entrada, mis amigas habían llegado. Me notaron algo seria, pero les dije que era únicamente porque me encontraba en ese momento del mes. Los mantecados y el chocolate hicieron que todo volviera a parecer normal.

Esa noche me dispuse a escribir una carta a nuestra tía. Le rogaba que viniese a vernos y le apremiaba a iniciar alguna maniobra que desacreditase a mi madre definitivamente. No le conté lo del mensaje falso y lo de mi éxtasis fingido ni nada de todo aquel enredo, por supuesto, pero sí le dije que nuestra madre había vuelto a reiniciar su actividad alucinada y que de nuevo estaba congregando gente a su alrededor, atrayendo enfermos a los que volvía a estafar imponiéndoles las manos, y a mostrarse agresiva conmigo.

¿Qué querría de mí? No iba a tardar mucho en saberlo. Un par de días después, mientras me entretenía recolocando las imágenes de nuestro belén se me acercó por detrás y me dijo que la siguiera. En su habitación, ambas de pie, una frente a otra, mirándonos a los ojos fijamente, como dos boxeadores que se retan, me sacó de dudas. Me dijo que a partir de entonces tendría que encargarme de que ocupara un puesto relevante a su lado, que en el próximo trance debería dejar claro a todo el mundo que la Virgen también la quería a ella y que no cupiese ninguna duda de que sus estigmas y los hechos extraordinarios que le acontecían y tanto le hacían sufrir eran verdaderos e incuestionables. Lo dijo todo seguido, como si fuese una perorata aprendida

de memoria y temiera que yo le fuese a interrumpir. No lo hice. Sin apartar la mirada de ella, la escuché sin pestañear, sin hacer una sola mueca. Cuando acabó, únicamente, le pregunté si era todo cuanto tenía que decirme. Me dijo que sí y que más me valía hacer todo lo que me había pedido.

—¿O si no?

—Si no, todo cambiará.

Don Baudilio quería preparar algo grande para Navidad. Era una fecha propicia para la fe y para que nuestra causa recibiera otro espaldarazo. Yo los escuchaba cuando se reunían en el salón o en la mesa del comedor en aquellas interminables sobremesas llenas de alcohol y entusiasmo, durante las que charlaban, incansables, sobre preparativos, donaciones, el reinicio de las obras de la iglesia, que aún no se había producido, pero que estaba a punto de llevarse a cabo... Todos parecían encantados del momento que vivíamos y de las expectativas que se nos abrían, porque mientras tuviésemos el apoyo de la gente, poco podrían hacer nuestros detractores.

Durante la homilía del siguiente domingo don Baudilio arremetió duramente contra la cúpula eclesiástica una vez más, contra el propio Papa y, por supuesto, preparó a su parroquia para que llevaran a cabo un recibimiento como se merecía al cura que, seguramente, mandarían para que le sustituyese. Los emplazó a que mostraran su rechazo a aquella injusta sustitución y que mostraran sin contemplaciones su respaldo al milagro y a todo lo que este significaba. No parecía muy cristiana aquella actitud, pero nadie se escandalizó ni le llevó la contraria. Yo era, sin duda, la protagonista, la pieza clave, la elegida, la niña santa, pero él era el director de la orquesta, quien había marcado los tiempos desde el principio y había elegido las piezas a interpretar, por eso no estaba dispuesto a que le apartaran de su creación y le condenaran a permanecer alejado de ella sin poder llegar a gozar de los beneficios. Estaba dispuesto a plantar cara al mismísimo Papa si se presentara en el pueblo. Y no fue el Papa el que se presentó, pero sí el nuevo párroco, el mismo al que habíamos visto en la iglesia unos días antes y que había tenido que salir, prácticamente, huyendo. Venía acompañado por otros dos curas a los que creí identificar como unos de los que ya vinieron a casa la otra vez, aquellos a los que les sentaba tan bien la sotana, los curas elegantes y serios que tanto nos intimidaron.

Los vimos llegar, porque habíamos ido a confesarnos. Aunque no nos gustaba a ninguno de los dos hacerlo con don Baudilio, no teníamos más

remedio. Yo, por supuesto, jamás le relataba ninguna de mis ideas ni mis preocupaciones y saldaba mis confesiones con pecadillos humildes. Los curas elegantes esperaron junto al confesionario a que terminase la confesión y cuando salió del confesionario le saludaron fríamente y le pidieron que los acompañara hasta la sacristía.

—Marchaos a casa y que tu hermano rece la penitencia de camino.

Mi hermano y yo salimos de la iglesia, pero no nos marchamos. Nos quedamos ocultos tras una de las paredes laterales del caserón donde se impartía la catequesis, que daba a la plazoleta de la entrada principal de la iglesia, aguardando a que salieran de allí los curas elegantes y así enterarnos de qué había sucedido. Vimos salir a uno de ellos, prácticamente, a la carrera, en dirección al cuartelillo de la guardia civil, que no estaba demasiado lejos de allí. Mi hermano y yo nos miramos sonrientes, él agitó la mano como queriéndome decir «la que se va a liar». Y se lio. A los pocos minutos volvió el mismo cura, acompañado por dos guardias, que le seguían precipitadamente. Llegaron hasta la iglesia, entraron por una puerta lateral, la misma por la que había salido el cura hacía tan solo unos minutos, y poco después, escoltado y gritando, salió don Baudilio, hecho un basilisco, requiriendo a sus parroquianos, como un general llama a la batalla, exigiendo justicia y clamando al cielo. Poco a poco fueron llegando algunos vecinos, que se arremolinaron alrededor de la casa parroquial, y desde donde los gritos de don Baudilio seguían siendo, perfectamente, audibles. Entonces, un buen rato después, volvieron a salir a la calle. Primero iban los curas elegantes, luego el nuevo párroco, que, lívido como un cirio, hablaba acaloradamente con el guardia civil que le acompañaba, porque el que cerraba la marcha caminaba mirando hacia atrás, quién sabe si temeroso de que don Baudilio le atacara por la espalda. Se marcharon, la puerta se cerró de un portazo y don Baudilio quedó dentro. Algunos vecinos, que permanecían vigilantes, se atrevieron a golpear la puerta tímidamente con los nudillos, incluso alguno le llamó por su nombre asomándose por una de las ventanas, pero el cura no dio señales. Nosotros permanecimos por la zona un buen rato por si hiciera acto de presencia, pero no lo hizo.

Al día siguiente varios vecinos del pueblo ayudaron a don Baudilio con sus vehículos a trasladar todos sus enseres a nuestra casa donde, a partir de entonces, había decidido, con el beneplácito de la señora gorda y de su marido, por supuesto, instalarse. La casa era lo suficientemente grande como para albergar a don Baudilio y su corte en caso de que la hubiese tenido, así

que por espacio no sería. Había que suponer que el hecho de que se trasladase a vivir con nosotros definitivamente, y no solo algunos días, descartaba la posibilidad de que pensara en incorporase a la nueva parroquia que le habían asignado desde el arzobispado, así que no sabía yo muy bien en qué situación formal quedaba. Creo que exactamente igual le sucedía a él, que aún ignoraba cuál era su potestad en aquel limbo técnico al ser el párroco ausente de una parroquia lejana y habiendo sido cesado en su anterior ministerio. Todo hacía pensar que tanto la renuncia como la expulsión le habían hecho decidirse por ser el sacerdote oficial de la empresa del milagro nada más.

Los días siguientes fueron de mucho ajetreo. Entre la mudanza y las visitas, los encargados de decidir iban entrelazando las medidas a tomar al no poder ya don Baudilio hacer uso ni prescribir ninguna actividad que necesitara del patrimonio de la iglesia del pueblo o de alguno de sus enseres o imágenes. Y no parecía sencillo. La guerra entre don Baudilio y el nuevo párroco estaba declarada y, desde luego, no solamente no íbamos a contar con ninguna colaboración por su parte, sino que incluso podíamos estar seguros de que intentaría entorpecer cualquier actividad que tuviese que ver con el milagro. La procesión sin imagen había que suspenderla hasta que pudiésemos contar con una propia que habría que encargar, pero no así la misa en la explanada del castaño hueco que, a pesar del frío intenso, sería un éxito de convocatoria, como siempre, pero con el añadido de que la Navidad era una época propicia para que la gente se alineara con lo sagrado. Hasta mi madre vivía, sin lugar a duda, un fructífero renacer. Mis informadoras aprovechaban la situación para atiborrarse de dulces con la coartada de venir a darme novedades.

Mi amiga, la prima del Franchute, nos informó de que su primo estaba muchísimo mejor, que la familia estaba muy contenta porque, poco a poco, su estado había ido mejorando y hasta era probable que, con el tiempo y tras un largo e intenso período de rehabilitación, pudiese recuperarse del todo, así que el inicial desconsuelo se había vuelto esperanza. Algo vibrante, una sensación de felicidad se despertó dentro de mí al escuchar aquellas noticias y se acentuó mucho más cuando mi amiga me informó de que su primo le había pedido mi dirección para escribirme. Me sonrojé cuando mis amigas comenzaron a burlarse, pero aquel rubor no impidió que me hiciese sentir contenta.

XXXIV

YA HACÍA ALGUNOS DÍAS desde que mi madre me trasmitiese sus planes y me resultaba extraño que no me hubiera vuelto a insistir o a recordármelo al menos. Cierto era que no pasaba mucho tiempo en casa y que si volvía lo hacía ya anochecido y, a veces, ni siquiera pasaba por la cocina para cenar algo, pero el estar tan ensimismada, nuevamente, alimentando su personaje, no parecía óbice para meterme un poco de presión.

Vino. La misma noche en la que yo me hacía esas cavilaciones vino a verme. Solamente asomó la cabeza por la puerta, saludó con sorna y con un tono displicente me dijo: «Te acuerdas de nuestro trato, ¿no? No se te vaya a olvidar». Asentí desde la cama, entonces ella, suavemente, cerró la puerta y se fue.

Aún no sabía si mi tía había recibido mi carta y si así era, si había decidido hacer algo al respecto. Esperaba con impaciencia cada día que, cuando se abriera el buzón de la entrada, una de las cartas que hubiese fuera para mí, pero de momento no era así y no lo era porque lo que mi tía había decidido era venir a vernos. Una vez más fue mi amiga de la residencia de mineros solteros la que vino a avisarnos de que nuestra tía nos esperaba en su casa. Allí fuimos mi hermano y yo, corriendo, corriendo, ansiosos por encontrarnos con ella. Nos recibió como siempre, con abrazos entusiasmados y besando nuestras cabezas mientras nos apretujaba contra su cuerpo mullido. Nos pusimos al día de nuestras venturas y sinsabores personales, nos hizo un minucioso relato de la vida que llevaba desde que acabasen los disturbios mineros, trabajando en la tienda y, al mismo tiempo, utilizando su tiempo libre en ayudar en lo que podía a Antonio, el cura jipi, que estaba luchando día y noche por una sociedad más justa...

—Tía, ¿tú sabes si aquí en el pueblo hay gente luchando por una sociedad más justa?

—Pues no lo sé, mi niño.

—Cuando sea mayor yo voy a luchar por una sociedad más justa.

Recuerdo que mi tía abrazó a mi hermano muy fuerte por un largo rato. Noté cómo se le humedecían los ojos mientras lo acunaba en su regazo y yo los miraba con dulzura, pensando por qué no podíamos vivir los tres juntos, lejos de todo aquel desvarío en el que se había convertido mi vida. Entonces también lloré un poquito.

Después de darnos los regalos que nos había traído, a mí un gorrito de lana marrón y verde con unos guantes a juego y a mi hermano unas rodilleras de portero de fútbol…

—Pero, tía, yo no juego de portero.

—Pues aprende.

Nos contó lo que había planeado para desactivar definitivamente la ceremonia de embustes de mi madre. Mientras nos lo contaba se enardecía y nos decía que nunca había podido soportar ni la mentira ni a la gente que se aprovecha de los demás por su ignorancia o por su desgracia, que eso era lo más ruin que podía hacer un ser humano y que no podía permitir que nuestra madre siguiese haciéndolo. Yo en ese momento volví la cara hacia la ventana, porque me ruboricé un poco.

—Tía, yo…

—De lo tuyo ya hablaremos. Lo tuyo es otra cosa.

Y nos dijo que cuando estuvo en el pueblo durante las revueltas mineras había conocido y entablado cierta relación de amistad con un periodista de Madrid, que trabajaba en un periódico importante, y que, seguramente, si se ponían en contacto con él y le pedía que hiciera un reportaje sobre el caso de la estigmatizada del pueblo, lo haría encantado si le daba las pruebas necesarias para desenmascararla y los contactos para que pudiera recopilar información. Nos pareció bien a los dos, aunque a mi hermano se le dibujó en el rostro un gesto de aflicción que no pudo disimular.

—Me da pena mamá.

—Chicos, decidme si vamos adelante o no, que no quiero luego arrepentimientos.

—¡Adelante!

—Seguramente querrá hablar con vosotros. ¿No os echaréis atrás?

—No, no.

—No.

La problemática materna parecía encarrilada, ahora debía esperar, porque

sin saber el tiempo que tardaría en publicarse el reportaje sobre nuestra madre, lo más seguro era que tuviera que actuar y seguirle la corriente por un tiempo.

El domingo siguiente, don Baudilio decidió ir a la guerra. A pesar de que lo de la destitución como párroco del pueblo parecía zanjado, él sentía tal indignación que, en vez de dejarlo correr y dedicarse en exclusiva a la organización de los actos y los pormenores del milagro, decidió ir a dar la matraca al cura nuevo y hacer una demostración de fuerza ante él y ante sus paisanos. Se enfundó en su chaquetón negro y marchó, vehemente, hacia el pueblo. Yo le seguí de lejos. Había pedido permiso para ir a casa de una amiga para ver su belén, aunque en realidad lo que hice fue ir a cotillear, porque viendo a don Baudilio con aquellas ínfulas, sospeché que algo tramaba. Antes de que comenzara la misa de doce del domingo que, normalmente, era la que congregaba a más fieles, se presentó en la plazoleta delante de la puerta principal de la iglesia del pueblo, amonestando a todos los que se acercaban para que no entraran a oír la misa de «aquel cura indecente» y que acudieran a la explanada del castaño hueco donde él, su auténtico párroco, ofrecería una misa, aunque fuera domingo, a la que acudiría, además, como era natural, la niña santa. La mayoría le hacía caso y se daba media vuelta. Don Baudilio estuvo allí hasta que cesó la afluencia, entonces se giró, hizo al aire un gesto indecoroso y puso rumbo, de nuevo, hacia nuestra casa. Yo esperé escondida a que me sobrepasara, caminé hasta la iglesia y me asomé, por curiosidad, para comprobar cuánta gente se había quedado a escuchar la misa del cura nuevo. Apenas llenaban dos filas de bancos.

A la misa de campaña acudió mi madre, que se situó muy cerca de mí, rodeada de todas sus seguidoras más fieles. A todos les llamó la atención que hubiese vuelto a incorporarse a la cohorte del milagro, pero de igual modo a nadie le incomodó. Yo sí lo comprendía, sabía lo que quería, lo que esperaba. Me di cuenta de que durante todo el oficio en quien tenía fija la mirada era en mí, no en don Baudilio que, al fin y al cabo, era quien, en principio, debía concentrar toda la atención, quizás así pretendía intimidarme para que llevara a cabo sus planes y fingiera otro éxtasis, pero no sería ese día, de momento, debería conformarse con que la permitiese situarse a mi lado y pudiera dejarse ver acompañándome.

La misa fue multitudinaria, aunque no hubiese estado programada como las que se celebraban todos los sábados desde lo del milagro. A los vecinos del pueblo que acudieron se habían sumado algunos peregrinos o fieles que, cada

día, se acercaban hasta el pueblo llamados por el fenómeno de la aparición y cuyo flujo no había cesado desde el principio, excepto durante los disturbios de los mineros. De regreso a casa mi madre caminaba, prácticamente, a mi lado y en un momento en el que nos distanciamos un poco del grupo que nos precedía se me acercó más y musitando me dijo: «¿A qué esperas?». No le contesté. Aceleré el paso y como mi hermano, que venía corriendo desde atrás se situó a mi costado, ella no insistió y dejó que nos adelantáramos.

Al día siguiente mi amiga de la residencia de mineros solteros vino a vernos para decirnos que había un periodista en su casa que preguntaba por nosotros. Pedimos permiso para acompañarla, con la excusa de que su madre nos quería invitar a merendar. A regañadientes nos dejaron ir, con la condición de que volviésemos pronto, porque íbamos a asistir todos a una representación de villancicos que tendría lugar en los soportales de la plaza, junto al ayuntamiento.

El periodista era un barbudo con melena, muy alto y tremendamente delgado que, no sé por qué, me recordó algunas imágenes de santos que había visto en cuadros y en el libro de religión del instituto, aunque el tono de su voz no era muy amable, más bien todo lo contrario, seco y brusco, como si se sintiera incómodo haciendo lo que hacía; no quise dejarme llevar por las apariencias. Yo me mostré cordial y no borré de mi rostro mi mejor sonrisa beatífica. Mi hermano no se separaba de mí, pegado como si fuera mi polo opuesto, impresionado por ir a ser interpelado por un periodista y más por el asunto del que se trataba.

Fui contestando a todas sus preguntas. Nos interrogó no solamente sobre nuestra madre, sino también sobre la aparición y todo lo que la rodeaba, pero en ese aspecto yo fui muy cauta y le conté solamente lo que creí indispensable, sin entrar en detalles y rehuyendo profundizar. Mi hermano, prácticamente, saldó su intervención con monosílabos. También nos pidió si le podíamos indicar qué personas solían acompañar a mi madre, quiénes eran de su confianza, cómo localizarlas y si sabíamos de algún paciente de los que la hubiesen visitado para que les impusiera las manos. Le dimos la información que conocíamos rogándole que, por favor, no dijese a nadie que había sido yo quien se la había facilitado. Me aseguró que, por supuesto, mi anonimato estaba garantizado, que un periodista jamás revela sus fuentes. Le dibujamos en un papel cómo se iba, desde donde estábamos, hasta nuestro antiguo piso, nos despedimos y nos marchamos a casa. Mi hermano se liberó y, en vez de sentirse entristecido por lo que se le iba a venir encima a nuestra madre, fue

durante todo el camino dando brincos y haciendo payasadas.

Cuando regresamos a casa después de haber visto el concierto de villancicos, deseando apiñarnos junto a la estufa de hierro o frente a la placa de la cocina para entrar en calor, llegó una visita, completamente, inesperada. El nuevo párroco solicitó ver a don Baudilio, que se negó a recibirle y desde el pasillo le conminó a que se marchase por donde había venido. Él, ofendido, lanzando amenazas, aunque sin mucha convicción, y frenado en su impulso por atravesar el umbral de la puerta de entrada por la señora del servicio que le había abierto y que se mostraba mucho más contundente que él, se quedó frente a la casa lanzando avisos a don Baudilio y asegurándole que aquella guerra la tenía perdida, que estaba en pecado mortal y que más le valía ponerse a bien con Dios. Don Baudilio, por su parte, ni siquiera se dignó a hacerle frente, aunque hubiese sido flojito.

—¿Cómo no le ha dicho usted nada, don Baudilio?

—No hay mayor desprecio, que no hacer aprecio, hijos míos.

El tiempo lo pasábamos esmerándonos en los preparativos para que la última misa del año en la explanada fuese memorable. Cada uno exponía sus ideas y era el cura quien se encargaba de aplaudirlas o de desestimarlas. Ya se había puesto de nuevo el mecanismo de propaganda en funcionamiento y se esperaba que la asistencia de fieles fuese espectacular. Aquello iba a ser todo un éxito y según comentaron, por lo bajinis, los donativos estaban volviendo a ser espectaculares. Comentó el marido de la señora gorda que la empresa constructora había aceptado reanudar la construcción de la iglesia, exonerando a los responsables del encargo, es decir a nosotros, del montante que hasta ese momento nos exigían en concepto de indemnización por los daños sufridos en el material, que había tenido lugar cuando lo de las movilizaciones de los mineros, además de por el impago de los posteriores plazos previamente acordados, a cambio de un mínimo aumento en el presupuesto. Miel sobre hojuelas. Todo había vuelto a su ser y caminaba a las mil maravillas. Las previsiones se estaban viendo superadas y nadie parecía caer en la cuenta de que su empresa, mi empresa, dependía, no solo de lo divino, sino también de lo humano.

XXXV

PARA LAS MISAS NAVIDEÑAS se había contratado a un coro de voces infantiles, se habían comprado cientos de cirios enormes que iluminarían toda la explanada, se había adquirido un nuevo equipo de sonido y, lo más grotesco, se montaría un portal de Belén viviente junto al altar, que permanecería presente durante las celebraciones. Yo no hacía más que pensar en el frío que pasaría la pobre criatura que hiciese de Niño Jesús, porque con la temperatura de aquellos días podría coger una pulmonía.

—No, porque le vamos a poner debajo de la cunita un brasero.

—¿Será del pesebre?

—No, coño, que un pesebre no deja traspasar el calor, además es solo durante unos ratitos. Ya hemos hablado con una pareja, los del estanco, que son muy devotos y tienen un niño pequeño y nos lo dejan.

—Pero si el niño de los del estanco tiene cinco años...

—Sí, pero está medio raquítico.

Aquello me parecía un disparate. Me daba la impresión de que la emoción estaba haciendo que don Baudilio perdiera la razón y fuera a montar un circo. Posiblemente fuese lo mejor, que por sí solo se desacreditara. Veríamos el resultado.

Un par de días antes de las celebraciones fuimos al banco. Yo, al ser menor, no podía figurar como única titular de la cuenta en la que el dinero de las donaciones se iba ingresando, eso ya se sabía, así que habían decidido que, para tener mayor seguridad en los movimientos de capital, además de la señora gorda, su marido, el propio don Baudilio y el cura de cera figurarían también como firmas autorizadas. Así lo hicieron, leyeron un montón de papeles en el despacho del director de la sucursal, al que se veía muy sonriente todo el tiempo y allí mismo acordaron, por indicación del propio empleado, que fueran necesarias al menos dos firmas para poder hacer cualquier movimiento. Todos estuvieron de acuerdo, por tanto, firmamos y nos fuimos a un restaurante a celebrar que ya éramos ricos todos.

Me encontraba en mi cuarto, leyendo una novela infantil de una familia americana, que me había prestado mi amiga de la residencia de mineros. Este tipo de libros tenía que leerlos a escondidas, porque todo lo que no fueran libros religiosos o del instituto me estaban prohibidos, así que cuando caía alguno en mis manos lo devoraba con verdadera pasión. Me maravillaba ese mundo fascinante que me trasladaba a entornos tan sorprendentes, extraños y lejanos como no podía llegar a imaginar con mi poca experiencia. Describían lugares y cosas que yo ni siquiera sabía lo que eran ni dónde estaban, hablaban de comidas y bebidas que para mí eran un enigma, pero, a pesar de esas lagunas referenciales, disfrutaba muchísimo leyéndolas. Cuando fuese mayor quería ser viajera o escritora, que en aquel entonces me parecía casi lo mismo. Me encontraba enfrascada en la lectura cuando me sacó de mi ensimismamiento el cura de cera, que me indicó que don Baudilio quería hablar conmigo y que, como estaba en su habitación trabajando, me pedía que fuese a verle yo. Así lo hice, escondí el libro entre los demás de estudio y salí para ver al cura, elucubrando, mientras recorría el pasillo hasta su cuarto, qué disparate se le habría ocurrido en esta ocasión. Me recibió sonriente, destilando falsedad, como casi siempre, lo que me hizo adivinar que la razón por la que me había hecho llamar era hacerme alguna otra petición. No me equivocaba. Después de ofrecerme unos polvorones, que, según me explicó, eran especiales y se los hacía a él, personalmente, una señora del pueblo, que le tenía en gran aprecio, tomó mi mano entre las suyas. Eran fofas, sus dedos eran carnosos y cortitos, y sus uñas estaban perfectamente recortadas, como si llevara hecha la manicura. Era la primera vez que me fijaba con atención en sus manos y me provocaron una cierta repulsión. Impetuosamente, retiré la mía en un movimiento casi reflejo. Él, hablando muy despacio, con una entonación fabulosa, como si estuviese contándome un cuento, comenzó a relatar lo importante que iban a ser todos los pasos que diésemos a partir de entonces en todo lo relativo al milagro. Repetidamente hacía referencia a la autenticidad de mis visiones, como queriendo dejar claro, una vez más, que, por supuesto, él nunca las había puesto en duda, pero dejándome ver que, si a lo divino se le ayuda desde abajo, es más fácil que los sagrados propósitos se consigan. Me dio las gracias por mi interpretación cuando fingí el éxtasis y pronuncié el mensaje, prácticamente, al pie de la letra y elogió mi capacidad para mantener con naturalidad la apariencia de abstracción y, más o menos, veladamente, vino a insinuarme que debería ser una actitud muy a tener en cuenta para posibles futuros hechos similares.

—No lo voy a volver a hacer.

—Lo mismo no, exactamente lo mismo no, pero...

—No, don Baudilio, no lo voy a volver a hacer.

—Bueno, hija, bueno, no te pongas así, ya hablaremos. Ahora vuelve a tu cuarto y sigue leyendo, pero sería mucho mejor que leyeses la vida de algún santo o la Biblia en vez de esos libros tontos que no harán más que meterte en la cabeza ideas insanas y peligrosas. Anda, ve, ve.

Mi madre, don Baudilio, yo misma, todos queríamos utilizar al cielo para asegurarnos beneficios terrenales, pero en todos los casos había un protagonista por el que tenía que pasar la acción: yo. Eso me daba cierta ventaja, aunque también me estuviera suponiendo ciertos apuros. Me sentía presionada, chantajeada por todo el mundo y todo el mundo parecía tener algún arma en su poder para poderme exigir que cumpliera con sus expectativas.

Y llegó el día de la primera misa navideña, la del gallo, a la que acudió bastante gente, prácticamente, todos vecinos del pueblo y de los alrededores. Hacía un frío horrible. Don Baudilio, a pesar de que en la parte de abajo del altar se había instalado un brasero, tiritaba tanto que parecía estar conectado a una corriente eléctrica que le estuviera transmitiendo su electricidad, provocándole un calambre continuo. Al Niño Jesús le pusieron una manta por encima de la cuna, porque el pobrecito estaba amoratado. Fue una ceremonia corta, aunque, debo reconocer, que emocionante. No hubo ni éxtasis, ni visión, ni nada de nada, porque lo que todos estábamos deseando era marcharnos a casa, tomarnos un vaso de leche caliente para entrar en calor y meternos en la cama. Mi madre también asistió, pero debió de comprender que no estaba la temperatura para bollos, así que ni siquiera me insinuó con la mirada que cumpliera sus deseos.

Realmente la misa importante, para la que habíamos echado el resto, era la del día de Navidad. La convocatoria fue impresionante. La gente, prácticamente, no cabía en la explanada y desde los aledaños, por el camino, desde detrás del río, por detrás del castaño hueco, se aglomeraban para poder tener algo de visión del altar y de la primera fila en la que yo me encontraba rodeada de mi grupo, al que, por supuesto, se había unido de nuevo mi madre. Pero lo que nadie esperaba era que el protagonismo del momento fuese a tenerlo alguien a quien nadie imaginaba ver allí. Justo detrás del portal de Belén viviente y aprovechando que, desde ese lugar, que estaba en alto podían

verle, prácticamente, la totalidad de los asistentes hizo su aparición, como si de una estrella del *rock* se tratara, megáfono en mano, el nuevo párroco del pueblo. Absolutamente fuera de sí comenzó a lanzar maldiciones y condenas eternas, acusó a don Baudilio de «sacerdote fugado del seno de la Iglesia», de conducir al pecado a todos los que le creyeran, tildó el milagro de patraña, a mí de farsante y, cuando parecía que iba a explotar en pleno ataque de cólera, aparecieron por detrás de él algunos de los falangistas del equipo de seguridad y se lo llevaron a empellones. La iglesia del pueblo había quedado prácticamente vacía desde el mismo día en el que se hizo cargo de ella y no estaba dispuesto a dejarse vencer tan fácilmente.

Después de aquel abrupto comienzo, la misa continuó según lo previsto. Resultó muy vistosa y el coro le otorgó una categoría soberbia. Debo reconocer que me estremecí en más de una ocasión.

Era Navidad, la Navidad definitiva. Fueron días de alegría y distensión en la casa. Llegaron infinidad de regalos. Yo jamás había visto tanto dispendio en mi vida. Mi hermano se mostraba nervioso cada vez que llamaban a la puerta y aparecía un paquete. Muchos de aquellos obsequios debían de ser carísimos: joyas, libros y misales con las tapas de oro o plata, ejemplares de biblias con una encuadernación deslumbrante y estampas maravillosas... El encargado de repartir o más bien hacer acopio de todos aquellos presentes fue, como no podía ser de otro modo, don Baudilio que, segura estaba yo, se guardó para él los más valiosos. A mí no me importaban nada todos aquellos agasajos, pero notaba en el resto de los habitantes de la casa cómo les brillaban los ojos al contemplarlos y cómo les asomaba la codicia al rostro con cada envoltorio abierto. Llegó un ejemplar de una biblia en especial, no muy grande, pero de una belleza y un refinamiento exquisito. Vi a mi hermano que se le iluminó la cara cuando el cura de cera desenvolvió el paquete en el que vino envuelta, pero, al igual que el resto de los regalos, fue retirado por don Baudilio y guardado sin reparo. En ese momento vi una oportunidad de sacar algo de partido a mi posición. Esperé a que el cura se retirase a su habitación y, cautelosamente, me dirigí hasta ella. Llamé a la puerta, desde dentro contentó don Baudilio con voz babosa.

—Pasa, pasa.

—Buenos días, padre, quería proponerle un trato.

—Tú me dirás, criatura.

Le expuse mi plan sin rodeos. Le dije que si le regalaba a mi hermano

aquel ejemplar de la biblia que tanto había llamado su atención estaba dispuesta a volver a interpretar un éxtasis con el mensaje que él me indicase. Noté su satisfacción en la expresión, me contestó que, por supuesto, que no tuviera ninguna duda de que así lo haría y pasó, también sin ambages, a trasladarme lo que se le había ocurrido para mi próxima revelación.

—Tenía pensado que para darle a tu intervención algo más de variación y para que no pierda realismo, podrías, si te parece correcto, en vez de tener un éxtasis como los anteriores, tener locuciones internas sin visiones, que también, ya lo dijo San Juan de la Cruz, son muy usuales entre los favorecidos por Dios, como es tu caso, aunque a ti haya sido la Virgen María, nuestra Santa Madre, quien te ha elegido. ¿Qué te parece?

—Que no lo entiendo.

Me explicó en qué consistían las locuciones interiores y me transmitió su idea de que fuese corriendo la voz entre mis amigas de que me sucedían esos trances para que ellas hicieran de correa de transmisión y que, por su parte, él mismo se encargaría de difundirlo por los mismos medios que utilizábamos para comunicar los oficios de la explanada. Además, se le había ocurrido que para que los éxtasis no tuvieran lugar siempre en el mismo sitio, es decir en el castaño hueco, sería bueno también que alguna vez saliera ya de casa en trance, porque eso le daría mucha vistosidad al fenómeno.

Salí de la habitación algo desalentada, pero a la vez contenta al imaginar lo feliz que se iba a poner mi hermano al recibir su regalo, como así fue. A los pocos minutos de que hubiese mantenido la conversación con el cura, llegó mi hermano a la cocina, donde me encontraba yo disfrutando de un chocolate y algunos dulces navideños. Me enseñó, alegre, su refinada nueva biblia, abriendo las páginas nervioso, buscando las preciosas ilustraciones para enseñármelas.

—Ten cuidado al pasar las páginas que son muy finas. Cuídala bien, que debe de valer un dineral.

—Sí, sí, claro.

Me dio un beso apresurado y salió corriendo. Yo también obtuve mi particular regalo navideño. El cartero fue su portador. Dejó en el buzón un sobre con unas campanas y un angelito dibujados en una de las esquinas. Era una felicitación navideña del Franchute, enviada desde su ciudad, Bruselas. Me felicitaba, escuetamente, la Navidad y, tras contarme que se estaba recuperando del accidente, me preguntaba, sin tapujos, si seguíamos siendo novios. Al terminar de leer la tarjeta me puse nerviosa. De pronto todas las

demás idas y venidas de los acontecimientos que me rodeaban perdieron importancia. Tras la dicha que me había provocado aquella carta se habría paso ahora un dilema en mi interior: «¿Seguía queriendo tener novio o no?». Desde luego lo que no podía dejar de hacer era responderle. Me lo pensaría y dejaría que fuese el corazón quien dictara mis palabras. Fui hasta mi buró y comencé a escribir mi respuesta.

«Estimado Paul, aprovecho para darte las gracias por tu felicitación navideña y para felicitarte las fiestas también yo a ti. Me alegro mucho de que te encuentres ya mucho mejor. ¡Vaya susto nos diste a todos! Realmente, no sé si en estos momentos lo mejor sería que nos diéramos un tiempo antes de seguir con nuestro noviazgo, ya que hasta que nos volvamos a ver puede pasar mucho tiempo y quién sabe qué puede suceder. No te digo ni que sí ni que no, solamente que no nos precipitemos. Ponte bueno del todo, que ahora es lo más importante.»

Arranqué la hoja del cuaderno, me hice con un sobre y un sello, de donde ya sabía yo que los guardaba don Baudilio, y lo puse a buen recaudo hasta que pudiese echarla al buzón. Sentí un gran alivio al cerrar el sobre, creí haber resuelto de la manera más elegante y juiciosa aquella situación. Era verdad que el Franchute seguía gustándome, pero no estaba segura de que en aquellos momentos fuera oportuno meterme en enamoramientos.

XXXVI

PASÓ LA NAVIDAD. Las clases en el instituto se reiniciaron y la rutina volvió a instalarse en el pueblo y en las vidas de todos los vecinos. Aunque los mineros habían seguido en las galerías, los lavaderos de carbón trabajando, las mujeres en el Cargue y las actividades comunes de la vida diaria activas, excepto en los días festivos, a mí me parecía que la Navidad paralizaba todo. Al menos, así era, para los más jóvenes, que habían gozado de más tiempo libre para parrandear. Yo no. Yo casi podría decir que me gustaba más el período escolar que el de vacaciones, porque pasaba mucho más tiempo entre gente de mi edad que cuando no tenía clase. Durante esos períodos de tiempo muerto tenía que estar todo el día rodeada de adultos, de beatos, aprisionada entre los muros de aquella casa umbría y tan triste... Pero pasó la Navidad y el Año Nuevo iba a empezar cargado de sorpresas.

Los dos sábados siguientes habían seguido celebrándose las misas en la explanada con la misma afluencia de siempre, eso no había cambiado, y de hecho la pujanza del milagro seguía en auge y creciendo. El pueblo seguía llenándose de forasteros, de puestecillos de baratijas religiosas; los bares, las calles y los alrededores del pueblo bullían de forasteros. Las obras de la iglesia nueva iban despacio, pero avanzando, y por lo que yo podía ir percibiendo, aguzando el oído, las donaciones no dejaban de llegar. Ya llevaba algunos días contando a mis amigas lo del fenómeno de las locuciones interiores a las que había hecho referencia don Baudilio y por él mismo supe que ya estaba empezando a ser comidilla entre la gente del pueblo, así que podíamos estar seguros de que pronto llegaría mucho más lejos la noticia de mi nueva experiencia mística.

Mi madre, por su parte, no parecía demasiado interesada, por el momento, en que afianzara su legitimidad como mártir estigmatizada, acreedora de un lugar de privilegio, como me había propuesto. Eso era señal de que su tenderete le estaba dando suficiente rendimiento y que no tenía

prisa. Volvería a la carga, estaba segura, pero por ese lado, hasta la fecha, todo parecía tranquilo.

En cambio, pronto algunas otras situaciones y determinadas personas iban a sufrir un revés importante, porque algo insospechado truncaría su paz y el estado de las cosas.

Regresábamos del instituto hacia casa mi hermano y yo, cuando vimos desde lejos al director del banco aparcando frente a nuestra casa y saliendo a toda prisa de su coche. Esperaba en la puerta a que le abrieran cuando llegamos hasta él. Le saludamos, pero ni siquiera nos devolvió el saludo.

—¿Qué pasa que no abren? ¿No hay nadie?

—Imagino que sí, pero es que la casa es grande.

Justo en ese momento una de las señoras del servicio abrió el portón de entrada, el director del banco, a punto de llevársela por delante, entró bruscamente, llamando a voces al marido de la señora gorda y a don Baudilio. Nosotros nos quedamos en el pasillo, sin movernos, para enterarnos de qué estaba sucediendo, pero, rápidamente, la señora nos indicó que nos fuésemos a nuestras habitaciones a dejar nuestras carteras y nos preparásemos para almorzar. Todo eran gritos y carreras. Esperando sentados en el comedor a que alguien nos sirviese la comida, supusimos que lo que había sucedido era lo siguiente: la señora gorda y el cura de cera habían desaparecido, habían abandonado la casa, se habían fugado, y la presencia del director del banco obedecía a que no debían de haberse escapado con los bolsillos vacíos. Las voces se solapaban unas con otras, las amenazas de muerte y las afrentas al aire volaban por los pasillos como sombras inquietas. El marido de la señora gorda subía y bajaba las escaleras sin dar crédito a lo que la realidad certificaba, que su mujer le había abandonado y se había escapado con un cura.

—¡Con un cura! ¡Con un cura! No me lo puedo creer. ¡Será puta!

—Hombre, a lo mejor solo son socios.

—¡Me toca los cojones lo que sean!

Don Baudilio estaba más preocupado por el dinero, por los fondos que se habían llevado los pecadores fugitivos, que por la traición conyugal y por la felonía del cura.

—¿Y cuánto dice usted que se han llevado?

—Una barbaridad, don Baudilio, una barbaridad, pero como cumplían lo de las dos firmas y se pusieron tan violentos...

—¡Santo Dios del cielo, Santo Dios del cielo! ¿Pero cómo se lo ha

permitido usted sin avisarme?

—Coño, don Baudilio, ya se lo estoy diciendo, eran dos firmas, yo no podía hacer nada, y se lo he venido a contar en cuanto he podido. Si tuvieran ustedes teléfono...

El marido de la señora gorda salió en su coche a toda velocidad. Se fue sin decir nada a nadie, sin dar una sola explicación de hacia dónde se dirigía, de si pensaba volver, si tenía alguna idea de adónde podían haberse marchado los dos sinvergüenzas... Nos enteramos de que don Baudilio había intentado denunciar en el cuartelillo de la guardia civil el desfalco, pero le dijeron que, teniendo ambos firma autorizada en la cuenta bancaria, no había lugar a la denuncia contra los dos rufianes, así que era algo que debían arreglar entre ellos. Así se lo explicaba a un señor alto y seco que vino a visitarle y al que nunca habíamos visto, pero que parecía muy interesado en el tema. Mi hermano estaba seguro de que era un policía de la secreta de los que habían estado pululando por el pueblo cuando lo de los mineros y la verdad es que tenía todo el aspecto de serlo. A don Baudilio se le había esfumado en un abrir y cerrar de sumas todo el buen carácter que había venido exhibiendo en los últimos tiempos y volvió a ser el ser sórdido y miserable que todos conocíamos.

Aunque intentábamos que la vida continuase lo más rutinariamente posible dentro de la casa, resultaba muy difícil. Si bien era cierto que mi hermano y, sobre todo, yo disfrutábamos de muchísima más libertad, porque ya prácticamente nadie estaba pendiente de nuestras idas y venidas, las visitas y las reuniones que don Baudilio mantenía, casi continuamente, hacían que se hubiese convertido más en una oficina que en un hogar. El sargento de la Guardia Civil parecía haber trasladado su despacho a nuestro salón, porque pasaba más tiempo allí que en el cuartelillo. Eso nos permitía a nosotros tener siempre de primera mano la información que pudiera ir llegando acerca de las investigaciones que se estaban llevando a cabo para intentar localizar a la señora gorda y al cura de cera y, por lo que íbamos sabiendo, no estaban dando resultado.

—Esos están ya por la Conchinchina.

—Eso, usted siempre tan positivo.

—¡Coño, si es que es verdad! Si no, ya sabríamos algo. ¿Y el marido no ha vuelto?

—No, ni sabemos nada de él tampoco.

Por si estábamos poco entretenidos, fue durante esos días cuando se publicó el reportaje sobre mi madre.

Mi tía regresó al pueblo. Nos vimos con ella en el lugar de costumbre. Vino porque se enteró de la publicación del artículo. Traía una bolsa de deportes enorme cargada de ejemplares.

—¡Hala, qué barbaridad! ¿Los has comprado todos tú?

—No, cariño, me los ha dado el periodista que lo ha escrito, el que vino a entrevistaros. Leedlo, os vais a caer de espaldas. Vuestra madre se estaba haciendo de oro con la tontería de los estigmas y sus sandeces.

El reportaje contaba que nuestra madre había conseguido reunir un dineral gracias a las donaciones de seguidores anónimos y a las supuestas curaciones que llevaba a cabo, a mí me citaba al principio del texto, pero más que nada para contextualizar a la verdadera protagonista. Era demoledor, hacía un recorrido por todo su historial y no dejaba un solo detalle sin desbaratar y la tildaba sin vacilación de estafadora. Según iba leyéndolo se fue apoderando de mí una sensación de congoja. En muchos de los argumentos que el periodista iba desgranando a lo largo de la narración me veía completamente reflejada. ¿Sería yo mejor que mi madre? ¿Tendría la misma infame naturaleza? Las lágrimas me brotaron abruptamente, no sé muy bien si por ella o por mí misma. Mi hermano me echó el brazo por el hombro y me dio un beso en la mejilla regada por el llanto. Las letras se me desdibujaban por el torrente que salía de mis ojos, pero aun así continué leyendo. Contaba lo de las burbujas de sangre de las que, además, publicaba una foto demostrativa y relataba a la perfección lo del aroma que invadía la estancia donde ella se encontrase en el momento de producírsele los fenómenos. Del frasco de perfume también mostraba una enorme fotografía, que ocupaba media página y que llevaba un pie de foto que rezaba: «Esencia de perfume extraído del árbol de cananga». ¿De dónde habría sacado mi madre aquella rareza?

Dos páginas para derrotar a una persona. Dos hojas de papel para destrozar, de un vistazo, una falsedad basada en una existencia triste e insatisfecha, que había encontrado en una farsa una razón para vivir. Un error quizás inevitable, al que la razón estaba a punto de llevarse por delante. Mi madre estaba a un paso de empezar a ser un despojo de su propia historia.

Mi tía nos dijo que ella y sus amistades del pueblo, muchos de los que habían colaborado con los mineros cuando lo de las protestas, repartirían los

ejemplares del periódico, más las fotocopias que irían haciendo, y que no nos preocupásemos, que ella se encargaría de que no quedara un solo rincón del pueblo y los alrededores sin enterarse del asunto. Nos dio un beso y nos mandó a casa, prometiéndonos que nos mantendría al tanto del desarrollo de los acontecimientos. Antes de irnos le conté, con pelos y señales, lo que había sucedido con la señora gorda y con el cura de cera y ella, en vez de mostrarse sorprendida, comenzó a reír a carcajadas.

Regresamos a la casa caminando despacio, como si nos pesara en el alma lo que estaba a punto de suceder. No hablábamos, únicamente, cuando estábamos a punto de llegar a la puerta, mi hermano, mirándome muy serio, dijo que sería Dios el encargado de juzgar a nuestra madre, que nosotros no podíamos hacer nada. Me sorprendió su capacidad para alejar la culpa y su suficiencia a la hora de razonar una fórmula de alivio. Sin duda, mi hermano estaba madurando a fuerza de disgustos y espantos.

En casa la situación tampoco era muy tranquilizadora, don Baudilio se mostraba muy nervioso. Fui yo quien le dijo lo del periódico. Ni siquiera me preguntó de dónde lo había sacado, lo abrió con desgana, buscó la página en la que salía el reportaje y, poco a poco, fue creciendo su interés. Frunció el ceño y leyó de un tirón, sin levantar los ojos del ejemplar. Mi hermano y yo le mirábamos sin decir nada, esperando a que finalizara la lectura para ver cuál era su reacción. Cuando acabó, lo cerró con energía, lo dejó encima de la mesa y se levantó mientras decía que era lo que nuestra madre se merecía y que solamente esperaba que no nos afectara a nosotros.

—¿Lo sabe ella ya?

—No lo sé.

—No tardará mucho. Niña, ven a mi cuarto, que quiero hablar contigo.

Siempre que había hecho ese recorrido nunca había sido para nada agradable, al menos para mí. Don Baudilio me dijo que la faena que nos habían hecho la señora gorda y el cura de cera había dejado las arcas de la fundación, prácticamente, vacías y que teníamos que hacer algo si queríamos volver a recuperar antiguos esplendores. Además, el marido cornudo no había vuelto a dar señales de vida ni parecía que lo fuera a hacer, lo que significaba que nuestra fuente de financiación, incluso para nuestro propio sustento, presumiblemente, también desaparecería. De este modo don Baudilio lo dejaba todo en mis manos y me obligaba a dar algún paso para que las donaciones aumentaran, porque, ya me avisaba de que él no disponía ni de los contactos ni del rango apropiado como para solicitar las grandes cantidades de

dinero que se necesitaban a nadie. De hecho, una vez más, la construcción de la iglesia se había vuelto a suspender y el señor alto y seco, al que habíamos visto días antes hablando con don Baudilio y al que confundimos con un miembro de la policía secreta, era en realidad el encargado de la obra.

—Eran ellos, ellos siempre, los que conseguían que grandes hombres nos ayudaran, pero yo, pobre cura de pueblo, a quién voy a acudir. Rezar, rezar mucho, no me queda otra. Tú, mi niña, tienes en tu mano pedirle a la Virgen que nos ayude. ¿Lo harás?

—Se lo pediré, pero ¿eso significa que no voy a tener que simular ningún éxtasis más?

—Bueno...

Tras su patético berrinche pasó a esgrimir su explícito y directo plan próximo. Su idea era que durante la siguiente misa en la explanada volviese a dar un mensaje de la Virgen en el que animara a los fieles a dar donaciones para que se pudiera llevar a cabo, definitivamente, la construcción del templo, así a lo bruto. La idea, para darle más pompa al acontecimiento, que se le había ocurrido, venía a ser que yo saliera ya en éxtasis desde casa y que la gente me siguiese hasta el castaño hueco, donde una vez que llegásemos hiciera el paripé de la conversación con la Virgen. A mí todo aquel desbarro me parecía que estaba rayando la insensatez y que si tensaba más la cuerda, podía llegar a parecer un estrafalario sainete. Le dije que sí, que lo haría, pero en el fondo ni yo estaba convencida ni le convencí a él.

Mi madre llegó cuando atardecía. Sin decir nada a nadie se metió en su cuarto y yo, desde el pasillo, la oí llorar.

Al día siguiente una multitud de personas se arremolinaron frente a nuestra casa, lanzándole insultos e incluso alguno hubo que se atrevió a tirar piedras contra la fachada. Un par de ventanas se rompieron y don Baudilio, desde el balcón de la que, en otros tiempos, fuera la habitación de la señora gorda y de su marido, se asomó para intentar calmar los ánimos de aquellos furiosos desengañados. No tuvo demasiado éxito.

Pegado a la habitación de nuestra madre, hablándole a través de la puerta, don Baudilio intentaba convencerla para que abandonara nuestra casa y se marchase a su piso, porque su tormento no era justo que lo sufriésemos también nosotros, que no teníamos nada que ver con su castigo. Desde dentro

no había respuesta. Nuestra madre se había parapetado en su cuarto y así estuvo durante tres días. Seguramente haría expediciones nocturnas a la cocina para comer algo, pero durante el día permanecía enclaustrada, sin comunicarse con nadie y sin responder a los continuos requerimientos del cura. En una de esas excursiones alimenticias don Baudilio la pescó. A mitad del recorrido, escondido tras un bargueño que había en el pasillo, la sorprendió en medio de la noche. Nos despertaron sus alaridos. El cura la increpaba exigiéndole que abandonase la casa de inmediato, ella se intentaba escabullir mientras le acusaba a él de enredador, de manipulador, de canalla... Me asomé, los vi enzarzados en una pelea mujeril, agarrándose del pelo, lanzándose arañazos como leonas... Aunque estuve tentada de salir a separarlos, me quedé en mi cuarto, en el quicio de mi puerta entornada, observando la agarrada, no sé si disfrutando, pero entretenida. Nadie más salió al pasillo. Mi hermano, como era medio sordo, debía de estar echado del lado del oído bueno y no debió de enterarse de nada, y las dos señoras del servicio como dormían en las habitaciones de la casita de afuera o no lo oyeron o decidieron no intervenir en la jarana. El resultado de la trifulca acabó con mi madre saliendo de la casa con una pequeña maleta en ristre cuando apenas amanecía. La vi alejarse por el camino de tierra, haciéndose cada vez más pequeñita, hasta que se fundió, definitivamente, con la niebla que difuminaba la mañana. Yo aún no lo sabía, pero esa iba a ser la última vez que la viese.

XXXVII

DURANTE ALGUNOS DÍAS MÁS la gente que quería escarmentarla o recriminarle que les hubiera estado mintiendo y engañando con sus estigmas y sus tinglados espiritistas continuó acudiendo a nuestra casa, pero o bien el propio don Baudilio o bien alguna de las señoras de servicio les hacían saber, a voz en grito, que mi madre ya no estaba allí, que se había marchado a su casa del pueblo y que nos dejaran en paz. Por mis informadoras me enteré de que, efectivamente, en la plazoleta que había frente a nuestro antiguo piso se concentraban todos los días un buen número de personas increpándola, incluso me llegaron a contar que un hombre consiguió entrar en el edificio y colarse dentro de la casa y que, si no hubiese sido por un vecino que se percató, tuvo compasión y salió a defenderla, sabía Dios qué hubiera podido suceder. Al final, alguien avisó a la guardia civil y el forcejeo con el intruso se zanjó sin que llegara a tener mayores consecuencias.

No sé cuánto duraría aquella penosa situación para nuestra madre, pero de lo que estaba segura era de que para ella la aventura de su vida quimérica había llegado a su fin. Ignoro si alguna de sus fieles beatas permaneció a su lado, si algún afectado por sus falsas curaciones conseguiría tomarse venganza por fin o si alguien se apiadó y le dio amparo, porque con nosotros, con sus hijos, su única familia además de su hermana, con la que había dejado de hablarse hacía mucho tiempo, nunca más volvió a tener relación y ni siquiera mostró interés, ni una sola vez más, por saber de nosotros. Ni un mísero adiós.

Y pasó tanto tiempo...

La firmeza de la fe en el milagro seguía intacta. La gente, los fieles seguidores de la aparición, ignorantes de la realidad que estaba sacudiendo a nuestro grupo, continuaban llegando cada sábado a la misa de campaña, que don Baudilio cada vez oficiaba con menos fervor, de manera más desganada. Imagino que sí llamaría la atención entre los asistentes que la construcción de

la iglesia no avanzara y que, una vez más, pareciese abandonada, a buen seguro se preguntarían por ello, pero la verdad era que la convocatoria continuaba siendo multitudinaria y mi crédito como niña santa seguía intacto.

Don Baudilio se mostraba de muy buen humor. Las semanas continuaban pasando y las donaciones no debían de ir mal, porque no noté ningún cambio en el derroche que solía reinar en la casa. Continuábamos recibiendo multitud de visitas y nuestra despensa seguía repleta de todas las delicias imaginables. En ningún momento se volvió a mencionar a los miembros desertores del grupo ni tampoco regresó el sargento de la Guardia Civil a ofrecer novedades sobre ellos. Tampoco creo que a la señora gorda y al cura de cera los hubieran encontrado, porque si así hubiera sido nos habríamos enterado, pero como parecíamos gozar de cierta estabilidad económica y la «operación milagro» no había sufrido alteraciones reseñables, el único superviviente de la camarilla, que permanecía en su puesto, don Baudilio, se mostraba satisfecho. Hasta tal punto parecía despreocupado que incluso había dado por enterrado el conflicto abierto con el nuevo párroco, quien, por cierto, y poco a poco, había ido recuperando fieles y, aunque aún no llegaba a congregar la misma cantidad de público en sus homilías que llegó a tener en su tiempo don Baudilio, sí iba consiguiendo recuperar terreno. En el instituto contaban que era muy buena persona, que se estaba ganando, casa a casa, la confianza de los parroquianos y que empezaba a formarse una buena reputación entre la vecindad. El invierno iba avanzando y el que los niños y niñas que fueran a tomar la primera comunión en primavera tuvieran que ir preparándose en la catequesis y que alguna que otra pareja fuese a contraer matrimonio le estaban facilitando bastante las cosas. La gente del pueblo podía seguir acudiendo a las misas de campaña y seguir profesando cierta fidelidad a su antiguo párroco, pero al no saber su situación oficial y si los sacramentos impartidos por este seguían siendo válidos, al no tener el visto bueno eclesiástico, por si acaso, habían empezado a jugar a dos bandas. Tampoco eso parecía inquietar ya a don Baudilio, que presuponía que su situación era sólida y su futuro como líder espiritual del movimiento mariano estaba asegurado.

Escribí a mi tía contándole cuál había sido el resultado de la publicación del reportaje sobre mi madre, le relaté la tranquilidad en la que vivíamos últimamente y lo que la echaba de menos. Le pregunté por el cura jipi y le rogué que viniese a vernos. No tardó mucho en contestarme. Me decía que no le gustaba la idea de que viviésemos solos con don Baudilio y que estaba pensando que, solamente, si queríamos, nos marchásemos a vivir con ella.

«Seguro que la Virgen lo entiende.» Así, problablemente, de manera irónica, acababa la carta. Cuando terminé de leerla apreté el sobre contra mi pecho y comencé a llorar. Durante los días siguientes no pude parar de pensar en ello y durante las noches apenas concilié el sueño. Aquella idea, la posibilidad de olvidar toda aquella pesadilla, no volver a ver jamás a toda aquella gente, que se había apoderado de mi vida, tener la ocasión de poner punto y final a aquella época tan demoledora, lejos de aquella locura, que tenía confiscados mi pensamiento y mi alegría... Durante aquellos días me era imposible concentrarme en el estudio, en clase me costaba muchísimo mantener la atención y durante el resto de la jornada mantenía una actitud abstraída, como ajena a todo lo que me rodeaba. Hablé con mi hermano, le conté lo que nos decía nuestra tía en su carta y le consulté sobre su parecer.

—¿A ti te gustaría que nos fuésemos a vivir con la tía?

—Sí, pero...

—¿Pero, qué?

—¿Qué pensará la Virgen?

—Se lo puedo preguntar.

—Pues entonces, por mí sí.

Tenía que idear algún plan para resolver aquel dilema. No quería enfrentarme, directamente, a don Baudilio, porque en el fondo le tenía miedo. No sabía cómo podía llegar a reaccionar si le planteaba abiertamente que abandonaba, que me marchaba del pueblo y que se olvidase de la niña santa. Su situación dependía por entero de mí, si yo renunciaba, él se hundía, si yo abandonaba, él se quedaba sin referencia para mantenerse a flote. Temí su ira y eso me hizo elucubrar un plan desesperado.

Pensé que lo mismo que me había llevado hasta allí tenía que ser lo que me sacara. Si la Virgen me metió en aquel lío, sería la Virgen la que debería sacarme de aquel laberinto en el que me había metido y en el que no paraba de dar vueltas, y más vueltas y más vueltas, sin encontrar la salida.

XXXVIII

DESPUÉS DE QUE PASARAN VARIAS SEMANAS sin recibir respuesta del Franchute a mi carta había dejado ya de preocuparme si el cartero dejaba en el buzón algo para mí, pero un día sucedió. Una de las señoras de servicio dejó sobre mi buró un sobre mucho menos refinado que el primero que recibiera de quien, por aquel entonces, era mi novio en la distancia. Se trataba de un modesto sobre con los bordes coloreados en azul y rojo, que guardaba en su interior una hoja cuadriculada a la que ni siquiera habían eliminado las barbas que habían quedado tras separarla de la espiral del cuaderno del que había formado parte. Decía así:

«Hola, ¿cómo estás? Yo bien, mejorando. A lo que dices de dejar de ser novios, me parece bien.»

Paul

No podría decir si me dio pena, si me enfadé, si me sentí aliviada... Puede ser que fuese una mezcla de todo ello. Debo reconocer que me provocó algo de decepción. Aquella actitud tan displicente, tan poco combativa, el que hubiese decidido abandonar de un modo tan tajante nuestra incipiente relación me dejó algo disgustada. No estaba acostumbrada, sobre todo desde hacía algún tiempo, a que las personas que me rodeaban tuvieran hacia mí una actitud tan apática.

Estábamos a mitad de una semana en la que los fríos rigurosos, aquellos que llegaron con rencor, ya se estaban alejando, así que eso me hacía prever que a la misa de la explanada del sábado siguiente la asistencia de fieles sería aún mayor de lo que estaban siendo las últimas jornadas, porque el tiempo invitaría a ello, así que decidí que era el momento en el que tenía que dar el golpe de gracia a aquella farsa. Don Baudilio me dijo una mañana, mientras

desayunábamos solos, porque mi hermano y las señoras de servicio estaban en el corralillo cogiendo huevos de las gallinas, que no estaría nada mal que fuese pensando en lanzar algún mensaje de la Virgen para animar a los fieles y que no perdieran fe en la aparición, que últimamente estaba muy sosa. «Te vas a enterar de lo que es animación», pensé cuando acabó de hacerme de nuevo aquella proposición tramposa y descreída.

Llegó el sábado. Mis cálculos habían sido correctos. La afluencia de fieles había aumentado considerablemente, porque el sol alentó a más gente a desplazarse hasta el pueblo para participar de la homilía y, de paso, probar suerte por ver si podían ser testigos de un nuevo éxtasis de la niña santa. Y esta vez iban a tener la fortuna de asistir a uno muy especial.

Salí nerviosa, aunque haciendo verdaderos esfuerzos porque no se me notase. Como siempre, un séquito espontáneo me acompañó desde la puerta de nuestra casa hasta el castaño hueco. Intenté mostrar una actitud, ya desde el principio, un tanto abstraída, caminando despacio, con la mirada algo aupada y una sonrisa cándida delineada en mis labios. Llegamos a la explanada. Siempre solía percibir un murmullo contenido cuando hacía mi aparición. La misa comenzó e iba transcurriendo con normalidad. Don Baudilio me lanzaba miradas insinuantes de vez en cuando, como proponiéndome que iniciara mi representación, pero yo me estaba preparando internamente y no encontraba el momento. Una maraña de inquietudes me atenazaba, me tenía bloqueada, me impedía moverme, reaccionar. Pensaba que no iba a ser capaz de llevar a cabo mi plan. Entonces miré a mi hermano, le vi tan ajeno a todo, tan inocente, tan limpio que, en ese momento, como empujada por una fuerza invisible, me hinqué de rodillas, levanté la vista al cielo en dirección al castaño hueco y comencé mi interpretación. Como si la Virgen me fuese dictando fui declamando con voz firme todas las palabras que había esbozado en mi cabeza los días anteriores. Mi propio discurso, por efecto de la reverberación, regresaba a mí engrandecido, mucho más ampuloso. El sistema de megafonía instalado alrededor de toda la explanada hacía que llegaran con total nitidez mis palabras a todos los presentes y que ganara magnificencia. Y les dije a los fieles que aquella sería la última vez que la Virgen se comunicaría y que Nuestra Señora estaba disgustada porque no rezábamos lo suficiente ni cumplíamos con los mandamientos que su Hijo nos había dado, pero que su amargura venía dada, especialmente, por la presencia permanente, en aquel lugar sagrado, de aquel cura indigno, sacrílego, abusador de niños, pecador

irredento y servidor del mal. Don Baudilio, atónito y enfurecido, abandonó su lugar en el altar y se vino hacia mí, completamente arrebatado, me agarró por los hombros y comenzó a zarandearme, mientras me llamaba mentirosa y blasfema. Entonces la gente se le echó encima, yo me dejé caer, como si las fuerzas me hubiesen abandonado y mi cuerpo no fuera más que un frágil envoltorio. Cerré los ojos y no quise saber más. Oía a mi alrededor una tremenda trifulca, cómo el gentío insultaba a don Baudilio y se liaba a golpes. De pronto alguien me tomó en brazos y me sacó de allí. Aunque yo continuaba con los ojos cerrados, sabía que me estaban apartando del lugar y llevándome a algún sitio seguro. Notaba que muchos nos seguían, porque podía oír sus voces, sus súplicas... De repente todo se calmó. Noté bajo mi cuerpo la placentera sensación de una superficie blanda y confortable, que resultó ser mi cama. Se hizo el silencio. Abrí los ojos y, al saberme sola, respiré satisfecha. Lo había logrado. A partir de aquel momento comenzaba el verdadero porvenir.

Pasé el resto del día y de la noche durmiendo, cuando abrí los ojos lo primero que vi fue a mi hermano, que me velaba, sentado en una silla, junto al lateral de la cama. Se arrojó sobre mí al verme despierta y me colmó de besos. Me preguntó si me encontraba bien, si estaba triste por lo que la Virgen me había dicho y si ahora que ya no podía volver a hablar con Ella podíamos irnos con nuestra tía. Le vi feliz, en ningún momento me pareció que aquella nueva situación y lo que se había vivido en la explanada hubieran afectado a su estado de ánimo o le hubiera provocado ningún tipo de aflicción. Debía de tener al menos las mismas ganas que yo de abandonar aquella casa y de iniciar una nueva vida, así que me levanté, le abracé fuertemente durante un buen rato y después le dije que teníamos que escribir a nuestra tía para que viniese a recogernos. Pregunté a una de las señoras de servicio si sabía qué había pasado con don Baudilio y me contestó que, por lo visto, le habían tenido que ingresar en un hospital porque los golpes recibidos le habían provocado heridas graves. Me santigüé, regresé corriendo a mi cuarto, saqué de la cartera del instituto un cuaderno y me senté en mi buró a escribir la carta para comunicarle a nuestra tía que ya éramos libres para marcharnos a vivir con ella y que acudiese a buscarnos cuanto antes. Cuando la terminé fui hasta una estancia que, hasta hacía poco, había sido un despacho en el que, a veces, trabajaban el marido de la señora gorda o don Baudilio. Saqué un sobre del cajón, donde ya sabía yo que los guardaban, porque no era la primera vez que

cogía uno, y me dirigí de nuevo a la cocina para pedirle a la señora algo de dinero y poder así comprar un sello en el estanco. Refunfuñando, rebuscó en un pequeño monedero, pero lo que sacó no fueron monedas sino, propiamente, un sello. Le di un beso y eso pareció ser suficiente recompensa para ella. También pensé que quedarse en aquella casa podía ser peligroso y que no era descabellado suponer que alguna de las fuerzas vivas del pueblo pudiesen venir para intentar entrometerse de nuevo en mi vida, así que le pedí a mi hermano que fuese a la residencia de mineros solteros y le dijese a mi amiga si nos podíamos quedar allí unos días hasta que viniera a buscarnos nuestra tía y que si aceptaba, le comunicara que iríamos esa misma noche para intentar que no nos viese nadie y que le advirtiera que no debía decírselo a nadie.

—Y de paso echa esta carta al buzón.

Al poco de marcharse mi hermano a cumplir con los encargos apareció en la casa el alcalde del pueblo, acompañado por el sargento de la Guardia Civil. Oí desde mi habitación cómo preguntaban por mí a la señora de servicio que abrió la puerta y cómo esta, muy educadamente, me libraba de tener que recibirles, diciéndoles que estaba en cama porque no me encontraba bien desde el día anterior, cuando me trajeron en brazos. Escuché entonces al alcalde cómo le decía a la señora que les avisase cuando me sintiera mejor y que lo único que pretendían era interesarse por mi estado y ver si necesitaba algo. Ella les dio las gracias y a los pocos instantes oí el motor de un vehículo que arrancaba y se alejaba. Salí del cuarto, me abracé a su cintura oronda y le di otro beso. Ella, sonriendo, me habló mientras se balanceaba en dirección a la cocina.

—Hoy vamos a comer de lujo, nos vamos a dar un homenaje nosotras solas.

—Y mi hermano.

—Y tu hermano.

Esa misma noche, con tan solo algo de ropa, la cartera de los libros del instituto y alguna otra cosa más, salimos a hurtadillas de la casa en dirección a la residencia de mineros solteros. A mitad de camino mi hermano se dio la vuelta.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo, que me he dejado algo.

Me quedé esperándole con sus cosas y las mías, medio escondida bajo la oscuridad compacta de un soportal. Regresó al poco, corriendo, corriendo,

con su pequeña y lujosa biblia en la mano.

—No podía dejarla allí.

—Claro, claro.

Cuando llegamos a la residencia, mi amiga y su madre nos estaban esperando despiertas. Esa noche ni siquiera hablamos, yo dormí en el cuarto de mi amiga y mi hermano en una de las habitaciones libres de la residencia. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, les conté nuestros planes. Ellas, tanto la madre como la hija, fueron muy consideradas y en ningún momento nos preguntaron ni los motivos por los que habíamos decidido marcharnos del pueblo, ni siquiera por los pormenores de lo que había sucedido en la explanada del castaño hueco durante mi éxtasis, aunque yo sabía que ninguna de las dos parecía estar muy convencida de la autenticidad de todo lo que allí había sucedido y que, como era natural, ya era la comidilla de toda la comarca y posiblemente de todo el país.

Allí estuvimos esperando ocultos justo una semana, ignorando qué consecuencias habría podido causar nuestra desaparición. El sábado siguiente me dijo mi amiga que también había acudido muchísima gente a la explanada y que, como nadie daba explicaciones de lo que sucedía ni de por qué no se celebraba la misa, los devotos pululaban como fantasmas por el pueblo y por los contornos sin saber muy bien qué hacer.

El domingo, por fin, llegó nuestra tía en un coche, completamente destartalado, que conducía el cura jipi. Comimos todos juntos en la residencia, reímos, lloramos, nos besamos, nos dimos más besos, recordamos pasados momentos y pasadas personas volvieron a nuestro recuerdo, nos entristecimos a veces y, por la tarde, mi hermano y yo abandonamos, casi clandestinamente, aquel pueblo que había sido sigiloso escenario de toda nuestra existencia. Debería haberme sentido alegre, pero, en cambio, una sensación de amargura me traspasaba el corazón. No lloré. Permanecí en silencio, mirando por la ventanilla del coche cómo iban quedando atrás aquellas estampas que habían conformado el fondo cotidiano de mi vida y que desde aquel momento ya serían solo parte de mi memoria o de mi olvido.

A lo lejos, detrás del lavadero de carbón, sobresalían algunos de los edificios del barrio en el que se encontraba nuestro antiguo piso e, irremediablemente, se me vino a la cabeza la imagen de nuestra madre. Tampoco sentí nada especial, ni tristeza ni pesadumbre ni odio ni rencor, lo que, verdaderamente, me invadió fue una sensación de melancólico alivio.

XXXIX

EL PISO DE NUESTRA TÍA ERA PEQUEÑO. Tan solo una habitación con una cama de matrimonio, que compartiría conmigo, y un salón comedor con un sofá cama, donde pasaría las noches mi hermano. Aquella estancia mínima, oscura, a la que le entraba tan poca luz que daba la impresión de que allí los días debían de parecer un atardecer constante, me pareció un colosal palacio, porque el espacio que físicamente le faltaba, lo compensaba la sensación de libertad que me hizo sentir. El solo hecho de atravesar el umbral de la puerta y verme dentro me provocó un enorme desahogo. Mi hermano me tomó por la cintura y me sonrió.

—Vamos a ser muy felices aquí, hermanita.

Después de sacar de nuestras bolsas las pocas cosas con las que habíamos salido de la casa del pueblo, el cura jipi nos propuso dar un paseo por la ciudad e invitarnos a comer en algún restaurante.

—¡Barato, eh, que soy pobre!

Los primeros días fueron raros. Sin clases, acostumbrándonos al espacio, intentando afrontar aquella nueva situación... Nuestra tía nos trataba con muchísimo cariño, pero nos dejaba solos la mayor parte del día, porque tenía que trabajar en la tienda, así que mi hermano y yo pasábamos mucho tiempo solos. Escribí varias cartas a mi amiga de la residencia de mineros, a las señoras de servicio de la casa, aunque no sabía si seguían allí. Les contaba lo feliz que me encontraba, les decía que nunca, nunca, dejaríamos de ser amigas y que seguiría pidiéndole a la Virgen por todas ellas y por sus familias.

El transcurso de los días no hacía que se borrase en mí la huella que había dejado mi pasado. Haber sido santa y pasar a la normalidad no estaba siendo fácil de asimilar. Bullía en mi interior una mezcla de sentimientos encontrados que me mantenía inquieta a pesar de todo. Había conseguido acabar con una situación que durante muchísimo tiempo me había tenido cautiva, las personas que habían comandado aquel disparate ya no formaban

parte de mi vida, pero quedaba aún dentro de mí un rescoldo vivo que abrasaba mi conciencia. Todo había empezado por una invención y yo, más que nadie, había seguido avivando el entusiasmo suscitado en los demás. Necesitaba, en aquellos momentos, liquidar los restos, anular del todo los vestigios que pudieran quedar de lo que un día fue motivo de un gran engaño. Mi cabeza me decía que debía limpiar, completamente, mi corazón, que no bastaba con huir, que era mi obligación barrer la suciedad generada desde el origen y que las cosas del espíritu difícilmente se arreglan por sí solas, sino que han de encontrar quien las repare.

Durante la cena le pregunté a nuestra tía si veríamos pronto al cura jipi.

—¿Y eso? ¿Ahora quieres ser su amiga?

—A mí siempre me cayó bien.

—Eso es verdad. Pues no lo sé, pero si quieres le llamo y podemos quedar con él.

—Sí, por favor.

Al día siguiente pasamos la tarde juntos. En un momento en el que mi tía y mi hermano se pararon en un quiosco para comprar un álbum de cromos, le dije al cura jipi que necesitaba confesarme y que quería hacerlo con él. Me dijo que al día siguiente iría a nuestro piso y que me invitaría a desayunar en una cafetería y así nadie nos molestaría.

—¿No tiene que ser en la iglesia?

—No, eso era antes, además, ¿vas a decir que no a una bomba de nata?

Esa noche la pasé haciendo memoria, intentando recordar cómo habían ido transcurriendo los acontecimientos desde que me preguntaron en aquel camino si había visto la luz en el castaño hueco. No quería que se me pasara nada por alto, porque había decidido contárselo todo, vaciar de mentiras mi conciencia y confesar mi gran pecado.

Llegó pronto. Mi hermano aún dormía y mi tía había salido ya hacia el trabajo. Le dejé una nota escrita en la cocina en la que le decía que había salido, pero que volvería pronto, que le traería un bollo para que desayunara y que no se moviera de casa y aprovechara para estudiar algo, porque sin ir a clase se nos iba a olvidar todo lo que sabíamos.

Me sentía inquieta, pero el cura jipi fue tan amable, tan cariñoso, que a los pocos minutos consiguió que me encontrara tranquila y a gusto, como si estuviera compartiendo con un amigo. No quiso utilizar la fórmula sacramental de la confesión, no invocó el nombre del Padre, del Hijo ni del

Espíritu Santo, no me dio el Ave María Purísima... sino que directamente me preguntó qué quería contarle. Y entonces yo me entregué sin recelos a su atención y comencé a relatarle mi historia. Apenas me interrumpió. Me consoló con su mirada, con sus gestos, tomando, afectivamente, mi mano cuando el llanto me brotaba, mostrándose comprensivo, dulce y cariñoso... Y así pasó mucho tiempo, todo el tiempo preciso para vaciar de culpa un corazón.

Quedamos en ir juntos al obispado para que quedara constancia oficial de mi confesión. El cura jipi me consoló y me aseguró que nadie tomaría represalias ni ningún tipo de sanción se me aplicaría, que aquello no era un tribunal de justicia y que lo único que debería hacer era sincerarme como había hecho con él para que quedara constancia de que allí jamás se había producido milagro alguno y que todo lo que había acontecido, y estuviese por acontecer, nada tenía que ver con la Iglesia católica ni con la verdad. Él en ningún momento me juzgó ni me recriminó, fue comprensivo y amable, y, muy al contario, me mostró una gran ternura.

Al día siguiente fuimos en su coche destartalado al obispado. Tardamos casi dos horas, que se me hicieron cortísimas. Montar en coche para mí era algo divertido, porque no había tenido demasiadas oportunidades, aunque aquel tampoco fuese un paseo festivo. A mi tía y a mi hermano les dijimos que íbamos a ir a un colegio de monjas para niñas donde le conocían, para ver si había alguna posibilidad de que me dejaran acabar el curso allí y que después buscarían uno para mi hermano, así que, de ese modo, dispusimos de toda la mañana para nosotros sin que nadie sospechase el verdadero motivo de nuestro encuentro. En el trayecto hablamos de cosas nimias. Yo me daba cuenta de que trataba de mantenerme entretenida y relajada para que no me pesase demasiado la circunstancia de tener que someterme de nuevo al angustioso momento de la confesión de mi engaño.

Una vez dentro nos hicieron esperar unos minutos hasta que nos recibió el obispo. Nos trató fríamente, pero de modo cordial y sin andarse con rodeos, me invitó, directamente, a que le contase todo cuanto tuviera que contarle. Así lo hice. De todo cuanto yo iba dando cuenta, un cura iba tomando nota. Al principio me sentí un tanto azorada, porque nada de lo que me rodeaba invitaba a la serenidad, la superioridad que reflejaba el obispo, la suntuosidad de la sala donde nos encontrábamos y lo incómodo de una situación en la que, básicamente, lo que estaba haciendo era confesar mis culpas, no invitaban a la relajación, pero poco a poco, todos los detalles

exteriores fueron desvaneciéndose y la propia narración fue brotándome como una catarata.

Cuando di por concluido mi relato el obispo se levantó, me acarició suavemente la cabeza y me manifestó que me dejarían sola en la sala durante un rato para que pudiera gozar de unos instantes de recogimiento y oración como penitencia y que después ya nos dirían lo que teníamos que hacer.

No sé cuánto tiempo pasé allí dentro sola, pero se me hizo muy largo. Los personajes de los cuadros que adornaban las paredes del salón parecían observarme desde lo alto, sabedores de mi inquietud. Parecían estar juzgándome desde su superioridad y me sentí, de pronto, muy pequeñita, insignificante, frágil. El chirrido de la inmensa puerta al abrirse me sacó de mis ensueños. El cura jipi entró, acompañado de otros dos sacerdotes. Uno de ellos extendió sobre la gran mesa que ocupaba el centro de la sala unos papeles, que no eran otra cosa que mi confesión. Me pidieron que firmase y me explicaron que nada de lo que allí estaba escrito me causaría nunca ningún tipo de problema, que no temiera nada, que había sido muy sensata y que mi arrepentimiento era la prueba de que el Señor no me había abandonado. Me dieron las gracias y salimos de allí.

Al pisar de nuevo la calle me noté tan leve que temí que el viento pudiese arrastrarme como a una hoja. Por fin, de verdad, me sentí libre.

Tan importante como nuestra tía fue para nosotros, durante aquellos días, Antonio, el cura jipi, ya no solamente por haber sido quien me acompañase en mi proceso de rehabilitación interior, sino porque se implicó también en la solución de las gestiones urgentes que debíamos dejar resueltas. En verdad buscó dos colegios en los que nos admitiesen, prácticamente finalizando el curso, para que no lo perdiéramos y nos acompañó cada vez que necesitamos resolver algún problema o tuvimos alguna necesidad en ausencia de nuestra tía. Al cabo de algún tiempo, no mucho, descubrí que ya no era cura, que había colgado los hábitos, prácticamente al abandonar el pueblo, y que nuestra tía y él eran novios. Después caí en la cuenta de que ya no llevaba el alzacuello. Me reí cuando me lo dijeron y no le tuve en cuenta que aquella confesión frente a una bomba de nata no hubiera sido, realmente, frente a alguien con potestad para perdonar mis pecados. En aquellos momentos estoy por decir que lo agradecí y que preferí que mis culpas se hubieran quedado en tierra y no hubieran cruzado más allá, porque era, precisamente, lo terrenal, por culpa de lo divino, lo que más me inquietaba y lo que tenía prisa por restaurar.

XL

FUERON UNOS MESES MARAVILLOSOS. Apenas hablábamos del pasado, únicamente si yo recibía alguna carta de mis amigas o si nuestra tía hacía referencia a alguna anécdota de su juventud en el pueblo.

Al finalizar el curso, que ambos aprobamos con solvencia, nos preguntó nuestra tía qué nos parecería terminar nuestros estudios en un internado. Al principio aquella propuesta nos entristeció. Mi tía habló con nosotros muy seriamente, contándonos, sin ambages, que, económicamente, no podían permitirse el coste que le suponía procurarnos una buena educación, que aquello no era el pueblo y que a esos gastos debería sumar los de nuestra manutención, que lo había estado hablando con el cura jipi, que ya no era ni una cosa ni la otra, y que él nos ayudaría a buscar unos buenos colegios que nos admitieran.

—¿Juntos?

—Me temo que no, cariño. Pero no penséis ni por un instante que no os quiero, no tiene nada que ver, es más bien todo lo contrario, lo que pretendo es que tengáis la mejor formación posible. Creedme.

Y así fue. Dejamos la casa de nuestra tía y nuestro pasado arrumbado a un rincón de nuestro recuerdo y algo tristes, pero animosos, nos lanzamos a por nuestro futuro. Ambos, seguimos, por supuesto, en contacto, enviándonos cartas semanales y llamándonos por teléfono muy a menudo. Nos extrañamos, nos animamos mutuamente y caminamos aprovechando la oportunidad que nos brindaba la vida de labrarnos un porvenir. Mi hermano se convirtió en un gran estudiante, en un hombre bueno, que dedicó su vida, como ya prometiera, a los demás. Estudió medicina y aún, a día de hoy, la ejerce en aquellos lugares del mundo donde el progreso parece resistirse a entrar. Forma parte de una organización internacional sanitaria de ayuda a los más desfavorecidos y es lo que no deja que nos veamos tan a menudo como nos gustaría a los dos. Yo, al acabar el bachillerato, decidí estudiar la carrera de maestra, me trasladé a una residencia de estudiantes en la capital y allí pasé

tres fantásticos años en los que descubrí el amor, el desamor, la nostalgia, la soledad y lo maravillosas que pueden llegar a ser las ilusiones. Mantuve el contacto con mi amiga de la residencia de mineros, con quien me seguí escribiendo durante algunos años más, ella fue mi único hilo de unión con el pasado del pueblo y, a través de ella, supe que la gente seguía acudiendo a la explanada del castaño hueco a rezar, con lo que me convencí de que lo que, realmente, desea, no es saber la verdad, sino tener algo a lo que agarrarse. Cada vez que leía las cosas que me contaba sentía lo lejano que me era ya todo aquello, aquel entorno, su gente, sus problemas... Me parecía un mundo tan pequeñito, tan anticuado, que quizás de un modo buscado, inconscientemente, yo misma fui espaciando más y más las cartas hasta que esa distancia se convirtió en pereza y finalmente en olvido. Nunca supe nada acerca de lo que le deparó el futuro a don Baudilio, si finalmente se trasladó a la aldeúcha aquella, si se recuperó de los golpes, si su deshonra se lo llevó por delante, ni qué fue del dinero que quedara en aquella cuenta abierta para financiar la iglesia... Deseché de raíz todo aquello que me pudiera hacer regresar a aquella época sombría de mi vida. Había conseguido quitarme de encima, a base de mucho forcejeo conmigo misma, la pesada losa que me había lastrado durante tanto tiempo.

Mi tía nunca se casó con el cura jipi, que ya no era ninguna de las dos cosas, pero vivieron juntos nada más abandonar yo el piso y cada vez que nos vemos nos seguimos cubriendo de besos.

Yo viajo mucho y escribo. Descubrí que son cosas parecidas, aunque no iguales. Y sigo sola, porque no he encontrado nunca quien estuviera a la altura, así que soy dueña de mi soledad y de mi tiempo.

Han pasado muchos años desde que me fui del pueblo. Quizás nadie se acordaba ya de que yo fui santa y me pasearon por sus calles en procesión. Volví, porque, aún no sé cómo, desde el ayuntamiento me localizaron para avisarme del fallecimiento de nuestra madre. Mi hermano no pudo o no quiso volver desde Perú, donde se encontraba trabajando en aquel momento, para el entierro. Y yo, realmente, aún me pregunto por qué fui. Quizás por curiosidad.

Llegué pronto en mi coche y aproveché para pasear por el pueblo vacío y helado. El frío seguía sintiéndose a gusto allí, como antaño. No había cambiado tanto. Ya no olía al humo del carbón de las cocinas y de las estufas de hierro. Había muchas casas vacías con las ventanas y las puertas abiertas,

como si sus habitantes hubieran tenido que salir huyendo apresuradamente, sin tiempo que perder. En el lavadero de carbón las vagonetas se oxidaban, esperando, sobre unos raíles que ya nunca llevarían nada a ningún lado. Ya no existía el Chigrín. Antes de ir a la residencia de mineros solteros, para comprobar si mi amiga aún seguía viviendo allí, visité la explanada de la aparición. No pude evitarlo. Los muros incipientes de lo que pudo llegar a ser una iglesia estaban medio derruidos, pintarrajeados y una maraña de enredaderas cubría buena parte de su superficie. En la explanada habían crecido matorrales y en las orillas del riachuelo las zarzamoras eran mucho más frondosas. Me senté en el suelo, justo delante del árbol. Me quedé así, mirando el hueco de su tronco inmenso, durante un buen rato, hasta que el frío comenzó a entumecerme. Entonces me levanté, di la vuelta y caminé de nuevo en dirección al pueblo, como hiciera aquel atardecer en el que todo iba a cambiar. De repente algo me impulsó a girarme y, al hacerlo, juro que me pareció ver, a lo lejos, como si una luz saliera del castaño hueco.